LA SABIDURIA DE LA GRAN MONTAÑA

https://nubet.weebly.com

Aprender a vivir no es fácil ni difícil. De ello hablaron los antiguos, que nos dejaron su gran legado de experiencia y sabiduría.

Sumario:

CAPITULO PRIMERO

EN LA GRAN MONTAÑA

Nuestra Inspiración

Imaginemos un río apacible y tú a su lado, miras los árboles y de pronto percibes un pequeño guijarro, lo recoges en tus manos, lo sientes con las yemas de tus dedos, y al mirar hacia el río decides regresárselo. Lanzas el guijarro al río y al rozar su superficie notas que producen a su alrededor ondulaciones. Tú observaste y recogiste algo de la naturaleza que te llamó la atención, sentiste el impulso de arrojarlo al río, y el guijarro al rozar el agua causó otro impulso en la superficie del agua, produciendo ondas que se fueron extendiendo con suavidad. Imaginemos que tú estás allí, en ese río apacible y comprendes que el río te enseña silenciosamente a través de las ondas que generaste con tu impulso y la receptividad del agua, que ese momento encierra una especial lección sobre el funcionamiento del universo; sobre el impulso de tu voluntad, tu deseo, tu mente y tus emociones. Luego miras a tu alrededor y observas que el río forma parte de una Gran Montaña y que tú no te excluyes de la magnificencia del paisaje, sino que por el contrario, formas parte de su imagen y de los fenómenos que allí acaecen. Tú eres parte de la Gran Montaña, como el río, los árboles y todas las criaturas cuya presencia notas. Percibes además la brisa, los rayos del sol, y al

cerrar los ojos, comienzas a escuchar todos los sonidos de la Gran Montaña. Ellos resuenan en tu interior, como el guijarro que arrojaste al río.

Junto al río, tienes la tranquilidad para percibir la dureza de la piedra y la suavidad del viento, los colores de los árboles, los reflejos plateados y dorados de la luz que el sol proyecta sobre el agua, las blancas nubes y el celeste cielo. Todo es color y forma en la Gran Montaña. También tú eres color y forma, una onda proyectada en la realidad de la Gran Montaña, los otros seres te perciben como tu los percibes a ellos, estableciendo lazos de interdependencia. Si arrojas dos guijarros al río, a una distancia de unos metros entre ambos, observarás que las respectivas ondas generadas por cada impulso producen interferencias en su curso, alterando la calidad del impulso original. La distancia entre cada onda que se va proyectando es efecto de la vibración, condicionada por la calidad, la frecuencia y el impacto del impulso. Imagina que allí, en la Gran Montaña, no ha transcurrido el tiempo, y que no vives en el Tercer Milenio: tu vida transcurre tal como fue percibida varios miles de años atrás por otra persona como tú. Esto que aprendiste junto al río, hoy, fue percibido también en tiempo presente por los antiguos, produciéndoles una sabiduría sin palabras, una sabiduría emocional.

Acostumbrados como estamos hoy de conocer la realidad a través de las palabras, hemos iniciado una sabiduría dual, en la que por una parte nuestra mente es poseedora de un conocimiento formal, validado a través de la educación, y por otra nuestro corazón posee una sabiduría emocional, validada por nuestras experiencias. Pasado el ecuador de la vida, sentimos la necesidad de fundir ambas, despejar nuestras incertidumbres, y con ello validar el concepto de nuestro ser, separar el trigo de la paja, y lo que queda de este esfuerzo, es lo que nadie nos puede enseñar, nuestro saber silencioso, la verdadera naturaleza que hemos comenzado a aprender directamente por nuestra propia y rotunda percepción.

En la Gran Montaña, los días y las noches se suceden, nada permanece quieto. El astro del día, las formas y los colores de la luz, el astro de la noche y sus luminarias. Los seres de la noche, sus formas y colores casi imperceptibles. La Antigua Tradición vio en estas fuerzas y poderes eficaces, la naturaleza de nuestro propio ser interior, y cuando quien lanzó el primer guijarro al río se quedó sin fuerzas, en su extrema debilidad comprendió que más allá de estas fuerzas existía una realidad ulterior: todo trascendido y dejado atrás, la realidad de la energía que proyecta los fenómenos de la Gran Montaña, y la disolución en la Fuente, como las ondas se desvanecen en la superficie del río. Sol y Luna, las luminarias de nuestros descendientes, la incesante potencia de la vida. El retorno a la Fuente para renacer en el ciclo de nuestros amaneceres en la Gran Montaña.

La Atracción

Atraemos hacia nosotros aquello en lo que pensamos y sentimos, anhelamos o tememos; atraemos con intensidad todo aquello que estimamos realmente significativo y vinculado a nosotros desde la perspectiva de nuestra esfera subjetiva. En este sentido es que se afirma que en la vida, cosechamos todo lo que sembramos cada día en el Universo.

El pensamiento y las emociones son expresiones de energía sutil, todo cuanto es fruto de nuestra acción y del poder de la voluntad, es primero emoción e ideación. Los fenómenos de la realidad que producimos

en la acción, tienen en la ideación su primer origen causal. La ideación produce un conjunto de determinadas y específicas visiones de la realidad, imaginarias al inicio pero cuya tendencia es cristalizadora de los cambios que supone la acción desde su origen causal en nuestra mente y en nuestros sentimientos. Lo que llamamos materia es de este modo un medio a través del cual expresamos nuestros contenidos espirituales.

Las diferencias entre las personas se hacen evidentes cuando analizan la misma situación y establecen sus coincidencias y diferencias sobre los diversos aspectos objetivos y subjetivos que motivan sus expresiones de atracción y rechazo frente a lo observado. De allí que precisemos cuidar nuestras emociones y

pensamientos, nuestros sentimientos y concepciones de la realidad, y que resulte muy agudo el criterio según el cual, debemos establecer determinados límites de interacción con las emociones y los pensamientos de los demás, para evitar indebidos trasvases conceptuales y emocionales capaces de alterar el equilibrio de nuestra prístina visión del Universo, de nuestras metas y expectativas vitales, personales y sociales. La interdependencia de todos los fenómenos es evidente, y no podemos sustraernos de esta realidad, en un universo en el que todo se encuentra condicionado y es a su vez condicionante. Tomar conciencia de ello nos permite objetivizar nuestras realidades causales y redireccionar nuestra voluntad, considerando el poder de la elección, todo lo cual nos evidencia la necesidad de establecer nuestro propio microclima, nuestros parámetros eficaces. La experiencia recomienda el beneficio de la relajación, la meditación, la plegaria, la concentración, la precisión conceptual y la visualización, como prácticas necesarias para sostener nuestros puntos orientativos personales acerca del sentido y valor de nuestras experiencias y caminos vitales. Es necesario ser rigurosos y disciplinados en estas prácticas reflexivas, si deseamos que nuestra vida tenga como eje central nuestro propio corazón, y que nuestro espíritu encuentre en nuestra mente, su adecuado timón.

Nuestras Vidas

El sonido es energía. Si verificamos la cantidad de sonidos que se manifiestan en la Gran Montaña, observamos que solo percibimos una mínima parte de ellos. La probada sutileza de determinadas percepciones, nos ha llevado a comprender que un hecho no deja de existir tan solo porque esté, en un momento determinado, fuera de nuestro alcance, dominio, percepción y comprensión. La naturaleza nos enseña que la estructura biológica de los seres es el resultado de una larga evolución realizada por millones de seres a través de incontables vidas. El resultado de esta evolución es el ser actual, tal como se manifiesta aquí y ahora, con su cerebro, órganos vitales y estructura de movilidad. Somos sistemas muy complejos que para sobrevivir hemos reducido esta complejidad forzosamente a través de la evolución de un conjunto de funciones eficaces. Es evidente de igual modo, que nuestra civilización y nuestra cultura es el resultado de la suma de experiencias acumuladas por millones de personas y pueblos del pasado: el sincretismo de la sabiduría acumulada, mezclada y compartida desde que el hombre se hizo con el dominio del fuego y dejó su trazo histórico en las paredes de las antiguas cuevas. Nada autoriza a considerar que nuestras emociones y nuestra mente no han seguido a su vez este camino. Algunos psiquiatras han llegado a resultados eficientes en la solución de agudos problemas emocionales estableciendo en sus pacientes la atención sobre determinados aspectos de sus pasadas vidas que dieron origen a miedos, fobias, pérdidas y emociones intensas. Si observamos con serenidad el curso de nuestras vidas, podemos ir puntualizando aspectos orientativos de nuestras muchas vidas, en nuestras capacidades, afinidades, y hasta en nuestra atracción sobre determinadas zonas geográficas, culturas y épocas. Si nuestros huesos y células tienen la memoria biológica de la humanidad, ocurre lo mismo con nuestra psique y nuestras emociones más profundas, nuestras diferencias obedecen como en el caso biológico, a las diversas experiencias y caminos específicos en el curso de la evolución de las muchas vidas. La experiencia del retorno a la Fuente y el simultáneo regreso en la vida presente sin atravesar la experiencia biológica de la muerte, evidencia que en estos casos el regreso al mundo se produce con otra sensibilidad, en la que han quedado velados muchos de los registros de la memoria de esta vida. Esta experiencia que algunos han denominado iluminación, trae consigo diversos signos inmediatos, como la generación de una inmensa energía, similar a la que manifiestan los niños al nacer. De allí que otro modo de denominar a esta experiencia, es el segundo nacimiento.

La Vacuidad

Nuestro ego no somos nosotros, el ego es simplemente un sedimento formado por los roles, un instrumento que estimamos válido para la supervivencia y orientación individual en nuestro tránsito por el mundo. Todos tenemos un yo, todos nos dirigimos hacia nosotros mismos en primera persona sin caer en cuenta que los otros, a los que no llamamos yo, se denominan a sí mismos del mismo modo que nosotros, yo. ¿Pero quién soy yo? En realidad, esto solo lo podemos percibir a través de los constantes roles que

desarrollamos a lo largo del día, como padres, como trabajadores, como usuarios de los servicios públicos, nuestro yo está reflejado en los papeles, en el certificado de nacimiento, en los diplomas escolares, en el certificado de matrimonio, en la partida de bautismo de nuestros hijos, en esta sociedad de papel en la que hasta para morirnos debe haber un papel que registre la individualidad de nuestra muerte, el certificado de defunción.

Nuestro yo es plena transitoriedad e impermanencia, carece de substancia, no tiene esencia tangible más allá de nuestra realidad física, que es a su vez transitoria e impermanente. La sicología profunda nos enseña lo extraño que es todo cuando examinamos nuestra conciencia. Tenemos un yo consciente, el que percibe la realidad en lo que denominamos vigilia, otro denominado yo superior que nos impone sus contenidos de autoridad, nos sirve de guía o culpabiliza, una especie de policía del yo consciente; y el inconsciente, que se manifiesta en nuestra actividad vegetativa, en nuestros sueños.

La más directa percepción de nuestra propia vacuidad es la observación de nuestra muerte, allí está mi cadáver, se lo comen los gusanos y los microorganismos, mis huesos se pulverizan, no queda nada de mí en este planeta, pues ya los átomos dispersos carecen de gobierno, van en el viento, se integran en sus corrientes de energía, comienzan a formar parte de la estructura de otros seres. En términos objetivos y reales, para ese organismo que fue ser humano y luego cadáver hasta el momento de su disolución, ya no hay mundo, ya no hay cielo, no hay infierno, todo es vacuidad y descanso, no-yo, liberación de los condicionamientos. Felizmente, podemos respirar profundo, esto significa que estamos vivos. La vida es el mayor don, que nos permite realizarnos en el Camino espiritual.

El ser humano es el efecto reconocedor de la naturaleza, y gracias a esto voluntariamente podemos decidir nuestro siguiente paso. El camino es simplemente un aprendizaje. Se aprende a comer, se aprende a construir una mesa, se aprende a encender una lámpara, la vida es un constante aprendizaje y no pararemos de aprender, ni siquiera en los instantes de nuestra muerte. Ni aún realizando el despertar de la iluminación dejamos de aprender, el camino siguiente está lleno de nuevas percepciones, nadie puede abarcar la totalidad de conocimientos y experiencias, pues la realidad es mutable, cada momento tiene su sello particular.

El aprendizaje del Camino redimensiona el significado de nuestra existencia, pues nos prepara para establecer nuestra existencia en armonía con la Fuente de la que todo procede. No debemos improvisar, pero sí ser espontáneos, debemos ser rígidos y flexibles como la caña del bambú. Esto garantiza la certeza de nuestras prácticas. Debemos sentirnos cómodos, tenernos paciencia, saber que los sabios enseñaron estas prácticas con su ejemplo, sin palabras, como enseñan los árboles.

Dejarse ir en el examen de nuestra transitoriedad e impermanencia, nos permite revitalizar la forma, aquí y ahora estamos meditando, nuestra energía es poderosa en el no-temor. Carecemos de la necesidad de paraísos o de infiernos para orientar nuestra correcta acción. Nos liberamos de las culpabilizaciones personales y de los reproches a terceros, somos libres de los encadenamientos del pasado, somos libres de las incertidumbres del futuro: solo cuenta el ahora, nuestra postura física, nuestra respiración armoniosa y poderosa. Sintiendo la respiración. Los sabios meditaron así muchas horas, muchos días, estableciendo en sus huesos los poderes de la concentración y de la atención. Esto es posible, cuando no tenemos espíritu de ganancias o pérdidas. Ni apegos ni desapegos. Los sabios de la antigüedad ya no están aquí, pero nosotros actualizamos su presencia y su enseñanza. Es la realización de la vida en nosotros, en nuestras células, en nuestros huesos, en nuestro corazón. Todo sin exagerar, con normalidad. Es al principio difícil, y no importa que la meditación dure apenas unos minutos; es normal que nuestros hábitos nos impidan al principio sentirnos cómodos. La mente además es como un mono, salta de un lado a otro, hay que dejar que el mono siga su camino, no hay que forzar las cosas. Ya tendremos tiempo de educar al mono. Poco a poco, en el tiempo de evolución de esta práctica, se irá percibiendo que a los días nuestra mente que era como las aguas revueltas que remueven el fango, se aquietan y reposan, y más adelante todo comienza a ser como un día claro de cielo despejado.

Los pensamientos van y vienen como nubes, somos sus espectadores; los pensamientos se forman, se modifican y se desvanecen como las nubes. La observación de nuestros propios pensamientos nos permitirá ir advirtiendo con nitidez, que las ideas son apenas cadenas de palabras, rompiendo un eslabón nos liberamos de ellas. La práctica de este tipo de meditación por sí misma y sin que hagamos ningún esfuerzo, agudiza nuestras facultades sensoriales y da consistencia a nuestras percepciones, no solo en el momento de la meditación, sino también en el ejercicio de otras actividades cotidianas: el desarrollo de la concentración incrementa nuestra observación de los detalles. La sabiduría está en los detalles.

Si observamos los componentes de la realidad, los mismos constituyen fenómenos, seres u objetos, formas en fin, rodeados por el espacio o el vacío. Si observamos una casa, una vasija, una puerta o una flauta, observamos que es su parte vacía la que dota a los mismos de utilidad. Nuestros cuerpos también tienen esos espacios, como es el caso de la nariz, los pulmones, la boca o el estómago; través de ellos recibimos el oxígeno y los alimentos que nos proporcionan energía vital, nuestra movilidad depende también del vacío en nuestro entorno. Así ocurre también con las órbitas de los planetas. Atribuímos la facultad de nuestra mente para concebir ideas o para plasmar imágenes, a una sustancia o vibración, de naturaleza similar o coincidente con la realidad del vacío. En nuestra mente caben las imágenes de los paisajes, las ciudades, los seres y los universos existentes, los que podamos concebir o imaginar; nuestra mente puede albergar y utilizar con eficiencia los conocimientos de grandes bibliotecas, la historia universal, la de nuestras familias y la derivada de nuestras experiencias personales.

La realidad de la mente es poderosa como el vacío, su naturaleza es ilimitada. Percibir el vacío es percibir nuestra propia naturaleza, la esencia misma del universo. Para lograr esta percepción debemos agudizar nuestra concentración en la naturaleza del vacío. Si nuestros sentidos resultan apropiados para la percepción de los fenómenos visibles, los seres, los objetos y todo cuanto está dotado de forma, los mismos pueden orientarnos también a percibir la realidad del vacío como un concepto complementador de forma; para la debida percepción de la naturaleza del vació, debemos sintonizar con nuestra naturaleza emocional y nuestra mente, de un modo distinto. Esta sintonía para percibir la naturaleza del vacío es la receptividad.

La Antigua Tradición distinguió acertadamente que la canalización de energía se manifiesta de dos modos principales o puntuales en el plano de la realidad, una de un modo receptivo, oscuro, imperceptible o misterioso, y otra activa, luminosa y tangible. En los remotos orígenes de la humanidad, estas fuerzas fueron llamadas La Diosa y El Dios, por ser la mujer receptiva y el hombre activo en sus intercambios energéticos. En la alternancia de estas facultades comprendieron el funcionamiento de los intercambios energéticos de todo el Universo.

El incremento de nuestra receptividad es indispensable para la percepción del vacío y la naturaleza de la vacuidad, más allá de su mera formulación como concepto y de su comprensión racional. Uno de los propósitos de la meditación es el incremento de esta percepción. En la quietud de la meditación, sentimos, percibimos y observamos ese aspecto misterioso e imperceptible: el vacío que es nuestra más intrínseca naturaleza, del mismo modo que lo es para la totalidad del universo.

Los seres humanos tenemos un latente temor al vacío. Tememos a la muerte, a la ausencia del ego. Nuestra imaginación nos lleva a concebir que la percepción del vacío es lo que podríamos sentir si nos arrojáramos desde una alta cumbre; los vertiginosos segundos de la caída hasta el suelo, cumpliendo las leyes gravitacionales. Tememos al vacío como si de la nada se tratase, donde nada existe, una cueva tan oscura en la que no podemos vernos a nosotros mismos. Es necesario trascender estos conceptos para fortalecer el emplazamiento de la meditación en el vacío. Nuestras prácticas preliminares para la percepción del vacío pueden iniciarse observando en nuestra meditación el significado de la vacuidad en nuestro sitio de meditación; la comprensión del mismo en la dualidad de lo que existe como objeto y de lo que carece de forma. Sobre esta práctica podemos evolucionar en el entorno de la naturaleza, en un parque, en un

paisaje natural, observando las formas y lo que carece de forma, el gran espacio y los sentimientos de serenidad que su contemplación produce en nuestro interior.

El Vacío es la Gran Madre, la fuente de la que procede la forma, sostén de las imágenes y de todas las energías. De ella procedemos y a ella retornamos. El vacío no es la nada, es a la forma como el silencio al sonido.

La observación del espacio en el universo exterior es una imagen que analógicamente podemos establecer para la comprensión de nuestro ser. Nuestro espacio vacío interior está representado por la sustancia de la mente y sus funciones; podemos observarlas reflexionando sobre todo aquello que no se encuentra poblado de imágenes o palabras, estos contenidos tienen entidad gracias a que se nutren de la energía de nuestra mente. Nuestra más auténtica esencia está en este vacío del no-pensamiento, en la ausencia de formas, cadenas de palabras e ideas, en la ausencia de imágenes interiores.

El no-pensamiento es la raíz que extrae una poderosa energía. Su evidencia la podemos observar de un modo diáfano en el poder reparador del sueño y en los estados de relajación fronterizos entre la realidad consciente y el inconsciente. De aquí podemos evolucionar hacia otras prácticas, como la proyección de nuestra propia energía a través del vacío, o la integración en nuestro interior de otras energías sutiles. Solemos pensar en nuestras emociones en función de los conceptos o denominaciones; tenemos así sentimientos de amor, ira, repulsión o rechazo, pero no estamos acostumbrados a sentirlas en profundidad, a ser receptivos de las mismas.

La meditación en la vacuidad nos permite acceder a la directa percepción de nuestras propias emociones, a través del no-pensamiento, integrando ese conjunto de emociones en nuestro patrimonio, sin necesidad de tener que comprender las mismas a través de su resonancia en terceras personas.

El silencio y el no-pensamiento permiten acceder a este conocimiento sobre nosotros mismos: una sabiduría sin palabras, nuestra auténtica naturaleza, lo que los antiguos denominaron alma. La evolución en estas prácticas meditativas nos permiten acceder espontáneamente a los canales mediante los cuales podemos sentir sin palabras el alma de los seres, tangibles e intangibles; la receptividad es aquí expresada de un modo puntual, a través de la imperceptible comunicación emocional, pero más trascendental es la experiencia de la comprensión de nuestra alma, primero como reflejo, luego como expresión de la esencia misma del Alma Universal, la Fuente, y a su extraordinaria y directa percepción. Es una práctica delicada, como quien que va accediendo a los matices del perfume de una flor, o hacia la percepción de la emocionalidad un ser amado. La sinceridad de nuestras emociones es la llave que permite abrir estos caminos antes para nosotros inexplorados.

El amor, la fe y la paciencia, van permitiendo hacer este recorrido desde el no-pensamiento, desde el corazón del silencio. Nadie puede enseñar a otro la apertura de esta puerta a la que se accede desde el corazón, con emociones muy propias. La práctica de la meditación sobre la vacuidad no requiere esfuerzo, sino relajación y receptividad. Nadie puede acceder al corazón de otra persona si no se establecen previamente propósitos definidos, confianza e interdependencia emocional. El propósito definido que los sabios de la antigüedad trazaron para su sincero acercamiento a la Fuente, fue el conocimiento, la sabiduría trascendental y la resonancia interior de Su energía, para retornar a la realidad consciente y a ayudar a todos los seres sintientes. Es muy posible que los caminos para acceder a esta trascendental sabiduría requieran varios años, pero nuestras prácticas deben iniciarse desde el mismo momento en que formulamos el propósito de sentir, mediante nuestra directa percepción, la trascendental emocionalidad de la Fuente.

Las diversas tradiciones espirituales de la humanidad nos indican que la presencia divina es causa de gozo para el alma. Es precisamente este el contenido emocional que produce el acercamiento a la directa percepción de tan poderosa energía sutil. La torre más alta que podamos construir comienza por un

puñado de arena, así es el Camino, y lo emprendemos con una sonrisa interior: depende solo de nosotros mismos, es la máxima expresión de libertad sobre la tierra.

La Gran Identidad

La Gran Montaña se ha extendido, hemos fundado grandes ciudades. Nuestra fuerza ha creado la necesidad de hacer sentir nuestro impulso en otras regiones del Universo, extendiéndonos hacia sus confines, como las ondas que se expanden en la superficie de un río. Hay quienes piensan que esto es posible gracias a un conocimiento oculto, pero la vida es el poder, y esta es posible porque el nacimiento es transparente y claro, y el seno que nutre va directamente a la boca.

Los conocimientos velados o controlados por una secta no son eficaces, son como el agua estancada, enferman a los que viven junto a ella, y terminan envenenando a los que la beben.

La gran mentira no puede ser jamás el asiento de una vida realizada, y atribuír la sabiduría espiritual a una persona o a un grupo de ellas, es crear intermediarios que se llevan las ganancias de nuestra energía devocional y espiritual.

La sabiduría espiritual de la humanidad se inició en la caverna. La Antigua Tradición tuvo su origen en un mundo en el todos podían participar de ella, en el que la libertad era reflejo de la armonía de la naturaleza. Este universo se quebrantó y después de siglos de dominación de la violencia, el miedo y terror a que la verdad se estableciera, volvemos a luchar por un mundo de libertad, y ya recogemos el calor de los rayos de esta aurora. Esta lucha tendrá la duración del mundo, porque nuestra libertad siempre estará amenazada por quienes en su ignorancia sienten el temor a la enfermedad, la vejez, la pobreza y la muerte, y rechazando la serenidad y comprensión de los ciclos de la vida, en sus hondos temores no encuentran otro camino que apoderarse de la energía de las personas y del mundo. Si observamos atentamente, estas personas lo que no quieren es trabajar y su deseo es vivir a costa de los demás, la vagancia de unos ha sido la causa de la esclavitud de otros. A quienes se opusieron a este sistema de control de la energía y dominación de las personas, los seres y los recursos naturales, los llamaron demoníacos en el período de la dominación del terror; y a quienes sintieron dudas acerca de la legitimidad de tal apoderamiento, los amenazaron con la condenación eterna. Pero la libertad y la contrastación de las verdades consensuadas desde la perspectiva de la igualdad entre quienes dialogan, han ido cambiando el eje del significado real de los valores; y todos sabemos que la vagancia es la causa de los padecimientos síquicos y físicos que llamamos infierno. Es la vagancia la que establece los dogmas para legitimar las condiciones de la esclavitud física o síquica; es la vagancia la que ha creado los infiernos para que quien rompa un dogma se culpabilice y haga de su propia vida un infierno.

La Antigua Tradición siente amor y respeto por todos y cada uno de los poderes expresados en la naturaleza. Sus sabios aprendieron de la naturaleza las grandes verdades de la existencia, y nunca pensaron que era un universo hostil, sino que el mismo tenía sus propios caminos y direcciones, incluso frente a las dificultades y retos que impuso la supervivencia en ese mundo natural. Hoy el mundo en el que practicamos la Antigua Tradición, ha pasado a las ciudades y nuestra sabiduría se actualiza en el presente; la vida en la civilización moderna tiene también sus propios caminos y direcciones, incluso frente a las dificultades y retos que impone la supervivencia en el mundo contemporáneo. Así como la práctica de nuestras tradiciones la realizábamos en los especiales lugares de la naturaleza en los que encontrábamos especial sintonía dada su belleza y su significado, junto a los ríos, océanos, grandes montañas o cuevas, hoy simbolizamos el recuerdo de estas prácticas ancestrales en el establecimiento de un lugar en nuestra morada, ya sea en una pequeña mesa en la que tenemos una vela para encender y recordar a través de ella los poderes que nos dan la vida, para encender un incienso o para tener agua perfumada; los aromas que se volatilizan nos recuerdan la sutileza de nuestra propia alma y de los espíritus y fuerzas protectoras. Allí podemos tener los objetos de nuestra inspiración, libremente elegidos y sin atarnos a ellos, pues en el camino de nuestra evolución podemos ir encontrando los

objetos más afines a los que desearemos identificar con la energía que nos sostiene y con nuestra propia sensibilidad hacia los poderes eficaces.

El alma, en el centro de los dominios y direcciones, expresa con amorosa emoción, nuestro despertar en la identidad de la Fuente. La Energía de la Fuente es una sola. La experiencia trascendental nos enseña que en nosotros se concentra la energía vital en forma de una pequeña luz o una llama que no quema. Esta es la energía que recibimos al nacer, la que entregamos a la Fuente en el proceso de nuestro pleno despertar o en nuestra transición definitiva en el momento en que nuestra vida se extinga. Esta experiencia trascendental se vive en un breve instante, en el que la luz diferenciada que llamamos nuestra alma, sale de nuestro cuerpo velozmente del centro de nuestro organismo hacia nuestra cabeza y de allí sale para su integración instantánea en el vacío, perdiendo rápidamente su individualidad o ego, en un proceso integrador y placentero que culmina en el instante en que el alma comienza a formar parte del Todo.

La fusión nos permite observar la magnitud de la creación, siendo nuestro el vacío, los planetas y los universos, culminando al momento en que de este Todo se desprende nuevamente la luz puntual que somos, y retornamos a nuestro cuerpo si aún vive, o a otro que nace.

El Tejido

El Universo es nuestra casa, nuestro símbolo mayor de sabiduría y nuestra unificada deidad. Nuestras emociones podemos transmitirlas a los restantes seres, debido a la certeza de que la realidad trascendental es un tejido invisible, cuyos hilos forman parte de una misma tela intangible, que pese a ello nos condiciona a todos. Los intercambios energéticos son intensos de este modo, pudiendo evocar la experiencia de la Fuente, para renovar las energías sutiles.

Nuestra alma es una luz que procede de la Energía Mayor, por eso alumbra. Nuestro sentimiento es una emoción que procede del Alma Universal, por eso vibra.

La Fuente no es intencional, ampara espontáneamente a todos y expande su energía por doquier. Nuestra emocionalidad puede incidir en el comportamiento de los seres, y nos sentimos aveces tentados a producir este tipo de resultados, pero la sensación interior que sobre esto transmite la sabiduría alcanzada, es no afectar o alterar el camino de los demás, que misteriosamente se manifiestan de un modo u otro en el plano de la realidad; de allí que la sabiduría valora tan profundamente el concepto de no interferir, y estimamos suficiente transmitirle a todos los seres sin excepción, nuestras energías renovadas en la Fuente. Estas transmisiones deben ser prudentes y puntuales, para no crear las dependencias energéticas que pueden suponer conductas posesivas por parte de terceros, y agresiones síquicas fortalecidas por emociones tan intensas como los celos o el despecho, o en nosotros la necesidad de que una determinada persona se encuentre siempre a sus niveles de máxima positividad o plenitud energética, de un modo egoísta y para nuestro propio bienestar, disfrute y posesión de esas energías y sus manifestaciones. Este es un proceso que se aprende observando nuestros propios ritmos interiores y nuestras experiencias.

La energía de la Fuente es indiscriminada, no es positiva ni negativa, trasciende a los géneros; pero se especifica en los diversos planos según las características de estos y las propias condiciones de los seres y sus manifestaciones puntuales. Podríamos decir así que las sutiles energías de la Fuente se van extendiendo en un campo mayor generando sus múltiples expresiones desde lo más sutil hasta lo más denso, desde lo intangible a lo tangible. Las energías bastas son muy intensas y abundantes en los diversos planos, y el problema no reside en la sensación sino en las consecuencias de los entornos de poca libertad que recrean entre sí para su circularidad y transmisión; son por decirlo de algún modo, energías derivadas de fuertes estados pasionales que requieren condiciones muy particulares. La cadena de posesión, apegos, celos, ira, envidia, odio y demás sentimientos radicales relacionados con la violencia y las agresiones síquicas y físicas, son expresiones de este tipo de energía. Sin embargo, no debemos tener sentimientos de discriminación por esos seres y energías, ya que son frecuencias vibratorias en los que, como en los pantanos, de ellos pueden brotar lirios. Una práctica positiva para alejar estas energías de nuestro entorno, es pasar una vela

encendida por los lugares que deseamos especialmente armonizar, observando el humo que desprende la llama y estableciendo síquicamente que el humo negro que despide se lleva esas energías caóticas. La intencionalidad es importante para el alejamiento de esas energías bastas o negativas. Nuestra psique puede necesitar también de esas expresiones emocionales en determinados momentos como forma sincera de expresar nuestras circunstancias particulares, pero comprendiendo la impermanencia de las cosas, sin aferrarnos a ellas debido a las luces altas de nuestra comprensión, tolerancia y particularmente el respeto que profundamente sentimos por la identidad y voluntad de las personas, especialmente de nuestros seres queridos.

El amor indiscriminado de los seres que son manifestaciones de la Fuente y sus energías puntuales, no debe inducirnos al error de olvidarnos que estamos en el plano contingente o de la necesidad, y que aun la mayor sabiduría puede convertirse en ignorancia, si no atendemos a las realidades de este plano. La

leche que hoy puede nutrir a un niño mañana puede envenenarlo, es la realidad de la transitoriedad e impermanencia de todo. Si nuestra emocionalidad no condiciona la emocionalidad de nuestros seres queridos, podemos sentir mayor certeza de que sus expresiones vitales son sinceras y auténticas hacia nosotros, y contribuiremos a que tiendan a hacer lo mismo con los demás, ganando todos un espacio de libertad y realización espiritual, nuestro ejemplo también les evidenciará la forma de protegerse a sí mismos, de potenciales encantamientos y encadenamientos. Aveces solemos descuidarnos con las palabras y gestos de las demás personas, abriéndoles el corazón y nuestro inconsciente, sin percibir los contenidos que estas personas vierten en nuestro interior, que luego operan como enemigos invisibles internos, que nos hacen perder la coordinación y eficacia de nuestras intenciones.

Reforzar la orientación de nuestro subconsciente, es saludable tanto para prevenir como para curar las alteraciones en nuestra autoestima y en la eficacia de nuestras metas. Una práctica adecuada para reforzar esta orientación, es antes de dormir, reorientar nuestro subconsciente con instrucciones del siguiente tipo, según nuestras necesidades particulares: ordeno a mi subconsciente que es sirviente mío, que me ponga en sintonía con la salud y la paz profunda. Ordeno a mi subconsciente que es sirviente mío, que me abra los caminos de la fortuna, la abundancia y la prosperidad. Conviene realizar estas prácticas repitiéndolas al menos cinco veces antes de dormirnos, y según nuestra necesidad ir variando nuestras órdenes siempre en un sentido positivo para establecer la orientación que requerimos para nuestro bienestar espiritual y material. En algunos casos tarda meses el esfuerzo de reorientar el subconsciente, cuando lo hemos dejado bajo el poder y dominio de otras personas durante largos años. Sobre estas prácticas podemos avanzar espontáneamente mediante la sensación, la imaginación y la visualización de que en efecto damos realmente esas instrucciones tan específicas a una persona imaginaria que visualmente identificamos en nuestro interior como el sirviente que es nuestro subconsciente.

En el reflejo del agua de los ríos y los lagos, nuestros antepasados descubrieron su individualidad y reflexionaron sobre este hecho, observando que el agua era una sustancia canalizadora de las energías relacionadas con la proyección de las imágenes visuales, derivando posteriormente estas prácticas reflexivas en la utilización de las bolas de cristal y los espejos. Hoy día tenemos la realidad de que nuestro mundo está lleno de estas energías a través de las fotografías, las películas, y las grabaciones musicales, permitiéndonos sentir el impacto y la fuerza del alma incluso de seres que han desaparecido de este plano, o que se encuentran a gran distancia de nosotros, con quienes establecemos intercambios de energía y contenidos intencionales intensos mediante el teléfono y las redes de comunicación. Los antiguos oráculos consistían en un conjunto de símbolos sencillos y directos, que permitían a nuestra individualidad expresada a través del azar, evidenciar sus circunstancias, tendencias y necesidades. Las imágenes de estos oráculos constituyen el resumen gráfico de las enseñanzas de la vida, y son en este sentido textos que mediante símbolos cuidadosamente escogidos, nos instruyen y orientan. Felizmente, debido a la divulgación de los conocimientos, estos oráculos los podemos consultar en nuestra intimidad, sin la necesidad de abrir el corazón a una persona desconocida. Tarda tiempo poner a nuestra alma en sintonía con sus significados, pero si confiamos en nosotros mismos, en la validez de los símbolos y en el significado

del azar, podemos sumar un consejo eficaz cada vez que lo necesitemos, si aprendemos a precisar nuestras preguntas y a no divagar en el sentido de las respuestas. Una práctica muy eficaz para familiarizarnos con el significado de los símbolos, además de conocer sus contenidos, es meditar en ellos, dejando que nuestras propias percepciones evolucionen sobre sus imágenes y detalles, estableciendo significados analógicos en la vida cotidiana y en nuestras experiencias vitales.

En la vida espiritual existen experiencias muy profundas sobre nuestras percepciones personales, nuestras aspiraciones y sobre los demás, que a causa de su sutileza debemos protegerlas, para que las energías bastas no interfieran en el curso causal de su realización, en su cumplimiento, y en su significado para nuestra evolución. Tal como la naturaleza protege sus bienes, lo que es evidente en algunas flores protegidas por espinas o en deliciosos frutos rodeados por duras cortezas, en los minerales preciosos reservados en cuevas y en las profundidades de la tierra, así debemos de proteger el tesoro de nuestras experiencias y percepciones más sutiles, que por lo general solo tienen utilidad y significado inequívoco para nuestra alma individual.

Todo cuanto ha estado, es y será, se encuentra en la Fuente. El tiempo en la Fuente no es lineal.

La Realidad

La realidad no es como la concebimos, creemos o pensamos, sino como es. De allí que la primera causa de nuestro sufrimiento es la ignorancia. Para encontrar la verdad debemos vivir y sufrir en carne propia nuestros errores y los de los demás. Pero el despojarnos de la equivocada subjetividad de nuestro ego, que nos lleva a apreciar una realidad velada como si fuera cierta, es en todo caso esencialmente necesario; debemos vivir y comprender, en síntesis: despertar. Nada ganamos con rechazar la realidad, ella siempre nos alcanza.

Los vínculos de nuestra mente, de nuestros sentimientos, las configuraciones de la realidad, la visión impositiva que los demás hacen de nosotros, son en su conjunto percepciones y experiencias demasiado

poderosas para librarnos de ellas estimando solamente que la concepción de la realidad es ilusoria y transitoria.

La maravilla y el misterio de la realidad es precisamente que siendo ilusoria y transitoria, es al mismo tiempo real. De allí que nuestro primer despertar es conocer la realidad tal como es y no como deseamos que sea. Es posible que para esto necesitemos un Maestro, un amigo o una persona autorizada cuya experiencia nos permita observar con claridad el significado de la existencia y la naturaleza de nuestra acción correcta. También es posible que tengamos la suficiente fuerza interior para encontrar por nosotros mismos el camino de la verdad. El camino del Maestro es difícil, vivimos tiempos en los que numerosas enseñanzas se han corrompido. Las personas buscan la satisfacción y su propio interés, y si no tenemos parámetros para conocer la realidad, tampoco para observar la calificación de un Maestro. Quizás siempre ha sido así, pero hoy tenemos pruebas fehacientes de ello, ya que la enseñanza se ha dispersado por todos los confines de la tierra y esto nos permite observar, con excepciones muy puntuales, el ansia de protagonismo de los linajes y el lucro de sus organizaciones. A fin de cuentas los Maestros y sus discípulos avanzados necesitan también vivir, en este mundo. Los tiempos en que los antiguos sabios vivieron, no permitieron, por las carencias de la técnica, que las enseñanzas se divulgaran a través de los libros o por medios electrónicos. Las enseñanzas eran esencialmente orales, y las fuentes de sabiduría antigua eran escasas, reservadas en la experiencia de personas muy aisladas o en algunas bibliotecas. La ventaja de nuestro tiempo en el desarrollo de las comunicaciones y la información, debe ser aprovechada por todos, y no es menos autorizada que la transmisión oral. Gracias a los libros y a los medios que han permitido la reproducción de las ideas, podemos saber lo que pensaron los antiguos y la cuál es la actualización de la enseñanza que hoy realizan nuestros contemporáneos. Un libro de pintura no nos ayuda a pintar con su sola lectura, pero si es correcto, es decir, objetivo, nos permitirá disponer de un método eficaz para conocer los materiales y los fundamentos esenciales de la práctica.

La sabiduría toma sus fundamentos en la Antigua Tradición de los que despertaron. Ellos afirmaron que existía una realidad ulterior de la que procedían las energías de las que todos somos depositarios. Esta tradición nos informa que todas las personas pueden acceder a ese conocimiento y a su práctica. Son conocimientos sencillos que se han desarrollado en diversas actualizaciones por los sabios. Quienes han querido sacar provecho y utilidad a estos conocimientos, los han velado para hacerlos parecer inaccesibles. Sin embargo, todos tenemos las mismas características de los sabios de la antigüedad: tenemos ojos, oídos y manos, estamos capacitados para establecer el conocimiento de la tradición de la sabiduría, y sostener la práctica cotidiana de la totalidad de sus enseñanzas.

Para salir de la oscuridad, necesitamos encontrar la verdad, nadie puede hacerlo por los demás. La Antigua Tradición inspiró una devoción sencilla hacia la Naturaleza, sus energías y poderes, una sabiduría sin palabras que desde siempre ha estado latente en nuestro interior: despertar es tan solo volver a sentirnos. Esta es la esencia de la sabiduría que necesitamos en un mundo en el que las cadenas de palabras son interminables, en el que las ideas que han pretendido liberarnos, han terminado encadenándonos. Hoy más que nunca al echar en la basura el periódico de ayer, conocemos que la transitoriedad y la impermanencia no afecta solo a las personas o a los objetos, afecta primordiamente a los hechos, a las ideas y a las concepciones mentales. Toda la palabrería del televisor se disuelve mediante el procedimiento mágico de apagarlo. Necesitamos silencio, necesitamos establecer nuestro centro, y no serán precisamente más palabras las que nos encaminen a él.

Sintiendo simplemente nuestro amor por la vida, expresamos un poderoso deseo. El deseo de alcanzar la felicidad, esa que está en todas partes y en nuestro corazón. Podemos imaginar un maravilloso universo de luz, regido por la belleza incomparable, y a nosotros viajando después de muertos a ese mundo perfecto. Sin embargo, el paraíso que toda la humanidad ha perseguido desde la caverna, que ha motivado migraciones, invasiones, destrucciones y hasta la edificación de grandes ciudades y culturas, no está afuera de nosotros, sino en nuestro interior. Siempre ha estado en su sitio, y este es el conocimiento que nos transmite la Antigua Tradición, al recomendarnos la invocación de los poderes eficaces de la vida. Son poderes plurales, energías en circulación, direcciones y caminos. La luz y la oscuridad que resplandecen en nuestro corazón, delineando la tierra que pisamos, el aire, el agua de los ríos, las montañas y todos los confines del Universo.

La Claridad del Presente

Cuando comenzamos a vivir la única realidad es el presente. Eso hace particularmente hermosos algunos momentos de la infancia y la adolescencia. La edad adulta, sin embargo, nos hace ver la realidad del triple tiempo, el presente, el pasado y el futuro. A veces el pasado nos es causa de reproches y culpabilidades, por lo que hemos hecho o por lo que no hicimos; también puede ser motivo para culpar a otros.

El pasado nos recuerda a las personas que idealizamos; al evocarlo sufrimos por la ausencia de personas y lugares, también nos recuerda gratos momentos que la realidad nos dice que no se repetirán con la

misma ilusión, emoción o intensidad. Encontramos también en el pasado, personas a las que hicimos o nos causaron algún daño.

El pasado es el encuentro con nuestras contradicciones. Depositamos ilusiones en el futuro, algunas se han cumplido otras se han desvanecido. El pasado que flota en nuestro presente hace del momento actual una promesa no cumplida, y el futuro que se nos avecina nos causa las emociones contradictorias por la incertidumbre de nuestros esfuerzos, el temor a las separaciones, la enfermedad y la muerte.

La Antigua Tradición nos enseña que el primer despertar es la sensación del presente, si tenemos la fuerza interior de olvidar nuestro pasado y evitar la consideración del futuro, concentrándonos en la acción presente y en el momento actual.

El presente es nuestra Gran Montaña. Sentir su fuerza depende de nuestra concentración y de nuestro esfuerzo, así como de la comprensión de la impermanencia. La realidad es variable y no podemos manipularla debido a sus incertidumbres. Nuestra voluntad puede esforzarse en intentar controlar determinados aspectos o variables que aparecen en el curso de los fenómenos, pero no todos los aspectos, no todas las variables, ni a las personas que intervienen con sus propios imponderables en el curso causal que nos tracemos. Si en nuestra adolescencia fuimos capaces de creer que poseíamos la suficiente fuerza para ser una flecha segura encaminada al blanco, la vida luego nos fue indicando que, incluso siendo así, a veces el blanco a que apuntamos era el equivocado.

Uno de los problemas más reales de nuestra mente, relacionados con la ilusión del pasado, es que lo analizamos con nuestra mente y nuestras emociones actuales. Si nos esforzáramos en descartar este análisis de los fenómenos, formulado de adelante hacia atrás, quizás veríamos que las cosas no han podido ocurrir de otro modo, en los diversos tiempos, lugares y con las personas. Todo ocurrió como debió ser, nadie tiene la ecuación exacta para concluir como debieron producirse las cosas momento a momento. Aun partiendo de la sabiduría resultante de las muchas vidas, y estableciendo que las almas evolucionadas a través del ciclo de numerosas reencarnaciones poseen una sabiduría innata que ha debido manifestarse en acciones consideradas correctas en tiempo presente, resulta que esa sabiduría está a su vez afectada por el curso de la impermanencia, las cosas han cambiado de una encarnación a otra, el mundo plantea nuevos tipos de interacciones, metas y propósitos individuales y sociales. Hay que aprenderlos. Del mismo modo, el análisis del futuro se convierte en una especie de sabiduría del pasado, con similares contradicciones, ya que al trazar su curso causal, estamos expuestos a los factores ingobernables de la incertidumbre y los imponderables de las personas que aparecen en su curso causal. Pasado y futuro son así para la Antigua Tradición, ríos donde no podemos saciar nuestra sed. No sentimos temor al reflexionar sobre el pasado o sobre el futuro; no por negar su existencia dejan de ser reales en nuestra mente: la vida nos recuerda a cada paso que existe un mañana y que tenemos un origen.

La respuesta de la Antigua Tradición es nuestra humildad con respecto de la naturaleza maravillosa y desconocida que oculta y al mismo tiempo revela la existencia, mediante los velos del triple tiempo. Nuestra aceptación y responsabilidad con el pasado, la concentración y atención en el devenir, son nuestro camino, estimando que este esfuerzo nos permite amanecer en el momento presente. Esta síntesis nos permite ir responsablemente de momento a momento en el camino de la impermanencia y hacer de nuestra existencia lo más parecido a la vida que interiormente anhelamos. Si nos esforzamos, esta aspiración tendrá la naturaleza y poder suficiente para ser: el esfuerzo por el momento presente es una potencialidad.

Si nos sentamos con tranquilidad y observamos que debajo de nuestros pies pasan como en el curso de un río millones de personas, vivas y muertas, nosotros mismos, ciudades enteras arrastradas por ese mismo río, plantas, estrellas y planetas, seres que pasan con sus expresiones de placer o de dolor, todos siendo creados, transformados y extinguidos, y en esa meditación imaginamos que todo eso ya ha pasado y solamente queda un espacio de luz serena, ese espacio sobre el que estamos es ya nuestro despertar, nuestro renacimiento.

La Naturaleza Esencial

Vivimos un mundo de contradicciones. Nuestra cultura no podemos medirla con la unilateralidad del pasado, ya que estamos inmersos en la cultura de la pluralidad, no tenemos sólo blanco y negro como opciones binarias para decidir. Lo propio ocurre en todas las restantes tradiciones espirituales de Oriente y Occidente. Igual ocurre con la verdad. La ciencia no se escapa de sus propias contradicciones e incertidumbres, las llamadas ciencias exactas aspiran a serlo, pero el análisis de sus métodos nos revelan las incertidumbres y la progresiva evolución de sus paradigmas. Las ciencias sociales, económicas, jurídicas y los procedimientos judiciales, están también afectados por la incertidumbre. En un universo dual, en el que la ignorancia nos conduce a hacer irreflexivas conclusiones sobre lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, lo

correcto y lo incorrecto, no nos queda a los humanos más camino que esforzarnos en asimilar todas estas contradicciones que están en nuestra cultura, en nuestras pautas sociales, en nuestra forma de ser: somos justos e injustos a un tiempo, buenos y malos, correctos e

incorrectos, y a partir de aquí nos corresponde trascender estas dualidades, comprendiendo los matices y tonalidades, las diferencias, esforzándonos contínuamente en abrigar en nuestros corazones, el don de la tolerancia, ejercida en favor de nosotros mismos y de los demás, para el bienestar espiritual. Esas contradicciones no han surgido de la nada, fueron criterios que los antiguos estimaron como medios idóneos para ordenar sus sociedades y en cierto modo siguen siendo una ayuda estimada eficaz para mantener el orden y la cohesión social. Sin embargo, esos criterios de dualidad colapsaron con el encuentro de la diferencia, provocando una reafirmación de la cohesión social a través de la intolerancia. Lo que en principio pudo estimarse como instrumentos de supervivencia grupal, ha llegado a nuestros días convertido en instrumento e ideología de dominación, que solo podemos superar a través de la lucha por la libertad, la veracidad, la tolerancia y el diálogo.

Los tiempos recientes nos decían que los mejores bienes eran alcanzables a través de los movimientos sociales, y que una vez logrados repercutirían directamente sobre las personas. En realidad, estamos constatando que cada persona debe esforzarse por sí misma para alcanzar estos bienes y valores tan trascendentales como que son el cimiento para que la vida humana sea digna. Necesitamos trascender las contradicciones de la ideología de la dualidad, romper sus cadenas, de ello depende nuestra propia supervivencia. Quizás siempre ha sido así. Las ideologías de dominación siempre han existido y tenemos una visión claramente estructurada de las mismas si apreciamos la lucha por la energía entre las personas, los miembros de las familias, las empresas, organismos sociales y políticos, Estados nacionales, organismos multinacionales y hasta comunidades religiosas.

La Luz es una manifestación de la Energía. El día y la noche tienen su propia luz. Ellas son matices de la energía de la poderosa Fuente o Alma Universal, de la que cada forma, incluídas las almas individuales, constituyen expresiones puntuales de tan enorme poder, como si de una fuente de luz proyectáramos un rayo, o de una hoguera separáramos una llama. El ser de todos los seres tiene esa naturaleza. En las diversas aguas de los diferentes lagos, la misma luna se refleja. La naturaleza es idéntica. Las técnicas de la Antigua Tradición, tratan sustancialmente de establecer los métodos a través de los cuales podemos tomar percepción directa de esta nuestra naturaleza esencial. En realidad, no existe una técnica definida, válida para la práctica de todas y cada una de las personas. Tradicionalmente se estima que cada persona es diferente, la idea de separación o de no formar parte de la fuente original, se considera la enfermedad que hay que tratar con distintos remedios. El llamado retorno a la Fuente, es lo que indistintamente se denomina despertar, iluminación, o comprensión de la gran sabiduría, y esta se estima que puede ser realizada en grados o etapas, de un modo súbito, o de un modo súbito y gradual a un tiempo.

La Antigua Tradición estima que el retorno a la Fuente, es primero una comprensión, y luego una experiencia que una vez alcanzada y practicada cotidianamente a través de nuestras emociones, intenciones y sentimientos, se actualiza y realiza. Comprender es amar. Comprendemos que todo cuanto existe, toda la belleza, aun todo lo amargo y difícil de asumir, es auténtica manifestación de la Fuente. Cada hoja, cada pájaro, los mendigos y los ríos, las realidades de los objetos, los fantasmas de nuestra mente, dioses y los demonios, todo cuanto se mueve o permanece en la quietud, es manifestación directa de la Energía Universal. Incluídos nosotros mismos, todos participamos de esa energía como expresiones proyectadas de la luz infinita. Esta profunda verdad que encierra la unicidad, nos obliga sin excepción, a descartar todos y cada uno de los pensamientos y emociones discriminativas, a trascender nuestros apegos y rechazos, a esforzarnos por ejercer la disciplina y el autocontrol necesarios para mantener la claridad de nuestra comprensión.

El retorno a la Fuente cumple una doble función, por una parte de respeto a todo cuanto existe, y por otra, es la experiencia que motiva nuestro profundo y real amor por todos los seres. De allí que la Antigua

Tradición aun sin ser misionera, no deja de evidenciar el sentido de su sabiduría a todos los seres que aspiran a ella, si bien nuestra esencial obligación es disciplinarnos a nosotros mismos para alcanzar la sabiduría incuestionable y la práctica adecuada, encaminada a romper nuestros propios obstáculos de liberación y de realización. Tenemos muchos problemas en Occidente para comprender el significado de la responsabilidad por nuestras acciones pasadas, ya que la interpretación de las escuelas iniciáticas ha divulgado el concepto de responsabilidad por la acción, haciendo referencia primordialmente a la culpabilidad por nuestros actos en vidas pasadas. Atribuímos a estas culpas las experiencias que valoramos negativamente en nuestro presente. Nosotros podemos prescindir de este concepto, porque estimamos el valor de la acción atenta y responsable, y en consecuencia confiamos en el poder de la voluntad. No tenemos por qué atribuír los problemas actuales a hechos acaecidos en otras vidas, sino a nuestra ignorancia y al ejercicio de la acción de un modo poco atento o irresponsable. Nuestros problemas son en tiempo presente, y debemos comenzar a resolverlos también en tiempo presente. La consideración de que esto o aquello obedece a un buen o mal ejercicio de la acción en el pasado y la reprochabilidad derivada, puede hacer que descuidemos nuestra atención y responsabilidades frente a la acción presente. Lo propio ocurre con el concepto de la reencarnación. Si observamos atentamente el presente, podría parecer que nuestra infancia constituyó otra vida, con otro ambiente, otros personajes, otras historias, y así podríamos valorar algunas otras etapas del tiempo transcurrido en esta existencia.

Los conceptos de reprochabilidad por las vidas pasadas y los relativos a la reencarnación, no solucionan nuestra ignorancia. Pueden servirnos de apoyo para la comprensión, pero comprender una enfermedad no implica liberarse de ella. Si hemos vivido otras vidas y seguimos cometiendo errores, debemos esforzarnos por hacer las cosas responsablemente y con atención, vivamos una o mil vidas: nuestra obligación es aprender. La realización de las acciones correctas es una obligación en el linaje de los poderes de nuestra Tradición. Es el método que nos ayuda a no hacernos daño a nosotros mismos ni a los demás. Que hayamos sido santos o piratas, en nada varía nuestra situación presente: nuestra responsabilidad sigue siendo aquí y ahora. Esto nos previene asimismo de los falsos maestros o guías, que prevalidos de ser reencarnaciones de deidades y emanaciones de personalidades perfectas, son capaces de absorber nuestras energías, inmateriales y materiales, utilizar nuestro dinero, aprovecharse de nuestras limitadas capacidades, y pese a todo ello obligarnos a darles las gracias y a ponerles incienso. Los que han padecido este tipo de situaciones conocen que esta es una epidemia muy generalizada en nuestro tiempo. La enseñanza es el ejemplo, el ejemplo es en sí mismo el Maestro, pues la vida no es una teoría sino una práctica que aspira a convertirse en realización.

Los Poderes Eficaces

Los deseos transmiten energías. Ciertamente no deseamos que existan personas ignorantes o afligidas, ni que la gente se muera por la guerra, el hambre, ni siquiera por las causas naturales. Quisiéramos que todas las personas vivieran y realizaran las emociones que les causen felicidad. Pero este deseo no nos esclaviza a nada ni a nadie, es un deseo que ponemos en práctica siendo conscientes de que vivimos en un mundo en el que las apariencias nos pueden engañar. Podemos estar dando el fruto de nuestro trabajo a organizaciones que utilicen nuestra energía para mantener parásitos, hacer viajes, lujosas oficinas, sitios cómodos y bien decorados para meditar o dormir, todo esto es contrario a la Antigua Tradición.

Nuestra tradición es esencialmente austera, no necesitamos vampirizar a las personas, nuestra energía la sacamos de nuestro interior y de la naturaleza, no aprovechándonos de las demás personas, ni culpabilizándolas o manteniéndolas en la ignorancia por lo que no puedan hacer o dar. Si una enseñanza nos causa de ansiedad, es seguro que quienes la transmiten han alterado el camino, no están en el sendero de la Antigua Tradición. La ansiedad es la emoción que nos advierte que nos están vampirizando las energías, que no podemos llegar a lo que nos piden. La Antigua Tradición no pide nada: la realización nos satisface plenamente, y nuestros medios de vida no los obtenemos del lucro de transmitir las enseñanzas. Nuestra Sabiduría es libertad. Es nuestro corazón el que nos motiva a dar y a quién dar, en el ejercicio de una acción consciente que toma en cuenta los factores objetivos de los seres que sufren y sus

circunstancias. Necesitamos nuestra energía para nuestra realización, a partir de aquí es posible extender con nuestro ejemplo el significado y los valores que sostenemos emocionalmente y que practicamos en todos los hechos y circunstancias de la vida. Sentimos mucho que otros necesiten grandes templos y edificios para ejercer la maestría o para despertar. La Antigua Tradición sólo necesita, para el aprendizaje y la transmisión del despertar, la vida tal cual es, y con ella el corazón y la naturaleza.

Los ríos y las montañas, los valles y los árboles, las cuevas y las cimas, y toda la naturaleza, son los templos históricos de nuestra Tradición. En la Antigua Tradición, la palabra más poderosa es la que se pronuncia con sinceridad. Existen en otras tradiciones espirituales, las llamadas palabras de poder, mantras o conjuros y prácticas muy valiosas para quien las necesita o para quienes han creído en su necesidad porque otros se los han indicado así. Esas tradiciones espirituales, en su afán de dar medicinas a numerosos enfermos imaginarios, han creado numerosas recetas, todas de gran belleza y significado, han dispuesto de excelentes poetas, escritores y artistas. Sin embargo, es más maravilloso todavía no necesitar estas recetas, y derivar nuestras fuerzas y energías directamente del silencio y de la naturaleza.

Permanece en la quietud, escucha el murmullo del río, el sonido del viento, ellos te transportarán a la Fuente, y con su magia te llevarán por los hilos que sostienen el Universo y el tejido de tu propia realidad.

Siente la relajación que produce respirar con suavidad, viendo en ti la luz penetrar en las diversas partes de tu cuerpo, en tu mente, en tus células, en tus átomos, liberando al expirar el dolor, el sufrimiento, el miedo y toda enfermedad. Es la energía en su estado más puro. Siente el alma de los animales, de los patos salvajes, de las tortugas y de los pájaros, todos ellos te transmitirán la armonía.

La enfermedad que no es imaginaria es la desarmonía que poseemos por creernos desligados de la Fuente, porque la cultura y la civilización nos imponen disponer de un yo autónomo, de una historia personal valorada a través de los pensamientos ajenos: esta enfermedad sólo la cura nuestra relación con la naturaleza, nuestro contacto directo con las más prístinas emanaciones de la Fuente. No obstante, es un hecho cierto que nuestra cultura nos crea una especie de sed u obligación de acceder al conocimiento. Los buscadores de la verdad padecen como nadie cuando se sienten ignorantes, creyendo que se están perdiendo conocimientos insólitos. Los humanos no nos conformamos a veces con la

naturaleza y las prácticas sencillas y eficaces. Parece que necesitamos imaginería, ambicionar poderes extraordinarios y hasta pronunciar palabras incomprensibles para designar los hechos más sencillos. En una especie de sed informativa, necesitamos conocer, devorar libros, diferenciar, clasificar, recibir conocimientos, percibir experiencias, adquirir bronces y cuadros, conocer las modalidades de los inciensos y sus diversas utilizaciones rituales, los nombres, linajes y transmisiones de los sucesivos maestros, conocer las diversas posturas de meditación, ir al Asia. Es como si las actividades humanas vulgares de posesión y acumulación de bienes se fueran trasladando al mundo del espíritu: es necesario formar bibliotecas, archivos de internet, hacer turismo para ver las piedras y las ruinas de los monasterios. No se han puesto a pensar que los sabios de la antigüedad se despertaron todos en un bosque, junto a un río, o bajo la sombra de un árbol. No llevaban ningún libro en la mano, ni habían encendido una barra de incienso.

Nuestro corazón siente a veces la necesidad de pedir y de contar con el Amparo de los Poderes Eficaces. Es un acto voluntario por el que nos sometemos a la protección de la Fuente de la que Todo procede, a la seguridad que nos produce el conocimiento para realizar nuestra existencia de un modo responsable y a los lazos que nos vinculan con nuestros compañeros en el Camino. Es una iniciación individual, sin que para la misma sea necesaria la imposición de la mano de un maestro que acoja al iniciado, nadie está autorizado para darnos esta protección. La Fuente acoge a toda persona sin excepción. Permanecemos desde siempre bajo el Amparo de la Fuente de la que todos procedemos. Esta es la más simple expresión para la invocación de la protección de los Poderes Eficaces.

La Resonancia

El Amor es la fuente primordial de energía, nuestro gran amor es la Fuente De la Que Todo Nace, Ella en sí misma ampara a sus manifestaciones, de la cual nuestra alma y nuestro cuerpo son emanaciones específicas. Nuestra aspiración y deseo de percibirla, la necesidad de que Su sabiduría oriente nuestra vida, es el más firme e inquebrantable lazo de protección para el Camino.

Vivimos en la realidad, compartimos los placeres y los sufrimientos de los seres, las aspiraciones nobles y legítimas de felicidad individual y colectiva. Deseamos el éxito personal y el de los demás, aunque no nos encadenemos a estas expectativas. No aspiramos a beneficiarnos del triunfo, ni encontramos satisfacción en lamentar nuestras derrotas o en culpabilizar a los demás por nuestros fracasos. Nuestro sentimiento es en tiempo presente realizar la acción correcta.

El mundo de los deseos posee tan poderosa entidad, que a veces puede suceder que lo peor que le ocurre a una persona, es que se le cumplan sus deseos, a veces este es el camino que la vida nos da para que se destruyan las ilusiones. Agradecemos las lecciones que nos proporciona el camino de la vida, quitándonos los velos de las miríadas de ilusiones que nos hacemos o que nos transmiten y condicionan los demás. La realidad es poderosamente más bella que el mundo ilusorio. En el camino de la vida, observamos que el mismo va adquiriendo sentido y significado, si tenemos paciencia y observamos las causas y los efectos. Este aprendizaje nos lleva a aspirar a una vida tranquila; esto implica equilibrar los deseos y las ilusiones. La realidad nos enseña que una vida realizada con sencillez, es el camino de la felicidad interior; esto es posible con una disciplina personal y evitando la marea de los egos, siempre pendientes de crear cadenas de ilusiones y necesidades, unos en pos de otros, para los que necesariamente debemos agotar nuestra energía vital.

Amamos a la Fuente Primordial, no necesitamos la resonancia del amor condicionado por el ego para obtener la energía o ser felices. Ese tipo de amor fundado en el ego, exige que quememos nuestras energías a cambio de una sonrisa. O nos hace exigir a otros, sacrificios que creemos merecer, como si fuéramos deidades. Ninguna proeza es suficiente, para mantener viva la llama del amor condicionado. Desde esta perspectiva, nuestra fuente de amor y gozo es incondicionada. No depende del éxito ni del fracaso. El amor condicionado por el ego, es capaz de exigir incluso la renuncia a la propia personalidad, intereses legítimos y auténticos valores. La Fuente es el amor incondicionado. Ella expresa su energía en todos los confines del Universo, está en todas partes sin discriminación, en nosotros: la realidad incondicionada es un cántico de amor, energía de gozo y felicidad. Estimamos que todo tiene un significado, pero que nadie nos puede explicar lo que la vida y la muerte significan, esto debemos conocerlo por nosotros mismos, somos auténticos protagonistas de nuestro camino. Vivir libremente es difícil, porque la responsabilidad nos enseña a encajar también los errores, no nos complacemos en atribuírselos irreflexivamente a los demás, sino a nuestra propia ignorancia. La superación los nuestros obstáculos de realización existencial, es lo que llamamos sabiduría.

Las Emociones

Observamos que existen caminos que se nos cierran y otros se nos abren; pensamos que la Fuente Primordial, nos va presentando o evidenciando personas, situaciones y demás circunstancias vitales, para nuestro desarrollo material y espiritual. A veces el alma en su sabiduría conectada a la Fuente, nos hace cometer aparentes errores, que al tiempo son aciertos; a veces el problema es que la mente va por un lado siguiendo los ritmos condicionados de los egos, y nuestro corazón profundo aspira a otro

camino. Es que no nos conocemos todavía, nuestra edad adulta comienza cuando corazón y mente coinciden, antes de esto todavía seremos como niños. Algunos resuelven esta contradicción ahogando las emociones. El alma se comporta entonces como un gorila enjaulado, sufre, nos causa depresiones y errores incomprensibles en nuestro comportamiento gobernado por la rigidez de la mente. Esto también nos enferma, pues las energías del alma se concentran en sí mismas, y se pudren, sin llegar a irradiar en nuestro organismo, del cual dependen nuestras funciones mentales. Es necesario entonces resolver los obstáculos, y liberar el alma.

No hay que temer al alma, no es un fantasma, es nada más que una pequeña llama del fuego universal. Su forma de expresarse son los sentimientos. Si nuestra mente no la obstaculiza, iremos observando que cuando los antiguos se refirieron a la sabiduría del alma, sabían perfectamente de lo que hablaban: antes que nosotros, otros recorrieron el mismo camino.

La Gran Montaña siempre ha estado allí, hay diversas rutas para acceder a su cima. Aunque Occidente ha puesto mucha atención en el concepto espiritual de la muerte, para nosotros subrayar este aspecto carece de relevancia, es un hecho natural, es parte de nuestro camino de retorno a la Fuente. El hecho del nacimiento da especificidad al alma; la mente se revela como el timón, que impulsada luego por el ego, nos permite ir realizando las funciones vitales, personales y sociales, pero el hecho de la muerte disuelve esa especificidad, deshaciendo el ego e integrándonos en la Fuente. Nuestra energía sutil es la pequeña luz que retorna a la totalidad, al igual que los átomos de nuestro cuerpo se reintegran a lo que llamamos materia. El alma es emocional, no conceptual. Cuando la luz del alma -la llama que no quemase va integrando a la Fuente, en sus estadios intermedios sentimos el alivio de la desaparición del ego, es un momento de profundo alivio y gozo, todo es instantáneo, y seguidamente somos absorbidos por la Fuente, que carece de ego, es el sostén de la Totalidad de los universos.

Es posible pensar que quienes son capaces de concebir paraísos e infiernos mentales, puedan ser capaces también de hacer cumplir sus deseos o temores, la vida más allá de la vida puede tener estas sorpresas, las facultades de la mente parecen ilimitadas. Pero no es la experiencia trascendental del camino en la Antigua Tradición. Nuestras energías emocionales se ven canalizadas y dirigidas por el deseo y este implica intencionalidad en sus proyecciones. Así ocurre con lo inmediato, lo que no llamamos mágico, como beber agua.

La Antigua Tradición nos enseña que existen determinadas energías que pueden ser proyectadas con suficiente intensidad para producir efectos. Previstos e imprevistos, estos efectos son reales, pues condicionan nuestros afectos al subrayar su intensidad ya sea a través de la concentración, la visualización o manipulando objetos que estimamos operativos para las funciones mágicas. Si nuestros afectos se ven alterados o puntualizados, lo que ha ocurrido en realidad es que hemos encadenado nuestra alma a un propósito mental, estamos creando condicionamientos y obstáculos para nuestra realización espiritual. Nada de cuanto especifiquemos así nos garantiza la felicidad ni la felicidad de otros, y la transitoriedad e impermanencia de la realidad es una seria advertencia de que aun siendo nuestra felicidad, su posesión no será permanente: la separación de nuestros objetos de deseo es causa de grandes pesares. La entrada en el universo de la magia, a su vez, trae el condicionamiento de penetrar en la esfera de los deseos de los demás, cuyos imponderables son desconocidos no solo para nosotros, sino frecuentemente para ellos mismos. De allí que estas operaciones síquicas nos condicionan a su vez a los cursos causales del devenir de otras personas.

No cabe duda que la vida nos plantea la necesidad de mantener determinadas ilusiones, de satisfacer nuestras necesidades y deseos básicos, ellos sostienen nuestras energías vitales. Pero debemos esforzarnos para que la Fuente sea el objeto de nuestra resonancia a través del amor incondicionado, que es la magia más poderosa que existe y la que no nos encadena a los cursos de acción y emocionalidad de terceros. La voluntad es la potencia del alma, y el ejercicio de la voluntad solo puede ocurrir en el plano de la libertad. La invocación a los Poderes Eficaces de la Fuente cumple esta función protectora y realizadora de nuestros deseos y aspiraciones, la Gran Montaña nos protege y nos concede cuanto es conveniente para nuestra alma, que es un aspecto de la Suya.

Nuestro objeto de devoción y el devoto se funden a través de la percepción del amor, es la resonancia. Este fenómeno es interior y se produce únicamente cuando mantenemos una profunda humildad frente a la grandeza del objeto del refugio y su incomparable obra, de la cual somos nosotros una pequeña manifestación, una luz particular emanada de la Inmaculada Fuente. Llenos de errores y de ignorancia, con nuestro cuerpo sujeto a cualquier enfermedad o padecimiento, el misterio de esta existencia es

precisamente esta realidad, que objetivamente considerada, nos hace comprender que todo cuanto existe es manifestación Suya; debemos por ello ser respetuosos y correctos con nosotros mismos y con los demás. Esta sabiduría nos obliga a un comportamiento más exigente con respecto de la ética, el respeto a la pluralidad, la tolerancia y los valores de la diversidad. Los efectos de esta comprensión se manifiestan en un mayor entendimiento acerca de la naturaleza de las dificultades de las personas, pero esta comprensión no nos autoriza a enseñar o someter a las mismas, a la pretendida veracidad de nuestras percepciones, creencias o a la validez de nuestro comportamiento.

Nuestra Tradición se transmite indirectamente a través del ejemplo, la veracidad y autenticidad de nuestro actuar, y de nuestros valores traducidos en el plano de la realidad, no en el de la teoría. Es una experiencia práctica, y solo podemos informar de nuestro aprendizaje, no condicionar ni enseñar. Nada nos autoriza a ello, ni siquiera la directa percepción de la Fuente. Es un camino personal y humilde, no jerarquizado, en el que nuestro amor a los seres emanados de la Fuente, lo realizamos esforzándonos en llegar a ser ejemplares como personas y como ciudadanos, en los roles que estemos en capacidad de asumir libre y sinceramente, sin engañar a nadie ni a nosotros mismos, y sin constituirnos en paradigma de los mismos. Aunque encontramos nuestro Amparo en la vida cotidiana, en nuestra sonrisa interior o en la sonrisa de las personas o en su sufrimiento, en las plurales expresiones de belleza de la naturaleza, nada impide que tengamos imágenes que nos representen esos Poderes Eficaces en el rincón donde descansamos o efectuamos nuestro recogimiento y meditación, que encendamos una llama como ofrenda, una varilla de incienso, flores o agua perfumada. Con estos gestos reafirmamos nuestro agradecimiento por los dones y la belleza del Universo. Pero debemos ser espontáneos y libres, no es necesario efectuar estas prácticas, que solo son beneficiosas para el espíritu si nos transmiten tranquilidad en sí mismas. Escuchar música puede también ayudar a crear ese ambiente de tranquilidad y recogimiento, ya que sus sonidos nos abstraen de las palabras y preocupaciones de la vida cotidiana, permitiéndonos disfrutar de momentos de reposo y claridad emocional.

La naturaleza es música, basta escuchar los sonidos del río para constatarlo, es también aromas, es belleza sin artificio, simple y directa. Tal es el verdadero objeto de la meditación, el encuentro con nuestro corazón. Las cadenas de nuestros pensamientos e ideas en esos momentos, constituyen eslabones de palabras unas en pos de otras y sin más significado real que el que poseen las nubes que se forman y disuelven en el firmamento. El sosiego de la actividad de la mente y la experiencia de sentir con serenidad nuestras emociones, por nosotros mismos y no por su resonancia en los demás, es el camino de la Meditación. La observancia cómoda y espontánea de esta práctica, nos hará percibir la expresión de la Fuente en nuestros corazones; debemos ser pacientes, no hay que apresurarnos.

Algunas personas encuentran sosiego al meditar mediante visualizaciones, relajan las funciones mentales sintiendo o imaginando paisajes. La visión puede cumplir una función en este proceso: primero sentir, imaginarnos y luego ver una cascada, un río, o una bandada de pájaros, todo es expresión de la Fuente. Si meditamos frente al acontecimiento explosivo de la naturaleza, junto a un árbol, sobre la tierra, a la orilla de un río o junto al mar, seremos ojo, visión, percepción del conjunto y de los detalles, sentiremos los diversos colores y matices las sutiles energías, seremos oído, escuchando el sonido del viento, el canto del agua. Oler, apreciar los diversos aromas y perfumes, entregar el alma sin pensamientos al concierto único e irrepetible que tenemos presente en la naturaleza. Ese paisaje es el Templo que veneraron los antiguos, la manifestación de las sagradas deidades con las que ellos representaron la realidad de los matices e intensidades de las diversas energías expresadas desde la Fuente primordial, en cada aspecto, forma y poder de la naturaleza.

La Verdad

Apreciamos el conocimiento, la verdad es el camino de la liberación. Pero la sabiduría no es la acumulación de conocimientos, es actuar conforme a la verdad. La Antigua Tradición es esencialmente una forma de vida. Como tal, se ha enriquecido con el legado de la vida según la misma se ha manifestado en los diversos

pueblos y épocas. Participa y comparte la cultura y la tradición milenaria de los pueblos de todos los continentes, y aporta la experiencia de su tradición individual y social, de pluralidad, diálogo, igualdad y amor por las libertades. Esta fusión hace posible una nueva cultura espiritual internacionalizada, floreciente en numerosos países y en la comunidad de internet.

La maravilla del conocimiento de la diversidad, nos hace pensar que las diferencias, aunque no son casuales, permiten analogías siempre positivas para confirmar la validez de nuestros conocimientos. Muchas personas aspiran a encontrar en la Antigua Tradición una espiritualidad en la que la ética no esté fundamentada en dogmas. Estas personas disponen de una sensibilidad especial que no les ha permitido actuar con cinismo en la relación del hombre con los dioses y los demonios. Ellos aspiran a romper este anillo que les aprieta desde la cuna, a encontrar una espiritualidad en la que sus exponentes sean sinceros en su búsqueda de la verdad y de los valores espirituales. Aspiran a dejar atrás la mentira, y cruzar a la otra orilla. La Antigua Tradición está capacitada por su asiento en el eje de la verdad, para cumplir estas expectativas, y no necesita recrear el anillo de dioses y demonios para fundamentar sus valores. En épocas remotas, las imágenes de dioses y demonios fueron asumidas como medios idóneos para resolver los obstáculos de realización de personas y sociedades para los que esas imágenes mentales poseían significado. En la Antigua Tradición, estas imágenes representan fuerzas de la naturaleza, la mente y el espíritu. Los efectos de la globalización nos permiten a todos ir estableciendo los bancos de datos suficientes para observar pautas similares de comportamiento de estas energías, en los diversos pueblos, tanto en las tradiciones pasadas de la humanidad, en las religiones de Asia, o en otras como la Egipcia, o la de nuestros contemporáneos en Africa, por ejemplo, en la religión Yoruba. Pero en términos objetivos, la Antigua Tradición no necesita representar gráficamente estas fuerzas para establecer el asiento de libertad, su poder energético y sus valores éticos.

Algunas personas han buscado en la Antigua Tradición, el acercamiento a los poderes trascendentales. A los seres humanos nos gustaría tener poderes extraordinarios, como volar, proyectarnos a las esferas, transformar el plomo en oro; todo esto está en los mitos y leyendas de la humanidad. Pero de nada sirven los mismos ya que no nos liberan de nuestros obstáculos y condicionamientos: aún si yo tuviera una alfombra mágica, esto no me liberaría de las preocupaciones, el temor o el sufrimiento. Quizás hasta contribuiría a aumentarlos, ya que tendría la incesante inquietud de que alguna persona me robara mi alfombra voladora, o a causa de un descuido se me extraviara mi Lámpara de Aladino.

Los Poderes de la Antigua Tradición, están basados en la sinceridad emocional. La verdad no es una teoría, sino una práctica. Las teorías pueden orientarnos a conocer un objeto o un fenómeno, pero la directa percepción de las cosas, es la que nos proporciona el conocimiento. La directa percepción de la realidad produce una interrelación con las personas, los objetos y fenómenos, una sabiduría interior. La verdad es directa, explosiva, va del mundo exterior hacia nuestros sentidos, penetra nuestra mente, nuestros huesos y de allí a nuestra alma, causando una resonancia que del fondo de nuestra alma proyectamos luego con poderosa intensidad hacia el exterior. Nuestra Tradición estima que este poder trasciende lo material, porque se traslada instantáneamente a través de los canales de energía sutil, como un hilo en un tejido. De allí que la sinceridad es la esencia misma de la realidad, el Poder donde tienen su asiento todos los demás Poderes. El tejido de la realidad tangible e intangible, rechaza o repulsa todo aquello que no es verdadero; la experiencia nos enseña en la vida cotidiana, que la mentira es como un bulto informe, que tarde o temprano el océano de la vida expulsa y evidencia. La verdad es además importante, porque al ser todo expresión de la Fuente, no debemos dañar a nadie, ni a nosotros mismos. La mentira es un contenido de coordenadas equívocas, que trasladamos a los demás y a nuestro interior, condicionando al que la sufre, a actuar, sentir o pensar equivocadamente, es decir, a equivocarse. Esto causa un gran daño en las personas, ya que puede alterar los cursos causales en forma significativa, y reparar este daño o corregir el rumbo, a veces tarda años de esfuerzos y fatigas. De este modo la mentira incrementa nuestros sufrimientos.

La vida es una copa delicada que no podemos dejar en manos de los demás. Los Maestros son como los padres, ejercen a través de la experiencia del acierto y el error. Nadie nace siendo padre, todos

aprendemos a serlo con los hijos, y cada hijo es diferente; un mismo hijo cambia en sus diversas etapas de crecimiento. Aun contando con la seguridad emocional que otorga el Maestro y su experiencia para confirmarnos la certeza de las etapas del Camino, solo nuestro corazón nos puede orientar con precisión, sobre nuestras motivaciones y en torno a la veracidad o autenticidad de nuestras percepciones acerca de lo real. No podemos sentir la realización del Camino, únicamente porque otros nos trasvasen sus contenidos emocionales, pensamientos o experiencias: esto sería tanto como aceptar que saciamos nuestra hambre cada vez que el vecino come. La naturaleza del Camino es íntima, nuestros procesos espirituales y mentales están dotados de autonomía y singularidad.

Aun cuando existen fórmulas para producir rituales y encantamientos mágicos, la realidad del espíritu es que sus manifestaciones se producen a través de una alquimia interior muy delicada; así es el Camino también, sólo en nuestra intimidad podemos sentir la forma en que brota nuestra delicada flor interior. Quien ya haya abierto la suya nos puede transmitir motivación, pero nada más. La idea de la práctica monacal de otras tradiciones de la espiritualidad, fue establecer comunidades de apoyo para la práctica sus respectivas creencias. La realidad de los períodos históricos, trasladó al interior de los muros de los conventos y monasterios, las pautas generales de autoritarismo, jerarquización y control social. Nuestra sicología estima estas estructuras como carentes de validez para el encuentro de la verdad, que requiere el diálogo y el reconocimiento de la igualdad entre quienes dialogan. La verdad es consensuada o no es. Este es el gran aporte y la frescura de visión que ha mantenido viva la sabiduría de la Antigua Tradición.

Mente y Cuerpo

Gracias a la interrelación de las diversas disciplinas, sabemos confirmadamente, que el estado de bienestar al que llamamos salud, depende de los elementos físicos, mentales y emocionales. De poco nos sirve hacer ejercicios de meditación y relajación, si nuestro organismo está atrofiado por la falta de ejercicio físico, una pésima alimentación, el exceso de grasas o envenenado por las sustancias que en su conjunto denominamos drogas. La naturaleza física de nuestro organismo no está acostumbrada al sedentarismo, ni la nitidez de nuestras percepciones mentales y emociones, a las alteraciones orgánicas y síquicas que producen las drogas. Los elementos físicos, mentales y emocionales, constituyen un conjunto holístico, una totalidad cuyas partes se condicionan entre sí. Hoy sabemos que un exceso de stress, un problema emocional, la falta de sueño o una mala alimentación, son capaces de enfermarnos físicamente y que la resonancia de los diversos elementos afectados produce a su vez los estados mentales y emocionales de depresión, fatiga, ansiedad y otros padecimientos síquicos y nerviosos.

La práctica de la Antigua Tradición no se satisface solamente con la energía de la Meditación, o en procurarnos estados de tranquilidad y relajación: el ejercicio físico es imprescindible para canalizar la energía, así como los alimentos que ingerimos. Este conjunto permite que la energía circule limpiamente en nuestro organismo, y no existen fórmulas que se puedan aplicar a la generalidad de las personas. Felizmente contamos con una cultura del bienestar lo suficientemente extendida, para encontrar especialistas, gimnasios y hasta sencillos aparatos para ejercitar el cuerpo, observando un progresivo

aumento de nuestros conocimientos relacionados con las características de los alimentos en función de sus efectos en el organismo. Debemos aspirar que esta cultura se extienda a todas las personas. La atmósfera de energía de un gimnasio, las tablas de ejercicios con medios mecánicos o aparatos y pesas, el uso de la bicicleta estática, el ejercicio de deportes, o sencillamente caminar, constituyen prácticas muy positivas para generar la energía en cantidades suficientes para irradiar nuestro interior y el corazón de los otros seres. También debemos examinar el ocio. Nuestra mente necesita períodos de concentración para mantener su bienestar. Para meditar no es necesario obligar a nuestro cuerpo a mantener una determinada posición o postura, es suficiente con establecer una posición cómoda, ya sea sentados o acostados. La postura relajada es la más efectiva para la canalización de las energías, estableciendo los correspondientes equilibrios entre la posición corporal, la actitud de la mente y la estabilidad emocional. La meditación es una práctica que podemos complementar realistamente con otras actividades que requieren

una suave coordinación de mente y cuerpo. El equilibrio mente-cuerpo depende de nuestra comprensión y sincero interés por la actividad desarrollada. Las actividades de coleccionismo, las que implican trabajos manuales, o la lectura, si son de nuestro sincero interés, resultan válidas para mantener nuestra mente diáfana. Todo cuanto hagamos y que nos aparte unas horas del televisor, es positivo para la integración de nuestro equilibrio mente-cuerpo-emociones. El mundo de hoy valora excesivamente el pensar; hemos edificado una sociedad virtual en base a nuestras ideas y pensamientos, con el resultado de que a veces la mente va por un lado, y nuestras emociones por otro. El movimiento físico es importante porque nos proporciona la inmediatez de nuestra corporeidad y la posibilidad de observar nuestras emociones en movimiento. La conciencia de nuestras actitudes, ritmos de acción y no acción, nos permite percibir el equilibrio del ciclo de generación, transmisión, interdependencia y desgaste de la energía.

El Azar

La Antigua Tradición ha puesto su atención en el azar, estimando que el mismo tiene un significado más allá de su resultado objetivo. Podríamos decir aquí, que partimos del principio según el cual, si lanzo un dado y sale el dos, y otro lanza el mismo dado y sale el tres, esta diferencia no es casual, sino poseedora de un significado personal para cada una de las partes. Es el principio que rige la mecánica de los oráculos antiguos.

La ciencia ha tratado de conocer sistemáticamente el significado del azar, elaborando complejas teorías que han permitido hacer avanzar sus propios paradigmas en la observación de la realidad y el universo. Si partiéramos del supuesto según el cual el universo se formó a través de una gran explosión con la dispersión de sus partículas, el hecho de que estemos aquí, ahora, podría ser un hecho casual o causal, fruto del azar o de la intencionalidad. La Antigua Tradición se ha realizado con frecuencia estas interrogantes. No tenemos que realizar prácticas extraordinarias para percibir los beneficios espirituales que una consideración respetuosa de lo que llamamos casualidad, puede hacer en nuestras vidas. A veces con abrir un libro en una página al azar, encontramos un pensamiento que nos orienta acerca de la naturaleza de un problema cotidiano. Estos beneficios son plurales, si dejamos que las cosas transcurran con normalidad, sin forzar las situaciones ni sobrevalorar la función del azar. No hay que exagerar pensando que porque veamos a la misma persona dos o más veces al día, debemos abrir comunicaciones porque nos desea expresar algo valioso para nuestro camino. La relajación es importante, porque nos permite un estado emocional lo suficientemente tranquilo, para que observemos con ponderación el lenguaje de las casualidades significativas, así como la posible aparición de una sincronicidad con las personas, las cosas o los lugares. También el despertar y las percepciones de la iluminación, obedecen a estos ritmos, que no están sometidos a la pulsión de la necesidad, ni al actuar con ansiedad a la espera de resultados eficaces.

El azar es un elemento que aporta perspectivas adicionales para la comprensión del proceso causal de los fenómenos, las experiencias y las personas. Una estimación ponderada de los beneficios que podemos recibir de lo que llamamos azar en nuestra vida cotidiana, podemos encontrarla tan pronto hemos establecido en nuestro corazón el deseo de que sus resultados sean positivos para nuestra evolución personal.

El Bloqueo del Camino

Algunas personas que han entrado en el Camino, observan que algunos aspectos de sus vidas adquieren otro significado, como si la decisión de avanzar en la espiritualidad cerrara unas puertas y abriera otras. Si la decisión es firme e intensa, es muy objetiva esta reflexión, cuya causa es lo que denominamos el bloqueo del Camino. El lazo de amor establecido con la Fuente Primordial, causa transformaciones en nuestra vida personal, todas con un sentido positivo, pero cuyos cursos causales no podemos en cierto modo controlar, debido a la resonancia de nuestros deseos y aspiraciones con la Fuente Primordial y todas sus manifestaciones. Si una declaración de amor es intensa y es correspondida, su afirmación en la realidad causa también plurales modificaciones que no dependen del control de una sola de las partes; lo mismo

ocurre si esta declaración de amor constituye un voto que posteriormente quebrantamos. Es posible que la Fuente Primordial, bloquee nuestro camino hasta que hagamos el esfuerzo de estar a la altura de nuestros votos e intenciones fundamentales, como la exigencia de dos enamorados para que uno esté a la altura de sus promesas cuando estas corresponden a sus verdaderas capacidades. El

bloqueo del camino nos puede entonces cerrar algunas puertas que decidimos abrir voluntariamente, y abrirnos otras que no esperábamos o deseábamos tener abiertas. Es un fenómeno misterioso, sobre el que debemos reflexionar. Los obstáculos que observamos pueden ser fruto de aparentes casualidades, de comportamientos de las personas, incluso de nuestras reacciones o elecciones inesperadas. Debemos precisar entonces un centro en nosotros mismos y observarnos con detenimiento, para que estas modificaciones no nos causen sufrimiento.

La elección de la vida espiritual no es un hecho intrascendente. La misma puede estar motivada por una espontánea necesidad sentida desde nuestra niñez, por la comprensión madura de su significado, por la desilusión de los poderes materiales experimentados en una etapa de nuestras vidas, o por el sentimiento de querer culminar nuestra existencia adecuadamente.

Cualquiera de los motivos que nos induzcan a una meta espiritual, incluso la necesidad de incrementar nuestras facultades, produce una profunda resonancia en el Corazón de la Fuente. Siendo nuestras almas partes individuales de su Totalidad, Su vibración de amor es un sentimiento que produce al mismo tiempo protección, amparo, y necesidad de corrección. Para que nuestro camino espiritual sea fluído, debemos tomar en cuenta esta expresión de la Fuente, y corresponder exactamente a la aspiración que la Fuente tiene hacia nosotros en todos los aspectos esenciales de nuestra vida. En este sentido, es que hablamos de la necesidad de nuestra evolución personal.

Un sabio realizado en la Antigua Tradición, tiene también que seguir aprendiendo, aun en su estado de iluminación. La realidad es impermanente, cambiante, para todos los seres sin excepción. La Fuente misma se modifica constantemente, como lo podemos apreciar en los ciclos de energía proyectados en la naturaleza. La evolución espiritual no se mide por nuestra afinidad a una determinada cultura, ni por la satisfacción que experimentamos con determinadas prácticas formales, como encender un incienso o por la contemplación de un objeto devocional. Nuestra evolución tampoco se mide porque sepamos más que otras personas, o nos encontremos suficientemente informados de las costumbres y prácticas de una tradición determinada. La evolución espiritual es más compleja, ya que su expresión más contundente es nuestra emocionalidad.

La Evolución

Podemos pensar, concebir, idear, que somos personas correctas y dotadas de una gran sabiduría por nuestras lecturas y por nuestra educación familiar, académica o profesional. Podemos pensar esto, y verlo corroborado en nuestros libros, en la preservación de la unidad de nuestra familia, en los diplomas justamente logrados con nuestro esfuerzo y por los reconocimientos de una vida a nuestro mérito profesional. Sin embargo, esto solo indica que hemos sido competitivos en nuestras metas familiares, sociales, académicas y laborales.

La vida social nos hace ser muy competitivos en el cumplimiento de nuestros roles y formas de interacción, debido a que nuestra supervivencia está en juego; de esta competitividad dependen nuestro prestigio y el éxito social, siempre que estemos dispuestos a sacrificar nuestras emociones más profundas para cumplir eficazmente con las pautas o normas de comportamiento estimadas como personalmente valoradas y socialmente validadas. De allí que uno de los aspectos en los que se manifiesta la apariencia de espiritualidad, es traducir la misma asumiendo roles exóticos o estimando que la evidencia de espiritualidad está en el conocimiento exhaustivo de las tradiciones del espíritu. Esto hay que descartarlo. La realidad del alma es más profunda, y si exclusivamente nos atenemos a realizar una práctica ajustada a los roles, se producen las disfunciones que denominamos, el bloqueo del Camino. Podemos ser unos

excelentes ciudadanos sólo por el miedo a que si emprendemos un proceso de desviación social, esta circunstancia nos pueda hacer caer en manos de la justicia y en boca del qué dirán, con la consiguiente pérdida del status, la familia y el trabajo.

La evolución apunta a nuestro centro, a nuestra auténtica naturaleza, a lo que somos en realidad, nuestros defectos y nuestras virtudes, a nuestro rostro sin máscara. Es entonces cuando podemos observar a nuestro ego, nuestras carencias y dificultades emocionales, y a partir de esta observación, podemos examinar la conveniencia sincera de trazar nuestras metas evolutivas. La paciencia y el buen sentido del humor, son necesarios para esta navegación, porque es muy difícil observarnos con sinceridad, y más todavía, cambiar. Esto es tan costoso como lo es hacer reparaciones a una casa. Necesitamos observar lo que nos cuesta sostener nuestros comportamientos éticos reales, no los aparentes, desde la perspectiva de las acciones correctas que esperamos de nosotros y de los demás. No se trata de un ejercicio de masoquismo emocional: debemos actuar con relajación y tranquilidad, sin aspirar a metas perfectas. La imperfección sincera es la mayor perfección; lo importante es conocernos y definir nuestros obstáculos esenciales en la práctica de la virtud.

En el mundo de hoy, hemos llegado al cinismo de burlarnos de las personas que actúan de buena fe y son engañados, y hasta llegamos a valorar a los defraudadores y estafadores de alto vuelo, considerándolos personas de éxito que hasta son estimados como ejemplo de una vida realizada en algunos casos. También hemos decidido sospechar de las personas virtuosas, porque en ciertos casos la

admiración por la virtudes solo ha servido para que individuos que no las practicaban, nos culpabilizaran poniéndonos ejemplos extraordinarios e irreales. Sin embargo, si observamos comparativamente las diversas tradiciones espirituales de la humanidad, podemos comprobar que las virtudes espirituales no son la clave para diferenciar unas de otras, pues sea cual sea la geografía o la época en que estas concepciones y valores de la espiritualidad objetiva tuvieron su primer origen, la práctica de la virtud se estima adecuada para el desarrollo las funciones del espíritu. Desde un punto de vista espiritual, este esfuerzo no es utilitario para la proyección social de un rol, sino para nuestro bienestar individual, y para dotar de soporte al equilibrio de nuestras relaciones eficaces con la resonancia de la emocionalidad de la Fuente. Es una práctica, no una teoría, y podemos avanzar en el desarrollo de nuestras capacidades y valores auténticos, a través de la percepción de los diversos matices de nuestra emocionalidad.

No Interferir

Vivimos en un mundo de interferencias. La experiencia como padres, es muy ilustrativa de los problemas que aparecen en el camino de la búsqueda de la verdad. Nuestro deseo es que los hijos no se hagan daño, también queremos evitarles el sufrimiento que pueden sentir a causa de la acción de terceros. Queremos evitarles el riesgo aun a sabiendas de que vivimos en una sociedad en la que el riesgo está inevitablemente presente en todos los aspectos y actividades. Nuestro problema como padres, es además la fuerte repercusión individual que nos causan los problemas de los hijos, además del daño intrínseco que estos se pueden causar. Nos vemos así obligados a interferir en sus conductas: la sociedad espera de los padres un comportamiento formativo y vigilante para el adecuado desarrollo de la personalidad y la integridad física de los hijos. Sin embargo, también somos conscientes de que es la experimentación y la vida la que los dota de conciencia de sí mismos, de sus necesidades, actitudes, metas y patrones de comportamiento. La familia puede cumplir una parte en el proceso de socialización, pero los menores y adolescentes tienen que ir haciendo su camino, para que puedan sentir en sus huesos la responsabilidad de sus propias vidas; esto no podemos sustituirlo debido a que razonablemente es previsible que nuestra muerte sobrevenga antes que la de ellos.

La atmósfera de nuestro mundo es decirle a los demás lo que deben hacer u omitir, qué comprar, en qué gastar o invertir el dinero, o de que manera utilizar nuestro ocio, y hasta lo que debemos pensar u opinar, incluso de nosotros mismos; parece que todos sabemos más que los otros y al final resulta que nuestro mayor deporte es tratar de gobernarle la vida a los demás.

Sería precioso este mundo si no nos viéramos forzados a hacer o a no hacer esto o aquello, con el propósito de quedar bien con los demás. Pero establecernos esta pauta es irracional, porque nuestra supervivencia podría ser inviable si nos propusiéramos rígidamente una meta ciega de este tipo. Sin embargo, la riqueza de nuestra sociedad se fundamenta en la responsabilidad de las acciones personales y por tanto en el libre albredrío.

La Antigua Tradición nos informa que asumimos una seria responsabilidad espiritual cuando imponemos nuestra voluntad a otros y los hacemos actuar como actores mediatos de nuestros deseos e intereses, aún cuando esta actitud la asumamos para el mejor bien de la otra persona. Es por tu bien, es una expresión muy frecuente. Todos hemos padecido y utilizado esta frase en determinados contextos y hasta en los manuales de venta de artículos inservibles, se recomienda a los vendedores que sugieran este tipo de expresiones a sus potenciales clientes.

Debemos aspirar en nuestras vidas, a lograr sostener las interacciones sin causar interferencias al libre albedrío de los demás. Esta actitud tiene como resonancia interior, la necesidad de rechazar a su vez las interferencias que los demás puedan realizar sobre nosotros, algo que es indispensable para nuestra búsqueda personal de la verdad. La interferencia en el libre albedrío constituye un obstáculo de realización, desde nuestra perspectiva. Ser respetuosos del libre albedrío de las personas, es el néctar del amor incondicionado.

La Autoestima

Sorpresivamente, aunque algunos medios de comunicación nos están acostumbrando a vivir en una sociedad acrítica, incapaz de enjuiciar la validez y el sentido de sus propios paradigmas, miedos, metas y deseos

-tratando de convertirnos en miembros de una comunidad sin sesos o de pensamiento uniforme-, la realidad de la vida cotidiana es que ejercemos de críticos de las demás personas, como si esta actitud revelase nuestra particular inteligencia o agudeza, autoafianzando la pretendida superioridad de nuestro ego sobre el de las demás personas.

No caemos en cuenta quizás, que la vida es muy difícil para todas las personas, y que posiblemente lo sea más para unos que para otros. No todos tenemos la misma emocionalidad para enfrentar los retos, la

capacidad para resolver los problemas, ni la estrategia para sostener con cabalidad la pluralidad de roles sociales. Hay personas que realizan a través de esta actitud en el mundo exterior, una alquimia dirigida a compensar sus propias carencias, fobias y temores. Esa energía utilizada para la crítica, puede transformarse en una sana observación y conocimiento de las demás personas, como recurso ulterior para comprendernos a nosotros mismos. Esto es necesario, ya que la crítica, aun la que llamamos sana o constructiva, puede ser recibida por la otra persona no precisamente como es nuestro deseo, sino en los límites que le son posibles desde la perspectiva de su propia emocionalidad. Esto puede causar perturbaciones de hondo calado en la autoestima del criticado, incluso su estigmatización.

A veces los traumas que causamos a los demás no se deben a un hecho puntual y preciso que represente un grave daño inmediato en la esfera síquica de otra persona, sino que es un trauma que se ha ido generando mediante acciones o sugerencias continuadas, como el ejemplo de la gota de agua que cayendo sin cesar, termina horadando la roca. La persona que ve afectada su autoestima es mermada en su energía en favor de la persona que la critica o afecta. La falta de autoestima es un factor que impide la realización de funciones dependientes del poder de la voluntad. . Estos comportamientos causan serios obstáculos de realización. La práctica nos indica que es muy difícil superar este tipo de traumas continuados, que requieren a veces de años de reestructuración de las perspectivas, metas, visión de sí mismos, e incluso de la validez y significado del lenguaje oral y gestual y sus efectos en la emocionalidad, debido a que es a

través de la significación y resonancia emocional de las palabras y los gestos, que la crítica produce un paulatino daño en el alma de las personas.

Algunas personas buscan en la experiencia espiritual, resolver sus agudos problemas personales, incluyendo la falta de autoestima. La Antigua Tradición trata de observar este acercamiento con respeto, es una de sus funciones ayudar a los seres. Muchas de estas personas no realizan esta búsqueda encaminándose a la realización de una experiencia espiritual trascendental, sino para encontrar los contenidos espirituales que le proporcionen apoyo, energías y alas para volar; la vida es a veces como una lancha de náufragos, en la que unos tiran a otros por la borda por el temor a quedarse sin espacio suficiente para que todos disfruten de seguridad. Los que se han quedado afuera, son como el náufrago que ha sido arrastrado por el mar y arrojado en una playa.

La sociedad castiga el fracaso, pero paradójicamente tiende a hacer muchos fracasados. Sin duda, al aspirar al éxito, no percibimos que para que el mismo exista, debe existir el fracaso también, pero la sociedad no tiene respuesta para resolver posteriormente los problemas que sufren estas personas, algunos de los cuales son agudos. La sociedad inculca metas y propósitos sociales muy altos y complejos a las personas, como ser ricos, ser bellos, tener una pareja perfecta, o unos hijos educados en la mejor universidad, son metas muy difíciles de culminar con éxito; aun en trabajos de gran responsabilidad, encontramos personas que estiman que sus capacidades no han sido valoradas, y por todas partes donde miremos, es abrumadora la mayoría de personas que arrastran consigo el pesar de algún fracaso. Los roles sociales nos obligan a no expresar estos sentimientos, ya que la sociedad sólo valora al triunfador, pero es una realidad evidente aquella según la cual, para que exista un triunfador en metas tan altas y complejas, deben quedar muchas almas destrozadas en sus ilusiones y expectativas, ya que no hay sitio para todos en esta lancha dorada. Y vemos con sorpresa, que aún los que van en la lancha, tienen otros padecimientos, de modo que ni aún los logros sociales más elevados, representan garantía plena para nuestra conformidad.

Todos necesitamos siempre algo más, todos queremos quitarnos lo que nos incomoda. Todos queremos ser superhéroes, y repercutimos esta necesidad en nuestros hijos y seres queridos. La realidad de la vida se nos escapa persiguiendo estas metas, y se nos termina de volatilizar a continuación, cuando lamentamos el no haberlas podido obtener.

La espiritualidad de la Antigua Tradición, es una emocionalidad centrada en el agradecimiento por el milagro de la vida en sí mismo, no por lo que ella representa en apegos, posesiones o satisfacción de los deseos. Esto nos garantiza la estabilidad emocionalidad necesaria para comprender y asumir con normalidad que no somos los más guapos, ni los más fuertes, ni los más ricos: nuestro Camino es el de la vida, y esta es un conjunto de pérdidas y ganancias, de éxitos y fracasos.

Es un lugar común pensar que el matrimonio de una mujer con un notario, no garantiza su felicidad, pero nos parecería mejor que nuestra hija se casara con un notario antes que con un conserje. Así contradecimos nuestros propios parámetros de objetividad, porque en el fondo nos han enseñado a sacrificar nuestra emocionalidad por el prestigio personal.

Para la Antigua Tradición, la felicidad no es renunciable. Su búsqueda es parte de nuestra esfera de libertad, por eso necesitamos un afianzamiento de nuestra autoestima, para tomar las decisiones que son consecuentes con nuestros valores y sentimientos.

Algunas personas valoran el poder de los conjuros en lenguas exóticas, pero no observan el enorme poder del lenguaje ordinario, en nosotros mismos y en los demás. El lenguaje articula la totalidad de las funciones de la sociedad y del individuo, es un poder social e individual, es por eso que su cuidado es

preciso para sostener la propia autoestima y la de los demás. Si observamos con detenimiento, nuestros padres repercutieron en nosotros las experiencias que a su vez tuvieron con sus respectivos padres, nuestros abuelos. Nosotros hacemos lo propio con nuestros hijos. Tarde o temprano, así como nos tratan,

nosotros tratamos, trasvasando nuestros contenidos síquicos de mente en mente, a través de las palabras y los gestos, de generación en generación. Podríamos decir que todo es irrelevante, que las cosas suceden; pero existen contenidos en estos trasvases emocionales, que son especialmente significativos, ya sea que los miremos aisladamente o en su conjunto. Este fenómeno es una modalidad de interdependencia: cuesta mucho separarse de lo que nos afecta, y una forma de alivio es trasladar nuestro dolor a los demás. Tenemos muchas cosas que nos duelen, que nos han dolido, la vida es también un camino de heridas, algunas no cicatrizadas.

Debemos hacer un esfuerzo por observar nuestras emociones, y comprender que aunque los roles sociales nos obligan a tragarnos nuestro dolor, nuestra mente puede pensar que ha dejado atrás sus efectos, pero nuestra alma puede ser portadora de un ayer no resuelto. Las prácticas de relajación nos permiten observar con más tranquilidad estas experiencias, y sus grados de profundidad aliviarnos y cerrar las heridas, esta es una práctica muy conveniente. Hablamos de la polución que las fábricas causan a nuestro medio ambiente, pero no nos damos cuenta de lo agudo que es el problema de polución mental individual. Las heridas no se cierran porque lo deseamos, pero el deseo puede ser el vehículo para iniciar el camino para cicatrizarlas.

A veces pensamos que la palabra perdón puede ser eficaz para dejar atrás las heridas y a quienes nos causaron daño, pero a veces esa palabra necesita ser potenciada con otros elementos de apoyo significativos para nuestra emocionalidad. Somos buenos si perdonamos, y queremos ser buenos, por eso perdonamos, a veces sin sinceridad; debemos estudiar las causas, buscar en nuestro interior las emociones todavía latentes de ira, rechazo, odio o rencor. Somos personas malas si tenemos esos sentimientos, por eso los ocultamos a veces hasta de nosotros mismos, pero es mejor que aflore nuestra maldad en un instante, para que podamos percibir con naturalidad esas emociones en el curso de nuestras meditaciones y en el conjunto de procesos de observación de nuestra alma. Las almas son expresión de la divinidad, pero no somos por ello exclusivamente un pozo de bondad. Nuestros egos pueden ser terroríficos, somos buenos y malos al mismo tiempo, somos justos e injustos, tenemos contradicciones que no podemos resolver sino asumiendo con serenidad nuestros propios y verdaderos contenidos emocionales. La Fuente de la que todo nace, es generadora de la belleza y de la fealdad, de la vida y de la destrucción de la vida, de la salud y de la enfermedad, del gozo y del dolor. Con la Fuente evolucionamos, es en sí la Totalidad.

El Mundo

Nuestras grandes ciudades se han edificado por el deseo: el amor y el deseo son la energía. El deseo nos permite extraer de nuestro interior la energía y trasladarla a nuestros objetos de deseo; la persona que nos ama nos transmite su potente energía, con la mirada, el tacto, las caricias. Esto satisface nuestra necesidad de gozo, nuestro placer es la causa del apego. Nuestros deseos son poderosos, nuestros apegos causan posesión. Pero la realidad es impermanente, no se mantiene todo el tiempo en un estado definido, sufrimos pérdidas en nuestro patrimonio, perdemos o nos vemos distanciados de nuestros seres queridos. Esto es causa de nuestro sufrimiento, y reaccionamos con dolor, depresión, ira, envidia, celos, intensificando la cadena del sufrimiento hacia nuestro interior y hacia las demás personas.

Nada es bueno expresiones de permite derivar posesión nos da

ni malo por sí mismo, tampoco el poder del deseo; la atracción y la repulsión son una poderosa fuerza latente, expresada con intensidad en toda la naturaleza. Ella del exterior las energías que necesitamos, nuestros alimentos, nuestro gozo, y su seguridad. ¿Pero cuál es el límite?.

Necesitamos un estado de bienestar para desear, necesitamos juventud y salud, tenemos miedo de enfermarnos, de envejecer. Tenemos que asumirlo todo, nuestro deseo y nuestra sed de gozo, todo es natural; pero es también natural asumir las pérdidas, porque ellas son parte de este ciclo de interrelación de la energía del Universo: no podemos pretender ni la eterna juventud, ni la inmortalidad. La potencia de nuestra civilización no ha resuelto el gran problema de la enfermedad, la pobreza, la vejez y la muerte. Esta

es nuestra ignorancia, nuestra falta de comprensión del ciclo natural de la impermanencia. El equilibrio debemos encontrarlo en la observación de la naturaleza.

Nuestra civilización está pagando muy caro haberle dado las espaldas a la naturaleza. Nuestras vidas personales también. De la naturaleza lo hemos aprendido todo, pero ahora hemos llegado a considerar que sabemos más que ella, que podemos dejarla atrás, que no debemos ya seguir sus ritmos. Este es nuestro error, nos hemos creído nuestras propias fantasías. ¿Quién ha dicho que los animales y las plantas no tienen alma?. Todo cuanto existe, está lleno de energía, podemos sentir los árboles y las cascadas, y las profundas y sinceras emociones de los animales. Todos ellos nos pueden enseñar también, grandes lecciones. Hablamos de seres vivos y otros, como las rocas; más bien debemos

observar unos que se mueven y otros que permanecen por sí mismos inmóviles, tócalos y sentirás su serena pero poderosa energía.

Todo cuanto existe transmite el Poder de la Fuente, tu, yo y el otro, todo en una misma unidad interrelacionada hasta en sus más mínimos detalles. Alejarnos de esta armonía, ha sido la causa de nuestros desequilibrios, el motivo de nuestra profunda ignorancia. Nuestra mente es una función, no la totalidad de nuestro ser.

La riqueza material de las naciones representa la suma de los esfuerzos, el trabajo y las propiedades de sus habitantes. Es una energía de poder, por eso nos es tan importante su acumulación. Preferimos no pensar que esta acumulación no es posible que ocurra sin que otros se empobrezcan. Es mejor pensar que todos tenemos la misma oportunidad de enriquecernos, si nos esforzamos, pero esta lógica omite la evidencia de que los recursos son escasos.

Aun con todas las injusticias que podamos imaginar, la lógica del propio interés ha permitido que desarrollemos sociedades poderosas, que nos sintamos miembros activos en sus ritmos de poder. Los museos de Europa y Norteamérica, poseen más piezas arqueológicas y arte incomparable proveniente de los países pobres, que los propios museos de esos pueblos menos afortunados. Cuando se inician los frenéticos ritmos de las bolsas de Nueva York, Londres y Tokio, los habitantes de los países pobres ni siquiera se imaginan que en esas sesiones se van haciendo más ricos o más pobres según los ritmos de la volatilidad de los valores que representan la totalidad de sus esfuerzos y recursos. La riqueza es un poder. Cuando pienso en las grandes ciudades, tengo la visión de Africa, sus grandes praderas, sus lagos y las cuevas donde aprendimos a controlar el fuego, la energía de la civilización. Pareciera que los sitios donde vieron la luz los orígenes del ser humano, son los más abandonados, como si nos avergonzáramos de nuestros orígenes. Africa es la Madre que nos dio su energía para que agrandáramos el cerebro, y sus pechos se quedaron sin leche.

La Antigua Tradición recomienda a sus sabios llevar una vida austera, pero no irracional con respecto del significado que posee la economía para el desarrollo de las personas y las sociedades. La búsqueda de la riqueza ha contribuído a extender las fronteras, ha producido la internacionalización de los intercambios, el desarrollo de las artes, la educación, la ciencia y la industria, el descubrimiento e interrelación de la diversidad cultural; todo esto ha hecho posible que la humanidad pudiera también intercambiar de pueblo en pueblo, sus tradiciones espirituales. Todo esto ha sido muy difícil, hemos sufrido muchas pérdidas en esta gran aventura del desarrollo económico, pero puede darnos el camino para el equilibrio.

Sostener los valores de la paz y el espíritu, es una tarea muy costosa. La riqueza existe porque existe la pobreza, debemos orientarnos hacia un equilibrio, esta es la complejidad que debemos resolver. Debemos hacerlo, porque de ello depende la paz y nuestro desarrollo espiritual. La descompensación que se produce es causa de violencia y guerra, de criminalidad e inseguridad para todos: nadie está a salvo, vivimos en un mundo interdependiente. ¿Cómo hacerlo, quién actúa primero? Son decisiones, pero ellas dependen de una primera cuestión, que es la racionalidad de nuestros sistemas sociales. Nuestras reglas deben ser para todos, no sólo para algunos. No podemos juzgar a nuestros amigos personales con unas normas, y a

nuestros desconocidos con otras. No podemos admitir que la igualdad sea formal, plasmada en textos legales, debemos tender también a su efectiva realización.

Las descompensaciones de los países menos afortunados obedecen a la lógica estratégica, según la cual si gobiernan nuestros amigos y se roban las riquezas de ese país, nos hacemos de la vista gorda. Todos los gobernantes roban, mejor que lo hagan nuestros amigos, no vaya a ser que por ponernos difíciles esos gobiernos caigan en manos de nuestros enemigos o de personas que nos dificulten los tratos. La globalización nos plantea el dilema de sostener nuestros valores éticos en el terreno de los hechos, frente a distintas circunstancias y culturas. Son muy costosas en términos económicos, las disfunciones que produce la falta de alineación de las conductas con respecto de los valores éticos. Si observamos con detenimiento, la circunstancia de los países menos afortunados, sus problemas de autogobierno y sus crisis sociales, obedecen primordialmente a una falta de adecuación de los valores con respecto de las conductas. Cierto que esto ocurre también en las sociedades más avanzadas, pero nuestros mecanismos de control democrático y mediático, son en ciertos casos más efectivos para evidenciar las disfunciones. Si permitimos que las élites extranjeras amigas roben impunemente y ostenten su riqueza y poder en las narices de los menos afortunados, ¿cómo pretendemos que esos pueblos no sientan que trabajar es una esclavitud?. ¿Cómo pretender que no ejerzan la violencia?. Si nuestros valores son reales, y lo son, debemos reflexionar sobre estas trágicas circunstancias que viven cotidianamente los pueblos más desafortunados de la tierra. Como ciudadanos, es nuestra obligación exigir a nuestros gobernantes, que no tutelen esa especie de sistema de castas en que pueden convertirse las sociedades en esta era globalizada, si renunciamos a la exigencia de que las conductas estén debidamente alineadas con las normas.

La Fuente nos proporciona energía vital; nuestra conciencia de ello es una exigencia para corregir las disfunciones que la ignorancia ha generado en el seno de la realidad social. Occidente no es un paraíso, nos quedan muchas metas que realizar para poder lograr nuestros propósitos de libertad, igualdad,

bienestar y nivelación social de las personas; nos queda mucho trabajo que efectuar también en el campo de la mejora del medio ambiente y en la protección de las especies animales y vegetales que han sufrido demasiado a causa de nuestra equivocada comprensión del progreso. Oriente y Occidente están cada vez más cerca en el esfuerzo de lograr metas coincidentes; la globalización que se inició como un acelerado proceso de actividad económica sin fronteras sostenido por los desarrollos de la tecnología de las comunicaciones, es un proceso que en su madurez nos irá precisando la necesidad de que todos los intercambios económicos, sociales, culturales y políticos, se realicen tomando en cuenta las autopistas de la ética y el bienestar de las personas. Esta meta no es utópica, debido a la necesidad de que las transacciones y desplazamientos se realicen dentro del marco de seguridad y legitimidad, y que los bolsones de atraso social existentes en nuestros propios países o en sociedades ajenas, no reviertan posteriormente contra el mundo del progreso, convertidos en armas de terror y violencia puntual o generalizada.

Algunos piensan que la humanidad no tiene remedio, porque hemos repetido cíclicamente los mismos o similares errores; hemos chocado muchas veces con la misma piedra. Pero si nos ponemos a pensar que la civilización humana es todavía reciente comparada con los orígenes de la vida, podríamos alcanzar una comprensión más significativa de las dificultades de nuestra especie en racionalizar y asumir maduramente todas las experiencias y enseñanzas que hemos ido acumulando desde la caverna. Nuestros errores de hoy parecen los propios de una adolescencia difícil y quizás irresponsablemente prolongada, que se resiste a asumir las pautas de razón que impone la madurez.

La Alegría

Tenemos una especial sensibilidad hacia la alegría y el buen humor, porque comprendemos que nuestras prácticas constituyen un método para lograr metas que nos conciernen y que pueden ser logradas por todos. La realidad de la Fuente la tenemos en la directa percepción del gozo y en la belleza que es posible inmediatamente acceder y sentir en este mundo: comprendemos que ese gozo y esa belleza son tan solo reflejos indiciarios de la realidad ulterior. De allí nuestra alegría y el atractivo que ejerce para nosotros el

buen humor, que nos permite en el Camino acceder a una comprensión amable de la realidad y a la comprensión realista de las grandes lecciones que nos proporciona la existencia. El camino hacia la Fuente es largo, nuestro equipaje es liviano. Nos podemos detener en cualquier momento del camino, para aliviar los sufrimientos de los seres, no tenemos prisa. No hay en realidad tiempo ni espacio para esta búsqueda, ni siquiera hay búsqueda, sabemos que el camino de la Fuente está en nuestro interior: no hay tiempo, ni espacio, ni circunstancia, ni nada que buscar, ni ojo, ni oído, ni voz, ni mente, ni percepción, ni emoción, y cuando todo propósito desaparezca penetraremos con suavidad en el Corazón de la Fuente. No tenemos tampoco que abandonar nuestras responsabilidades con el mundo, no tenemos que ir ni que venir; ni sumar ni restar: trascendiendo las dualidades y contradicciones, sin un antes ni un después, el Camino es nuestra alma.

LA SABIDURIA DE LA GRAN MONTAÑA

CAPITULO SEGUNDO

EL MILAGRO DE LA FUENTE

El Gran Océano

Imagina que estamos frente a uno de los espléndidos atardeceres de la Gran Montaña, y que somos nuestros primeros antepasados, aquellos que desde la cumbre divisaron por primera vez la gran pradera azul, tan inmensa que en nuestra visión pareció extenderse hasta más allá del infinito.

Es la nueva frontera, a la que debemos acercarnos para completar nuestra perspectiva de la realidad. Camino hacia ella todo es esfuerzo, cautela, reflexiones, dudas y conceptos sobre la naturaleza de esta nueva extensión observada. Hay también escépticos en el camino, que nos van diciendo que lo observado fue una ilusión óptica propia de las tonalidades de la luz del atardecer.

Después de un largo camino de días llegamos a la orilla: nuestra directa percepción nos indica que toda esa enorme extensión es agua. Los escépticos ahora cambian sus perspectivas, han tocado la realidad de la nueva frontera, pero nos indican que al ser solo agua, carece de utilidad; que nuestra seguridad y medios de vida están en la forma de vida tradicional aprendida en los preciosos dominios de la Gran Montaña. Sin embargo, hoy más que nunca queremos aprender, y el mar es nuestro nuevo gran horizonte de conocimientos. Las palabras que utilizamos para denominar las realidades de la Gran Montaña, se nos han quedado cortas, el agua de nuestros ríos son dulces, la nueva frontera tiene otros seres a los que observar, comprender y denominar: a estas formas las llamaremos conchas, y a estos

seres tan extraños los llamaremos cangrejos; todos los fenómenos del gran océano nos son causa de asombro, y comprensión de la emoción causada por la diferencia y la inmensidad.

Al observar la totalidad del plano, comprendemos con sorpresa que la Gran Montaña es más bien ahora parte del paisaje que se observa desde las altas rocas de los arrecifes, todo lo cual nos produce nuevas perspectivas de volumen, distancia, forma, colores, conjunto y totalidad. La superficie del agua está quieta, pero los detalles nos indican que su interior puede estar poblado de seres. Nuestro estado de ánimo es también diferente según estemos junto al gran océano o en la Gran Montaña. Tenemos mucho que aprender; pueden existir aún nuevos horizontes, dependiendo de nuestra sabiduría y de las percepciones que nos orienten hacia nuevos descubrimientos. Nuestra visión es ahora enorme y colosal, nuestras mentes se expanden con esta comprensión.

Así estamos hoy, aquí y ahora en este mundo. Aun no hemos podido comprender el funcionamiento de nuestro planeta, pero nuestras naves espaciales toman fotografías, graban sonidos, toman muestras de lejanos mundos. Esto es así, porque estimamos que con estos descubrimientos alcanzaremos una comprensión más profunda de las realidades de nuestro planeta. En realidad, el gran milagro de la Fuente

es que siendo sus criaturas, todo nos concierne y sin excepción pertenece a la naturaleza de nuestra alma, que pese a la diversidad, sigue siendo la misma, una e idéntica para todos.

Tenemos mucho que hacer en este mundo. Tenemos que aprender, tenemos que ayudar a otros seres, tenemos que ayudarnos a nosotros mismos en nuestro camino de evolución; tenemos que aprender el significado de la totalidad, tenemos que esforzarnos en sostener nuestros principios y valores como realidades naturales que interesan al progreso de nuestra alma y a nuestro bienestar físico y síquico. Tenemos, en fin, que realizar nuestra auténtica naturaleza, completar. La comprensión de la totalidad se hace más liviana si profundizamos en el principio de la no discriminación, si nos esforzamos en trascender las limitaciones del pensamiento dual. Debemos entender que quienes hacen el mal son criaturas que sufren, y que en la resonancia e interdependencia de las cosas, sus actos suponen para nosotros grandes lecciones. Todo esto nos ayuda también a comprender las limitaciones del lenguaje. El mismo es una herramienta para la descripción de la realidad física y síquica, pero no es el instrumento adecuado para lograr percepciones más exactas y profundas; de allí que los poetas utilizan metáforas y símiles, entre otros recursos literarios, para transmitirnos sus percepciones más delicadas y trascendentes. Debemos también comprender las limitaciones de la forma. La evolución de la pintura es un indicativo de las mismas. Si observamos la historia del arte, podemos apreciar que luego de la utilización de técnicas en las que los artistas plasmaban las imágenes de conformidad con la visión del ojo, cuerpos, objetos y paisajes, el arte trascendió hacia el dominio de técnicas abstractas. El no lenguaje y la no forma, son aspectos sobre los que debemos de meditar perceptivamente: son instrumentos de gran alcance para la comprensión de las realidades más profundas de nuestra naturaleza y la percepción de la totalidad, para alcanzar la verdadera y última frontera que es nuestra propia alma.

La Conciencia de la Totalidad

El ámbito de nuestra percepción en la realidad del vacío está sujeto a la naturaleza de nuestros sentimientos y a nuestra intención.

La percepción de la naturaleza de la vacuidad, el plano astral, requiere de nuestra capacidad para comprender que el mismo es un sistema, del cual el plano terrenal es reflejo. La comprensión de las verdades de este mundo nos permitirán acceder a los conocimientos de las verdades astrales, y estas a su vez aumentar nuestro conocimiento de la vida, en este plano.

Si observamos las órbitas de los planetas en el espacio, podemos comprender que lo que podríamos llamar el espacio vacío y la forma, son complementarias, ambos coexisten. Nuestros sentimientos y nuestras intenciones sostienen la dirección de nuestro viaje por la vida, esta dirección es una e idéntica en cualesquiera de todos los planos. Aquello que en la meditación y percepción de la vacuidad imaginemos, es potencialmente cierto, pues es la mente la que genera los fenómenos astrales que nos conciernen y la estructura de nuestro trayecto. De allí que la concentración es la herramienta más poderosa para el enfoque de esta cuestión.

Los medios de comunicación modernos nos permiten tener amigos desconocidos en otros países, y establecer con ellos comunicaciones e intercambios energéticos intensos, aveces sin conocer su cara, sus costumbres o su forma de ser. Establecemos en este caso un paralelo de lo que deben ser sus vidas cotidianas, mediante las analogías con nuestras propias actividades y rutinas; por ello podemos establecer comunicaciones eficientes con esos seres desconocidos, que pese a vivir en tierras remotas, sus vidas no son del todo diferentes a la nuestra. La primera pregunta que debemos hacernos es cómo seríamos nosotros si nuestra composición estructural estuviera constituida exclusivamente de energía sutil, esto es, si careciéramos de cuerpo físico. Nuestro cuadro imaginario parte de esta hipótesis, y de aquí podemos avanzar reflexivamente.

Decimos que nuestra mente es tan poderosa, que además de los universos reales, en ella pueden caber los imaginarios, y aunque estamos conscientes de la naturaleza finita de las cosas, hemos aprendido a tener

una concepción de lo que llamamos lo infinito. Si trazamos una coordenada geográfica a partir de nuestra casa, para imaginar la forma de vida de los habitantes de una vivienda a una distancia de diez millas, resulta interesante y revelador de nuestra forma de ser todo cuanto imaginemos sobre sus posibles habitantes y su posible forma de vida. El examen de una hipótesis de este tipo, verificado empíricamente, suponiendo que en efecto en esa distancia exista una vivienda con moradores, nos indicaría con seguridad que si concentradamente hemos descrito sus hábitos, acertaríamos en una pluralidad de aspectos, por el simple hecho que nosotros somos también moradores de una casa y los sistemas se reproducen en términos generales. Las diferencias intrínsecas son puntuales y dependen de determinadas circunstancias y condiciones particulares como el entorno o sus propios contenidos autorreferentes capaces de reducir o no las complejidades de la existencia para la adecuada realización de sus funciones vitales. Mientras más nos concentremos en puntualizar las cuestiones planteadas en la hipótesis, es más probable que aumente nuestra propensión de aciertos. Diríamos, por ejemplo, que esas personas usan jabón, toallas, sábanas, barren, cocinan; que viven en una casa con puertas y ventanas, y si sostenemos nuestra imaginación en los detalles descriptivos, la misma resultará tan objetiva como lo podrá indicar la numerosa propensión de aciertos. De allí que la concentración es una herramienta de gran utilidad para establecer nuestras proyecciones. Podríamos decir así que los seres energéticos tienen intercambios de comunicaciones, o que tienen facultad de movilidad, estableciendo una analogía con nuestras propias características, pero obviando la naturaleza corpórea o física de nuestra circunstancia personal. Podríamos aventurarnos también a decir que esos seres al ser energéticos, pueden disponer de una determinada imagen, como por ejemplo, la que posee una luz puntual. Podemos seguir imaginando, sumando y descartando lo que nos parece puede o no corresponder a este sistema de seres intangibles. Lo importante de este ejercicio de meditación reflexiva, es que nos proporciona un conjunto de primeras percepciones y aproximaciones a lo que podría ser nuestro plano o universo, más allá de la forma física. Cuando nuestra reflexión avance, comprenderemos en términos esenciales, que la forma no difiere de la vacuidad. De estas prácticas podemos evolucionar en nuestra concepción de la Totalidad.

Como si no tuvieran plena conciencia de las limitaciones de su corporeidad, de la realidad material y de la existencia del triple tiempo, los niños son maestros de este tipo de proyecciones. Ellos pueden trasladarse a Roma con una simple espada de madera, luchar en duros combates con los gigantes, anticiparse al futuro y dirigir el trayecto de naves espaciales, percibir a las hadas o sentir que vuelan como los pájaros. Este tesoro de nuestra mente lo truncamos cuando nos enfrentamos a los dilemas que plantean a terceros nuestros roles al crecer, pero gracias a quienes han comprendido su enorme poder latente, nuestras formas de vida han avanzado en la proyección de la solución de nuestras necesidades y comodidades, los grandes y pequeños inventos y en general, todo cuanto hoy llamamos creatividad. Quizás en la imaginación más esplendorosa de nuestros antepasados en la Gran Montaña, un día como hoy, alguien derrochó fantasía y se atrevió a imaginar que un día podríamos crear grandes ciudades en las estrellas. Hoy es posible. Nuestras emociones y nuestra intención son poderosas en este viaje, son nuestra diferencia.

En nuestro sitio de meditación, tomamos conciencia de la Totalidad, elevamos nuestras mentes para tener una visión comprensiva de todas las cosas, de todos los fenómenos, de la totalidad de los seres y de los planos; a ellos transmitimos nuestro profundo amor y nuestro deseo de paz, para todos los seres de la tierra, para los ríos, para las muchas aguas, para las nubes, paz para los horizontes, paz para los planetas y las estrellas, paz para los espacios sin forma ni límite, paz para todas las energías, paz para la Fuente de la que todo es fruto y emanación, paz para lo que llamamos presente, pasado y futuro, paz para las direcciones y caminos, paz para el curso de nuestras almas. En el centro de nuestro corazón de amor, una sola llama vibra del fuego universal, en el fondo de nuestra alma, una sola nota vibra del sonido universal. Somos como el astro que al permanecer se transforma, y como el fuego, en nuestro interior somos uno: una y solo una es nuestra persona, sujeta a las Dignas Leyes.

Nuestros Dominios

Digamos que si fuéramos Madres de todos los seres, en su diversidad, seres sintientes en número inimaginable, estableceríamos un adecuado sistema para que todos reciban nuestros dones, auxilio, consuelo y protección. No estableceríamos mecanismos para otorgarles todo cuanto desean, porque somos conscientes de que nuestras criaturas a veces quieren muchas cosas que les perjudican, que sus egos se dejan a veces arrastrar por las mareas de los otros egos y de la ignorancia. No está en nuestras manos hacerlos sabios, pero sí indicarles el camino de la sabiduría y de la realización. No somos Madres tiranas, hemos dado vida a criaturas en libertad.

Ha sido una dura evolución, un camino arduo para que todos nuestros hijos puedan alcanzar el conocimiento y la libertad. A través de la resonancia de nuestro amor, conocemos profundamente la verdadera naturaleza de cada uno de nuestros hijos. Algunos de ellos han vivido intensamente a lo largo de sus muchas vidas, han aprendido y han transmitido sus experiencias y conocimientos a sus hermanos; a unos les cuesta más, a otros menos, pero todos son maravillosos sin excepción en nuestro corazón de Madre. Ya no podemos establecer equilibrios, los seres se reproducen y ellos son a su vez

padres y madres, nuestros hijos tienen el don de traer otras vidas: tienen la intención, la voluntad y la fuerza para modificar la realidad, son hacedores de ciudades.

El Universo abundante en recursos y energía, lo han mutado, causando la escasez. En realidad, el Padre de nuestros muchos hijos se llama Libertad. Nuestras criaturas han salido muy parecidas a su Padre. Como Madres, somos la esencia sutil que todo lo genera, lo que la Antigua Tradición denomina La Diosa, la energía que simbolizada en la analogía de la Luna, todo lo genera, ampara y protege radiante de amor en su fase creciente; la que da plenitud y hace que todo fructifique, en la plenitud de la Luna llena, para completar los ciclos de disolución en su fase menguante. Como Padres, somos el relámpago de libertad, el Sol, la potencia de la voluntad, la energía desbordada que la Antigua Tradición identifica con El Dios. Ambas energías forman parte de los matices de la Fuente, cuyo poder es único, manifestado a través de la pluralidad y la diferencia.

Por el Poder que es Unico,

Diosa y Dios al mismo tiempo,

En libre voluntad y por el bien de todos,

mi alma, que es encarnación

de la Energía de la Fuente,

aspira a la realización y al progreso

de todos los seres sin excepción,

encontrándome en paz,

en sintonía elevada con la totalidad

y la diversidad.

Así es, por siempre.

La Antigua Tradición identifica a la realidad visible e invisible a través de la integración de sus seres en los cinco elementos, tierra, aire, agua, fuego y espíritu, y al constituir realidades interdependientes, representa su unidad en la estrella de cinco puntas, que representa a su vez a las cinco direcciones, norte, sur, este, oeste y la inspiración. Son nuestros Poderes Eficaces.

Por el Poder que es Unico,

Diosa y Dios al mismo tiempo,

En libre voluntad y por el bien de todos,

estoy en paz con los elementos y las

direcciones, la tierra, el aire, el agua,

el fuego y el espíritu; con el norte, el sur,

el este, el oeste y la inspiración,

encontrándome en la sintonía elevada

con todos sus Poderes Eficaces.

Ellos otorgan otorgan a mi vida,

sus dones de salud, amor, protección,

fortuna y realización.

Así es por siempre.

Todo es el camino. La diversidad, la miríada de elementos constitutivos de la realidad y las plurales direcciones de las diversas rutas, están para nosotros aquí representadas, hallándonos en paz con la totalidad de nuestros auténticos dominios.

Profundizar la Paz

La culpabilización es una herramienta sicológica que el ser humano ha aprendido a utilizar para empequeñecer y estigmatizar a otros, y para hacerse daño a sí mismo. Es otro de los terribles inventos de los vagos, culpar a los demás para apoderarse de sus energías, sacarles provecho de algún modo y arrojarlos a un lado del camino.

Son numerosas las personas que creen vivir solo en la oscuridad a causa de los agudos problemas que han tenido debido a su necesidad natural, que concierne a todos, de sentir la energía y el consuelo del placer. El realismo de la comprensión de los planos espirituales, nos indica que la mente humana ha configurado un plano terrible, en el que la mente de las personas ha preferido convivir con los objetos mentales que denominamos infiernos y demonios, con el fin de escapar de las personas aparentemente bondadosas que los han culpabilizado por enamorarse de quienes no debían, sin que nadie sepa en esto qué es lo debido, o por buscar su propio placer, poniendo obstáculos así a sus propios mecanismos de acceso a las energías síquicas y corporales derivadas del disfrute del amor, la felicidad y la sexualidad. Las mazmorras de la Edad Media se han trasladado a las mentes. El amor es naturaleza y quien diga que la naturaleza solo autoriza una específica forma de acceso a la energía de placer, es porque desconoce la diversidad de lo real. Todas sus expresiones en libre voluntad y realizadas por seres con capacidad de elegir voluntariamente estos intercambios de energía, tienen derecho a morar en los universos luz, son hijos amados de la Fuente de la que todo procede. El amor es también una gran decisión, es una responsabilidad con nosotros mismos y con el ser que nos proporciona la dicha. Nuestras almas carecen de sexo, su búsqueda de energía, gozo y consuelo en la homosexualidad, el lesbianismo o la transición de género, es parte de los profundos matices de la diversidad.

La Antigua Tradición está en paz con todas las criaturas. Todos tenemos un sitio bajo la luz del Sol y bajo los rayos de la Luna; todos tenemos nuestro crecimiento, nuestra madurez y nuestra declinación. Todos recibimos el amparo de la Fuente, somos su milagro.

Unicamente encontrándonos en paz con la diversidad, podemos acceder a los elevados planos de la realidad incondicionada y establecer en nuestra suprema comprensión, los parámetros que nos acerquen al sentimiento de unicidad de la Fuente. Sobre las culpabilidades debemos meditar atentamente. Es un aspecto muy delicado. Muchos seres sufren por experiencias que han atravesado y que al haber sucedido, es evidente que en ese momento no pudieron evitarlo o no pudieron actuar de otro modo, la realidad es que así ocurrió. Somos tan absurdos que la sociedad a través de sus mecanismos legales, judiciales y carcelarios, admite que una vez cumplida la sentencia, todos elevemos votos para que el responsable de un crimen se reintegre en la vida social, trabaje y alcance su felicidad como un ciudadano respetable. Sin embargo, si nuestra hija de quince años queda embarazada, o si nuestro hijo adolescente deja embarazada a una compañera, somos capaces de decirles que destruyeron para siempre nuestras vidas, les cerramos las puertas y nuestro corazón para siempre, y que se apañen a su suerte. Son realidades que ocurren todos los días. Seres que arrastran culpabilidades de por vida. Nada de lo que puedan hacer es suficiente. En realidad, es la humanidad la que debe crecer, ahora hacia adentro, hacia lo profundo, y no dejar a nadie sin la luz de la comprensión y sin su derecho a la felicidad y a la alegría. Sin nuestras luces más altas en lo real, no podemos acceder al esplendor del universo espiritual, por eso vivimos muchas vidas.

Estar en paz con todo no es un ejercicio teórico, es aceptar que la realidad es tal cual es, observar sus diversas expresiones con respeto, por más extraños o difíciles de comprender que nos puedan parecer sus diversos matices y plurales expresiones. En paz con todo, y con todos. También con las terribles expresiones de la guerra, el crimen y la violencia, en paz también con nuestra disolución. Todo tiene un motivo.

Hoy nos hemos muerto, hoy somos transparentes; deseamos que todo cuanto dejamos atrás esté lleno de paz, amor, felicidad y fortuna. Unicamente otorgando nuestro don de aceptar, podemos estar preparados para recibir la luz de la comprensión. El interés de estas reflexiones para profundizar en nuestra paz interior extendiéndola hasta los dominios exteriores sin excepción, no es hacer una apología

de la diferencia, sino trascender nuestra propia complejidad y para que nuestro espíritu pueda iniciar su navegación astral, partiendo de un plano como el nuestro, condicionado por la dualidad y la discriminación, hacia un horizonte astral de no-discriminación y plena unicidad.

Si nuestras emociones e intenciones no están a la altura de los planos elevados, por sí mismas nuestras configuraciones mentales nos conducirán a planos cada vez menos sutiles y reproduciremos en nuestra visión las mismas contradicciones que hallamos en este plano. Estableciendo nuestra paz con todo y con todos, el éxito de nuestro trayecto está asegurado. Tenemos allí tres metas primarias a culminar, las cuales son el camino de nuestra meta mayor, que es la percepción de la Fuente. Estas tres metas son: 1) Percibir nuestro plano astral, el que nos corresponde de conformidad con las características intrínsecas de nuestra alma, y percibir la configuración general de los diversos planos energéticos; 2) Establecer comunicaciones con un Guía que por sí o mediante el auxilio de otros, oriente nuestra navegación en los diversos planos, transmitiéndonos inspiraciones útiles para la vida cotidiana. Estos Guías nos pueden poner en comunicación con seres queridos ya trascendidos, si esto fuera positivo para el bienestar de nuestra alma; y, 3) Establecer fuentes de energía astral para nuestra salud, relajación, bienestar, prosperidad y felicidad. Es importante que en estas meditaciones tengamos presente que no sólo nuestras intenciones mentales y nuestras emociones son importantes, también lo es que nuestro estado físico no condicione negativamente las facultades mentales y emocionales más sutiles; de allí que no sea recomendable que en estas meditaciones utilicemos drogas o sustancias alcohólicas que alteren nuestra estabilidad síquica. Es preciso también evitar los excesos de comida antes de las prácticas y beber agua o jugos naturales en las cantidades que necesitemos.

El Triángulo

Imaginemos un triángulo equilátero, en cuyo ángulo superior están radicadas las energías más sutiles. Conforme descendemos hacia la base de este triángulo, vamos percibiendo las energías más concentradas

y densas, en una escala descendente, que va desde lo sutil hasta lo basto; estas últimas energías están en la base misma del triángulo. Las energías de la base del triángulo representan los estados pasionales y por consiguiente, vibraciones que en el marco de la dualidad, podríamos denominar como negativas. Los estados pasionales, a veces buscados por algunos adeptos al ocultismo carentes de sabiduría, no son precisamente estados de dicha, gozo, placer, dulzura o felicidad. Son fruto de emociones muy amargas, como los celos, el despecho, la avaricia, la ira, la cólera, o la envidia, tales son las energías que encontramos en ese plano inferior. Algunos piensan que por su intensidad, estas energías pueden ser canalizadas puntualmente para determinados fines de realización, la práctica evidencia que no es así a lo largo del tiempo. Si en un principio pueden aparecer como fuertes impulsos para las operaciones mágicas o para acceder a gozos incesantes a través de esos contactos, en realidad los que las manipulan suelen llevarse la sorpresa de que sus vidas se van llenando imperceptiblemente de desequilibrio y la paulatina conversión del mismo en agudas enfermedades síquicas y físicas a lo largo del tiempo, al atraer hacia sí esas energías pasionales. En muchas ocasiones todo esto produce en el operador, un descontrol de su situación vital, rupturas familiares y pérdidas en su economía. No debe sorprendernos estos resultados, ya que estas energías son fruto de estados pasionales que si suceden en la materialidad del plano terrenal, causan los mismos resultados a todos. Sabemos por la experiencia de la vida, que los celos y los demás sentimientos anotados, son ingobernables; del mismo modo todo se va de las manos cuando se opera con estas energías. Los expertos en la meditación avanzada de alquimia espiritual, recomiendan solo de modo muy puntual acceder a estas energías, para operaciones específicas, mayormente de índole curativa en ciertos casos, lo que requiere una gran preparación y un estado de espiritualidad muy avanzado, sostenido durante años, para tratar a esas energías con respeto, sublimarlas y traducirlas en energía radiante para los fines específicos de la meditación. La sabiduría nos aconseja ser prudentes, y meditar para el logro de la paz profunda de ese plano, trasvasando a esa zona nuestro elevado deseo de que esas energías alcancen su plena sublimación. Como sabemos, también en los pantanos crecen lirios, y muchas de las energías más sutiles se han generado partiendo de ese plano. Es el reflejo de la evolución. Ello no obstante, en nuestras prácticas debemos sostener nuestra emoción e intención, para que nuestro impulso se oriente hacia las energías más sutiles. Este es el propósito de nuestras meditaciones.

Huesos duros, corazón valiente.

No establecer objetivos que superen las previsiones. Las empresas experimentadas que cotizan en las bolsas, suelen establecer metas prudentes y realistas, para que los inversores no se sientan defraudados de los resultados empresariales. De otro modo, la empresa se expondría a una fuerte reacción de los inversores, que al no alcanzar los beneficios esperados, venden sus acciones, dejando a la empresa expuesta a los ritmos de la volatilidad. Las acciones pasan de mano en mano como si quemaran, y sus precios terminan cayendo en picado.

Nuestros objetivos en la meditación sobre la vacuidad deben ser precisos, logrados paso a paso, de forma constante y paciente. Es exactamente como cuando nos decidimos a hacer un largo viaje, desde el momento de su ideación hasta la llegada a destino, hay muchas etapas que resolver cada día. El viaje más largo se inicia con el primer paso, no debemos olvidar que los sistemas se reproducen y la meditación sobre la vacuidad no es del todo diferente a esta realidad.

Las prisas solo traen frustraciones y abandono de nuestros planes más ambiciosos. Como hemos afirmado, la concentración es importante, ella la podemos ejercitar observando las cosas, realizando ejercicios físicos que nos obliguen a actuar concentradamente, poniendo atención a los detalles. Podemos desarrollar esta facultad día a día, observando en nuestra meditación un punto a un metro de distancia de nuestro asiento de meditación, concentrándonos en una figura o imagen. La concentración canaliza con naturalidad la energía diamantina de nuestra mente.

Las expresiones de los Espíritus superiores son emocionales; transmiten sus enseñanzas canalizando las mismas hacia nuestra alma, con serenidad, precisión y sencillez conceptual. Muchas personas que reciben

sus lecciones e inspiraciones cotidianas, no están dotadas de erudición. Si nuestro acercamiento hacia estas almas tiene el propósito de lograr una Guía en materias especializadas, es recomendable que nos informemos de modo suficiente sobre los temas, para que la transmisión espiritual pueda ser objetivizada a través de nuestros bancos de datos neuronales. Aun cuando nuestros conceptos en materias especializadas puedan ser tenidos como insuficientes para estos Espíritus superiores, Maestros en las disciplinas del conocimiento, gracias a la información previa que disponemos, Ellos pueden inspirarnos analogías y establecer con ello avances y luces nuevas sobre nuestras capacidades y precisiones del conocimiento objetivo. Podemos recibir estas lecciones en la propia meditación, en nuestros sueños o en nuestras actividades cotidianas, encontrar una obra clarificadora de nuestras inquietudes e interrogantes, o un sentido inesperado del conocimiento antes aprendido, mediante una palabra suelta o una lectura, que nos inspiren un detalle suficiente, para precipitar luego el contenido emocional de las transmisiones espirituales.

Nada queda sin responder, cuando las preguntas son formuladas por el bien de todos. Debemos estar abiertos a sus nuevas formulaciones, y establecer en las mismas los parámetros de su utilización más sabia en este plano. La experiencia nos informa que el interés o afán de lucro para obtener provecho egocéntrico de estos conocimientos derivados de la sabiduría de los Guías, causan la pérdida de los contactos y nos ponen en inmediata sintonía con otros espíritus de planos inferiores, que a través de la ilusión nos llevan por caminos paralelos a los de nuestras intenciones, rumbo a los niveles de las energías más bastas.

La pobreza o las limitaciones no son excusas válidas para una utilización indebida de estos conocimientos, en particular si comprendemos que los Espíritus superiores se formaron en este plano terrenal, padeciendo escasez y limitaciones: Ellos practicaron la austeridad en el transcurso de sus muchas vidas. Los Maestros de las disciplinas del conocimiento, también lo son del espíritu. Ellos han padecido todos nuestros problemas e incertidumbres, cometieron nuestros errores, hasta lograr despedirse de este plano dejando el ejemplo de sus huesos duros y su corazón valiente. Conocen mejor que nadie nuestros defectos y nuestras virtudes. Y como a Ellos les correspondió hacer, esperan que nosotros alcancemos la clara comprensión de que nuestro progreso y la satisfacción de nuestras auténticas necesidades, debemos encomendarlos con esperanzada confianza, a nuestros Guías del plano de las energías sutiles, quienes actúan imperceptiblemente para sostener nuestro progreso y nuestra realización. Debemos tener la absoluta certeza de que esta Fuerza actúa por sí misma, y agradecer de antemano receptivamente el significado de todos estos dones.

En el sitio de meditación, con nuestros ojos cerrados, percibamos en nuestro interior una luz azul clara, en forma de un pequeño rombo. Ahora imagina, siente y visualiza esa luz fuera de ti. Transmítele tu energía para que sea estable, serena; esa luz es emanación tuya, de tu alma, una manifestación de la Fuente que puedes reflejar y sostener emocionalmente. Ahora siente, percibe lo que esta luz te transmite, es tu primer contacto con las realidades del plano astral. No hay nada, el plano de la vacuidad carece de imágenes, pero tu alma toma asidero en la imagen para el emplazamiento de la percepción y la resonancia. Transmite amor a esa alma, es tu alma, el sujeto de la meditación y el objeto se funden, no hay discriminación entre el yo y el otro. Es un aspecto tuyo, el más elevado. Tu propio reflejo es tu Maestro, tu yo superior, tu Guía en esta y en otras vidas. De aquí puedes evolucionar en tus percepciones, y configurar su forma, transmitiéndole tus aspiraciones más elevadas, las características y los dones de la belleza, la luz y la armonía trascendental, hasta establecer poco a poco y de modo satisfactorio, la vinculación de su alma con la tuya: es una y única, la emanación de la sabiduría. A partir de la estabilización de tus percepciones, mediante la repetición cotidiana de esta práctica, podrás ir evolucionando en los desarrollos de las diversas metas que son para ti ambicionadas, la paz, la salud, la armonía, el progreso y la realización, tantos dones como tu ofreces, tantos dones como tu recibes. Puedes inspirarte para estas meditaciones en imágenes del arte y la fotografía, hasta que vayas logrando la adecuada percepción de tu propia naturaleza espiritual, transmitiendo de este modo al plano astral, aquello que esperas recibir de sus manifestaciones en tu propia conciencia. Cuanto más sutil es tu emanación, la intensa resonancia del plano astral, traerá hacia tí las más sutiles energías. En

un momento dado, conforme avances en tus meditaciones a lo largo de los días, este Guía te enseñará cuanto precisas, y te evidenciará las rutas de tu navegación en el plano astral, los universos de la luz infinita. Pero nunca olvides, que aun el plano astral es transitorio, y que la naturaleza humana es el mayor don que poseemos en nuestra ruta hacia la integración con la Fuente. Nuestro mundo, aun con todas sus limitaciones, es la verdadera antesala para consolidar nuestra fusión con la Unicidad.

Aun los Guías Espirituales más elevados que te encuentres en el plano de las energías sutiles, tendrán que encarnar en seres como tú, para proseguir su camino hacia la Fuente. De allí que esos Guías esperan que sus enseñanzas sean provechosas para la vida cotidiana, que no se conviertan en una fuga de las realidades de la vida, ni sean motivo de pretexto para abandonar tus responsabilidades en el plano terrenal. Muchos de estos Guías, aun capacitados para establecer su fusión con la Fuente, han formulado estrictos votos de encarnar en nuestro plano, para ayudar a los seres en su camino de realización.

En el plano sutil podrás encontrar todas las maravillas y tesoros, seres de increíble belleza y perfección, recibir amor y sabiduría, todo cuanto tu corazón aspira; puedes allí observar como las almas siguen a través de los diversos planos, nuevas enseñanzas, y comprender que la evolución y la vida son un continuo en la totalidad de los diversos planos. Puedes aprender a canalizar sus sutiles y especiales energías, atrayéndolas con amor hacia ti, para tu bienestar y el de tus seres queridos, proyectándolas también a los diversos planos y a todos los seres sin excepción, en una navegación que parece no tener límite, a través de la cual puedes recibir amparo, protección, refugio y auxilio. Pero recuerda que todo es transitorio, aun para esas almas, la realidad de lo manifestado es que todo lleva el sello de la impermanencia.

Toda belleza se extingue, toda energía se modifica. Como las nubes que se forman en el espacio, se transforman y luego se desvanecen, así es la totalidad. No es ninguna proeza proyectar el alma hacia el plano astral, la proeza es que dejemos en este plano nuestro ejemplo cotidiano, los huesos duros, el corazón valiente.

La Transparencia

Visualicemos en nuestro sitio de meditación, nuestra transparencia. Sin mente, sin cuerpo, transformándonos en una energía diamantina que se extiende poco a poco por doquier, atravesando la totalidad de las direcciones, penetrando suavemente en todos los seres de los diversos planos, infinitos mundos, realidades tangibles e intangibles, visibles e invisibles. Somos esa energía diamantina que esparce sus reflejos de amor, paz y sostén de la totalidad. Esto es lo que somos en realidad, somos la Fuente. Es el profundo milagro de la Fuente, reproducirse a Si, en cada ser. En nuestra transparencia, percibimos nuestra naturaleza, espontáneamente ilimitada, sin huesos, sin médula, sin orejas, vacíos. En este vacío cabe la totalidad y si sostenemos la meditación, lograremos establecer un universo de energía diamantina.

Algunas veces solemos decir que todas las fatigas de este mundo se reducirían en forma inimaginable, si todos colaboráramos para establecer un mundo más justo y más humano. Estas palabras son ciertas, pero aveces las pronunciamos como un anticipo de las numerosas quejas que tenemos reservadas por lo que no hacen los demás, por lo que nos incomoda y molesta, a veces con justa razón. El problema es que aveces no comprendemos que esta primera idealización es muy genérica, y en ella está el germen de nuestro despilfarro energético, ya que mucho de lo que hay que hacer está en realidad en nuestras manos. A veces la energía se nos va por la lengua y nos olvidamos que tenemos manos.

La potencia de nuestra energía la podemos canalizar silenciosamente en nuestro entorno, y por reducido que sea, nuestro entorno puede ser idóneo para afectar positivamente a los restantes; por imperceptibles e insignificantes que nos puedan parecer estos cambios, siempre serán significativos para contribuir a la cristalización del mundo que anhelamos. Es posible, en efecto, mejorar las condiciones materiales y espirituales de este mundo, y numerosos seres lo han evidenciado, teniendo ellos nuestras misma cualidades, orejas, boca, manos y piernas. Ellos simplemente decidieron que su punto de vista era significativo, lo quisieron evidenciar y establecieron objetivamente que valía la pena ponerlo en práctica.

Hace relativamente pocas décadas, era inimaginable que las personas que vivían en una comunidad, se pusieran de acuerdo para que los pasillos de un edificio estuvieran limpios, o que nuestro mundo pudiera desterrar numerosas enfermedades endémicas, que no se lastimara físicamente a los niños con el pretexto de su corrección, o que transformáramos en una actividad antijurídica, la práctica de la tortura.

Hemos evolucionado gracias al trabajo de muchas personas. Aun así, nuestro mundo es complejo y contradictorio. Por una parte bombardeamos una ciudad, causando numerosas víctimas, y por otra una docena de cirujanos pagados por nuestros impuestos, trabaja varias horas seguidas para salvar una sola vida. Por una parte nos alegramos de los resultados que el buen comportamiento del consumo causa en la economía nacional y en favor de las políticas de empleo, y por otra nos desayunamos con la tristeza de las terribles hambrunas que padecen varias poblaciones del Africa. Esto a veces nos hace pensar que necesitamos más progreso material y menos filosofías espirituales.

Si observamos con atención, los grandes cambios de la conciencia de la humanidad, son una fusión del espíritu y la materia. Han tenido su origen en experiencias muy aisladas, que luego se han podido extender por su significado y utilidad, hasta penetrar en la conciencia de todos y llegar a ser generales para el bien común. Por el contrario, cuando hemos negado el espíritu, hemos legitimado barbaridades,

como ocurrió cuando negamos con cinismo, la posibilidad de que los seres de otras razas tuvieran almas, o como ocurre aún, con los animales que van al matadero.

Así como los niños podrían enseñarnos grandes lecciones sobre la imaginación y la visualización creativa, ellos también pueden ser nuestros Maestros en la extraña alquimia de espiritualizar la materia, como podemos observar en su natural facilidad para transformar un pato de peluche en un personaje entrañable, con nombre, afectos y forma de ser incuestionable, lleno de vida y significado espiritual. No se equivocan los niños, la materia es una forma, sólo que mas densa, del espíritu universal. Espiritualizar la materia, es una comprensión muy reciente para los adultos, pero hoy los organismos internacionales protegen los paisajes naturales, los monumentos, legados artísticos y ciudades históricas, hasta las cuatro piedras de una ruina; gracias a la comprensión de sus significados para la cultura y el alma de la humanidad, se protegen los manuscritos de los poetas, se forman bancos de datos para preservar el conocimiento y la información. Espiritualizar nuestra vida cotidiana es cuanto nos falta. Algunas personas no admiten esto, porque estiman que nos llenamos de elementos de consumo transitorio, inútiles, en efecto, esto es verdad; pero también es cierto que todo cuanto existe, aun lo que podamos consensuar entre todos y denominarlo lo más sagrado, es siempre transitorio. Asi lo hemos constatado a través de la historia de los imperios, cuando sus antiguos dioses, templos y ciudades, han sido demolidos y sobre ellos se han levantado las imágenes de otros dioses, otros templos, otras ciudades, transformando las energías anteriores en nuevas formas, nuevas potencias que amparan la vida sobre la tierra.

Espiritualizar nuestra vida cotidiana puede contribuir a solucionar los grandes problemas y necesidades; si apreciamos para nosotros que los alimentos son sagrados, comprenderemos la intensidad de su significado para quienes carecen de ellos, comprenderemos con naturalidad que necesitamos trascender esta economía de escasez, que hemos cristalizado a causa de nuestros excesos durante muchos siglos. La naturaleza sagrada de la sexualidad es también una asignatura pendiente, en este camino de madurez y comprensión de la unicidad. Y aun si los demonios existieran con cuernos y rabo en algún sitio en el centro de algún astro incierto, serían también sagrados, porque todo sin excepción es manifestación de las energías de la Fuente incomparable. Todo es sagrado, las piedras, los ríos, los seres y todas las manifestaciones de los diversos planos. Esta es la gran comprensión y la gran sabiduría, el universo de luz infinita, nuestra transparencia.

La no-meditación

Si observamos el mundo de hoy, nuestra tendencia es a clasificar los asuntos, de tal modo, que podemos entender nuestra espiritualidad como viva, porque meditamos o sostenemos ardientes plegarias, y en

general porque realizamos en la práctica, los mecanismos de acceso a los roles previstos en el contexto de una persona espiritual. Todo esto es muy positivo y relajante, pero podemos estar encaminándonos hacia un mundo que padezca de espiritualitis e inciensitis crónica.

Meditar y no meditar, levantarse y sentarse, ir y venir; todo trascendido, esto es lo que enseñaron los antiguos sabios. Somos los enfermos imaginarios que debemos tomar medicinas provisionales, porque nuestra verdadera enfermedad sólo puede ser curada en nuestro interior, cuando seamos capaces de sostener la profunda comprensión de la total y gran unicidad de la que somos todo y parte.

Ni los ríos ni las cascadas, ni los desiertos ni los grandes hielos, son ajenos a nuestra naturaleza única. Cantando estamos también en el plano astral, llorando o riendo, meditando y no meditando. La espiritualidad es un emplazamiento del corazón, en el Corazón de la Fuente en la que todo se origina, se transforma y declina; en su renovación, en convivir con las contradicciones: es sagrado encender un incienso, es sagrado tirarlo a la basura, todo es claridad e impermanencia, como nosotros mismos, como todo lo creado. Todos somos una joya de valor inapreciable, todos somos la basura, la realidad es indiferenciada y la suma de todo es la luz infinita que trasciende nuestras contradicciones.

Una de las reflexiones más profundas que se han hecho sobre la espiritualidad, es aquella que nos dice que todo, aun lo más extraño, tiene un profundo significado. Es así en verdad, pero también podemos admitir que vivamos en un universo en el que la vida es espontánea, porque sí, un universo en el que nuestra vida simplemente sea una maravillosa expresión de amor de la Fuente, quien se maravilla de sus paisajes y de la realidad de su propia totalidad, su unicidad y su diversidad, la belleza de las formas de las estalactitas, el beso de los amantes, los extraños colores de las ranas y la manera de andar de los caracoles. El no-pensamiento es una poderosa emoción, una explosión.

La Educación para la Paz

De allí que todo nos concierne. Nuestra aspiración al despertar, nos orienta hacia la superación del egoísmo, percibiendo a nuestros semejantes como parte de la identidad trascendental, estableciendo nuestra conciencia de comunidad, y más allá de esta, haciendo nuestro el profundo significado de la consciencia cósmica. Si observamos con detenimiento, no existen en el universo, criaturas mejor

dotadas que los seres humanos para imprimir su voluntad en este plano, para establecer el imperio de la libertad, la justicia, la democracia o la igualdad.

Es cierto que muchos hechos de la humanidad, nos enseñan que otros seres son incapaces de producir tanta maldad, ni los rinocerontes ni las jirafas han causado daños a otros seres o a la propia naturaleza, como los que hemos causado los seres humanos en nuestro camino. Pero no olvidemos que los otros seres no han tenido la responsabilidad de constituirse en la especie dominante de nuestro mundo, nos ha tocado a nosotros hacer de este mundo y del sistema solar, el ámbito de nuestra posesión y de nuestro domino. Es cierto, nada es de nadie, todos nos desvaneceremos, pero aspiramos a que nuestros descendientes reciban completa esta heredad. Para ello dejamos la marca de nuestra voluntad, en este plano. Sin embargo, si hemos logrado trascender en muchos aspectos nuestra consciencia egoísta, si hemos aprendido a preocuparnos por el otro, por el bienestar de nuestra familia y de nuestros seres queridos, o de los seres humanos en general; si hemos aprendido que nos concierne todo cuanto ocurre en la naturaleza y a proteger la pluralidad de las especies, todo esto lo hemos hecho en forma poco estructurada, porque hemos aprendido que la protección de los bienes de todos, es la mejor garantía para nuestra supervivencia. Debemos trascender este estado de consciencia, y observar que todos estos logros no pueden ser mantenidos sin afianzar nuestro conocimiento del alma. Si observamos con atención, nuestros sistemas educativos han mejorado notablemente, hemos hecho grandes esfuerzos en superar nuestra ignorancia, pero nuestra educación está orientada a los conocimientos de las ciencias, las artes y la sociedad. Los jóvenes reciben sus diplomas que los acreditan para realizar estudios más avanzados, para obtener trabajos, todo hasta aquí es muy correcto, hemos empleado bien nuestros recursos al destinarlos a esta

formación. El problema es que nadie les enseña a vivir. Se sigue aprendiendo a golpes la ética del amor, el respeto a la pareja, la responsabilidad con nuestros propios sentimientos y los de los demás, las metas y objetivos valiosos. Nuestros jóvenes salen a la vida como aquel que para nadar, se echa sencillamente al río, muchos son los ahogados; los resentimientos y las frustraciones, no tardan en manifestarse. Les hemos enseñado como reacciona el ozono en la atmósfera, pero no la forma en que reaccionan sus propios sentimientos. Parece que está en nuestras manos el dominio del universo, o al menos de una parte del mismo, pero el dominio de nuestra propia alma sigue estando fuera de nuestro alcance, este es nuestro gran problema en este momento.

No produciremos más demonios

Los seres humanos hemos sido especialistas en fabricar demonios, esta ha sido una industria muy próspera. Podemos atribuír a las religiones este fenómeno, pero más bien ellas lo han recogido del saco de nuestros temores e incertidumbres, y lo han administrado con la eficiencia de una calificada empresa de servicios. Hemos demonizado todo cuanto no comprendemos, lo que nos desagrada, lo que colisiona con nuestros intereses. Hemos demonizado a la mujer adúltera, hemos demonizado al ladrón, hemos demonizado todo cuanto rechazamos. No hemos analizado la conducta, hemos estigmatizado al sujeto, y con ello hemos herido a muchos seres en su dignidad, a causa de nuestra falta de comprensión y luces altas. Somos seres de luz y de sombra, nuestras vidas están regidas por los ciclos del día y de la noche; nuestras vidas están llenas de plurales matices, nuestro es el bien y de igual modo, los numerosos y graves errores que hemos cometido con nuestros actos, todos somos hijos del acierto y del error.

Si sostenemos un universo en el que por el significado de la acción podemos irnos a la eterna oscuridad, entonces debemos aceptar que nuestra voluntad está partiendo en dos la Unicidad de la Fuente, y en consecuencia no debería extrañarnos que a quienes arrojemos a la sombra, traten de encontrar poder y consuelo en la práctica de los ritos de la oscuridad, o que sus energías sean canalizadas para fortalecer al objeto mental denominado el Señor de la Sombra. Tendrían todo el derecho y la legitimidad para hacerlo, porque los hemos dejado injustificadamente sin la luz de su dignidad. No, no es una conducta compasiva comprender que en nuestro universo de luz infinita estamos todos, los que acertamos y los que nos equivocamos, en el contínuo de nuestros roles sociales.

La vida es difícil para todos, y probablemente más para algunos que para otros. Es un derecho inalienable de todos los seres disfrutar de este universo de luz infinita, cuya intrínseca naturaleza es evidente, y no fruto de la creación de objetos mentales; todos somos iguales ante el amor y la sensibilidad de la Fuente de la que todo sin excepción procede. No necesitamos configurar objetos mentales mecanicistas, basados en la dualidad del bien y del mal, de la luz y la oscuridad. También en la oscuridad hay eterna luz, las estrellas infinitas. El mal es fruto de todos, como el bien, todo es el resultado de nuestros actos en nuestras muchas vidas.

El horizonte que hoy tenemos, tal cual es, es nuestra herencia, y la vamos a enriquecer gracias a la comprensión de la unicidad. Aspiramos a la felicidad de todos, y a que todos los seres observen responsablemente que es posible y deseable romper los obstáculos que impiden nuestra realización común y que nos condicionan de vida en vida al sufrimiento.

Nuestros deleites son ciertamente efímeros, porque hemos derivado nuestras energías de la pulsión del placer carnal, del control de las energías de los demás, de la seguridad que la acumulación de bienes nos proporciona. A nadie debe extrañar que esa pulsión lleve a muchas personas a cometer tantos

errores, haciéndose daño a sí mismos y a los demás. El reto de la humanidad es ahora establecer nuestras fuentes de energía en el contexto de la naturaleza, y esto solo lo podemos lograr mediante la educación. Las crisis del petróleo, fuente energética por excelencia de nuestras máquinas, han traído la necesidad de concebir energías alternativas para las máquinas; nos han obligado también a establecer límites al consumo de sus derivados, a practicar en síntesis, medidas austeras para que nuestras economías nacionales no se

hundan cada vez que sube el precio del barril de petróleo. Esto ha sido posible gracias a la educación y la toma de conciencia por parte de las sociedades. Hemos observado durante dos siglos en los que las máquinas han contribuído a nuestro gran progreso, que las guerras globales han estado motivadas por las ambiciones de los grupos petroleros y sus aliados. Observamos todo esto, y hay estudios económicos, políticos, históricos y sociales, que llenan las revistas y las bibliotecas, explicando las causas, los agentes y el significado de estas crisis. Pero aún no caemos en cuenta, porque quizás no queremos observar con detenimiento, que nuestra situación personal es muy parecida, nuestros sufrimientos se han redimensionado a causa de la lucha por la energía personal. Comemos lo que nuestro organismo no necesita y hasta rechaza, buscamos placeres y satisfacciones que nos atontan y embrutecen, la alegría que puede causar a nuestra mente un refinado licor, la transformamos en una hecatombe de borracheras interminables, necesitamos sin duda educación y austeridad. Y todo pasa factura, todo tiene un costo: la violencia de género, el aumento incesante de las tasas de criminalidad violenta, los hurtos y robos para pagar la inmediata satisfacción de esta pulsión, la droga, las enfermedades y el incremento de nuestros sufrimientos. No culpabilidades, sino educación, es lo que necesitamos para que nuestro espíritu encuentre su felicidad en los diversos ámbitos de la realidad y con ello la energía que precisa para la plenitud de realización de las funciones vitales.

Cosmovisión

Percibir nuestra vida como el resultado de una o de muchas vidas, no va al centro de la cuestión. Realmente somos el resultado de un oleaje mayor, nuestra vida es el resultado de un proceso de evolución de la vida en un concepto más extenso y dinámico. Nuestro cuerpo y nuestra mente son el resultado presente de la vida del universo, de la formación de los átomos y de las moléculas; somos también el resultado de la vida de todos los seres humanos que existen, existieron y están por existir. El pasado del universo y sus transformaciones; la historia del género humano, nuestro presente y nuestras proyecciones hacia el futuro. Así como la visión puede percibir y observar un paisaje infinitamente mayor al tamaño de la pupila, nuestra mente tiene la facultad de incorporar en su interior, un campo de percepciones infinitamente más amplio que el de la esfera subjetiva o inmediata; como hemos observado, en la película de nuestros sueños y de nuestras concepciones, caben también los elefantes.

Si observamos nuestro organismo físico, las células forman parte de un sistema, en el cual sus armoniosas funciones nos permiten la vida; esto se produce gracias a que cada parte de nuestro organismo tiene su propia autorreferencia, su específico contenido y función, que se encuentra debidamente equilibrada para establecer lazos comunicantes con el entorno y con los otros sistemas de nuestro cuerpo físico. Todo cuanto existe en el plano físico, es un organismo dotado de cierta autonomía, pero capacitado al mismo tiempo para establecer interrelaciones con el entorno; somos por decirlo así, células de un gran organismo. Nuestro cuerpo en sí, es un sistema o universo en el que podemos observar el océano de nuestros líquidos, y protagonistas de muy diverso tipo. Nuestra educación nos ha indicado que estos procesos se realizan de un modo mecanicista. La ciencia en su notable esfuerzo de comprender el significado de la realidad, partió de modelos físicos del universo para comprender las partes y las funciones de cada elemento. Poco a poco nos hemos ido dando cuenta, que ese modelo no era exacto, que las funciones de la realidad son más complejas: poseen mecanismos de mutablidad y adaptación. Las propias funciones determinan en gran medida las características de todos los sistemas, sus desarrollos evolutivos y los intercambios de sus respectivos patrimonios sistémicos con los restantes sistemas más simples o complejos de su entorno. No existen parámetros definidos acerca de la causa de los fenómenos, debido a que las interrelaciones entre los sistemas son incesantes. Por decirlo de algún modo, todo nos condiciona, y si yo me resfrío, tu estornudas. Estos procesos que la naturaleza produce de un modo espontáneo, no podemos ciertamente compararlos con las funciones que los seres humanos desarrollamos a partir de la esfera de lo que denominamos la intencionalidad. La diferencia más bien reside, en que los seres humanos hemos añadido una función compleja, que es el lenguaje y los conceptos, para identificar y caracterizar a nuestro entorno. Gracias al lenguaje, podemos identificar o tipificar una conducta, como intencional o no intencional, según

las propias características anímicas de la acción o de la omisión, expresadas a través de las información que podemos derivar al observar su ejecución o las constancias que quedan de la conducta en el plano de la realidad.

La observación de que los seres humanos somos capaces de definir nuestros motivos de acción, no nos autoriza de ningún modo a negar que toda la realidad, incluso la atómica, careza de conciencia; muy por el contrario, las funciones de los elementos, nos plantean el dilema de admitirlo. Estableciendo una analogía, podríamos observar que nuestro planeta es un sistema que reacciona con cambios climáticos drásticos, a las insensateces que cometemos cuando nuestras plantas de petróleo contaminan la atmósfera. Podríamos especular acerca de que este comportamiento de nuestro planeta es netamente mecanicista, pero sucede que no reacciona igual todas las veces frente al mismo fenómeno. Así ocurre también cuando analizamos la pluralidad de los sistemas; esta es la gran incertidumbre y la indeterminación de nuestras proyecciones hacia el futuro.

La incertidumbre forma parte de un área de nuevos conocimientos de la ciencia, cuyas fronteras no podemos todavía vislumbrar. Son los dominios de lo que llamamos el azar, la teoría del caos, el análisis de los modelos y la sistémica. Parece que debemos tener paciencia para que los resultados de estos conocimientos nos proporcionen las luces suficientemente precisas para la comprensión de las características del universo, pero ya tenemos indicios de que sus procesos no son ciegos: podemos reproducir las variables que observamos más significativas, que influyen en los comportamientos de la realidad. Nuestros únicos límites para alcanzar esta frontera, están en nuestras mentes y en la estrechez de banda de algunas de nuestras teorías tradicionales. Esta misma es la causa de nuestra limitación espiritual hoy día, si bien la realidad considerada como un todo, es cierta para nuestro ojo. Llamamos paisaje a un conjunto indeterminado de imágenes puntuales, del cual recibimos impresiones, y al que somos capaces de transmitir también nuestra emocionalidad. El paisaje nos parece hermoso, agradable, emotivo, inolvidable. La realidad es que somos el resultado de todo. Una importante contribución de estas teorías, es la observación de que las transformaciones de los sistemas no se producen de un modo holístico; los cambios en el patrimonio sistémico sólo resultan eficaces y convenientes cuando son específicos y paulatinos; si se fuerzan estos cambios para que un determinado organismo realice otras funciones de conjunto, podemos tener como resultado una crisis sistémica, no el perfeccionamiento de dichas funciones.

Nuestros avances en el campo de la espiritualidad, deben poner atención a estas observaciones. Numerosas personas han llegado a pensar que pueden transformar su ser de forma integral gracias a una receta espiritual, o que mediante la práctica de una determinada vía, que le significa cambios en toda su estructura sistémica, su perfeccionamiento puede estar garantizado, debido a que los sabios de esa vía, lograron una transformación holística, en la totalidad de su conciencia. Quienes autorizadamente explican la naturaleza de estas vías, comprenden que si bien algunos sabios de estas tradiciones lograron en un determinado momento alcanzar lo que podríamos denominar la sabiduría incuestionable, este logro fue debido a un proceso más complejo, que partió de un plan riguroso de ingeniería mental y emocional, produciendo inicialmente cambios fragmentarios y estableciendo una aguda observación de cada aspecto involucrado en el perfeccionamiento espiritual. Un esfuerzo de este tipo, realizado durante muchos y disciplinados años, conduce a una excepcional visión de la realidad del alma, y a la percepción directa de la Fuente. Pero estas transformaciones nunca fueron realizadas por los sabios en un único instante, ni pretendiendo que en un solo acto pudieran tener una transformación general de su patrimonio sistémico: fueron paso a paso, avanzando en el tiempo mediante cambios específicos. Los Maestros cafeteros, tienen mucho cuidado con las características de los granos, las mezclas, sus procedimientos de recolección, la tierra, las laderas de las montañas donde crece la planta, sus microclimas, el abono y la propia temperatura del agua; ellos afirman que la esencia del café, su delicado sabor y aroma, sus virtudes especiales, se alteran si el agua, el recipiente y la fuente de calor no son las correctas. Nosotros calentamos el café como nos da la gana y lo tomamos con un sandwich, perdiéndonos así la plenitud de sus matices. La formación espiritual debe atender todas estas realidades, y comprender que la sabiduría es un precipitado de muchos

años de práctica en la superación de obstáculos específicos, paso a paso, como el agua que vamos hirviendo, primero templada, luego caliente, las primeras burbujas, su precipitado en ebullición, y por fin, el agua hervida. No es otra la realidad del alma. Cada aspecto que mejoremos contribuirá sistémicamente a mejorar el resto de las funciones, pero hay que hacer estos cambios de modo fragmentario, uno a uno. El redimensionamiento de nuestra conciencia parte así, no con la mera comprensión de que el universo es algo maravilloso o que la Fuente es infinita en sus características y dones, sino cuando logremos admitir con respeto, que cada detalle del universo posee nuestra propia naturaleza, si bien con formas, características y funciones diversas, integradas en una unidad incuestionable que a todos nos concierne aunque la totalidad de los seres no la podamos expresar con palabras. Observando a las partes, conocemos a la Fuente.

Participamos de la naturaleza de los grandes meteoritos. Nuestra historia es la del universo; provenimos del choque de grandes masas de energía y de materia, en la inmensidad del vacío de las más antiguas galaxias. Hemos sido bacterias, trogloditas y todo aquello que los vestigios del pasado nos puedan enseñar y el presente nos pueda evidenciar. Nuestro presente es todo esto; seremos los amos del universo si no nos mata una bacteria en el camino. Nada nos es ajeno, nada nos es propio, debemos meditar en esa totalidad que gracias al esfuerzo de nuestras muchas vidas, podemos considerar nuestra, de la que somos a su vez tan solo como pequeñas células. Nuestro espíritu es universal, pero para lograr el definitivo establecimiento de esta conciencia, necesitamos internalizar y asumir en la profundidad de nuestra alma los nuevos roles y valores de nuestro camino.

Tenemos mucho que proteger, estamos ante las fronteras del alma del universo. Aspiremos a la espiritualización de esos dominios, y aunque pueda ser real que nuestro planeta no se liberará fácilmente de los conflictos que hemos creado, nuestra observación del universo contribuirá a establecer un sentimiento de armonía, paz y humildad, ante la inmensidad de los grandes océanos exteriores. La resonancia de este sentimiento se trasladará imperceptiblemente a nuestro planeta. Muchos siglos hemos pasado mirándonos nuestras narices y nuestros defectos, como si la Tierra se nos hubiera quedado pequeña para tanta ambición. Hemos perdido el tiempo en peleas de vecindad, que solo nos han empobrecido y avergonzado. Nuestra meditación en el astral es hoy más que nunca reflejo de la poderosa realidad mayor: hemos iniciado el camino de las estrellas. Es el retorno, porque después de dar tantas vueltas en el mismo sitio, hemos comprendido que de allí provenimos. En la complejidad de los fenómenos que allí observamos y en el análisis del comportamiento de las partículas, aprendemos a

gobernar las funciones insospechadas de nuestro espíritu, tan complejo y sencillo a un tiempo, como la infinita dimensión de nuestros sentimientos.

Nuestras plegarias

Vivimos días en los que podemos observar que las expectativas de las empresas se expresan en mensajes a sus clientes e inversores, a sus funcionarios y en general, estos buenos deseos de éxito en las metas programadas, se traducen en intenciones, frases, documentos, y en todo aquello que permita dejar constancia representativa o simbólica de tan firmes deseos e intenciones. Aunque observamos como espectadores estas expresiones en las noticias, conferencias de prensa y fotografías dirigidas hacia la opinión pública, en el interior de estas empresas tales campañas tienen un significado muy particular, porque sus contenidos revierten hacia el interior de sus departamentos, fortaleciendo su unidad de acción. Son como brujos que chamanizan el exterior y terminan convenciéndose de la bondad de sus productos y políticas.

La Fuente es emocional y receptiva a nuestras plegarias, pero además nosotros lo somos: nuestra conciencia registra nuestros deseos e intenciones y los de los demás, imperceptiblemente somos como esponjas que lo absorbemos todo. Somos de la misma naturaleza de la Fuente, estamos dotados de una gran receptividad. De allí que la plegaria nos fortalezca, evidenciando de un modo inequívoco, gracias a la directa expresividad, nuestros contenidos emocionales y esperanzas depositadas en la Fuente, cuya

emocionalidad al no disponer de un tiempo lineal, puede materializar nuestra aspiración de futuro en tiempo presente. También la plegaria nos refuerza interiormente, porque hacemos inequívocos para nosotros, los indicados contenidos.

La plegaria modifica a través de la expresión de nuestras energías, de adentro hacia afuera, los aspectos sutiles y las vibraciones de nuestro entorno. Nuestras dificultad muchas veces reside en que las almas son específicas en sus diversos contenidos emocionales, y resulta que a veces no encontramos la forma de expresar a la Fuente, nuestras esperanzas y expectativas más íntimas y sinceras, debido a que tenemos la concepción de que en nuestras plegarias, tenemos que seguir forzosamente las recetas ajenas.

Las plegarias a la Fuente deben ser directas y espontáneas para que sean eficaces, sin que ningún formulario preparado por otro, nos condicione o limite. En realidad, no necesitamos palabras para ser percibidos por la Fuente, Ella siempre percibe nuestros contenidos emocionales. La limitación está en nuestra mente, ya que muchas veces no sabemos cuáles son nuestras verdaderas expectativas. Parece que lo queremos todo en este mundo, tenemos mucha confusión acerca de lo que son nuestras necesidades reales y las de los escaparates. La plegaria nos ayuda a precisar los objetivos, pues implica un ejercicio de concentración, de observación de nosotros mismos, de nuestros sentimientos y necesidades. Si lo que pedimos es bueno para nosotros, la plegaria es eficaz. Hay cosas que son para nosotros, y otras que no nos corresponde poseer o disfrutar. Tenemos que encajar esta lección y comprender el motivo de que algunas de nuestras plegarias se queden sin respuesta.

Muchas personas hemos vivido la experiencia del sufrimiento a causa de la pérdida de un ser especialmente querido, la desolación que sentimos cuando ese ser amado desaparece de nuestro plano; el absurdo que para nuestra mente representa la circunstancia de que hace unos momentos ese ser estaba aquí, y de pronto, ahora no está. Las pérdidas son a veces causa de que perdamos nuestra fe. Es algo normal, hay realidades muy amargas. Los parámetros de nuestra posesión y apegos, no nos permiten comprender que todo bien es un don, que todo pertenece a la Fuente. Estamos tan convencidos de nuestros poderes terrenales, que a veces perdemos la noción de lo factible. La fe se encuentra en estrecha relación con la seguridad de nosotros mismos, y esta con la precisa determinación de lo factible. Nuestro sistema de creencias no debe exceder esta realidad del universo, pues podemos poner en peligro nuestra seguridad y confianza en los poderes de la vida, y con ello nuestra autoestima. No comprendemos por qué los niños mueren en las grandes hambrunas de Africa, no comprendemos por qué los niños tienen que prostituírse. Atribuímos estas causas a la Fuente, sin observar que son fruto de decisiones humanas, de la desestructuración que causamos en las economías de los pueblos, de los votos que otorgamos a los políticos corruptos, de los abrazos que nuestros líderes entregan a los gobernantes de esos pueblos tan sufridos.

Nuestras manos son hacedoras del bien y del mal, esta es la realidad, no debemos perder la confianza en el bien; debemos trabajar para el bien y elevar nuestras plegarias para que resuenen en el poder de nuestras acciones. Podríamos decir: sí, esto es verdad en muchos casos, pero hay algunos asuntos que exceden a nuestra capacidad de comprensión y aceptación.

Una niña preciosa de seis años muere de una enfermedad pese a todos los cuidados y esfuerzos médicos; un adolescente muere en un accidente, todo esto carece de sentido, no comprendemos por qué ocurre. Si observamos con atención, nuestra investigación en el campo de la medicina ha contado con presupuestos muy ínfimos a lo largo de la historia de la humanidad. Nos hemos dedicado durante varios milenios a la exploración metafísica, invirtiendo nuestro dinero y los esfuerzos de nuestros sabios

en la investigación del número de plumas que las diversas especies de ángeles llevan en sus alas, en la forma de perfeccionar las hachas, catapultas y las diversas armas que han culminado en los sofisticados medios de exterminio masivo.

Tenemos pocas décadas de haber iniciado el desarrollo de los transportes aéreos y terrestres, no hemos dedicado los suficientes recursos para erradicar la inseguridad, el progreso de nuestra civilización se ha asentado en el riesgo; el resultado es que si ambicionamos seguridad y una vida larga y provechosa, debemos pensar mejor como votamos y como invertimos nuestros presupuestos. En nuestro plano tenemos el mayor don que es la libertad y la voluntad, todo esto nos ha permitido grandes logros y también grandes pérdidas, pero son dones irrenunciables. Ellos son el asiento de los poderes de nuestra esperanza para erradicar con nuestro esfuerzo y dedicación, los males que nuestras manos han causado en otras vidas y en la presente, y que todavía irreflexivamente atribuímos sin ningún motivo a la Fuente. Ella nos da la vida para enriquecerla y preservarla dentro de los límites de lo factible, no para perder el tiempo contando los cuernos y las plumas de nuestros objetos mentales, los demonios y los ángeles. La fe es el gran tesoro que fortalece nuestra autoestima, el vehículo de nuestra poderosa resonancia en el universo.

Nuestros Sentimientos

Vivimos tiempos en los que todos hemos tomado conciencia de la importancia de nuestros sentimientos. La sicología profunda nos ha evidenciado como actúan los sentimientos en nuestro organismo físico, como se traducen en los procesos compensatorios de los sueños y en nuestra conciencia ordinaria. Si bien nuestros roles sociales condicionan la necesidad de ahogar nuestras emociones, las mismas actúan como los cadáveres que se arrojan a un río: se hunden en las aguas de nuestro subconsciente, parecen desaparecer, pero luego flotan en la superficie de la conciencia. El análisis de nuestros sueños nos habla acerca de nuestras necesidades, de nuestros sentimientos más profundos, de nuestros asuntos pendientes.

Hemos hecho un mundo en el que la pluralidad de las personas manifiesta un vivo temor de expresar con claridad sus emociones; este temor es fundado, porque no todas las personas están en capacidad de comprender que son también sus propias emociones, han convertido sus vidas en máscaras. Sus egos fortalecidos a través de la seguridad de sus roles en el marco social, les ha llevado a la concepción de que si una persona les abre el corazón, todo ese contenido es utilizable y pueden por tanto rentabilizarlo en el control de las personas que hacia ellas actúan con sinceridad.

Nuestras sociedades han desarrollado una avanzada ética en muchas áreas, pero no justamente en la que corresponde al trato entre las personas, en los contenidos más íntimos del alma. Aun con sus diversos matices, la realidad es que las personas tenemos en general los mismos sentimientos. Nuestras diferencias, entre unos y otros, son los objetos mentales a través de los que precisamos los mismos. Si analizamos las palabras, estas constituyen conceptos a través de los cuales por una parte tratamos de describir la realidad tal cual es, como podemos apreciar en el concepto "caballo", que en cualquier idioma posee características similares que nos orientan para la definición del ser al que nos referimos. Sin embargo, existen otros conceptos más difíciles de precisar, como la palabra "amigo", cuya abstracción es notoria, sobre cuyas características reales nos vamos informando a través de nuestras experiencias y modos de interactuar. Son en realidad conceptos no descriptivos, sino valorativos; expresan un contenido de valor que si bien conceptualmente podríamos delimitar, es la experiencia la que nos proporciona sus auténticos significados. De igual forma poseemos conceptos normativos, derivados del ordenamiento jurídico, como "padre", "cónyuge", "hijo", que si bien delimitan un conjunto de derechos y deberes en el contexto de nuestras legislaciones, poseen también características propias en el marco valorativo de nuestra sociedad, pero es nuestra directa experiencia la que en definitiva procede a establecer sus connotaciones en nuestra esfera subjetiva.

Los animales poseen también apegos y afectos muy intensos, nuestra diferencia con ellos reside en que los procesos de nuestra mente los delimita a través del lenguaje verbal, ellos lo hacen a través de un lenguaje gestual, en su esfera anímica y corporal, nosotros los caracterizamos conceptualmente, y los podemos definir como válidos para la comprensión de todas las personas. Si observamos nuestros contenidos de lenguaje, identificamos un sujeto activo que es el que realiza el verbo, "amar", "trabajar", "esperar", el verbo está caracterizado como una acción o una omisión de conducta. Hay también un sujeto pasivo, que

es sobre el cual recae la acción, por ejemplo al que amamos, o nos causa dolor, que puede ser otra persona o un objeto que podríamos denominar como material. A partir de allí, los conceptos que expresamos a continuación, o bien son descriptivos como "casa", "fósforo" o "pan", o bien son valorativos, como "bondad", "eficacia", "agradable", que se complementan con otros propios de la esfera normativa como "hipoteca", "hurto", "contrato". Estos conceptos normativos son de hecho también valorativos, aunque su esfera de valoración es consensuada a través del ordenamiento jurídico. El análisis de nuestro lenguaje nos informa que los contenidos valorativos en realidad están implícitos aún en los verbos rectores de la acción, que se ven condicionado por el predicado: no es lo mismo por ejemplo la acción de amar a una persona, que la acción de amar un paisaje. Sin duda, estos contenidos de valor también quedan impresos en nuestra referencia a los sujetos de la acción, delimitándolos en sus características. Así por ejemplo si yo (sujeto activo) doy (verbo) a mi hijo (sujeto pasivo) un regalo

(elemento descriptivo-valorativo), la frase nos informa de un modo tácito, que soy una persona que quiero a mi hijo pues ejerzo con él el don de dar, y por parte del hijo, sujeto pasivo de la acción, podríamos decir que debería estar contento de recibir, ya que esta acción le informa que es querido, recibe un regalo y está por tanto condicionado al sentir agradecimiento. Nuestra concentración en los objetos mentales que producimos o de los que somos agentes pasivos a través del lenguaje, propio, de terceros, o los transmitidos para la sociedad a través de los medios de comunicación, es un asunto importante, ya que si observamos con detenimiento, los contenidos de valor contenidos en palabras y conceptos, implican a su vez reacciones emocionales condicionantes, que quedan establecidas en nuestra esfera anímica y en la de los demás. Si a ello añadimos el poderoso poder de las imágenes que disponen los medios de comunicación masiva, observaremos más claramente en nuestra reflexión, el enorme poder y la responsabilidad que hemos depositado en ellos.

Aspirar a un mundo en el que no se juegue con las emociones del alma, no es un imposible, es un derecho, y debemos traducirlo en una ética del trato social e individual. Como todos los significativos avances en el camino de la evolución, debemos empezar por nosotros mismos y nuestro entorno inmediato. Las modernas técnicas de Internet, nos informan que las páginas que visitamos llenan imperceptiblemente nuestra computadora, con las llamadas cookies, que son una especie de pequeños programas, cuyo objetivo primordial es facilitarnos la entrada más veloz a sus páginas cuando volvamos a ellas. Naturalmente tienen también otros objetivos, como imponernos velozmente publicidad indeseada. Realmente los sistemas computaciones son análogos a las realidades de nuestra mente. Si observamos los contenidos valorativos que expresamos, imperceptiblemente los mismos están dirigidos por nuestros intereses, apegos y rechazos, y están orientados al condicionamiento de la conciencia de nuestro interlocutor. Evitamos elípticamente el diálogo directo, en el que exponemos nuestras intenciones y nuestros contenidos emocionales específicos. Evitamos en síntesis, el diálogo razonable. Damos por hecho cosas de tal modo, que si nuestro interlocutor no las comprende, lo declaramos marciano y fuera del mundo. Lo nuestro parece que no es la razón, sino la doctrina y la tópica. El conocimiento de las técnicas de los manuales y los cursos de venta y marketing, nos podría evidenciar el grado de cinismo con el que numerosas empresas cuya orientación manifestada públicamente es al parecer la ética social, individual y económica, instruyen a sus vendedores para que derriben todas las resistencias anímicas de sus potenciales clientes, incluso avergonzándolos por no poder comprar, afectando sus resortes emocionales y su dignidad como personas. O poniendo en duda valores trascendentales como el valor de la paternidad, si a los niños no se les compra un determinado juguete que a la media hora es inservible, o el auténtico significado del amor, si el novio no puede regalar de compromiso a la novia, un anillo coronado de diamantes. Así es en número importante la publicidad que recibimos a través de los medios de comunicación masiva.

La aspiración de avanzar hacia un mundo en el que desvanezcamos esta pesadilla del control recíproco de la conciencia, orientándonos hacia acciones y sentimientos no deseados, es parte importantísima de nuestro camino hacia la evolución. La economía del consumo es importante en muchos conceptos. Ella nos permite abastecernos de los productos necesarios para la vida en cualquier momento del día, gracias a su

crecimiento hay trabajo en las industrias y en las empresas de servicios, lo que ha contribuído a desterrar la miseria de muchas zonas de nuestro planeta y a aumentar nuestros conocimientos, mediante la divulgación del arte y la literatura. Pero es también correcto tomar medidas para su regulación. Es inadmisible que vendamos a los países menos afortunados, productos que no pasarían las más elementales medidas de control en los países desarrollados. Seguimos vendiendo a otros vehículos inseguros que no podrían rodar en nuestras carreteras, tecnología que fue tenida por avanzada hace décadas, a precios como si fueran fruto de los últimos avances. Les vendemos máquinas cuyos repuestos son escasos porque hemos dejado ya de fabricarlos, bajamos nuestros precios al suelo para abrir los mercados reventando a las industrias y los puestos de trabajos locales, y cuando estos revientan del todo subimos nuestros precios; nuestras estrategias comerciales son agresivas, nos aprovechamos cotidianamente de sus incipientes regulaciones legales en diversas materias, sobornamos a los políticos para que no atiendan a las voces más sensatas en esos países con el objeto de que no se vean afectadas en el tiempo nuestras posiciones de mercado con nuevas regulaciones, entre ellas las relativas a los monopolios y a la calidad y al control de precios. Alentamos con descaro a sus oligarquías para que inviertan en nuestros productos financieros descapitalizando sus economías nacionales. Después queremos aparecer como buenos ciudadanos porque donamos algunos dólares o euros para crear una escuela en San Salvador. Todo esto ocurre cotidianamente.

Es muy correcto meditar en el plano astral, pero también lo es hacerlo sobre nuestras realidades más inmediatas y observar sus significados en el camino de nuestra evolución. Nuestras emociones y sus objetos mentales son los elementos que orientan y configuran la totalidad de nuestros planos, materiales y síquicos. Nada nos es ajeno, todo es importante en nuestro camino espiritual.

La Sublimación

Algunas corrientes del pensamiento sostienen que los poderes de nuestra psique están muy relacionados con la energía de la líbido, proveniente de nuestra sexualidad. Es cierto que de nuestra sexualidad derivamos grandes energías y satisfacciones, pero también como sabemos, de ella provienen grandes conflictos emocionales. Nuestros apegos y posesiones son muy intensos en esta forma de expresión de nuestras emociones. Sin de ningún modo intentar reducir su importancia y relevante significado en los complejos procesos de nuestro bienestar físico y anímico, lo cierto es que la energía de la líbido constituye un poderoso vehículo de canalización, entrega y recepción de intensas energías vitales, pero no es el único, ni constituye en sí mismo el receptor o el transmisor central de la pluralidad de nuestros canales energéticos. Posiblemente, hemos configurado nuestro organismo de tal modo, que al hacer del sexo un tabú durante cientos de años en diversas culturas, encontramos en las expresiones de la sexualidad, grandes satisfacciones en este tipo de transmisiones de energía; éstas in duda son intensas y poderosas, pues de un modo u otro, la expresión de amor que supone su atractivo y magnetismo, la sensibilidad de los órganos de contacto, la reciprocidad emocional, pueden permitir que esta expresión sea tan infinita como la podamos concebir. Podemos afirmar también que la búsqueda de su expresión de amor, nos ha orientado a realizar proezas inimaginables en los diversos campos de la conciencia, las artes, el desarrollo de nuestra civilización inclusive.

Si me enamoro de una persona en otro país y dispongo de fuentes financieras para desarrollar un proyecto, las agencias que califican el riesgo país me pueden decir que sería descabellado invertir en esa área del mundo, pero el amor es intenso, y posiblemente mis huesos terminen en esos remotos lugares del mundo. Así es nuestra realidad. Ahora bien, si observamos nuestro comportamiento emocional en este ámbito, pasadas las primeras expresiones del atletismo del amor, nos vemos encaminados a enriquecer nuestro amor con sentimientos más sutiles, si no queremos que nuestro interés decline y vaya o quede a disposición del encuentro con otras energías, otros amores, otros mundos infinitos que descubrir. Entonces vamos enriqueciendo nuestro patrimonio emocional, anhelamos un hijo, agrandamos nuestra casa, adquirimos una mascota, todo esto es indicativo que nuestras fuentes de energía son en realidad plurales,

implican una totalidad, cuyo centro de equilibrio está más allá de la sensibilidad de un determinado órgano, está en nuestra alma.

Para todos es dificil medir donde está el quid de nuestra satisfacción, a causa de la falta de unilateralidad de nuestras emociones y la impermanencia de nuestros objetos mentales. Pero si estimamos o creemos que nuestro bienestar está en amar a la pareja, esto será verdad aunque se nos demuestre matemáticamente lo contrario. Actuamos también egoístamente en este campo, y cuando informamos a nuestro ser querido que es nuestro único motivo de vivir, lo que le imprimimos es el deber de reciprocidad, causando así su vinculación sicológica y energética, anclamos y nos anclamos. Da risa ver un campo de nudistas, para ellos es normal estar desnudos delante de sus amigos y jugar a las cartas o leer el periódico, y si nos desnudamos en ese entorno, vamos comprendiendo que todo se va haciendo tan habitual como pasar el día en cualquier playa, con sus momentos de aburrimiento. En realidad, la sexualidad es una forma directa y explosiva para el encuentro de las energías, pero es preciso educar a la mente, para que no se oriente exclusivamente a derivar su satisfacción a través de este único canal.

Es preciso educarnos, y encontrar la riqueza energética de todo cuanto nos rodea; incluso las cosas triviales, están dotadas de energía, como lo saben los niños en sus intensos intercambios energéticos con su entorno. Nuestras manos, nuestros ojos, todo cuanto vemos, trabajamos, construimos y hacemos, y sobre todo la naturaleza, tiene depositadas poderosas energías para nuestras necesidades. La unilateralidad del encuentro con las energías también es el fenómeno que produce los estados del alcoholismo y la drogadicción: nuestra evolución personal y colectiva, depende en gran medida, que sepamos orientar nuestra búsqueda de energía, en el marco del objetivo criterio según el cual los canales de energía son plurales. Esto nos ayudará a no configurar objetos mentales que terminen bloqueando nuestros accesos a infinitos los canales energéticos que posee el universo.

La educación cumple un gran papel en nuestros procesos de sublimación desde las energías más bastas hasta las más sutiles. La percepción del refinamiento de nuestros objetos mentales, nos aparta de las crudas expresiones que la realidad nos manifesta a través de la ira, la rabia, los celos, el despecho y otras emociones que podemos denominar negativas, fruto de la lucha por los egos en el control de las energías derivadas exclusivamente de la posesión y el apego de la sensación carnal. Tomarnos un café mirándonos a los ojos, recordarte mientras trabajo, ver a los conejos saltar, todo lleno de inasida belleza y de delicadas energías. Los roles sociales imponen a los hombres ser cuidadosos con sus emociones, y traducirlas en sus actividades cotidianas, en sus negocios, en el fanatismo de los deportes, en sus expresiones socialmente autorizadas para el rol de guerrero. Las mujeres son muy críticas de la emocionalidad de los hombres, al no comprender que los roles sociales masculinos plantean un determinado conjunto de tabúes y permisiones, para que su masculinidad no sea puesta en tela de juicio. A fecha de hoy es todavía socialmente insólito ver a un hombre con una rosa en su mano, percibiendo su perfume o disfrutando de su color. Esos mismos roles le hacen no atender a sus emociones, y le impiden comprender muchos de los aspectos de la sensibilidad de la mujer, a la que los roles sociales permite ejercer su emocionalidad. Pero más allá, podemos afirmar que a los roles masculinos les está negado sentir, llorar, emocionarse; esto causa un gran impedimento en su evolución, y en numerosas ocasiones, impide a los hombres establecer los adecuados parámetros relativos al sufrimiento de las demás personas. Si tenemos que aplastar un continente en nombre de la patria, eso está hecho, y el que se oponga es débil, loco, traidor o marica. La patria, como sabemos, son los sinvergüenzas que quieren apoderarse de la riqueza del otro país. Si tenemos que falsear la verdad para el provecho de nuestra empresa, otra cucharada de lo mismo. No nos asombremos entonces, que muchos hombres de la tierra busquen las energías de los modos más explosivos posibles, en los

prostíbulos, en las borracheras, en las amantes, en las aventuras de las diversas formas de criminalidad, en la destrucción, en el riesgo, y en general, en todo lo que podemos denominar, los canales energéticos unilaterales. Tienen que sacar de algún modo sus emociones, y esos roles explosivos les están socialmente autorizados, aunque les duela a sus esposas y a sus hijos, y aunque esas expresiones puedan contribuir a la

destrucción acelerada de su organismo físico y síquico. Las mujeres se quejan, pero si observamos con atención, muchas de ellas manifiestan todavía gran satisfacción en la circunstancia de que sus hijos varones crezcan acoplando sus conductas hacia los roles que pocos años después sus nueras padecerán. Es educación, no naturaleza.

Nuestra aspiración espiritual, es que podamos ver la aurora de igualdad tan soñada por la mujer de nuestros días, que ciertamente aún no es real, pero también, que el hombre vea el declinar de su condición de infeliz guerrero, y que sus roles asignados en sociedad, les permitan encontrar el camino de las fuentes enriquecedoras de las energías más sutiles, sin que esto tenga a nadie que avergonzar. No nos debería extrañar que los beneficios de estos cambios que necesariamente vendrán con nuestro progreso espiritual, se reflejen un día, en los significativos y tan esperados descensos de nuestras tasas de criminalidad.

La sublimación de nuestras vidas, se encuentra estrechamente relacionadas con el no-temor. Si apreciamos que todos las personas amadas y nuestros bienes más queridos son transitorios, incluso nuestro propio cuerpo, que nada de ello nos llevamos físicamente al otro plano, y que aun en este mundo podemos dejar de poseerlos, comprenderíamos que en centro de nuestros comportamientos en la búsqueda de energías unilaterales, está nuestro temor a perder las sensaciones que derivamos de nuestros objetos mentales de satisfacción y placer. Este temor opera en nuestra psique incrementando de modo compulsivo nuestra necesidad de ellos. Si observamos en los momentos de crisis de las sociedades, una alarma en cuanto a la posible falta de víveres, motiva la reacción colectiva de aprovisionarse de ellos, cualesquiera que sean. Las posibles carencias de estos bienes, nos condicionan incluso a comprar para nuestras despensas alimentos que usualmente no necesitamos. Los resortes de nuestros temores son muy extraños. En muchos casos, no tendríamos motivo para pensar que pudiéramos sufrir pérdidas en nuestro patrimonio sistémico o en nuestro entorno, o que gracias a nuestra educación podríamos asumir estas pérdidas con sabiduría y naturalidad, porque son previsibles en el campo de lo factible, pero no hay palabras que resuelvan la intensidad de estos resortes que disparan el temor.

El miedo a la pobreza, la enfermedad, la vejez y la muerte, parecen hechos de una dura substancia, sedimentada a través de numerosas vidas, como si supiéramos en el fondo de nuestra alma, los padecimientos, limitaciones y lágrimas que todo esto significa. Sí, hemos sufrido mucho a lo largo de nuestras numerosas experiencias y las de los demás. Las causas de nuestros temores no son baladíes, son hechos y circunstancias muy graves y dolorosas, porque no nos resignamos a las pérdidas. No hemos aprendido a amarnos en nuestra dimensión más vulnerable e insignificante. En la marea de los egos, solo nos queremos ver reflejados en la victoria y triunfo, y vamos de triunfo en triunfo, triunfando en las cosas más triviales.

Nuestras vidas están concebidas para que triunfemos sobre la transitoriedad y la impermanencia. Todo lo perderemos en este plano, y debemos sublimar nuestras emociones, transformando nuestro temor en aceptación incondicionada, en el corazón de nuestra serenidad y no-temor. No tenemos que admitir que nuestras vidas puedan ser prolongadas unos años adicionales, consintiendo el secuestro de seres de los países menos afortunados, para obtener sus órganos para los transplantes; no tenemos que prolongar nuestra dicha estableciendo condiciones de esclavitud o dolor para otros.

La pobreza, la enfermedad, la vejez y la muerte, son también objetos mentales sobre los que tenemos que establecer sus características y su profundo significado. Constituyen grandes lecciones para nuestras almas: nuestras aparentes pérdidas se ven compensadas en esos procesos por otras y significativas ganancias. Si establecemos en el centro de nuestro corazón el significado del bien, nuestra resonancia en la Fuente causará que todo hecho de nuestra vida, esté poblado de los maticies del bien. El temor es una energía que nos vincula a la base del tríangulo de las diversas energías, donde tienen su asiento las energías más bastas, que con su magnetismo e intensidad, condicionan nuestros comportamientos más erróneos. Disolviendo el temor en nuestro interior, transformándolo en uz de la sabiduría mediante de la aceptación de la transitoriedad y la comprensión de la impermanencia de los bienes más preciados, que recibimos de la

Fuente y a Ella retornan con suavidad y nuestro agradecimiento, los diversos planos son liberados de tan difíciles condicionamientos.

Todos los sabios que han sido la luz de nuestro mundo, comprendieron que sus acciones no podrían tener realidad causal sin el dominio de sí mismos, y con ello de su natural temor frente a todas las vicisitudes de la existencia. Nuestra admiración por ellos es intensa, más que por sus logros objetivos, por la circunstancia de que todo cuanto hicieron significó para ellos trascender sus propias limitaciones humanas, sus temores e incertidumbres. Ellos nos inspiran en esta meditación del significado del notemor, nuestra herramienta de realización; ellos tuvieron nuestras mismas orejas, manos como las nuestras, huesos que se hicieron duros cuando comprendieron la impermanencia y transitoriedad del dolor, así como el poderoso significado del sufrimiento para la evolución, madurez y comprensión de los

resortes del alma. Gracias al no-temor, su ejemplo pudo ser real, y sus buenos actos lograron trascender la esfera de la intencionalidad para contribuir a hacer de este un mundo más justo y pleno de significado.

Adentro y Afuera

Nuestros universos personales se van formando gracias a nuestro camino de acción en la realidad objetiva, fruto obligado de nuestros intercambios con el entorno, y también a causa de los procesos que internamente se nos evidencian en nuestro plano subjetivo o anímico. Ambos procesos son muy intensos, y es muy difícil precisar la forma en que uno y otro se condicionan recíprocamente. Estamos, tanto en lo que podríamos denominar el mundo de la realidad externa, y también estamos, en la esfera de nuestra subjetividad.

Si nos ponemos a meditar durante muchos días en nuestro universo espiritual, tarde o temprano seremos interrumpidos por las sensaciones físicas del hambre, la sed o las configuraciones que nuestra mente hace por su atención al entorno, los pensamientos que son palabras, o los ruidos. Meditemos a solas muchos días, y veremos que tarde o temprano seremos interrumpidos cuando toquen la puerta de nuestra casa para que recibamos las facturas de la luz y del agua. Aun en la remota selva, nuestra meditación puede ser interrumpida por los sonidos de ese entorno, inclusive por el vuelo de un avión.

Nuestra identidad se va formando desde nuestra infancia, gracias a nuestras comunicaciones con el entorno, haciéndonos una especie de fotografía, cuyas características son delimitadas en gran medida por las demás personas. Si nuestros padres nos ven un día con un libro en la mano, que solo revisamos por curiosidad, pueden llegar a pensar que su hijo posiblemente es inteligente, y esto a su vez puede crearnos el deber de acción de comportarnos como tales para la felicidad de nuestros progenitores. Así se va haciendo nuestra fotografía. Nuestros profesores pueden pensar que tenemos un futuro espléndido, que nuestra vocación al estudio es sincera e intensa, porque hacemos siempre nuestros deberes y nos esforzamos en responder a todas las preguntas en los examenes, todo lo cual quizás hacemos no porque nos agrade, sino por mantener un microclima óptimo con los afectos de nuestros padres, por no descepcionar a la familia. Nuestra pareja puede pensar que somos personas muy responsables por nuestras actitudes y roles durante el noviazgo, por nuestra puntualidad en las citas, por nuestro correcto correcto trato hacia su familia. Todo esto va sumando los detalles de nuestra fotografía exterior.

Las intenciones de nuestros actos parecen evidenciadas en el tracto de acción en el mundo externo, pero en nuestra esfera íntima quizás no estemos del todo seguros que nuestra vocación sea hacia el estudio como parecen indicar nuestros padres o profesores, o si deseamos otro camino; tampoco estamos muy seguros de que estemos preparados como indican nuestras parejas, a las responsabilidades requeridas para la formación de una familia: no sabemos siquiera si deseamos casarnos con esa persona. Nuestras metas no son precisas. En el camino de la vida, todo tiene su inicio como una exploración.

Aunque el mapa de la vida lo han dibujado otras personas, que exploraron sus rincones mucho antes de que nosotros naciéramos, y aunque este mapa pueda ser estimado como bastante fiable; por más que el

entorno nos condicione con severidad a plurales actitudes, en nuestro interior percibimos una diferencia, y estimamos que es esta la que realmente nos significa e identifica, lo que íntimamente nos caracteriza, aunque tardemos años en saber expresarla: es nuestro contenido latente, nuestra diferencia y lo que aspiramos a desarrollar en esta existencia. En el camino de la vida, esta percepción íntima también sufre modificaciones, pero se encuentra allí, en nuestro interior, marcando una diferencia entre el entorno y nuestra subjetividad. Podemos observar así, que nuestras transformaciones ocurren en dos niveles, uno exterior y otro interior. Los contínuos procesos de cambio e impermanencia de la realidad, van produciendo esas modificaciones. En realidad, si observamos con detenimiento tanto nuestro plano externo como nuestra realidad interior, sus configuraciones en el camino están estrechamente vinculadas a nuestra emocionalidad. Una emocionalidad caracterizada por su atención a los sentimientos y reacciones de nuestros seres queridos, nos condiciona a establecer parámetros de acción conforme a sus expectativas; una sensibilidad más atenta a nuestras reacciones más allá de lo que sientan los demás, producirá que nos encaminemos hacia el encuentro de nuestros inmediatos logros, en concordancia de lo que estimamos en ese momento como la percepción de nuestra diferencia.

No podemos complacer eternamente a los demás, sin terminar haciéndonos daño, ni la naturaleza de la realidad nos permite objetivamente que siempre nos podamos salir con la nuestra. Ambas formas de estrellarnos con la realidad externa significan lecciones muy profundas, y su atenta observación nos informa, que en los procesos de alquimia de nuestra alma, el camino de la evolución debe poner atención a la comprensión del significado de nuestra proyección tanto en el entorno de la realidad exterior, como en el ámbito de nuestra esfera subjetiva. Si logramos afinar nuestras percepciones, podemos observar que son una e idéntica. El objeto (la realidad) y el sujeto (nuestra alma) están intepenetrados, sin que podamos determinar a ciencia cierta, cuáles de sus elementos no forman parte del otro. En un momento determinado, podemos necesitar para el bien de nuestra alma, establecer un proceso de alquimia o de transformaciones de ambos entornos, y en esta situación es nuestra

concentración atenta la que debe iniciar el proceso de reestructurar nuestra acción o nuestra inacción en ambos niveles de la realidad, puntualizando con especificidad cuáles de los elementos nos reservamos para desarrollarlos en nuestra esfera subjetiva con mayor dedicación que si lo hiciéramos ajustándonos a los propios condicionamientos del entorno objetivo. Ello no obstante, debemos tomar en cuenta en este proceso que la realidad de nuestros procesos subjetivos tarde o temprano se evidenciarán en la realidad objetiva, de modo que una vez trascendamos estos nuevos contenidos al entorno objetivo, este reaccionará produciendo los acoplamientos respectivos. De allí que lo que podamos denominar estratégicamente como alquimia exterior o alquimia interior, tarde o temprano terminará siendo un mismo contínuo de nuestro proceso general de transformaciones vitales.

Si bien hablamos de la realidad exterior como si fuera exclusivamente material u objetiva, la misma es también anímica en la totalidad de sus conotaciones. Los procesos sociales, los roles e interacciones, están diseñados por las almas de las personas, con independencia de los diversos planos energéticos a los que cada uno de estos procesos pueda corresponder. No existe así desde una perspectiva verdadera, nada que nos autorice a establecer una separación dual entre nuestro entorno y nuestra subjetividad, salvo nuestra libertad y nuestra voluntad de practicar este fraccionamiento. Esta decisión corresponde a una elección, a nuestras metas, a nuestra forma de enfocar el camino que estimamos mejor para la protección de los intereses evolutivos de nuestra alma. La no práctica de la alquimia espiritual interna, no significa que no estemos produciendo a través de nuestros actos comunes, un intenso proceso de alquimia espiritual, en el camino de nuestra alma hacia su evolución. Toda la realidad tiene ese matiz, por difícil que nos sea comprender algunos de estos procesos y sus significados. Nuestro trabajo, nuestras relaciones familiares, nuestra comprensión del mundo y en general todas las experiencias, están orientadas hacia esas metas transformadoras. Nuestro problema es si podemos o no lograr la comprensión suficiente para determinar, en el tracto de la acción, las lecciones que inmediatamente vamos derivando del conjunto de las transformaciones.

La comprensión de las transformaciones que se van sucediendo en estos procesos de alquimia exterior que todos los seres realizamos, depende en gran medida de nuestra concentración en el conjunto y en los detalles. La alquimia interna, al permitir la contemplación de la impermanencia desde nuestro sitio de meditación, nos coloca en un balcón privilegiado para observar la totalidad de los cambios y qué aspectos puntuales estimamos prudentes y factibles sostener, reforzar, revisar y modificar.

La Alquimia Interna

Según hemos afirmado, nuestros procesos de transformaciones, para ser efectivos, deben tomar en cuenta que los cambios producidos en los sistemas no pueden ser holísticos, a menos que decidamos causar una crisis sistémica. Los procesos de cambio en la realidad exterior, para ser efectivos, deben ser realizados a través de métodos de ingeniería fragmentaria, causando modificaciones específicas que a su vez condicionarán al resto de las características de los demás sistemas dadas sus comunicaciones y funciones con sus respectivos entornos. Así ocurre también con la alquimia interior, es necesario ir paso a paso. Por ejemplo, si reforzamos nuestros contenidos patrimoniales internos con conceptualizaciones y visualizaciones que nos permitan mayor dominio de nosotros mismos, seguridad y autoconfianza, como puntos específicos de nuestro trabajo interno, modificaríamos específicos parámetros de nuestra personalidad, que están afectados por las condiciones de nuestra inseguridad y la falta de confianza en nosotros mismos, con las correspondientes transformaciones funcionales relativas a nuestras comunicaciones, acciones y reacciones que sostenemos cotidianamente con el entorno. El problema de la alquimia interna, y que es motivo de que muchas personas que se acercan a ella la abandonen sin lograr ningún resultado visible, se debe a que es un proceso lento que dispone de sus propios ritmos ciclos, muy similares a los de la naturaleza: siembra, cuidado, cosecha y recolección. Todos sus beneficios se perciben con la constancia y en el tiempo que podamos dedicar a estas prácticas en el transcurso de nuestra vida. Debemos recordar que estas prácticas, aunque se han atribuído a determinadas escuelas de pensamiento y a notables figuras de la espiritualidad, tuvieron su origen en los albores de nuestra civilización, en las reflexiones subjetivas de nuestros antepasados cuando velaban el fuego de las hogueras en el interior de las grandes cuevas. Nuestra mente, nuestras emociones y nuestro cuerpo, aunque condicionados por el vértigo de la vida moderna, poseen las marcas de los ciclos de la tierra, la salida del sol y el ocaso, las lunaciones y el ciclo de las estaciones.

Muchas personas no pueden comprender por qué una meditación cristalizadora puede ser más fructífera cuando realizamos nuestra alquimia interior en los momentos de la luna creciente: hay miles de años de observaciones de los sabios de la Antigua Tradición, que se corresponden con las constataciones actuales fruto de las directas experiencias. La dificultad en la comprensión de los procesos espirituales, es que las mismas dependen de la percepción directa, derivada de nuestras experiencias. Cada uno de nosotros tiene sus propios ciclos, algunos iniciamos rápidamente la comprensión de nuestra alma y parecemos avanzar en progresión pero a mitad de camino nos estancamos, otros necesitamos ir de un modo más lento al iniciar estos procesos, y conforme avanzamos nuestra progresión es más eficaz; todos estos aspectos de nuestros ritmos interiores debemos tomarlos en cuenta para establecer metas prudentes en la práctica de la alquimia espiritual.

Estamos acostumbrados a ver imágenes en la televisión solo con tocar un botón. A veces queremos que las cosas del espíritu funcionen del mismo modo. Necesitamos comprender que las funciones de nuestra alma han tenido su origen gracias a un cúmulo de procesos causales muy complejos, que tienen orígenes muy remotos, anteriores incluso a la formación de lo que hoy llamamos nuestro mundo. La alquimia interior es así un proceso lento, y es recomendable que lo sea ya que toca las fibras más sensibles de nuestro ser. En sus procesos participa el conjunto de elementos constitutivos de nuestra estructura trimembre, el cuerpo, la mente y el alma, que conforman un sistema de funciones extremadamente complejas y delicadas, cuyos ritmos debemos de atender para que las prácticas sean eficaces.

Todo cuanto hoy llamamos meditación, relajación, visualización, creatividad, receptividad, telepatía, transcomunicación, concentración, proyección, magia, intuición o adivinación, son facetas de este delicado diamante que denominamos la alquimia interior. Así como en la vida contabilizamos racionalmente nuestras ganancias atendiendo a criterios porcentuales, en nuestra práctica de alquimia interior no debemos establecer metas imprudentes que nos lleven a evidenciar su eficacia con criterios de todo o nada, sino observar sus beneficios y aciertos, estableciendo objetivas medidas porcentuales. La práctica de la relajación puede no ser exitosa en un ciento por ciento, pero debemos observar en qué medida está comenzando a significar para nuestro bienestar; aunque el beneficio sea porcentualmente escaso, eso hemos ganado con respecto de nuestra situación anterior. Las ganancias son acumulativas. Los negocios en los que se ganan cantidades porcentuales muy abultadas, son todos inciertos, escasos y arriesgados.

Sol y Luna trascendidos

Las realidades y las funciones del alma no se pueden expresar con palabras. De allí que los sabios de la Antigua Tradición recomendaran meditar desde nuestro centro interior, el no pensamiento, apartando a través del ejercicio de la concentración, las cadenas de las palabras. ¿Cómo podemos meditar sin pensar?. Comprendiendo desde el fondo de nuestro corazón, que existen numerosas experiencias que no podemos definir con palabras. Este es el correcto emplazamiento de nuestro centro de meditación en la alquimia interior. Cortando, con nuestra fuerza de voluntad y nuestra concentración, la cadena de palabras mentales que parecen definir nuestras realidades, nos establecemos en nuestro silencio interior. Hallar este centro es el caldero que necesitamos para la fusión de nuestros elementos corporales, mentales y emocionales.

Como podemos apreciar en la vida cotidiana, a veces nuestro cuerpo va caminando por la calle, con la mente puesta en el trabajo y nuestras emociones atentas a nuestros seres queridos: nuestra estructura trimembre está desintegrada. La meditación nos permite esta integración. Sin ningún esfuerzo, solo tenemos que comprender que estamos en nuestro asiento de meditación reunidos en el mismo instante, cuerpo, mente y alma. La percepción del presente reúne, y el equilibrio lo da la concentración en nuestra respiración y la conciencia de nuestra posición o postura física. Los niños tienen un juego en el que a una señal, todos quedan inmóviles. Quienes hemos percibido las sensaciones que produce este juego, hemos podido observar que el mismo produce una inmediata conciencia de la postura física, al quedar inmóviles en el momento menos esperado, forzando a la mente a mantener el equilibrio corporal y anímico que la situación impone. También los niños juegan a lanzar dardos a una diana tratando de superar mediante sus movimientos y reacciones sus propios progresos. Son actividades de concentración que realizan muchas horas sin darse cuenta, que los abstraen de sus propios pensamientos, exigiéndoles posturas, atención mental y reacciones emocionales definidas para no perder el juego. Cualquier actividad que nos enseñe nuestra realidad desde el fondo del no pensamiento, nos permitirá recrear esas condiciones particulares en la meditación. Desde este centro podemos avanzar en nuestras prácticas de alquimia interior, estableciendo nuestras percepciones mediante recursos menos limitativos que las palabras. Recordemos que las palabras son conceptos cuyas características definen una realidad general, y que el resultado de la suma de las mismas en la conversación es tan solo orientativo de la cuestión que las personas vamos matizando mediante el diálogo. No son de este modo en sí mismas, la realidad tal cual es.

Hay que beber el agua para saber como es. Cuando encontramos nuestro centro desde el no pensamiento, esta meditación en sí misma completa y unifica nuestras funciones corporales, mentales y emocionales. Es una meditación relajante, en la que no son necesarias técnicas de lenguaje para producir sus beneficios integrales. Del mismo modo, el equilibrio que produce en nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestra alma, permite significativas ganancias para el desarrollo de la concentración: esta meditación es en sí relajación y concentración. Algunas personas tienen la idea de que la concentración es un esfuerzo en el que por decirlo así, movemos los músculos de la mente para que estén atentos a todo, esto más bien puede ser muy estresante. Nos referimos a una concentración sin esfuerzo, relajada, como la del buen cazador, que sin mirar percibe la presa.

Mirar sin mirar, pensar sin pensar, desde el fondo de nuestro corazón la realidad aparece como un cielo despejado que nos evidencia sus detalles, como un cielo claro, o como el agua, que en su estabilidad se va aclarando. Imaginemos a nuestros antepasados, mirando sin mirar las llamas de la hoguera, imaginemos la soledad de la noche: estamos allí, con ellos, antes de que amanezca; nuestra mirada sin

mirar, nuestro armonioso silencio interior, nuestro centro. Realmente esta es nuestra percepción de la vacuidad, donde cuerpo, mente y alma, quedan trascendidas, y nos colocamos en el umbral de la Fuente. De allí que la evolución de nuestra meditación a lo largo del tiempo, en sí misma y sin ningún esfuerzo, nos permitirá el supremo despertar, las cosas por sí mismas mejorarán, sosteniendo esta práctica cotidianamente. Como el agua que se aclara. Solamente si tuviéramos alguna dificultad o si queremos acelerar nuestro acercamiento hacia ese centro de espléndida energía que identificamos como nuestro corazón desde el no pensamiento, podemos utilizar recursos visuales, imaginando, sintiendo, percibiendo y mirando en nuestro interior, un sol y una luna, y ambos interpenetránsose hasta ser uno solo, sol y luna a un tiempo, lentamente. Este recurso visual nos irá produciendo una gran comprensión de la no dualidad; la comprensión interior que produce esta experiencia, trasladará a la totalidad de nuestro sistema la mayor cercanía experimental con la realidad de nuestra alma, mediante la experiencia de su unicidad como antesala de nuestra percepción directa de la Fuente. Una vez lograda la profunda comprensión de la unicidad de todo, podemos ir precisando mediante recursos no conceptuales, los canales de los diversos planos, a través de colores, imágenes y sentimientos, y con el apoyo de los recursos de esta exploración, en libre voluntad y por el bien de todos, recibir las inspiraciones para efectuar nuestras propias transformaciones. Debido a que los elementos característicos de la realidad externa e interna se encuentran intersectados, formando una causalidad contínua, podemos observar que en el plano que denominamos objetivo en el que tiene lugar nuestra acción, lo que llamamos la realidad de la alquimia exterior, puede ir también proporcionándonos respuestas y dotándonos de recursos adicionales para el enriquecimiento de nuestra alquimia interior. Nuestras intuiciones serán más agudas desde nuestro centro del no-pensamiento, para comprender sus detalles y significados. Algunos de estos contenidos podemos observarlos también como reflejo en nuestros sueños y en el significado del azar. Lo importante es no forzar estas comprensiones.

Nuestro centro desde la raíz del no-pensamiento, irá evidenciando las cosas por sí solas, éstas se nos revelarán por sí mismas como si de pronto nos encontráramos a una hermana que vive en el exterior: nos significarán de modo explosivo, como el hijo recién nacido cuando lo tenemos por primera vez en nuestros brazos. Realidades profundas, sin palabras.

La Devoción

Más allá de las difíciles circunstancias que los seres humanos sufrimos a causa de nuestros deseos y nuestros actos, la realidad es que toda la naturaleza está dotada de la belleza suficiente para enamorarnos del Ser que creó tántas maravillas. Es un Ser lleno de misterio, porque ha concebido todas estas maravillas en ciclos de transformaciones que hacen evidenciar todavía más la belleza particular de cada uno de los motivos de su creación.

No sabemos qué nos impresiona más, si el sol naciente o el cielo de los atardeceres, si el brillo delicado de la luna creciente o la intensidad plateada del plenilunio; las playas o las grandes cumbres nevadas, todos los contrastes y sus matices, y la impactante belleza de los seres, cada uno diferente, y la tragedia que significa constatar de que toda esta belleza y riqueza se desvanece en nuestras manos, los planetas y las extensiones del vacío, todo en constante mudanza. Universos que nacen y estrellas que perecen, la armonía de las cascadas y la desarmonía del tráfico en las ciudades, la alegría de los niños, las emociones y las infinitas funciones de nuestras mentes, todo complejo y al mismo tiempo tan sencillo, como auténticamente creado por Dios para que sus descendientes pudiéramos sentir su pulso, calcular la distancia que nos separa de las grandes constelaciones, comprender la naturaleza de los elementos que forman parte de la masa de un cometa o comprender el significado de la compañía de los seres que son objetos de nuestra posesión y

nuestros terribles apegos. El deleite de la piel y el placer, el sufrimiento del dolor y las lecciones que nos proporcionan las pérdidas, nuestra sed de conocimientos, nuestra necesidad de trascender y de ambicionar el permanente bienestar de todos los seres. Muchos nos

dicen que sobre esto tenemos que sentirnos obligados a establecer una específica devoción a un Ser Superior, que debemos traducir en cánticos, ceremonias y oraciones rituales, como si el amor se pudiera encapsular, como si el amor por nuestra pareja lo tuviéramos que evidenciar practicando exactamente los mismos hábitos de amor que nuestros bisabuelos. Si nos dejaran sentir las cosas por sí mismas, nuestro sentimiento hacia la Fuente sería natural e intenso. Sería el reflejo de la resonancia de su amor, expresado en la diversidad de los colores, formas y esencias de la creación, espontáneo y natural, exactamente como un enamoramiento. Sentiríamos despecho y rabia por lo que estimamos que nos quita cuando sufrimos nuestras pérdidas; agradecimiento por sus dones, todo en una mezcla explosiva que nos haría sentir en todo momento la potencia de la vida. Todo exactamente como el más profundo amor. Otros nos han dicho que si hacemos esto o aquello las cosas funcionarán o no funcionarán, que el Ser que creó el cielo y la tierra, solo nos tomará en cuenta como hijos suyos, si hacemos las cosas del modo previsto como dicen que informó a sus elegidos, y que reaccionará hacia nosotros con ira, si incumplimos una liturgia. Todo se produce exactamente como cuando nos presentan a una persona y no atendemos a sus verdaderos sentimientos y a su forma de ser, sino que hacemos caso a los que otros nos informan sobre su carácter. Cuando esto sucede siempre nos equivocamos.

La alquimia interior, establecida desde el centro del no-pensamiento, nos permite comprender poco a poco el infinito amor que poseemos por la naturaleza de la totalidad. De allí el lirismo de las expresiones que nos han legado aquellos que sí han profundizado sus emociones en el interior de la Fuente. Es el amor rotundo, sin palabras.

Espontáneamente

Los seres humanos tenemos embotados nuestros sentidos, es difícil mantener prácticas devocionales sencillas, como es difícil para algunos contemplar serenamente el curso de un río. Parece que nos falta algo, necesitamos componer himnos o alabanzas, construir edificios, fabricar imágenes. Luego cuando todo esto lo logramos, queremos siempre nuevas cosas, celebrar el nacimiento de la deidad, concebir una corte de sus allegados, dotarlo de entidad, y luego a su vez irla transformando según nuestros objetos mentales van cambiando en el curso de la impermanencia. Muchas personas no pueden por estas prácticas, que se encuentran afianzadas en nuestros registros de memoria desde el alba de nuestras sociedades, cuyos vestigios están en todas partes viajemos donde viajemos, en la infinidad de deidades, sectas y prácticas diversas, comprender que la sencillez de la alquimia espiritual establecida desde el centro del no-pensamiento, es suficiente en si misma y origen de todos los dones espirituales. No obstante, debemos comprender también que todo cuanto adicionalmente necesitemos, podemos incorporarlo con espontaneidad. Hay personas que van a una cafetería y simplemente se sientan con un café en la mesa, y sus actitudes son serenas. No necesitan compañía, no necesitan periódicos, no necesitan acompañar el café con una tostada con mantequilla: necesitan nada más estar consigo mismas frente a una taza de café. Todos somos diferentes, y si para sentir nuestra alma estimamos conveniente tocar una flauta, danzar o recorrer el mundo, todo esto será parte de nuestro camino de aprendizaje; también sumar y restar son parte de las operaciones del conocimiento. De allí que nuestra alquimia espiritual, en la que no distinguimos entre lo externo y lo interno por constituir una misma y única identidad, debe ser efectuada con gran espontaneidad, siguiendo nuestros pulsos y ritmos interiores, sin que sea necesario ni no necesario, seguir una determinada corriente, creencia, maestro o geografía. Nuestro camino espiritual tiene las mismas cinco direcciones que necesitamos para ir a cualquier parte, norte, sur, este, oeste, y la inspiración. Los artistas de la guitarra que arrancaron espontáneamente composiciones que hoy son inolvidables, sacaron de su alma esas notas con lo que también ellos han llamado inspiración. Muchos de nosotros necesitamos también una guitarra y un pretexto, para sacar desde el fondo de nuestros corazones, nuestra música más sublime.

La Ley de Compensación

Los sabios de la Antigua Tradición nos han evidenciado que nuestras conductas poseen una valoración y significan para nuestras almas una profunda responsabilidad, con plena independencia de que las podamos catalogar por sus efectos en el plano de la realidad causal o en la esfera anímica. Nuestra Tradición tiene una regla, que resumimos al afirmar que recibimos tres veces lo que damos, para con esto establecer un criterio de atención al significado de nuestras responsabilidades. Sin duda, la cuantificación de esta regla es un objeto mental, pero su cristalización deviene de una reflexión muy aguda sobre la realidad de la Fuente y de los diversos planos. Normalmente pensamos que nuestras conductas tienen una causalidad directa que se delinea entre el tracto de la acción y su resultado material directo. Pero no es así en verdad. El resultado material directo que causamos, es el que focalizamos como efecto inmediato de la conducta, sin observar que este efecto inmediato es a la vez causal de otra pluralidad de modificaciones.

Estamos acostumbrados hoy día a recibir noticias sobre los daños que las conductas negligentes o dolosas que algunas empresas causan en distintas partes del mundo. Una de ellas es la contaminación petrolífera. Un barco vierte el petróleo en el mar, y además de los daños causados al ecosistema, la muerte y la alteración de los ritmos de vida de las especies, la mancha de petróleo llega a las costas afectando numerosos puestos de trabajo de la industria turística, las labores de pesca y en general, el medio de sustento cotidiano de muchas otras personas. Los daños son plurales, y si un tribunal decretara objetivamente una a una las indemnizaciones que esas empresas debieran pagar, no habría dinero suficiente para resarcir objetivamente la totalidad de los daños causados.

La Antigua Tradición no distingue que estos daños ocurran en el plano material o en el anímico, ya que es conocido que podemos causar serios daños a las personas en su esfera subjetiva, sin que nada evidencie una directa relación entre nuestra acción y los perjuicios, como cuando imponemos nuestra voluntad a otros o cuando sujetamos sus vidas al capricho de nuestras emociones. En el plano anímico, los gestos y palabras derivadas de nuestros sentimientos de envidia, pueden constituir mensajes idóneos cuyo implulso síquico altere imperceptiblemente la seguridad de otras personas en sus objetivos. En los trances y comunicaciones con seres que habitan los planos astrales, los sabios de la Antigua Tradición han encontrado almas que sufren no por lo que hicieron, sino por las emociones negativas que sintieron hacia determinadas personas. La interrelación de los entornos síquicos y físicos, delimita que el campo de nuestra causalidad se precise en términos superiores al que podríamos determinar en las objetivas reglas del Derecho, y aun este, ha necesitado de extender sus límites, para poder compensar los daños morales que una acción causa en la esfera anímica de las víctimas. Como hemos afirmado, el estado de nuestro mundo; los numerosos problemas en las áreas de salud, seguridad, las pérdidas y sufrimientos

causados por las guerras, todo esto es fruto de nuestras conductas voluntarias y negligentes a lo largo de muchas vidas. No podemos puntualizar su directo origen causal, pero sí podemos observar sus resultados de daños.

La comprensión de la resonancia de nuestros sentimientos en la Fuente, nos hace ser cuidadosos en nuestras observaciones acerca del significado del arrepentimiento. Sería imposible que fuéramos de alma en alma pidiendo sinceras disculpas por todos los daños que hemos causado en esta y en otras vidas. Pero así como esperamos satisfacción y arrepentimiento por parte de quienes nos causan daño, encontrándonos en sincera disposión de otorgar nuestro perdón a todas las personas que nos hicieron sufrir como si fueran nuestros hijos, debemos comprender que los seres esperan también nuestro comportamiento gentil: la manifestación de nuestro sincero arrepentimiento por todos los daños que hemos causado en nuestro camino. Si nuestras intenciones son sinceras, resonarán en el Corazón de la Fuente y trascenderán a la totalidad de los planos y sus seres, devolviéndonos la sensación de paz y amor, y con ello la conciencia lúcida sobre significado de nuestros actos. Debemos comprender sobre esto, que constituye un significativo despertar la comprensión auténtica del significado de nuestros actos y de nuestras responsabilidades.

De nada nos sirve el criterio según el cual nuestra falta de previsibilidad es suficiente para eliminar la calificación intencional de los actos; éstos siguen siendo intencionales cuando es previsible que el resultado de daño puede eventualmente ocurrir, aunque elevemos votos porque no se produzcan, aunque confiemos a la suerte que los mismos no se vayan a producir. La previsibilidad es una facultad natural de nuestra mente, y la ponemos en funcionamiento en todo cuanto concierne a nuestra supervivencia, pero parece que no la queremos ejercer cuando está en juego la supervivencia de otros, dejamos que la suerte corra confiando que los daños causados sean mínimos.

Arrojamos misiles sobre una ciudad confiando que los mismos destruyan solamente objetivos militares. No queremos prever que a pocos metros de los cuarteles viven civiles, ancianos, madres de familia y niños. Dejamos que lo que llamamos la ciega causalidad actúe, y mantenemos que nuestra intención era la precisa. Pensamos de forma ilusa que esto nos libera de los resultados que excedan a nuestros propósitos. Dejamos que las cosas corran a su suerte. La ley de la compensación todo lo completa y nos pone tarde o temprano en nuestro sitio, en esta o en otras vidas. Actúa en nuestras circunstancias para que comprendamos el significado de los sufrimientos ajenos, sus pérdidas, carencias y necesidades, el significado del amor, de la salud, de la libertad y del dinero.

Si nuestra observación es aguda, comprenderemos que el significado esencial de nuestras conductas opera causalmente protegiendo o lesionando los bienes e intereses de las personas. El significado del valor de estos bienes, comprensible para nosotros y para los demás seres, es lo que la ley de causalidad nos evidencia a través de sus firmes lazos, en esta y en otras vidas. Que podamos comprender en nuestra alma su profundo significado, es un auténtico don, no un castigo. Un don que nos vincula a los sentimientos protectores de la Fuente.

El significado de la ley de compensación y de la causalidad de nuestros hechos y emociones, es motivo relevante para establecer una meditación reflexiva. Personas especialmente sensibles se lamentan durante muchos años en una culpabilidad ciega por hechos que no pudieron evitar, por exceder al ámbito de sus competencias y capacidades. En muchas ocasiones también nos encontramos en la vida con dilemas parecidos a los que el Derecho denomina la legítima defensa o el estado de necesidad, en el que para proteger un bien de igual o mayor significado valorativo, destruímos otro de igual o inferior jerarquía, en la escala de las valoraciones colectivas. Del mismo modo debemos observar nuestros propios deberes en la acción. Si nos corresponde o no frente a determinados bienes, establecer una posición de garante, que nos condicione a sacrificar primero nuestros bienes antes de afectar los de las demás personas, aunque sus rangos valorativos puedan pertenecer a una idéntica escala jerárquica. La meditación sobre la ley de compensación, es pues una profunda reflexión sobre la ética. El camino de nuestra vida nos evidencia que no podemos dejar estos contenidos solamente a las acciones del Derecho y a los mecanismos sociales de reprochabilidad; estos son parámetros importantes, pero en nuestras almas preexiste un sentimiento de eticidad que afecta nuestra esfera subjetiva y nuestras relaciones con el entorno. Así como normativamente nuestras democracias depositan la función de la justicia en manos de organismos especializados, como jueces y jurados, la esfera transcendental de nuestros sentimientos relacionados con la ética no comprendida en la normativa social, no podemos depositarla en manos de otras personas, pues les atribuiríamos un soberano poder sobre nuestras almas. Numerosas personas no encuentran la paz interior debido a que no han profundizado sobre su percepción de la escala de los valores que le conciernen personalmente. Este es uno de los motivos por el cual las meditaciones sobre la relajación y el bienestar personal, caen en el vacío. La falta de claridad en el significado de nuestros valores, opera de tal modo, que el significado real de nuestras acciones y omisiones, cuando no lo asumimos personalmente, queda tácitamente en manos de terceras personas. En realidad, todo cuanto forma parte de nuestro dominio anímico, que no sujetamos directamente a través de nuestro decidido autocontrol, termina inevitablemente en manos de otros. Plurales desaciertos a lo largo de nuestras vidas, han sido debidos a que en forma negligente hemos depositado la delicada decisión de la valoración de nuestros actos, en

manos de terceros. La vida es difícil, plantea numerosos dilemas, y algunas veces nos gustaría que alguien nos dijera cuál es el correcto camino. Es una decisión que

tomamos también en libertad, pero sin duda no es la más correcta. Nadie puede colocarse en el alma de las demás personas y sentir con plenitud, el significado de sus deberes y valoraciones. La meditación sobre la ley de compensación, sus lecciones y los profundos valores que esta meditación nos evidencia, permite que todos estos contenidos retornen a nuestro centro, para establecer con claridad que está en nuestras directas manos proteger los valores de la libertad, la vida, la integridad física, el patrimonio, la buena fé, la veracidad y tantos otros bienes que hacen posible nuestra existencia y la de los demás. Así meditaron los sabios de la Antigua Tradición numerosos días y noches. El reflejo de su sabiduría nos ha permitido recibir un mundo en el que las personas y las sociedades se orientan hacia la proyección de las conductas en el contexto de las sutiles energías que se generan a través de las altas aspiraciones de eticidad. La funciones sociales son fiables gracias a este sentimiento, y nuestra relación con nosotros mismos, también.

El Néctar

Cuando disfrutamos de una obra de arte, comprendemos que más allá de sus contenidos materiales, existe una especial esencia que la envuelve, recreando en nuestro interior una atmósfera con la que el artista produjo la magia que quiso expresar, envolviéndonos en su propia luz y significado. Es una energía sutil, una atmósfera o invisible néctar, que se proyecta con gran intensidad en la pintura, en la música, en la danza, el teatro o en la literatura. Todos los artistas utilizan en alguna medida materiales similares en sus creaciones, óleos, acuarelas, lienzos, herramientas de lenguaje, palabras, metáforas, gestos, movimientos, notas musicales con instrumentos cuyas escalas son conocidas por todos. Pero hay algunas creaciones que tienen algo más: tienen un néctar, una atmósfera, el hechizo que nos hace olvidar los elementos que estructuran el arte, cuya percepción nos permite trascender la limitación física, provocándonos sentimientos y emociones majestuosas.

Los sabios de la Antiguedad han meditado sobre estas cuestiones que parecen rozar de algún modo el infinito. De allí la necesidad de establecer una protección de estos bienes de nuestra civilización, para el disfrute de las demás personas en lo que denominamos el futuro. El arte es un hecho transitorio que es afectado por la impermanencia, pero pareciera que en algunos trazos de la obra de arte, hay algo más allá, algo eterno e inexplicable, que deja perplejos a nuestros razonamientos sobre el sentido de las técnicas utilizadas en su elaboración. Si observamos con atención, ese hechizo está en muchas cosas, no es patrimonio exclusivo de los artistas, en el sentido limitado que la palabra artista es utilizada. Hay un hechizo en el manejo de los sabores, que nos hacen trascender las limitaciones de los ingredientes de los alimentos; hay un néctar en el erotismo, que convierte a la sexualidad en una magia, y si observamos con atención, ese néctar es especial, excaso, pero cuando nos roza el alma, provoca un olvido de nuestra impermanencia, produciéndonos la sensación de eternidad y plenitud. Te amaré para siempre, es una expresión que nos sale del alma, y pese a nuestra finitud la estimamos profundamente sincera, real y posible. Es el néctar.

En la aparente transitoriedad de todo, en la comprensión del significado de la impermanencia, encontramos señales de una luz ulterior que nos transporta a la majestuosidad y eternidad de la Fuente, alterando con sus poderosas transmisiones, el concepto de nuestro tiempo lineal, envolviéndonos en la sensación de eternidad, que reune nuestro presente, nuestro pasado y nuestro futuro. Siempre te he amado, me parece que siempre has estado a mi lado, te amaré toda la vida. Son palabras que inexplicablemente consideramos muy sinceras y profundas. Es la trascendencia de nuestra finitud a través de las emociones más delicadas y profundas de nuestras almas, aunque nuestra razón nos advierta que todo desaparecerá de nuestros ojos tarde o temprano.

En el Corazón de la Fuente está nuestra eternidad, y la infinitud de nuestro gozo. Esa sensación la perseguimos momento a momento, de vida en vida, la rozamos en nuestros orgasmos y en nuestra infinita sed de placeres, la rozamos en nuestros momentos de hondo dolor espiritual: la sensación de eternidad

que contradice la transitoridad de nuestras vidas. Es evidente que nuestros objetos mentales son transitorios, que nuestras emociones van de un objeto a otro en el camino de nuestra evolución, pero a través de sus diversos matices, nuestra alma nos hace percibir que en su aparente transitoriedad va logrando su propia expansión, reflejo de la propia eternidad que se esconde en las transformaciones de la totalidad. Es el néctar. El emplazamiento de nuestra meditación en la vacuidad y transitoriedad de la totalidad, nos permite observar desde nuestro asiento de meditación las sucesivas transformaciones de la realidad, los seres que nacen y declinan. La definitiva impermanencia que es perfectamente comprensible a nuestra razón y a nuestros sentidos, se completa al asumir en nuestro corazón esos sentimientos de eternidad que observamos cuando comprendemos que la sabiduría de la impermanencia es una lección que una vez comprendida nos traslada a otro conocimiento mayor, a nuestro despertar en el centro de nuestra identidad trascendental.

Somos impermanentes y eternos, como el néctar de la Fuente. La complejidad de fusionar estos opuestos de la vida y de sus manifestaciones en los diversos planos, nos hace comprender en su plena profundidad, que las lecciones que aprendemos de vida en vida no son baladíes, y que aunque en nuestras diversas vidas nos encontremos con la pluralidad de las transformaciones, nuestra evolución está en nuestros sentimientos, que son el lenguaje de nuestras almas en su incesante camino por los diversos planos: nuestra alma tiene la esencia de la eternidad, porque nuestro fin es la fusión en la

Fuente, que genera desde sí misma, toda la realidad manifestada. Es el milagro de la Fuente, ser eterna e impermanente al mismo tiempo, enseñándonos en este camino las innumerables facetas de su diamante, hasta que rindamos nuestros poderosos egos, a su devenir, nuestro retorno. Este milagro es posible porque la totalidad de las funciones y recursos de la Fuente, en los diversos planos que nuestra mente pueda concebir, son generados y puestos en funcionamiento de un modo integral y sistemático, en el que la disciplina de todas las criaturas manifiestan signos de una sabiduría económica excepcional. Los sistemas para la obtención de las energías requeridas para su sostén, se adaptan con naturalidad a los recursos del entorno, generando a su vez nuevas energías y recursos para sostener la vitalidad de sus respectivos entornos. Nuestros cuerpos después de la muerte son aprovechados para que la vida siga en otros seres y microorganismos. Nada se desperdicia, cada fuente de energía y recursos, es correctamente aprovechada de la forma más minuciosa, para que tengan lugar las diversas funciones de la totalidad.

Los seres humanos hemos causado una economía de escasez, debido a nuestros numerosos errores en la comprensión de los ciclos del universo; nuestras ambiciones personales han sido ilimitadas, nuestra falta de adaptación a las realidades de la totalidad, ha generado los objetos mentales de nuestro agudo temor por la pérdida de satisfacciones, generando a través de nuestras creaciones, nuevas fuentes de deleite cuyos costos en la economía de la totalidad son cuantiosas. Dejamos sin habitat a las tortugas marinas y a numerosas especies apoderándonos de las playas para nuestro ocio. La ciega especulación inmobiliaria nos hace destruir selvas y con ello nuestra fuente de mayor sabiduría. Estamos muy orgullosos de nuestros poderes económicos cuando sentimos los frenéticos ritmos de las bolsas, pero paradógicamente actuamos con criterios poco económico, pues los otros seres que incesantemente destruimos tienen para nosotros las sustancias que permiten curar nuestros propios organismos, y la virtud de hacer posible los ciclos de la vida.

El sentimiento que nos produce la impermanencia de nuestras vidas, en lugar de traducirlo en acciones respetuosas hacia el significado de cada ser y la totalidad, nos causa impulsos de incesante acaparamiento. Nuestro aprendizaje es difícil, pero no imposible. De allí que el sentimiento de eternidad debemos establecerlo en nuestras meditaciones más profundas, porque es real y nos proporciona las luces suficientes para administrar los recursos con la delicadeza de los artistas.

Así como en el marco de la impermanencia estimamos que la libertad es irrenunciable pese a las leyes de compensación que la sujetan, no debemos renunciar a la comprensión de nuestra eternidad. Aunque sus expresiones sean transitorias, la vida de todos es eterna. Esta sabiduría trascendental nos permite prevenir

toda acción que nos impulse a dilapidar la gran fortuna y riqueza energética que hemos recibido para nuestro sostén en las numerosas vidas a través de los cuales nuestra alma se expresa en la totalidad de los diversos planos. Del esfuerzo por administrar correctamente nuestros recursos, depende que el néctar de la inmortalidad siga vibrando, y que lo disfrutemos como una esperanza siempre cierta en nuestro devenir a través de las sucesivas modificaciones de la impermanencia. Trascendiendo las limitaciones de nuestro ego, percibimos la diáfana luz de nuestra infinitud, el néctar que es la esencia de oro puro de nuestra alma.

LA SABIDURIA DE LA GRAN MONTAÑA

CAPITULO TERCERO

FLUYENDO CON LA CORRIENTE

Estar, simplemente estar

A nuestros egos les resulta difícil comprender que nuestra sola presencia en este mundo es evidencia de la unicidad. Nos sentimos separados de los otros seres, de la naturaleza y de nuestro propio ser. Estar, simplemente estar, en este universo, es una experiencia que difícilmente queremos considerar como el más profundo misterio de la realidad. Estar, simplemente estar, es sin embargo lo más auténtico y sagrado.

La práctica de la meditación se ha establecido como un puente entre nosotros y la totalidad, una vía de acceso hacia la sensación de unicidad, convirtiéndose así para numerosas personas, en una necesidad del alma para que asuma paulatinamente su realidad presente, estar, simplemente estar. Sus diversas técnicas constituyen así alternativas metódicas para el acercamiento de nuestra alma a una percepción que por su propia naturaleza es muy sencilla.

La meditación nos permite comprender la naturaleza ilusoria de la separación del yo y los otros, y contribuye a devolvernos el sentimiento equilibrador que nos proporciona la percepción de unidad que

nos vincula con naturalidad a todo lo manifestado. La vida es como la corriente de un río que fluye sin cesar: son nuestros egos los que separando una porción de agua que llamamos el yo, la retenemos y estancamos. El factor esencial que causa este aislamiento, es el miedo.

Uno de los recuerdos más gratos de la infancia, es la sensación de fluir con naturalidad en el río de la vida. Los niños creen que en esa corriente todo es posible, incluso volar. Esto dura hasta que comprendemos que existe el mal. Dura hasta que comprendemos que nuestra existencia es frágil. El sedimento del yo, la costra del miedo que comenzamos a arrastrar, nos hace en un momento determinado detenernos para observar el río, renunciando a la sensación de fluir para conservar nuestras vidas al margen de sus riesgos. Nuestra renuncia a la totalidad es el precio que entonces queremos pagar con gusto. Sin embargo, en el camino de la vida observamos que esa renuncia no nos evita el sufrimiento, si bien causa la pérdida de nuestro centro, que tratamos de reestablecer a través del aferramiento de los objetos mentales. Las técnicas de la meditación son solo el camino de retorno hacia la corriente del río. Hacia ella debemos regresar, pero partiendo ahora de una nueva realidad, en la que debemos tomar en cuenta los objetos mentales que en la dilatada separación de la corriente, hemos establecido en nuestra mente. Si observamos con atención, a esto se llega cuando comprendemos que las funciones de la mente han intentado reemplazar el flujo de la corriente, cuando nuestra sensación de estar en tiempo presente, ha sido totalmente reemplazada por los pensamientos. Nuestra mente va por un lado, nuestro cuerpo por otro, y no sabemos por dónde andan las emociones. Lo que pareciera ser el definitivo fraccionamiento de nuestro ser, está entonces cumplido. Sin embargo, la realidad es distinta. Nuestro cuerpo y nuestras emociones siempre nos recordarán que están, simplemente están. Y que si entramos con suavidad al fluir de la corriente, volvemos a ser.

Apreciamos así que nuestro fraccionamiento comenzó cuando llegamos a considerar que éramos nuestros pensamientos, y no, no somos nuestros pensamientos. Ellos son una función de nuestro ser, no nuestro ser. La mente es el mono que tenemos que educar. Es muy difícil, porque el mono se ha acostumbrado a hacer

lo que le da la gana. Nuestro cuerpo y nuestras emociones suelen pagar caro la dictadura del mono. Aprender a estar, simplemente a estar, es lo único que pone al mono en su lugar. Si nos esforzamos en pensar, aun correctivamente, las energías de nuestro cuerpo y nuestras emociones seguirán alimentando al mono. Estar por estar, sentarnos por sentarnos, este es el correctivo para que el mono aprenda. Pero es difícil.

Los otros seres humanos padecen del mismo mal, y sus respectivos monos nos recuerdan que si no pensamos no somos nadie. Debemos leer periodicos para alimentar al mono, debemos ver la televisión, debemos escuchar la letra de la nueva canción, debemos comentar la última noticia. El mono se alimenta de palabras, realmente ya es un gorila. Los pensamientos son los plátanos del gorila. Nuestra cultura ha puesto en un pedestal al hecho de pensar. El pensamiento nos ha dado grandes progresos. No todos, sin embargo. También las palabras nos han envenenado. La espontaneidad desconcierta al mono.

Las meditaciones aquí expuestas, están concebidas para que el meditante a través de su lectura, reflexione sobre su propia naturaleza. La meditación es como una brújula que nos orienta, pero no nos indica el exacto camino. Este debemos establecerlo en la naturaleza de nuestras metas. Uno de los problemas que enfrentan los meditadores es la dificultad de sostener prácticas mediante posturas corporales que le parecen poco cómodas. Los antiguos meditaban en las cuevas sentados sobre el suelo, junto a la hoguera, o junto a un árbol. Eran tiempos en los que nuestro universo humano estaba en las cuevas y en las selvas. La tierra y las grandes piedras eran buenos asientos para todos. Hoy día nos hemos hecho al sofá y hasta hay asientos que nos dan masajes. O llegamos a la casa después de una dura jornada y lo que deseamos es que nuestra espalda toque un colchón. Nos gustaría meditar de esta forma, pero nos han dicho que no, que esto es muy incorrecto, que tenemos que cruzar las piernas y convertirnos en un nudo de músculos y huesos. Hacer esto o lo otro. En realidad, parece que los humanos queremos darle órdenes a los demás, incluso a los que vivan dentro de quinientos años.

Numerosos sabios de la meditación realizaron sus experiencias espirituales en un sofá y se quedaban dormidos plácidamente después de un constructivo viaje astral. Algunos de ellos ni sabían en qué consistía la palabra meditar, sus notas o características conceptuales. Con este sentido de naturalidad y espontaneidad es que experimentamos las meditaciones. Podemos decir que estas meditaciones son imaginarias. También nuestra realidad lo es en cierto modo: imaginamos que tendidos sobre una remota playa seremos muy dichosos. Numerosos meditadores han reflexionado sobre la naturaleza ilusoria de la realidad y han comprendido que esa misma naturaleza es el componente de los diversos planos, como los científicos nos hablan de la apariencia de esta realidad física como consecuencia de sus experiencias con el comportamiento de las partículas. Todo es y no es a un tiempo, es el profundo misterio de la Fuente. Nuestro acercamiento a la sabiduría espiritual debe tomar en cuenta que el conocimiento es consecuencia de la experiencia y esta de la práctica, que nos permiten validar o no, las verdades propias y las ajenas. Toda la sabiduría, incluyendo la que derivamos de los métodos de las ciencias que denominamos exactas, posee una franja de incertidumbre, que nos permite avanzar hacia el encuentro de nuevos conocimientos.

Transmitiendo nuestras emociones

Frente al asiento de la meditación, encenderemos una vela alta. Dejamos que la llama vaya alcanzando su plenitud y serenidad. Deteniendo nuestros pensamientos o concentrando los mismos en un plano visual diferente al de la llama, tenemos presente emocionalmente a la llama. Esta vibrará o dejará de hacerlo, en los momentos en que nuestras emociones establezcan una interpenetración con su ser. Las mejores experiencias se observan cuando esta interpenetración se logra en forma indirecta, como si la llama fuera tímida y vibrara cuando advierte que no la observamos. Algunas personas explican este fenómeno observando que es nuestra alma la que aprovechando el descuido de nuestra mente, manifiesta su vibración a través de la llama. Si observamos este experimento con delicada percepción, notaremos que la llama no vibra con facilidad si precisamos nuestra atención objetiva sobre ella. Es nuestra indirecta

concentración, posada sobre otro objeto, la que permite a nuestra alma establecer la transmisión que produce la vibración del fuego.

Algunos meditadores han considerado que nuesto ser astral, posee un elemento vinculante con la manifestación del fuego, cuya naturaleza es intermediaria entre el mundo material y el sutil. El fuego ha formado parte del conjunto de los ofrecimientos que tradicionalmente el ser humano ofrece a las Deidades y a los espíritus, como canalizador que es de las emociones más sutiles de nuestras almas. El fuego está también presente en nuestro romanticismo, al considerar que del mismo se desprende una atmósfera especial, como la que surge entre dos enamorados cuando cenan juntos frente a una vela.

El fuego controlado es parte de la gran experiencia de la humanidad. Lo que llamamos el dominio del fuego, permitió nuestra vida y el surgimiento de nuestra civilización, proporcionándonos calor y energía en los tiempos de las grandes heladas; y a través de su luminosidad, llenando de paz nuestra existencia, disipando la oscuridad de las largas noches en las cuevas, manteniendo lejos a las fieras y a lo que

considerábamos en el alba de la humanidad, espíritus malignos que acechaban en los dominios oscuros de la noche.

El fuego es luz y conocimiento, con su símbolo hemos representado la esencia de la sabiduría en numerosas culturas. Las delicadas percepciones que permite lograr este experimento, nos hacen comprender variados aspectos relacionados con la forma mediante la cual nuestras almas realizan sus transmisiones emocionales a los otros seres, y como reaccionan las almas sin que nuestras mentes sean por lo general conscientes de las transmisiones emitidas y recibidas. Es una experiencia muy íntima; quienes han logrado desarrollar este tipo de percepciones, encuentran en la serenidad de la llama inspiraciones muy logradas de sí mismos y del plano astral.

Junto al fuego

Imagina que estás en una inmensa cueva de la Gran Montaña. Te sientas junto al suelo, frente a la hoguera cuyas llamas en suave e hipnótico movimiento, te van introduciendo en tu propio interior, produciendo en tu alma, tu mente y tu cuerpo, un estado de profunda paz y relajación. Descubres en tu interior el estado de serenidad.

Así meditaron en las horas de la noche, nuestros antepasados, y muchas horas del día, cuando las grandes heladas cubrían la tierra en los meses de invierno. Junto a la hoguera, con las piernas cruzadas con naturalidad, en el interior de las grandes cuevas, nació la sabiduría esplendorosa que trasciende los objetos, que no es patrimonio exclusivo de nadie, sino de nuestro corazón más antiguo. Imagina que a tu lado no hay nadie, en la soledad inmensa de esa gran cueva, junto al fuego de la meditación.

Imagina también que a tu lado aparecen los seres especialmente más queridos, sentados, observando la evolución del fuego y percibiendo su calor, su luz y sus reflejos; imagina que ellos están en silencio, imagina luego que ellos y tu, intercambian palabras de sabiduría. Imagina al Anciano y a la Anciana de la Cueva, sus rostros surcados por profundas arrugas, evidenciadas por los reflejos de luz de la hoguera. Ellos te transmiten la sabiduría que necesitas. Siente en tu corazón sus intensas transmisiones emocionales, la memoria de las muchas vidas en las migraciones de las diversas estaciones, su sabiduría sobre la vida y la muerte, el profundo conocimiento que tienen de ti, viéndote crecer desde tu remota infancia. Esa cueva es tu mundo, tu universo protector y tu ámbito protegido; todos los seres que habitan en ella, aun los que no puedes percibir todavía, te adoptaron como uno de los suyos, como tu los adoptaste a ellos. Allí encontraste el amor y viste germinar sus frutos. En el subsuelo están los huesos de las muchas vidas, la memoria de los antepasados, sus grandes virtudes y sus defectos, todo tu legado. En sus paredes brillan las marcas que trazaste en tu infancia.

Todo es sagrado en el entorno de la gran cueva, el sitio que escogiste para dormir, para guardar tus objetos, para sentarte, para comer, para llorar, para reír o para reflexionar, para evocar las grandes llanuras

llenas de fruto y caza; el sitio donde conversas con los sabios, donde te sientas como ellos con las piernas, para meditar. Todo tranquilo y sereno en la infinita noche de los tiempos. Conforme avanza la noche, comprendes que ahora te corresponde avivar el fuego, mantener viva la llama de la sabiduría. El Anciano y la Anciana se han debilitado, pronto partirán en su camino hacia las estrellas. Con

serenidad, asumes la responsabilidad de tu propio corazón: sacar la vida adelante y a través de tu ejemplo, dejar el fuego encendido para cuando te corresponda iniciar tu propio camino hacia las estrellas.

Imagina que los Ancianos, en interminables días y noches, te trasmitieron especialmente a ti sus ejemplos; en tus noches de meditación solitaria, cuando de ellos solo quede el sitio que dejaron, revives sus palabras, sus gestos y sus transmisiones emocionales. Los evocas en sus nuevos dominios de las estrellas, para recibir los consejos sobre la sabiduría que tu ignoras. El gran fuego de la cueva aviva cada tiempo de meditación, la llama de tu sabiduría interior. Es una sabiduría poderosa, todo es intenso junto al fuego de la gran cueva: es todo cuanto hay entre la vida y la muerte, entre la muerte y la vida, lo que te toca sacar adelante, cada cosa en su momento, cada ser en su dimensión y en sus imponderables. Tu corazón se va formando con los mismos reflejos que alumbran el alma de los Maestros de los otros planos. Ellos no te hubieran transmitido su legado ni compartirían contigo los deberes, si tu alma estuviera imposibilitada para cumplir las metas. Te exigen disciplina, concentración, serenidad, lucidez, rectitud, humildad, bondad, entrega y sentimientos de protección, sacados de la fuerza y la sinceridad de tu alma. Así has podido comprender que la sabiduría se origina en la diaria observación de tu propia naturaleza.

Conociéndote a tí, el funcionamiento de tu cuerpo, de tu mente, de tus pensamientos y de tus emociones, puedes comprender la naturaleza de los demás. Como dijeron los sabios, tu alma será poderosa cuando superes el miedo a conocerte; cuando observes tus reacciones, tus apegos, tus limitaciones, tu luz y tu sombra, tu origen y tu extinción, tus enlaces y tu interpenetración con la realidad. Sentándote, simplemente sentándote, todo se hará claro, sin esfuerzo, como el agua en reposo que va poco a poco evidenciando su propia transparencia.

La serenidad es una sensación similar a la de los apacibles lagos cuando sus aguas reflejan la claridad de la luna. En el corazón de la serenidad hay un reflejo estable de permanente alegría, cuya profunda intensidad nos proporciona la energía cualificada para los grandes logros. Una energía que en sí misma es siempre nueva, que nos hace disfrutar del cumplimiento de nuestros deberes; un lago que ha brotado de nuestros manantiales interiores una vez logramos vencernos en el camino de nuestras muchas vidas. Vencernos a nosotros mismos, es el lago, y la luna reflejada, la sabiduría que heredamos, cuyo brillo encenderá de luz nuestras pupilas, para contagiar imperceptiblemente a quienes anhelan el despertar de sus almas.

Sentados junto a la hoguera, actualizamos la sabiduría de los sabios. Nuestras experiencias y las suyas son la misma flecha en la misma diana, sus rostros y los nuestros son idénticos: entre sus almas y las nuestras hay una exacta interpenetración. Son nuestras almas gemelas, como son aquellas que están en el camino del despertar.

Junto al fuego, vemos las caras de cada uno de los sabios y su transitoriedad, pasando por el interior de nuestra alma, fundiéndose en el interior de nosotros para formar una esencia única que a todos pertenece, porque nuestras manos, nuestra cabeza y todo nuestro ser, tienen su vibración y su esperanza, nuestra cara sus gestos actualizados a través de la disciplina y la espontaneidad.

Imagina, recuerda, siente lo que nos divertíamos cuando sentados sobre un montículo de la llanura recibíamos los rayos del sol. Percibíamos los olores distantes, observábamos a las manadas de gacelas. Recuerda, siente, imagina: éramos parecidos a los grandes simios, todo cuerpo y ojos, ojos enormes observando como si todo fuera parte de nuestros dominios. Todo era nuestro, los árboles, el viento, el calor de los días soleados. No había diferencia entre lo exterior y nosotros. Imagina luego cuando comenzamos a caminar de pie, cada vez más erectos, los movimientos de nuestras manos, todo manos y

ojos, y de nuevo sentarnos, como para precisar que dentro de nosotros existe un universo, nuestro extraño y solemne silencio interior.

Imagina nuestros primeros gestos, nuestros signos para señalar las cosas, nuestra primera reflexión sobre el yo y el otro, sentados, absortos en los sonidos que parecen articular nuestra primer palabra, tu, y yo, y los otros; la resonancia de estos sonidos en la oquedad de nuestro cuerpo, en nuestra mente, en el despertar de nuestra nueva conciencia. Siente en tu interior las intensas experiencias de las sucesivas e incontables migraciones, sus muy diversos seres y paisajes, todo reunido aquí, en nuestra larga e infinita meditación junto a la hoguera.

Viejo y nuevo a un mismo tiempo, nuestro mundo. Así, en tu sitio de meditación, vas observando como una pequeña chispa se despierta en el centro de tu corazón; comienza a crecer lentamente, alentada por tu respiración, hasta ir formando una llama que crece, que te abarca y envuelve, exactamente es una burbuja de luz clara que va creciendo con suavidad hasta abarcar tu sitio de meditación, rodearlo y protegerlo con su luz, en cuyo crecimiento va extendiéndose hasta envolver poco a poco la totalidad del mundo, sus seres y su geografía, transmitiéndoles la luz clara de serenidad, paz, amor y protección. Observa que la luz sigue creciendo hasta envolver el cielo y las estrellas, y al abarcar la totalidad, la adopta con sus sentimientos protectores, en paz y serenidad. Luego va decreciendo con suavidad, hasta

sutilmente volver a convertirse en la pequeña chispa que permanece siempre despierta y luminosa, en el centro de tu corazón.

Imagina que estás junto a la hoguera, con las piernas cruzadas, y que poco a poco te olvidas de tu propio ser. Desapareces como si tuvieras el don de la transparencia. Y en tu invisibilidad, vas precisando que tu única naturaleza es el fuego, y que el fuego de la hoguera posee tu naturaleza.

El viento, la claridad y el diamante.

En tu asiento de meditación sientes tu postura cómoda y relajada, pero al mismo tiempo eres consciente de ti, de tu cuerpo, de tu mente y de tus emociones. Respiras profundamente recibiendo en tu interior las energías sutiles y expulsando tu cansancio, el sufrimiento, el miedo y los temores acumulados en las muchas vidas. Tu respiración es suave, honda y poderosa. Aspiras el aire por tus conductos nasales, y lo expulsas con energía, por la boca. Estableces el equilibrio de tu cuerpo, este lo transmite a la mente y ambos a las emociones. Tus intenciones son precisas, poco a poco vas logrando el equilibrio del cuerpo, la mente y las emociones, integrándolos en un solo ser. El ritmo de tu respiración contribuye al equilibrio: recibes la energía vital, expulsas el cansancio, el sufrimiento y el temor.

Lentamente vas observando en tu meditación que desde tu frente va saliendo un hilo de humo gris hacia el exterior, que se va extendiendo lentamente hacia el cielo, convirtiéndose allí en una densa nube gris, cada vez más cargada de oscuridad, hasta formar una nube negra cuya densidad es debida a que recibe toda la expresión de tu dolor, de tus enfermedades, de tus incertidumbres, de tus miedos, de tus temores, de tus fracasos, de tu cansancio, de tus rencores, de todos los sufrimientos recogidos a lo largo de tus muchas vidas. Te concentras en la nube y observas que se va nutriendo de la energía de toda la negatividad que has recogido en tu camino. Suavemente vas percibiendo luego, que el viento comienza a soplar arrastrando lentamente a la nube densa y negra, hacia remotos confines, hasta posarse sobre el mar, donde estalla en lluvia y tempestad, oscureciendo el cielo y formando las tormentas eléctricas que van descargando la energía acumulada en el mar, para deshacerse luego suavamente permitiendo que el cielo sea cada vez más claro, celeste, produciendo la delicada visión de un arcoiris en medio de un paisaje estable de serena belleza.

En tu sitio de meditación, todo es sereno. Percibes sobre tu cabeza una luz clara, compuesta por las energías más delicadas. Los colores de esta luz oscilan entre el dorado y el plateado, estableciendo una atmósfera de tonos armoniosos, que va penetrando en suaves rayos de luz en tu cuerpo, en tu cabeza, tu

frente, la cara, los ojos, la boca, la garganta. Son energías rejuvenecedoras que penetran suavemente en tu interior, produciéndote bienestar, salud y renovando tus energías más sutiles; su luz inunda tu espina dorsal, tu espalda, los hombros, tu pecho, el plexo solar, tus órganos internos uno a uno los ilumina con suavidad, suavemente va rodeando tu cintura, tu sexo y tus glúteos, llenando poco a poco tus piernas de claridad y bienestar, penetrando en todas las células de tu cuerpo, haciendo vibrar la totalidad de tus átomos y llenando tu vacío interior, de paz, serenidad y felicidad. Respiras profundamente, expulsas el aire con suavidad.

En tu sitio de meditación, observas como esta práctica la repites numerosas veces a lo largo de los muchos días, produciendo tu nueva naturaleza, estable, armoniosa, equilibrada. Solo necesitas para esta práctica tu disposición y la claridad.

En tu sitio de meditación, todo empieza a producir serenidad. Serenidad que se transmite al mundo. Respiras energías sutiles, expiras paz y serenidad. Esta serenidad la transmites desde el centro de tu corazón, en delicados rayos de luz a las plurales direcciones del universo. Siente como emergen de tu interior con naturalidad esos reflejos y que cual poderosa luz diamantina, va extendiendo sus rayos a través de los múltiples universos. Es la más pura esencia, generada desde tu cuerpo, tu mente y tu alma, la que diriges con la precisión de tu natural concentración, a los diversos planos.

Respiras profundamente, expiras profundamente, con naturalidad, sin esfuerzo. En tu sitio de meditación, comprendes que esa energía diamantina renovada constantemente, la puedes direccionar sin palabras, a través de tus sinceras emociones, y que siempre será segura su dirección, si sus transmisiones puntuales se realizan mediante el impulso de los sentimientos generados por el amor incondicionado, para dar protección, salud y bienestar a las almas que la reciben. Sin palabras, inspirándote en la libertad y manteniendo el silencio de tu práctica. Son energías de liberación, y cuando tu concentración avance, sus proyecciones serán estables y duras como el diamante.

El silencio es poderoso. Las palabras, si no son exactas, pueden destruir el impulso, la orientación, la estabilidad y la armonía de las intensas transmisiones emocionales. En tu sitio de meditación, recoges las poderosas energías del silencio. Son las que hacen inquebrantable el poder del diamante.

Imagina que estás en tu asiento de la Cueva, junto a la hoguera. Observa que tu cuerpo se va transformando en un sólido cristal, un prisma, que refleja los diversos colores. Observa la banda de rojos y naranjas, cálidos, energéticos, siéntelos en tu interior: son intensamente vitales, como tu propia sangre, como los rojos frutos cargados de jugo. Observa los reflejos rosados, siente su cercanía a los delicados sentimientos del amor. Observa la delicadeza del tono amarillo, siente sus brillos dorados, la riqueza, las energías de prosperidad, su tono de la amistad, la transmisión de sus energías cargadas de esplendor y vida. Observa los tonos más oscuros, el azul y su misterio; absorbe su vibración que encierra el sentimiento del cielo en las noches de los universos y el silencio de las galaxias. Mira el color celeste, el cielo despejado, es el velo de energías delicadas que ampara a todas las criaturas del día. Observa el negro, siente su intensa profundidad, la rotundidad de noche cerrada, donde nada es visible pero todo es percibible a través de nuestra orientación interior. Observa el color marrón, el significado de la tierra, las fértiles cosechas, el patrimonio y el esfuerzo para completar los ciclos de la abundancia, la dicha del trabajo fértil. Observa el verde, sus matices, las plantas, la vegetación, la salud, las montañas. Y el blanco, la sensación de paz de las suaves nubes, la purificación, la curación, la alegría. Concéntrate con tranquilidad en el prisma, observa su transparencia, el agua, la dicha. Imagina, siente el prisma en tu frente, en el interior de tu frente, irradiando hacia adentro de ti, sus colores, que vas transformando poco a poco con tu fuego interior, en un diamante, tallado a través de tus numerosas vidas y experiencias. Observa que este diamante enfoca los objetos externos, seres y paisajes, bañándolos con sus colores de luz y sus tonalidades, unas más intensas que otras, hasta que convergiendo en un punto, el diamante proyecta desde su centro una luz cristalina, resumen de todos sus poderes en la vacuidad. Esta luz cristalina tiene la misma naturaleza del diamante, cortador de los obstáculos e impedimentos para tu realización y la de los otros

seres: la proyectas con serenidad, en libre voluntad y por el bien de todos. Proteges tu asiento de meditación y tu ser, con esta energía.

Observa tu propia naturaleza, meditando. Concentrándote durante muchos días en un punto a un metro de distancia, en el suelo, con tranquilidad, sin pensar: consciente de tu postura de meditación, de tu respiración, y del punto. Visualízate así muchos días. Es la forma como meditaron los antiguos sabios de nuestra Tradición, para fortalecer la naturaleza del diamante.

La puerta

El propósito de nuestra meditación sobre las muchas vidas es siempre didáctico. De nuestras vidas aprendemos grandes lecciones, los motivos de nuestras virtudes y las razones de nuestras carencias. La meditación nos evidencia que las muchas vidas han sido intensas para todos, y nos ilustra acerca de las circunstancias que han motivado nuestros comportamientos y los de las demás personas. En nuestro sitio de meditación, sostenemos una relajación profunda, imaginando, sintiendo y luego visualizando nuestro cuerpo relajado, en paz. Aspiramos sutiles energías, nuestra expiración es fuerte, expulsamos el temor, la ansiedad, el sufrimiento y toda enfermedad.

Visualizamos la luz clara de las energías sutiles, penetrando lentamente en el interior de nuestra mente y en todo nuestro cuerpo. En esta meditación, somos ojo y no pensamiento. Observamos una habitación oscura, en la cual no es posible distinguir ninguna forma. Poco a poco nos vamos estableciendo y acostumbrando a la oscuridad. Comenzamos así a distinguir la sombra de algunos objetos. Observamos una puerta apenas entreabierta, por la que penetra un delgado hilo de luz. Visualizamos, sentimos, que si abrimos más la puerta encontraremos una escena de nuestras vidas pasadas. Está allí en tiempo presente.

La puerta se va abriendo con suavidad, lentamente. Comenzamos a observar más allá de la puerta, y poco a poco vemos la claridad de la calle, la ropa de las personas, sus caras, la ciudad. Nuestra visión observa todo de conjunto, y poco a poco precisamos quiénes somos en tiempo presente en esa precisa vida: nuestra forma de vestir, nuestra cara, nuestros pies; observamos la actividad que nos rodea y precisamos poco a poco, en las caras que nos resultan familiares, a nuestros seres queridos de entonces, todo en tiempo presente.

En esta meditación podemos evolucionar con facilidad para precisar los detalles que nos resultan de interés, las impresiones son subjetivas e intensas. Repetimos el procedimiento de la habitación oscura para observar en otras meditaciones las atmósferas que nos rodean en otras vidas. Detrás de la puerta pueden esperarnos ciudades, pero también aldeas, el campo o la visión del mar. Siempre existió una puerta. El ritmo de nuestra respiración profunda nos conducirá con suavidad nuevamente aquí y ahora.

La enseñanza del Espejo

Imagina que estás en una habitación oscura, con dos candelabros, encendidos junto a ti. Estás frente a un gran espejo, que refleja tu cara, tus hombros y la luz de las velas. Observa tus ojos, su profundidad, serenamente. Tenemos toda la noche.

Con naturalidad, penetra poco a poco en tu imagen, suavemente ella irá penetrando en ti, produciéndote primero la sensación, luego evidenciándote las transformaciones del rostro, para que observes los cambios que has tenido a lo largo de sus numerosas vidas.

No temas, tu alma te habla así para que comprendas algo muy profundo, para que despiertes tu poderosa sabiduría interior. Observa tus ojos, tu mirada. Ellos te despertarán a la sabiduría milenaria, la imagen del espejo y tu propio ser se interpenetran. Los imperceptibles cambios, se van haciendo significativos, tu ser es apenas una faceta del gran diamante de tus numerosas vidas. Observa, fuiste anciano, hombre, niño, mujer, observa tu piel y tus rasgos faciales. Tus correspondencias físicas van cambiando, configurando

rasgos de otras razas, tu cráneo, tus cejas, tus labios. Tu imagen se modifica de un modo imperceptible, pero tu lo notas.

Con tranquilidad, estás en tu habitación oscura. Las luces frente al espejo, las luces dentro del espejo, tu cara, la mirada y el alma. Nadie te mira, te encuentras solo frente a tí. Lentamente te incorporas, buscas un vaso de cristal y lo llenas de agua fresca. Sostienes el vaso entre tus manos, las yemas de los dedos tocan suavemente el cristal. Apoyas el borde del vaso entre tus cejas, equilibra la percepción. Te sientas frente al espejo, con la compañía de las velas, que representan a tus Guías en los diversos planos.

Respiras profundamente. Observas tus ojos con tranquilidad. Deja que el tiempo transcurra. Percibe el calor que las yemas de tus dedos transmiten al vaso, penetrando el agua con tu magnetismo. Con tranquilidad, tenemos toda la noche. Miras tu imagen en el espejo, sus transformaciones, en el silencio de la noche ella te responderá con precisión cuanto tu le preguntes. Permite que la imagen te hable por sí misma: tu alma conoce tus necesidades y aspiraciones. Respira profundamente, todo con suavidad. Al percibir el vaso cargado de tu magnetismo, lo bebes sorbo a sorbo, mirándote con naturalidad en el espejo. Esta agua magnética reanima y despierta tus energías más ocultas. Los sabios de la antigüedad curaban con ella. Respira profundamente y sigue observándote. Unos minutos adicionales, ten paciencia, tenemos toda la noche. No temas. Ir o venir, levantarse o sentarse, siempre es lo mismo cuando sabemos que el espejo espera para evidenciarnos los rostros que tuvimos antes de nacer, y los que tendremos después de morir.

Practicando esta meditación en el tiempo de las muchas noches, los sabios comprendieron que había una sabiduría especial, que el alma era capaz de proyectar para conversarnos cara a cara. Comprende así, que esta sabiduría solo te pertenece a tí, es tu rostro sin máscara. En tu meditación, comprende que numerosas veces las almas son muy quejosas, porque las hemos tenido encerradas entre los barrotes de nuestra mente y nuestro ego; déjala continuar, déjala que te hable, que se tranquilice, es tu propia y verdadera alma. Convertidos en la luz de los candelabros, tus Guías transmitirán su luz serena.

Recibe la serenidad, transmite serenidad y estabilidad: a partir de hoy siempre escucharás a tu alma, en este y en los diversos planos, siempre la escucharás. Observa en tu meditación, que los antiguos derivaron de esta especial sabiduría, también la forma de observar el futuro, porque el tiempo no es lineal para las almas. Ellos realizaban esta práctica observando su imagen en el agua, y dejando luego que se formaran libremente, a través de imperceptibles detalles, las imágenes orientativas del devenir.

En tu sitio de meditación, con tranquilidad, tu alma. Respiras energías sutiles, expiras ahora tranquilidad y paz. Tu mente direccionada con la intención firme del establecimiento de la serenidad, el amor y la comprensión. Refuerza tus emociones con tu poderoso silencio interior. Tus conversaciones con tu propia alma son secreto eterno. Si las transformas en palabras para terceros, a partir de ese momento tu alma se reservará la verdad. Se abre a tí, a sí misma, no a tu ego.

Los sabios de la antigüedad aumentaban la eficacia de estas prácticas entonando los sonidos de las vocales, con suavidad y naturalidad. Magnetizaban su cuerpo y el sitio de meditación con las tonalidades de la escala de sus sonidos vocales, desde la nota más grave hasta la más aguda, transmitiendo a través de sus intenciones, serenidad en cada tono vibratorio. Al sonido de las vocales en la entonación, que son sonidos raíces del alma, numerosos sabios les han añadido tradicionalmente las vibraciones de la m y la r en su entonación final; la vibración de la m final en la pronunciación de las vocales, sintoniza con las energías receptivas y protectoras de la Fuente, y las de r, actualizan en nuestro ser Su energía activa, luminosa y radiante. Esta es una práctica muy relajante para el alma, porque crea un espacio común entre la imagen y su reflejo, contribuyendo las vibraciones sonoras a establecer un canal de interdependencia con los objetos instrumentales que son mediadores, y suelen tener estas vibraciones incluso delicados efectos en las llamas y en la forma de derretirse la cera de las velas. Algunos sabios de la antigüedad observaban mensajes de los otros planos en esas variaciones de las llamas y examinaban si las formas de la cera evidenciaban alguna imagen clarificadora de sus preguntas. Si nuestra práctica es natural y sincera, estas percepciones se van comprendiendo en el transcurso del tiempo, cuando nuestra práctica es completa y nuestra concentración

se encuentra más defenida en la observación de los detalles en las transformaciones que observamos. Los sabios de la antigüedad denominaron a esta meditación el encuentro con el maestro interior. Culminamos esta práctica con naturalidad, agradeciendo a nuestros Guías y a nuestra alma por sus percepciones, realizadas en libertad, por el bien de todos. Los antiguos sabios tenían por costumbre evocar a modo de repaso sus observaciones, ya en forma relajada, lejos del sitio de meditación, comprendiendo sus emociones, sus significados, normalizando las transmisiones recibidas, a modo de una reflexión o meditación posterior necesaria para equilibrar sus perspectivas dada la intrínseca intensidad de esta práctica. Si observamos con atención, esta práctica nos pone en el umbral de un estado de trance natural, volcado hacia el interior de nosotros mismos, siendo por tanto una puerta de comunicación con los diversos planos. Algunos sabios realizan

estas prácticas colocando junto al espejo, una estrella de cinco puntas, que cumple las funciones punto alternativo de concentración y de reafirmación de su significado, a modo de invocación de Poderes Eficaces que este símbolo representa en los planos de esta realidad y la del espíritu. realidad, todo lo que sirva de apoyo a nuestra alma en estas prácticas, es bien venido, siempre que signifique un recargo de energías provenientes de otras personas o de recuerdos, o que por intensidad actúe descentrando el enfoque de nuestra visión. .

Los rayos de la Luna

de los En no su

Hoy día, nos es difícil comprender que nuestro ser posee un don particular, que es la receptividad. Queremos estar siempre activos, ser como el sol que alumbra sin cesar. Pero no tenemos tanta energía. Sentarse por sentarse bajo la Luna, es una experiencia que despierta nuestros centros psíquicos. La Luna tiene un poder magnético que ejerce su influjo en nuestro planeta, en las mareas, en las cosechas, en nuestras almas. Su radiante belleza es reflejo de la luz del Sol, pero no es la misma luz, como si en su alquimia interior la Luna hubiera refinado los intensos rayos de la energía solar. Los antiguos llamaron Diosa a la Luna, por la percepción y comprensión de sus ciclos y su poderoso influjo sobre nuestro planeta, por su interdependencia con el Sol, la gran Deidad con la que la Luna se encuentra en perfecta alineación. En ellos vieron los antiguos a la pareja cósmica, comprendiendo los ciclos de nuestras propias energías.

Meditar centrando nuestra percepción en el recibimiento de la noche, la claridad y el influjo de la Luna, parece algo descabellado en nuestro tiempo; parece un comportamiento humano más lógico ir a un estadio, permanecer unas horas junto a la máquina del casino, dar una fiesta en casa o quedarnos recibiendo el influjo de la televisión. Ah, la Luna. Cuántos sentimientos ha inspirado. Cuántos nacimientos ha amparado en su creciente; y su luz menguante, cuántas veces ha acompañado a nuestras almas en el tránsito seguro hacia los otros planos. Cuando recibes su luz clara, incluso el aire de la noche es diferente. Los reflejos de su luz en la naturaleza, nos hace amigos de los duendes, percibir el toque de las hadas, y aprender los mapas de nuestro gran océano espiritual.

Precisando a nuestra Deidad interior

Nuestro sitio de meditación lo tenemos en la naturaleza, en horas tempranas de la mañana, en día soleado. Observamos el entorno y lentamente vamos precisando un árbol. Aunque lleguemos a pensar que hemos escogido a este árbol, si observamos con detenimiento nuestras emociones, observaremos que es él quien nos ha escogido para apoyarnos en nuestra búsqueda espiritual. Tocamos su tronco y agradecemos su amor. Sentimos el fluir de su savia, la forma en que nos traspasa su energía vital, adoptándonos en el seno de su protección y tutela. Con este árbol conversamos acerca de nuestros temores, sufrimientos o pesares, trasladándole nuestro amor y nuestros sentimientos más profundos: las energías que nos devolverá serán siempre limpias para nuestro pleno bienestar. Pedimos al árbol que nos ponga en comunicación con la Deidad de nuestro corazón. No hacen falta palabras en nuestras conversaciones con el árbol. Son comunicaciones emocionales.

Emplazamos nuestra meditación junto al árbol, sentarnos por sentarnos, sin objeto ni propósito, respiramos y expulsamos el aire con tranquilidad, estableciendo el equilibrio de nuestro cuerpo, mente y emociones. Una vez logrado el equilibrio, observando la eficacia de nuestra concentración, mantenemos la mirada atenta a un metro de distancia en un punto de concentración. Percibimos una estrella en el firmamento, justo encima de nuestra cabeza. Mantenemos la respiración tranquila, sintiendo que un hilo de la luz de la estrella va penetrando en nuestro interior, a través de nuestra cabeza, iluminando la totalidad del cuerpo. Percibimos con suavidad y lentamente, que de nuestros pies van saliendo raíces, las mismas penetran en la tierra para recibir los compuestos y nutrientes de la vida. Movemos nuestros brazos en equilibrio y concentración suave, sintiendo el aire. Los extendemos sin esfuerzo como si fueran ramas, mostrando las palmas de las manos al cielo. El aire nos proporciona los nutrientes de energía astral que revitalizan nuestro ser. Como los árboles.

Mantenemos unos minutos estas percepciones, y retornamos a nuestra posición de concentración, sosteniendo la espalda recta, vertical, como los troncos de los árboles. Sentarse por sentarse, observando el punto de concentración a un metro de nuestro asiento de meditación en el suelo. Con suavidad unimos las yemas de los dedos pulgar, índice y corazón, de cada mano por separado, para retener y asimilar las energías recibidas, gesto que si observamos con detenimiento, hacen los niños con espontaneidad. Nuestra respiración es profunda, sostenemos unos segundos adicionales el aire en nuestro interior, y luego lo expulsamos con suavidad. Seguidamente unimos las puntas de los seis dedos, con suavidad, manteniendo las manos descansadas sobre una pierna. Unos minutos de concentración, y relajadamente en nuestro asiento de meditación, imaginamos que en ese paisaje natural junto a nosotros nos acompaña una Deidad llena de las especiales virtudes y energías que necesitamos para nuestra vida. La sentimos y sin palabras, emocionalmente agradecemos su compañía. Luego nos alejamos de este entorno, agradeciendo al Arbol su protección. Nos despedimos expresando nuestros sentimientos de gratitud a la Deidad por acompañarnos en ese entorno natural. Ya en nuestro asiento habitual de meditación, evocamos las experiencias anteriores y nos concentramos en el

significado de la Deidad observada. Recordamos que los antiguos tuvieron numerosos Dioses y Diosas, a través de los cuales precisaron las diversas energías del Universo. Precisamos la naturaleza de la Deidad y si todo lo sentimos conforme, en libre voluntad y por el bien de todos, precisamos su compañía, imaginando primero su imagen, luego sintiendo sus características y enfocándola en nuestra visualización. Si estas prácticas no han logrado el adecuado enfoque de la Deidad, evoquemos la visión de la naturaleza y pidamos desde la distancia consejo al Arbol para que nos presente a otra Deidad. Es un proceso que puede tomar numerosos días, hay que tener paciencia y tranquilidad.

Visualizada la Deidad en plena conformidad, en libre voluntad y por el bien de todos, a Ella pedimos que sea nuestra Deidad Interior. Con serenidad, la invocamos para que ingrese en el interior de nuestro corazón. Esta Deidad puede coincidir con la forma en que otros pueblos la representaron, podemos denominarla con cualquiera de sus nombres pasados, o con una imagen y nombre nuevo, percibirla e integrarla, es el primer propósito de esta meditación. Una vez precisada la Deidad, vamos comprendiendo sus características y su significado en nuestro interior. Ella es un aspecto de nuestra alma. Nuestra meditación es tranquila, la percepción contribuye a nuestra tranquilidad en la reflexión y en la integración de Su energía. Integramos en nuestro interior las características y atributos de la Deidad. Es un proceso que puede ir produciéndose a lo largo de varias meditaciones en distintos días. El Meditante y su Deidad se interpenetran. Tu Deidad representa así, el conjunto de específicas virtudes y las energías requeridas para tu realización, que pueden ser renovadas en el transcurso del tiempo por otros matices ya sean derivados de las propias energías específicas emananas por la Deidad Interior, o mediante otras energías extraídas por la alineación de nuestra Deidad con otras Deidades, según las necesidades requeridas en el transcurso de las meditaciones a través del tiempo.

Sobre nuestra situación personal.

En nuestra meditación, observamos que a algunas personas les resulta difícil explicar a la Fuente de la que todo procede, cuáles son sus circunstancias actuales, sus necesidades y aspiraciones específicas. Concentrándonos en estos aspectos de nuestras vidas, observamos que a veces necesitamos aclarar y precisar cuál es la prioridad de nuestros objetivos, estableciendo un orden emocional en el enfoque de estas circunstancias, necesidades y aspiraciones.

La concentración en la meditación sobre la realidad inmediata, nos permite observar que no siempre nuestra paz depende de asuntos trascendentales, y que para nuestro bienestar espiritual, tenemos variados aspectos que resolver en nuestras vidas cotidianas, algunos de un modo más urgente que otros. La práctica de la concentración nos evidencia así nuestras propias emociones con las personas y con las acciones que debemos realizar correctamente, nuestras necesidades materiales y en general aspectos relacionados con la reestructuración de nuestra vida en el transcurso de los sucesivos cambios que la impermanencia supone. Recordemos en la meditación, que los cambios totales u holísticos pueden causar una crisis que en vez de solucionar las cosas y permitir que nuestras funciones sean más eficaces, contribuyendo más bien a complicar nuestra situación presente. De allí que la meditación sobre nuestra situación nos permite examinar cuáles son los cambios fragmentarios o parciales más indicados para dar inicio a una reestructuración eficaz. Precisemos los mismos en la meditación. Esta práctica nos proporcionará un mayor conocimiento de nosotros mismos y de nuestro entorno.

Imagina, siente, visualiza que con tu aliento, inflas un globo transparente que lleva las energías y los sentimientos de tu corazón. Visualiza en ese globo transparente, las emociones de tu necesidad, reflejando en el aliento, la emoción de tu pecho y de tu plexo solar. Precisa los sentimientos en forma de intenciones, y estas transfórmalas en una petición concreta, para que la resonancia de la Fuente abra los canales de cristalización en este plano. Lentamente en la meditación vas precisando aquello que quieres comunicar a la Fuente. A Ella le transmitirás esos contenidos una vez sueltes el globo, que en tu meditación observarás flotar hacia el cielo, elevándose con suavidad hacia los planos astrales. Podemos meditar con tranquilidad acerca de nuestra petición, no hace falta hacerlo todo al mismo tiempo. El penúltimo paso es cuando ya tengamos nuestras intenciones seguras, ir inflando el globo, y el último paso es enviarlo a su destino.

Algunos meditadores han observado que en esta práctica, aveces el miedo los paraliza, les causa incertidumbres y más inseguridades acerca de sus necesidades. Una práctica relajante antes de realizar esta meditación, es sostener un vaso de agua con ambas manos, transmitiendo al agua nuestros temores, desequilibrios e inquietudes y luego deshacerse de su contenido, lavarse las manos y la cara para entonces dar inicio efectivo a esta meditación. También esta práctica del agua, en la que transmitimos nuestras energías negativas, alivia dolores y enfermedades. Todo esto permite un mejor enfoque de la meditación. Algunos sabios utilizan estas meditaciones para pedir a la Fuente por dones que son necesarios para el bienestar de otras personas, que por sus obstáculos mentales no pueden percibir con naturalidad su vinculación con la Fuente. Es conveniente que cada meditación se produzca por separado, estableciendo con precisión nuestras necesidades y las que corresponden a los demás. En realidad, la Fuente percibe nuestras emociones aunque no realicemos esta práctica, pero pertenece al terreno de nuestra libertad y voluntad precisar las específicas necesidades que precisamos satisfacer para el logro de nuestra realización.

Las energías restauradoras

Esta meditación es sencilla. Su práctica en el tiempo produce una mejoría de salud integrando los elementos corporales, mentales y emocionales de nuestro ser. El enfoque es el siguiente: acostados, tomamos consciencia de nuestro propio ser, en los tres planos indicados, mente, cuerpo y alma. La respiración tranquila nos dará las primeras relajaciones. Visualizamos a un Maestro del Plano Astral, proyectando una luz suave de tonos claros. Va enfocando con su luz más clara, primero nuestra mente, y luego, proyectando la misma hacia a las diversas partes de nuestro cuerpo.

Nuestra meditación evolucionará en cada parte de nuestro organismo, precisando los tonos de los colores con naturalidad, visualizando que cada célula, tejido, músculos, órganos, nervios y huesos, van recibiendo

la correspondiente luz, eliminando sus impurezas y entonando las energías interiores con las provenientes de las luces del plano astral. Se trata de una meditación de ritmo lento, en la que es recomendable que ninguna parte de nuestro cuerpo se quede al margen de la luz; las luces se mezclan a veces produciendo otras vibraciones tonales, es una meditación que va evolucionando por sí misma. En la zona del cuerpo que estimemos reforzar, concentremos la proyección de la luz más clara. En la precisión de esta meditación, tomamos en cuenta que las energías proyectadas a través de las luces astrales, provienen de las energías curativas de los planos más sutiles. Son energías restauradoras de nuestros canales energéticos. La constancia en esta práctica nos irá evidenciando sus beneficios.

Los planos inferiores

Algunas personas poseen temores ocultos a los demonios y a los infiernos. A veces necesitamos meditar específicamente en ellos, para deshacerlos. Nuestros objetos mentales son reales, los proyectamos en nuestras actitudes en la vida cotidiana y los trascendemos incluso a los planos astrales. Imagina en tu asiento de meditación, que una parte del universo está llena de sombras y sufrimientos, son los dominios de los señores infernales. Imagina, siente, visualiza, este universo lleno de dolor y de sufrimiento eterno. Hay seres de todas las condiciones. Motivos muy profundos han debido crear en ellos ese estado de sufrimiento. Son sus propias almas las que configuraron su situación actual. Observa atentamente y notarás que los señores del infierno reaccionan frente a los seres allí arrojados, tal como estos reflejan sus temores, y que el funcionamiento de este ciclo de dolor, depende de también de sus concepciones sobre la veracidad. Esas almas creen que sus condiciones son insalvables.

En el asiento de tu meditación, visualiza tu ser con un manto blanco, y con tranquila sencillez, imagina, siente, y visualiza, que a los moradores de ese plano de dolor, les conversas sobre la impermanencia. También a los demonios. Las jerarquías se respetan en todos los planos. Nada es eterno en el universo, ni las condiciones de luz ni las de sombra, todo tiene un fin. También las almas y sus entornos se modifican. Transmíteles entonces paz, y la suave luz de la energía de la Fuente. Lentamente, el universo de sombras se va modificando, y las almas y los demonios se transforman en transparencia y claridad. Se trata de una meditación sencilla, porque todos los seres sin excepción, aspiran a sentir la alegría proveniente de las energías más sutiles; aceptan incondicionadamente sus transformaciones, cuando observan que nuestra alma realiza su acción sin meta ni espíritu de provecho, con sinceridad. De allí la fuerza diamantina de nuestro espíritu.

En tu sitio de meditación, observa a esos espíritus penetrar en los planos de los mundos de luz, en la búsqueda de su plena realización. Como un día podrás comprender, esos seres son los que más valoran las oportunidades del bien. Y no te sorprenda que alguno de ellos en tus numerosas vidas, te colme de dicha o te rescate de un trance parecido.

Profundizando en el plano Astral.

En tu sitio de meditación, reflexiona sobre las configuraciones que los humanos tenemos sobre las realidades del plano astral. Desde nuestros orígenes reflexionamos sobre los seres queridos que han trascendido. Los antropólogos nos han evidenciado las costumbres y prácticas líticas de alejar a los muertos de los poblados, para evitar que causaran daño a los miembros de las tribus. Hoy día numerosas personas sufren ansiedad y miedo cuando piensan que el alma de sus parientes pueden albergar rencores por hechos pasados, y si observamos a la gran mayoría de las personas, estas solo piensan en su propio pesar cuando un ser querido los abandona. Nuestro egoísmo y nuestros apegos no nos permiten vislumbrar que el alma de nuestros seres amados tiene su propio camino, sus propias metas en el otro plano. Les trasladamos nuestras necesidades y sentimientos de apego, sin pensar que posiblemente hagamos más difícil su existencia en el plano astral.

Algunas personas intentan utilizar a los espíritus para que les heche la suerte en las cartas o les proporcione los números de la lotería. Parece que los humanos trasladamos las características negativas de nuestro

plano extendiendo nuestros problemas a las otras regiones del universo. Los sabios meditan con profundidad y agudeza sobre las circunstancias de los planos astrales, y los poderes de sus energías diamantinas los trasladan numerosas veces a los diversos planos. Allí han podido comprender que

numerosas almas deben de resolver en esos sitios sus obstáculos de realización, aprender significativas lecciones, evolucionar. Nuestro emplazamiento sobre la meditación en el plano astral tiene este principal objetivo: trasladar nuestro amor y consideración a todos los seres, y alentarlos con nuestras emociones más profundas, para que alcancen su realización. Nuestras actuaciones en los diversos planos son discretas, y no comentamos nuestra situación o la situación de personas que se encuentran en nuestro plano, a menos que con certeza comprendamos en esas transmisiones que es necesaria una acción de este tipo para el bienestar de los espíritus. Estas transmisiones son vibratorias y emocionales; aunque en la evolución de las meditaciones podemos observar imágenes o aspectos de cristalización física que nos permitan visualizar aspectos de la forma de esos seres, algunas de estas imágenes poseen las características de sus proyecciones físicas tal como ellos fueron en sus pasadas encarnaciones en nuestro plano terrenal. En los planos sutiles los espíritus actúan de buena fé, y no tenemos por qué pedirles evidencias sobre su situación pasada o su momento actual, ni dar evidencias o noticias a sus parientes en el plano terrenal, a menos que el propio espíritu así lo desee para su bienestar y paz en el camino de su realización en los planos superiores. En nuestra percepción del plano astral, visualizamos a los seres de luz y los universos, comprendiendo la aspiración de todos en evolucionar en el camino de realización. Algunos de estos seres son Maestros de sus planos o almas que han aprendido grandes lecciones y desarrollado sus capacidades y conocimientos con los Maestros de su plano; algunos de estos espíritus quieren contrastar sus experiencias con las nuestras en el camino de la evolución. Si percibimos las cosas en su profundidad, nuestras realidades son muy similares, la más alta aspiración del alma es su fusión con la Fuente, nuestro retorno. Debemos pues emplazar nuestra meditación hacia los seres de los diversos planos con este preciso sentimiento de éxito. En los planos de las energías sutiles, estos seres aspiran también a nuestra realización, y a que en nuestro mundo todos los seres sin excepción alcancen el despertar insuperable. Ellos conocen también que el ciclo de sus muchas vidas les trasladará algún día por nuestras rutas.

La ética de nuestras proyecciones en el plano astral debe ser rigurosa, un ligero desvío modificaría nuestra ruta fuera del campo de las energías más sutiles. Algunos meditadores de gran profundidad observan que en los otros planos existen los señores de la ilusión, capaces de confundir a practicantes muy avanzados, haciéndoles creer que se han puesto en contacto con seres conocidos y altamente evolucionados. La naturaleza de nuestras emociones, nuestra firme y recta intención, son las que los apartan de nuestras rutas.

Meditando sobre lo innecesario

En nuestro asiento de meditación, nuestra concentración se dirige a percibir los objetos que en nuestra vida son innecesarios, que recargan imperceptiblemente nuestras existencias y nuestra percepción diáfana de la sensación espacial, necesaria para el establecimiento de las energías sutiles del plano de la vacuidad. Si observamos con detenimiento, en nuestras vidas arrastramos desde el pasado numerosas cosas, objetos, vestidos, adornos y tantas cosas que nos atan a pensamientos y emociones no precisamente diáfanas. Debemos meditar sobre ellos, son también ataduras.

Establezcamos en nuestra meditación cómo sería nuestro espacio vital si en este momento, aquí y ahora, tuviéramos que ordenar las cosas que nos llevaríamos dentro de unas horas en un viaje, los que serían nuestros bienes vitales. Establezcamos en esta meditación, cómo empezaríamos nuestro orden de cosas si fuera este nuestro primer momento de conciencia. Nuestro exterior de muchas cosas es el reflejo de nuestro desorden mental, lo externo a su vez condiciona nuestro ser interior, ambos se interpenetran. Si observamos con atención, necesitamos espacio; el mismo no es generado aumentando los metros cuadrados sino reduciendo la complejidad visual de nuestro entorno. La complejidad se resuelve hacia lo más sencillo; el buen cortador de quesos, corta las lonchas con suavidad. La complejidad de desollar un

buey se reduce con un cuchillo afilado. Las numerosas cosas, aun en los cajones, están allí. Muchos de nosotros nos comportamos como los ancianos que aún conservan su primer pañal.

Despejar el pasado es importante. Aquí, ahora, lo necesario. En nuestro sitio de meditación debemos observar con detenimiento lo que los objetos de nuestro entorno significan para el equilibrio o el desequilibrio de nuestra alma. Podemos practicar el don de dar, gracias a esos bienes que carecen de función para nosotros. Realmente, la organización benéfica que los reciba, nos hará el mayor bien. En nuestro sitio de meditación, debemos reflexionar sobre esto y actuar.

El universo de la luz infinita

Imagina en tu meditación, visualiza, siente que una remota región del universo, posee una fuente puntual de tan intensa luz, que se proyecta transparentando de sutil claridad y tibieza todo cuanto existe en se región del universo. En ese plano todo es una manifestación de esta luz, las formas, los seres, las montañas, los paisajes. Visualízate en tu sitio de meditación, en ese plano. Desde allí vas allegando hacia tí, todo cuanto tu precisas para tu felicidad, incorporando en el proceso de una lenta meditación, todo tu universo. Un mundo te pertenece, es este universo. Observas en tu meditación el origen de esa luz, y comprendes que para permanecer allí, solamente es preciso que ames la sensación de la luz, sin

expresar palabras. Ella es dadora y sostentandora de la vida, de la infinita belleza y de todas las virtudes que existen en esa región del universo, en la que tu habitas. Observa en tu meditación, que al enfocar esa forma precisa de la que emana tan delicada luz, la puedes trascender, para ver que su energía proviene de una flor, cuyos pétalos transparentes están compuestos de las energías más sutiles. Cada delicada energía es un pétalo. Un pétalo es la alegría, otro la dulzura, y así todos los delicados sentimientos que la integran, formando su corola la totalidad de las emociones más sutiles. Es una flor sin tallo, para que nadie pueda poseerla. Si alguien la intenta asir, la flor se deshace en sus manos, y sus pétalos se dispersan con suavidad hacia otros mundos, ya que sus delicadas energías no pertenecen a nadie. Esta flor, es el don que la Fuente ha dado a todas las personas que la aman con sencilla devoción; a aquellos que por su falta de erudicción, no han podido estudiar las profundas enseñanzas de las tradiciones espirituales, ni las complejas técnicas de meditación.

Los seres de este universo de luz, son los más dichosos de los infinitos mundos y de todos los diversos planos, porque aman con devoción a la más trascendental de todas las manifestaciones de la Fuente, el ser causa de la vida a todo el universo, porque sí, como expresión de amor espontáneo y explosivo, con la naturalidad de un parto. No encontrarás en este universo de luz a ningún sabio. Unicamente a seres de luz, que son de luz porque simplemente amaron la luz, sin necesitar comprender su significado. En el sitio de tu meditación, observando las características de este universo de luz, comprenderás por qué los sabios, al final de sus vidas, aprendieron a desaprender.

Reforzando nuestra percepción de la vacuidad

Estar por estar, sentarse por sentarse, este es el propósito de la meditación. Esta actitud nos permite comprender el momento presente, y el cese del flujo de nuestros pensamientos nos despierta a la inmediata realidad que percibimos directamente. Es una percepción directa, no filtrada por las palabras. Ya sea que concentremos nuestra atención en un punto a un metro de nuestro asiento de meditación, en un objeto o en un árbol, percibimos una luz diferente en el objeto de nuestra atención, cuando no lo llegamos a conceptualizar. Este tipo de meditación o de concentración en la atención, desarrolla nuestras facultades intuitivas. Los sabios de la Antigua Tradición, estimaron que nuestro mundo era una realidad ilusoria, debido a las transformaciones sucesivas, experimentadas como un flujo en los objetos de su directa concentración. Como en un sueño, nuestra mente percibe esa sucesión de transformaciones, de una forma compacta, real. Los científicos encuentran en la física de las partículas experiencias muy similares, energía desde lo más sutil de estas hasta sus formas más compactas como las moléculas o las células, todo es muy coincidente en ambas percepciones sobre las características de la realidad.

Aunque la muerte tuviera como efecto hacer desaparecer nuestra conciencia de todo cuanto llamamos realidad, ocurriría sin embargo que otros seres continuarían percibiendo este mundo y sus objetos. Tenemos así una percepción de continuidad de la realidad que trasciende a nuestra propia conciencia, al estimar que podemos dejar de estar en este mundo, y que aun así, otros continuarían percibiéndolo. Esto lo sabemos porque hemos visto a otros morir, y en su ausencia seguimos percibiendo lo que llamamos realidad. Nuestros órganos sensoriales perciben la realidad, ellos nos permiten evidenciar nuestra propia existencia y la de los demás seres. Pero sin vista, sin oído, sin tacto, sin sensaciones en fin, podemos estimar que aun así podríamos percibir la realidad, aunque de modo muy diferente.

Cortando con nuestros pensamientos, disolviéndolos en el vacío dejando a la mente sin las palabras que sujetan las ideas, percibimos la realidad de un modo diferente del que está acostumbrada nuestra conciencia a causa de nuestra estructura mental que es resumen de las funciones y experiencias sensoriales. Si perdemos nuestra visión agudizamos los otros sentidos, como el oído, el tacto y el olfato. Si reducimos nuestros sentidos, agudizamos las percepciones del alma. Sentarnos por sentarnos, es la meditación orientada a esta percepción: ahora somos una piedra, carecemos de pensamientos y de percepciones sensoriales. Nuestra orientación no es receptiva ni activa, simplemente está. Como piedras, podríamos estar aquí o en otro plano, hemos trascendido nuestro ser condicionado, hemos cruzado hasta la otra orilla. Es una experiencia poderosa, no una idea explicable.

Las meditaciones nos permiten orientar las percepciones sobre la vacuidad, con el apoyo de imágenes sensoriales que agudizan nuestra percepción natural del espacio. Estas imágenes que utilizamos en las meditaciones, proyectan nuestro espíritu hacia otros planos permitiéndonos a través de la percepción de mundos y universos, establecer parámetros para la comprensión más eficaz de las funciones del espíritu. Pero nos sorprenderíamos al observar que la realidad del vacío es mucho más contundente que todos nuestros poderosos instrumentos de reflexión, meditación, concentración y analogía. La realidad de la vacuidad también es perceptible aquí, ahora, convive con nosotros al igual que la jirafa convive con las partículas subatómicas. No hay nada que buscar, no hay nada que obtener. Cuanto tenemos es simplemente que desaprender.

Sentarse por sentarse. Este tipo de meditación agudiza nuestro sentido de orientación no dependiente del universo sensorial, lo que algunos han denominado intuición, la brújula para navegar en los planos de la vacuidad, que posee tanta importancia en nuestras vidas. Es la intuición la que nos permite

establecer las funciones de nuestra alma en su camino hacia la definitiva percepción de la Fuente. De allí que no es la erudicción la que satisfaga nuestra sed. Al comprenderlo, los grandes maestros apreciaron de un modo rotundo que los instrumentos del conocimiento ordinario eran incapaces de conducirlos hacia la verdad única, contundente y esplendorosa.

Meditación sobre la acción correcta

En nuestro sitio de meditación, debemos reflexionar también sobre la libertad. Es nuesto verdadero gran tesoro, el fundamento de los valores y bienes que disfrutamos. Algunas personas que se han denominado intermediarias de la divinidad, consideran que establecernos un Dios a nuestra medida, es un hecho abominable propio de paganos. Ellos están dolidos a causa de que hayamos podido consolidar la libertad, porque luchemos cada día para que la libertad sea irreversible y que cada día llegue a más corazones.

Los intermediarios financieros se llevan porcentajes muy elevados en las operaciones entre sus clientes y los bancos, que son los que en definitiva prestan el dinero a los clientes. A los bancos tampoco les gustan los intermediarios. Encarecen y complican las operaciones. El ejercicio de la libertad, tal como la misma ha sido reflejada en las modernas Constituciones y Leyes, nos legitima a concebir un Dios personal. Nuestra libertad de acción, de pensamiento, de expresión, y de culto, se encuentran normativamente protegidas. Costó mucha sangre a la humanidad que estos derechos los recibiéramos nosotros. No debemos renunciar a ellos, ni aceptar que otras personas nos coaccionen moralmente alegando que nuestros sentimientos

personales hacia la divinidad, nos condenan a los sufrimientos de sus infiernos. Sus conductas solo reflejan que nuestros sentimientos hacia la divinidad les incomodan porque nuestra libertad les supone un daño en su patrimonio.

Numerosos meditantes han encontrado paz y luz, visualizando a todos los maestros que lucharon por la libertad, aunque algunos de ellos no son reconocidos por muchas personas como maestros espirituales, sino como filósofos, juristas o humanistas; en su lucha por la libertad sembraron la más delicada energía en nuestro mundo. En numerosas ocasiones, la maestría espiritual en nuestro plano, es ejercida por personas que tenazmente trabajaron en áreas especializadas del conocimiento, proporcionándonos alivio a nuestros sufrimientos, trayendo a nuestras vidas dignidad y libertad. Meditando en ellos y sus obras, actualizamos su gran legado. Comprendemos que la evolución de todos los seres sin excepción, depende de que mantengamos viva la llama que otros encendieron. En esta meditación podemos observar que todavía nos queda un largo camino que recorrer, hay numerosas personas que por el ejercicio de su libertad, sufren ataques morales y en su dignidad. Los avergonzamos por el ejercicio sincero de sus derechos de libertad, como si nuestra moralidad estuviera muy por encima del Derecho y del efectivo ejercicio de la libertad. Nada está encima de la libertad. Incluso la vida humana es digna gracias a su cálida luz.

Los Maestros nos han enseñado con sus propios y numerosos ejemplos, que vale la pena morir por la libertad. Debemos meditar también en todos los pueblos que aun adoptando en sus Constituciones y Leyes los valores de la libertad, siguen padeciendo el yugo de los sátrapas. Estos tiranos aprueban leyes que son papel mojado, sólo para acceder a la riqueza de las naciones libres de Occidente. Es el maquillaje, el disfraz del lobo con piel de oveja. No debemos consentir que nuestros gobiernos contribuyan a establecer en esos países democracias formales que encubren auténticas tiranías, cuyos sátrapas tienen en la mesa el Código, y en la mano el látigo. Observemos en nuestra meditación, que esos sátrapas sostienen sus costosos aparatos policiales del terror y su monopolio de opinión a través de sus medios de comunicación de masas, como periódicos y canales de televisión, gracias a los créditos y los recursos que las naciones libres les proporcionan: la energía que mueve el látigo son nuestros impuestos y nuestros esfuerzos.

La libertad de todos es lo que nos hace libres. Observemos en nuestra meditación lo que está en nuestras manos hacer en nuestro entorno inmediato, para que el río de la libertad sea caudaloso. Aun queda en nuestras almas el miedo que siglos de esclavitud sedimentaron; aun quedan en nuestros gestos y palabras, evidencias de la negativa transmisión de lo que sufrimos, cuando intentamos dominar a los demás, cuando intentamos imponer nuestro criterio. Meditemos para disolver este miedo a la libertad, confiemos en la vida, en nosotros mismos y en los demás.

Aspiremos a un mundo en el que la ética del diálogo sea la luz que ilumine las decisiones, porque a través de ella siempre encontraremos el camino de la paz. Las causas de los infinitos sufrimientos que de vida en vida arrastramos, están en nuestras manos reducirlos y disolverlos, a través de nuestra correcta acción. Numerosas personas piensan que coaccionar moralmente la voluntad de los demás es a veces necesario para el bien. Que nuestra supervivencia depende en muchas ocasiones de que las cosas ocurran así. No es cierto. Es una idea que ni siquiera es original, la hemos copiado de los sátrapas. No renunciemos a la acción correcta, comprendamos que esta solo es posible en libertad. Algunas personas legitiman la esclavitud emocional de otros, alegando que si fueran libres cometerían numerosos errores, y que sus víctimas tarde o temprano se harían un inmenso daño a sí mismas. Algunas personas hasta se han llegado a convencer que de este modo actúan compasivamente. Como si la sed tuya se calmara

cuando yo bebo agua. Las empresas establecen que los numerosos errores y pérdidas que cometen en el camino, se asumen como parte natural de su ciclo económico. Hay que tener pérdidas para conocer los mercados, es el coste de oportunidad para poder ser competitivos, para estar en la realidad. Equivocarnos es el coste de oportunidad, porque no existe otra manera de aprender.

La búsqueda de la verdad no se sacia por el agua que los demás han bebido. Actuar con amor hacia los seres, es comprender que es natural y lógico que todos nos equivoquemos. No arrojarlos a eterna

vergüenza por sus errores, como si nosotros no tuviéramos basura en el armario. Debemos proyectar nuestros más elevados sentimientos de amor para que los errores nos den a todos la comprensión suficiente para llenar nuestras vidas de la energía sutil de la acción y el pensamiento correctos. Que nuestros medios de vida sean correctos, que no pasemos por encima de otros para lograr nuestras metas. Meditemos en nuestras acciones para que el ejercicio de nuestra libertad sea coincidente con nuestras aspiraciones y sentimientos de eticidad.

Meditación sobre lo Automanifestado

Sentarse por sentarse, estar aquí, ahora. Los sabios de la antiguedad meditaron así. La comprensión de esta meditación solo se logra a través de su práctica. Los seres humanos entendemos la vida de forma tal, que si no tenemos una guía para enjabonarnos se nos hace difícil saber si nos estamos enjabonando correctamente, precisamos que distintos expertos en cosmética y medicina nos den su opinión. Nunca se ponen de acuerdo, esto pasa también con el mundo espiritual. Si precisamos un talismán para reforzar nuestra seguridad o para recibir la protección de los espíritus, los expertos difícilmente se pondrían de acuerdo en cuáles son las características específicas del que es conveniente utilizar.

Los sabios silenciosos observaron que en el camino de nuestra civilización, los seres humanos hemos creado una especie de universo paralelo, en el que los asuntos relativos a la espiritualidad constituyen productos de la cultura. Grabar signos, expresar palabras mágicas, fabricar inciensos, esculpir imágenes o establecer rituales. Es comprensible que en todos estos hechos establecemos nuestra específica intención, nuestra voluntad y nuestras emociones. Nada parece más espiritual y mágico que esta dirección de la voluntad; no habría nada que objetar, al menos si no tuviéramos otra forma de hacer las cosas. Y sí la tenemos, tenemos a nuestra propia alma. ¿Por qué no dejamos que ella misma se exprese?.

¿Por qué no confiamos en nuestra propia alma?. Porque algunos nos han enseñado que son mediadores entre los dioses, los espíritus y las personas. Esto nos ha restado seguridad y a veces dinero. También pareciera que si nosotros elevamos directamente nuestras peticiones a la Fuente, esta no nos responde, o porque no tenemos el talismán o conjuro adecuado, o porque no existe, o bien porque se encuentra más atenta a otros asuntos, quizás a los de aquellos que les hacen sus peticiones a través de los intermediarios. Parece que no tenemos respuesta.

El objeto de nuestra meditación es comprender el significado de la automanifestación. Si analizamos las cosas con detenimiento, si plantamos un rosal en un jardín, nuestra mente no atribuye a la Fuente el brote de las rosas; que tengamos rosas del rosal, no parece un hecho milagroso, pensamos más bien que todo lo hicimos correctamente: que la tierra es buena, que los abonos y el clima han permitido el brote del rosal. Ahora bien, si hemos plantado cebollas, sólo cebollas, y nos aparecen rosas, entonces nos quedamos perplejos, nuestra mente formula plurales hipótesis para comprender la razón de este hecho. Podríamos decir que si a alguien es atropellado por un vehículo, es un milagro que haya salido ileso, porque la causalidad nos indica que lo lógico era que por lo menos le fracturara una pierna. Pocos pensamos que es un milagro vivir, que exista el aire y que las grandes compañías de Wall Street no hayan podido encontrar la fórmula para apoderarse del mismo. En nuestras vidas los milagros son tan cotidianos, que no los tomamos en cuenta, necesitamos un hecho extraordinario para creer en ellos. Si observamos las estadísticas de desempleo, es un milagro que podamos conservar el trabajo, y si revisamos atentamente las estadísticas de criminalidad, es otro milagro que no nos asalten cada vez que salimos de casa. Y así sucesivamente. Si meditamos en estos asuntos, comprenderemos que es un milagro un árbol, y que es más protector tener una hoja suya, que mil talismanes fabricados en una industria. Se alega que los talismanes hechos por los hombres son ritualizados, ¿y la hoja del arbol, no proviene directamente del aliento divino?.

Si dejamos que las cosas transcurran, siempre recibiremos una respuesta, una señal automanifestada por Fuente. Pero debemos tener nuestro corazón abierto y esperar con paciencia y serenidad que la propia Fuente nos evidencie sus señales. Será un simple detalle el que nos confirme que nuestra petición ha sido escuchada con amor. En un pájaro que llega a tu balcón, en un guijarro de forma extraña, junto al río. Pero

debemos alinearnos con las manifestaciones de la Fuente, debemos amar a la naturaleza como automanifestación suya, y confiar poderosamente en sus señales.

Precisando la perfección de la imperfección

En nuestro asiento de meditación nos concentramos en el taller de un amigo. Es Matisse, el genial pintor. Se nos ha hecho viejo, cabello largo y blancas barbas, sentando, roncando como un oso. Está allí, en el vacío. Pero todo está exacto, porque a través de su vibración en el vacío, está. Su taller, sus lienzos, sus pinceles, su paleta con restos de óleo fresco y una densa capa de viejos sedimentos de óleo seco. La preciosa modelo está frente al viejo lobo, relajada pero atenta porque que el Maestro puede abrir un ojo, y en ese momento hacer un nuevo trazo que formará parte de la historia del Arte. Al observar el estudio de Matisse, comprenderás lo diferente de lo que en una tienda de pinturas nos informarían que sería el ejemplo exacto del taller de un gran pintor. En la tienda nos venderían decenas de pinceles de tamaños y fibras diferentes, nos dirán que cada uno es necesario para un determinado trazo o tipo de pintura; nos indicarán que para la acuarela hay que usar determinados grosores y calidades del papel, nos venderán los materiales para imprimar las telas, lienzos con sus bastidores, cajas hermosas con docenas de tubos de óleo y acrílico, hileras de creyones, los tipos de caballetes y sus distintos usos, lápices, carboncillos, nos explicarán las variedades de aceites y trementinas, tendríamos que llamar a un camión para llevarnos todo lo que nos indiquen que necesitamos para comenzar a pintar.

Matisse se está despertando, con un suave gruñido de su respiración nos advierte que ya está despierto. La modelo transforma su postura, siguiendo el ritmo del despertar del Maestro. Así observamos que Matisse mira un trapo, y sin acordarse siquiera de la modelo o de los pinceles, lo moja con unas gotas de trementina, y con el mismo recorta el hombro de la imagen en su lienzo, estableciendo el adecuado equilibrio de su obra, genial e inolvidable.

Visualicémonos ahora que estamos en nuestra casa, con todos los materiales de pintura y que nos corresponde pintar una violeta. Compraríamos en la floristería varias macetas de violetas para observar su forma, analizaríamos sus colores y la forma en que los mismos van siendo alterados por la luz; contrastaríamos si esos tonos son los que nos vendieron en la tienda de arte. Trataríamos de lograr la exacta perfección. Sin embargo, aunque pudiéramos precisar en la obra hasta la nervadura de las hojas, nuestro cuadro nunca será tan perfecto como nuestra imaginación pueda soñar, porque tenemos que aprender primero que la gran perfección está en la imperfección. Los agudos ojos de los Maestros impresionistas nos lo revelaron: fondo azul y trazos de amarillo y verde, son un estanque. Los Maestros expresionistas nos lo revelaron: fondo negro, trazos blancos y rojos, son un grito.

La imperfección nos revela la diferencia, y esta es la evidencia del ser, el trazo magistral de la Fuente. Lo que los seres humanos llamamos perfección, solo es posible en modelos no vivos. Los modelos que podamos concebir posiblemente no tendrían defectos, pero carecerían de la esencia de lo único. Su ser diferente e irrepetible, el trazo magistral que cada uno llevamos en nuestra almas y que si nos esforzamos lo suficiente, podremos expresarlo con rotundidad y contundencia. Los modelos abstractos pueden inspirarnos, pero no ser. Queremos que nuestras parejas, nuestros hijos y amigos, sean perfectos. A veces la razón produce monstruos, como dijo Goya. Si observamos con detenimiento, la idea de la perfección paraliza a numerosas personas a vivir tranquilamente, nos impide realizar plurales acciones que dotarían de sentido, diversidad y plenitud a nuestras vidas. Tenemos que aprender a querernos también por nuestros defectos, y a establecer esta medida de amor también hacia los demás. Es el amor profundo y verdadero.

La semilla del bien es un fruto indeterminado

Algunas personas que han sembrado el bien se decepcionan cuando observan que en numerosas ocasiones es muy difícil que la semilla del bien arraigue en las personas. Anhelamos que esas semillas frutifiquen en esplendorosos árboles de virtudes y sabiduría. Pareciera que esto es posible y natural, porque todos somos manifestación de la Fuente, todos sin excepción. Sin embargo, también nuestro planeta es emanación viva

de la Fuente, y este nos enseña que las diversas tierras, microclimas, subsuelos y demás condiciones del cultivo, no permiten que todos los terrenos sean aptos para sembrar las semillas que produzcan manzanos, vides o naranjos.

Si esperamos que la semilla del bien traiga como resultado frutos determinados, siempre nos vamos a descepcionar. Tenemos que hacer muchos esfuerzos para en determinados terrenos eliminar las superficies arcillosas y pedregosas, vencer los obstáculos no es sencillo. De algunos terrenos debemos esperar tomates, de otros quizás lechugas, en otros la semilla del bien puede producir frondosos higuerones. En nuestro asiento de meditación, observa todo esto con detenimiento, y no te descepciones nunca por el esfuerzo de esta siembra. Es muy difícil para muchas personas, vencer sus obstáculos. Recuerda que la cosecha del bien puede estar también en el subsuelo de las almas, del mismo modo en el que a simple vista no vemos en la superficie de un terreno, las patatas o los rábanos. Seamos como el infatigable sembrador que de año en año espera la mejor cosecha, y tengamos paciencia, porque todas las almas darán sus frutos en el camino de sus muchas vidas.

El alma de cada uno es la de todos

En tu sitio de meditación observa que en numerosas ocasiones el sufrimiento de las personas es más intenso de lo que imaginamos por hechos que muchos de nosotros dificilmente podemos comprender. Nuestros sufrimientos no devienen solo de nuestras pérdidas por las muertes de nuestros seres queridos ya sean naturales o causadas por los hechos violentos como la guerra y los crímenes, por las enfermedades terminales o por las bancarrotas. Hay personas que sufren porque nuestra civilización no ha producido aún una poderosa estructura espiritual que contribuya a mantener la dignidad de las personas frente a todo trance y en cualquier situación.

No es suficiente con que las personas actúen diligentemente con su trabajo, que sean atentos con las personas, o que abran su oficina a la hora determinada. Debemos exigirnos más. Debemos también formarnos para dar apoyo moral, aprender a ponernos en la piel del otro, ser civilizados es sobre todo estar en capacidad de sostener la dignidad de cada persona que lo necesite. Observa en tu meditación que uno de los trances más dolorosos del alma es el que es vivido por las víctimas de una violación. Todo el sistema de su ser se desestabiliza. La violación es mental, física y emocional. Es un hecho terrible para quien lo sufre. Su alma en medio de tan intenso sufrimiento, queda simultáneamente humillada frente a terceros, familiares, amigos, policías, abogados, jueces. Los matices de la sensibilidad de las víctimas de una violación se modifican momento a momento; la pérdida de su autoestima es intensa, y su esfuerzo por conservar su centro y su dignidad, trae a las víctimas numerosas contradicciones, pérdidas de energía vital, interminables cadenas de pensamientos automáticos que estallan momento a momento en la mente de estos seres tan sufridos.

Debemos establecer los parámetros de una espiritualidad concreta, que al tiempo de aspirar a resolver los grandes dilemas de la humanidad, posea los reflejos hábiles para transmitir a los que sufren que ninguna vida en nuestro mundo está desamparada, que la dignidad de cada uno es la de todos.

El origen de la vía

En nuestro sitio de meditación, reflexionemos sobre los dones que este mundo globalizado pone a nuestro alcance. Tenemos la dicha de comer alimentos, especies e ingredientes provenientes de los países más variados, es difícil aveces poder determinar exactamente el origen verdadero de cada uno de ellos. Si observamos en las tradiciones de los diversos folklores culinarios, los mitos sobre los orígenes de los variados alimentos y bebidas, todos son multicolores, llenos de gran belleza y simbolismo, fruto de nuestra gran fantasía. Muchas personas se resisten a aceptar que algún plato de la cocina tradicional del pueblo donde nació fuera originario de otra nación, o compartido por otros pueblos; manifiestan si en otro país hacen el mismo plato, o le varían algún ingrediente, el mismo no podría tener igual o mejor sabor. Esto mismo ocurre con las tradiciones espirituales. Las fuentes de cada tradición son múltiples, los grandes

líderes religiosos hicieron una delicada alquimia espiritual de tan elevado sincretismo, que sus palabras nos pueden resultar inspiradoras vivamos a la orilla del Nilo, el Amazonas, el Eufrates o el Ganges. El problema viene después, cuando los intermediarios espirituales se aferran en la autenticidad de las prácticas. Los eruditos de las diversas tradiciones no suelen ser sinceros en sus explicaciones acerca del origen o procedencia de las fuentes de esas tradiciones del espíritu. Así actúan también los intermediarios financieros con sus clientes, velan la fuente de los fondos solicitados por el cliente, para que este no les haga circunvención y se dirijan por sus propios medios al banco que está en capacidad de estudiar la operación. Si la circunvención ocurre, el intermediario financiero no cobra su comisión, de modo que vela la posible fuente de los recursos financieros, hasta que la operación se produzca. Para asegurar el intermediario financiero que el cliente no actuará en circunvención, le hace firmar un contrato, con una cláusula de penalización en tal evento. Las iniciaciones, las lealtades y los señalamientos de las penalidades que aguardan a los que abandonan una determinada tradición espiritual, me recuerdan estas cláusulas de los intermediarios financieros.

Todas las tradiciones espirituales han ido incorporando las prácticas de chamánicas de los diversos pueblos donde tuvieron su origen o sus desarrollos más significativos. Sin embargo, todas esas tradiciones cuando han estado en la cumbre del esplendor de su poder social y político, han demonizado a los chamanes que siguieron realizando sus prácticas espirituales. El fenómeno de la globalización nos trae ahora nuevas experiencias y perspectivas de las cosas, podemos observar comparaciones entre los diversos pueblos, estudiar sus costumbres y sus prácticas espirituales, del mismo modo que podemos estudiar los ríos y sus afluentes, localizaciones y ciudades, los numerosos idiomas, o los diversos platos de la gastronomía, y nada nos es extraño. Todo encaja en nuestra retina, felizmente podemos comer tacos mexicanos al medio día y una pizza napolitana durante la cena, podemos leer los textos inspiradores de nuestra tradición por la mañana, y por la noche meditar sobre las prácticas de invisibilidad de la tradición Yoruba. Todo esto es enriquecedor, porque al tiempo que nos evidencia las claves de nuestro espíritu, nos proporciona elementos suficientes para establecer una mayor comprensión de los demás, observando así que todos somos el resultado de un silencioso sincretismo espiritual, que hoy se hace evidente gracias a la velocidad del intercambio de la información que enriquece a nuestra cultura y nos enseña que los pueblos de Samoa tienen sentimientos y matices que podemos comprender por su analogía con los nuestros: es el incuestionable redimensionamiento de la perspectiva de nuestras almas.

Después de los descubrimientos geográficos y de las grandes hazañas de los conquistadores de las cumbres nevadas, tuvimos que iniciar la exploración de los polos, conocer a las criaturas del fondo de los océanos, y hasta comenzar a dar nuestros primeros pasos en la superficie de nuestro satélite; enviamos nuestras naves a regiones más allá de nuestro sistema solar, transmitiéndoles a los previsibles moradores

de tan vastas regiones, nuestra señal de paz e identidad. Intentamos que nuestro espíritu se encuentre a la altura de las posibles civilizaciones avanzadas de la galaxia. También observamos detenidamente si nuestros sistemas de defensa son eficaces, por si en el camino nos encontráramos con seres carentes de ética. Sin duda, en nuestra aventura hacia el universo, aspiramos a poder comprender y a ser comprendidos, a adquirir nuevos conocimientos y a ofrecer los nuestros para el sostén, evolución y desarrollo de la vida en todas partes. Aspiramos a que estos intercambios sincréticos beneficien a todos. No les negaríamos a los extraterrestres su derecho de rezar a las estrellas rojas o a las verdes, si este fuera su deseo; respetaríamos sus tradiciones del mismo modo que esperamos que ellos respeten las nuestras. Nos sentiríamos tentados a disfrutar de sus delicadeces gastronómicas y muy honrados si incorporaran alguno de nuestros platos en la lista de sus comidas favoritas. Pero aquí adentro todavía tenemos mucho que aprender, necesitamos poner fin a nuestras peleas de vecindad.

En nuestro camino hacia las estrellas somos como aquellas personas que en la calle son un dechado de cortesía, pero en sus casas se comportan como energúmenos. Debemos esforzarnos por crear una ética sostenible entre las diversas tradiciones espirituales, que hagan posible una espiritualidad global sin que nadie tenga que renunciar a nada, en la que sea posible incorporar con tranquilidad de conciencia aquello

que estimemos positivo en el marco de nuestra sensibilidad. Una ética de este tipo enriquecerá al espíritu humano poniéndolo a la altura de la globalidad.

Los esfuerzos que destacados maestros espirituales emprendieron para intentar dotarnos de una espiritualidad común, en la que fuera posible incorporar conceptos que fueran válidos y suficientes para todos, siempre chocaron con el deseo de la diversidad que alienta a nuestros corazones. Amando la diversidad, y comprendiendo sus importantes funciones y la unidad que a un tiempo somos, iremos aproximándonos a esa misma meta que ellos anhelaron como camino de nuestra paz.

La amnistía de todos

Es muy posible que para aspirar a tener una espiritualidad clarificada, tengamos que hacer como esas empresas que sacan productos electrónicos eficaces y de bajo coste, cosa que pueden hacer gracias a numeros factores, uno de los cuales obedece al hecho de que se copian de las cosas buenas de sus competidores. Todos nosotros sabemos lo fácil que es copiar las cosas malas, y lo difícil que es copiar lo bueno. Es difícil para los abogados que representan a las empresas con patentes originales, ganar un caso en tribunales, porque las normas relativas a la utilización indebida de procedimientos industriales, resultan en muchos casos inaplicables, ya que en la síntesis final del producto, modifican varios de los componentes, resultando que no coincide en numerosos aspectos, con los diseños originales registrados. Copiarse lo bueno es difícil, porque siempre en lo bueno queremos ser originales; más bien diríamos que de un modo general, pensamos que todo lo nuestro es muy bueno, y que por motivos personales no queremos copiarnos lo bueno de los demás, aunque perdamos con esta decisión. Lo malo lo copiamos fácilmente pues lo que llamamos malo suele estar en el marco de los deseos; como dice el chiste, todo lo que me gusta es malo o engorda.

Cuando estudiamos las diversas tradiciones espirituales, observamos el gran sincretismo existente, y también el problema que subyace en cada una de las diversas tradiciones, en lo que podríamos llamar los hechos de su oscuro pasado, cuando los textos en los que se inspiran muchas veces fueron escritos en épocas muy posteriores con relación al momento en vivió su inspirador, o porque alcanzaron su esplendor de poder y cometieron hechos deplorables, como quemar a las ancianas porque conversaban con su gato, y otras cosas por el estilo. Ninguna tradición se salva, porque los siglos y a veces los milenios no vienen solos, sino que vienen acompañados por sus numerosos esqueletos abandonados en el armario, como de algún modo también nos ocurre a los humanos también con nuestras vidas.

Aunque los intermediarios de las diversas tradiciones carecieran de luces altas para reconocer que a la cumbre de la montaña se puede llegar por diversos caminos, los seres humanos debemos mirar con luces altas y aprender lo que nos puedan enseñar las diversas tradiciones, generando en nuestras meditaciones y reflexiones, la suficiente paz para que todos esos hechos tan dolorosos que se han cometido en el pasado en el nombre de Dios, no vuelvan a ocurrir, y que las personas que con sinceridad dediquen sus vidas a los diversos cultos, no carguen a lo largo de sus vidas y en el ejercicio de sus prácticas sinceras, con ningún estigma del pasado. Unos quemamos a las ancianas que conversaban con su gato, otros quemamos o escondimos bibiotecas depositarias de gran sabiduría, otros mentimos sobre el origen de una reliquia o sobre lo que en verdad dijo o no dijo el inspirador; otros invocamos la fe para que nuestros mitos se validen declarando en la oscuridad a los arqueólogos y a los científicos, otros hicimos prácticas de hechicería para eliminar a la suegra, todos tenemos una larga historia en el camino. Hemos sufrido muchas pérdidas, y estamos viendo que nuestro mundo no está

todavía a salvo de los problemas derivados de la cuestión religiosa. En realidad no estamos a salvo de nada, ni de los efectos que mañana podría tener la entrada de un meteorito en nuestra atmósfera.

Somos vulnerables, y el pasado no resuelto nos convierte en personas todavía más vulnerables, porque parece que uno de los deportes que tenemos es urgar en nuestras viejas heridas, y cuando esto hacemos, es muy difícil actuar con estabilidad, equilibrio y racionalidad. Nuestra sincera aproximación a las fuentes

de la sabiduría espiritual, debe ser efectuada declarando una amnistía general por todos los desmanes que a lo largo de nuestras numerosas existencias, todos hemos cometido en el nombre de Dios y de los Maestros que nos transmitieron sentimientos que hoy siguen iluminando a las almas que se acercan a ellos con el deseo sincero de encontrar la verdad.

Nacemos solos, y moriremos solos; nuestra búsqueda espiritual sincera siempre es solitaria, pero la compañía de Dios y de todos los Maestros es siempre necesaria. No debemos renunciar a ninguna fuente de sabiduría porque la misma haya sido manchada con la sangre, como no renunciamos a vivir sobre nuestra tierra aun a sabiendas de que en su subsuelo yacen varias capas de cadáveres. Las almas que sufrieron nuestros desmanes en distintas vidas a causa de la cuestión espiritual, esperan que sus sacrificios no hayan sido en vano, que podamos edificar ahora una espiritualidad basada en lo sutil y que afiancemos nuestra sabiduría en las metas de la razón, la pluralidad y la ética del diálogo.

La expansión interior

En nuestras meditaciones observamos la gran riqueza y significado de nuestra expansión exterior, en la cual nuestros límites hacia el mundo, el Universo y los planos astrales, son cada vez más extensos. Todo parece indicar que nuestros dominios son ilimitados. Si observamos la interpenetración de lo que denominaríamos nuestras realidades externas con relación a nuestra alma, esa infinitud de lo exterior tiene exacta cabida con la naturaleza de nuestra alma. Nuestra formación mental nos puede decir que esta percepción es imaginaria, porque nuestra mente dispone de los mecanismos de freno de la supervivencia y nos pone límites y obstáculos algunas veces necesarios para que aun sintiendo que podemos volar, no nos arrojemos desde lo más alto de los acantilados para comprobarlo, y para que nos demos a la tarea de realizar nuestros sentimientos mediante el uso de los instrumentos de la razón, otra de las funciones ilimitadas que nos permite llegar a tener la sensación de volar a través de los aeroplanos o los paracaidas. La observación de lo que llamamos la totalidad externa, nos da así una dimensión de la naturaleza infinita de nuestra alma. Nos permite crecer hacia adentro también, e ir comprendiendo que las funciones de nuestra alma son también ilimitadas: nuestro universo interior tiene proporciones gigantescas, como las de todos los seres sin excepción.

Si percibimos la totalidad exterior y la integramos en nuestro interior, observaremos que como en un espejo, somos capaces de recrear todas las imágenes, así como las funciones de la realidad. Nuestra mente recrea a través de los sueños nuestra vida laboral, familiar, y en general nos provee de experiencias adicionales a las que percibimos en lo que llamamos nuestra consciencia objetiva. Algunos meditadores han reflexionado que más bien la realidad es un misterioso reflejo de nuestra alma; incluso han considerado la posibilidad de establecer variantes de nuestra realidad estableciendo las mismas a través de una convincente subjetividad. Se trata sin duda de una poderosa ingeniería de nuestro ser, realizada mediante el apoyo de la mente, las emociones e incluso de diversas funciones corporales, una alquimia que les hace posible trascender lo que denominamos las limitaciones objetivas y materiales de la realidad exterior. Lo más importante de estas reflexiones, es la convicción de que nuestra alma, aun encerrada en cuerpos tan vulnerables, constituye en realidad un vasto océano, que tiene la medida de nuestra imaginación. La imaginación es también la medida de nuestra realidad exterior, ya que a través de esta herramienta pudimos concebir nuestro viaje a las estrellas, que es ya una realidad que hemos podido lograr gracias a nuestro trabajo, evidenciándonos de forma esperanzada que podremos incrementar nuestra presencia en el universo, encontrar nuevas fuentes de energía y recursos, incluso poblar otros mundos.

Debemos distinguir entre las imaginaciones que nos pueden hacer daño y aquellas que suponen poderosas inspiraciones y motivaciones para nuestra alma. En el camino de nuestras vidas vamos conociendo que nada es bueno ni malo por sí mismo, sino que todas las cosas cumplen funciones instrumentales cuya naturaleza depende de la forma en que lo utilicemos, como un cuchillo sirve para cortar cebollas para nuestro alimento, o para destruir a otros seres: los recursos de nuestra subjetividad son también instrumentos que podemos dirigir hacia la destrucción o hacia el bienestar.

Meditemos sobre nuestra imaginación y observemos que la misma nos puede llevar a descubrimientos de hechos muy reales, a enseñanzas muy precisas relativas a las ilimitadas funciones de nuestra alma. La diferencia entre los que se quedaron en el sueño de volar y los que lo realizaron, fue el sereno análisis y la convincente reflexión en torno al marco de posibilidades y factores involucrados en la naturaleza de una acción de este tipo. Para que las funciones de nuestra imaginación nos abran los canales de las interacciones del alma, debemos ser buenos deportistas, pues también hay que saber perder en algunas navegaciones y tener presente que los alpinistas no suben a las cimas corriendo, van reconociendo cada metro cuadrado del terreno y sus propias necesidades, y si cuando no pueden escalar

la cima por este lado de la montaña, no desisten, sino que lo intentan por otro. Por sí mismas, las funciones del alma pueden acceder a sus infinitos universos a través de las emociones, que son como la lira de nuestra alma.

Nuestra educación nos plantea la dificultad de establecer comunicaciones emocionales cuando no tenemos a mano los medios físicos a los que estamos acostumbrados. En nuestro universo interior, la imaginación es como los tanques de los vehículos espaciales, que pueden proporcionarnos el combustible para ponernos en el camino hacia la órbita, pero nuestra navegación efectiva siempre depende de que estabilicemos nuestro vehículo emocional: es este el que en definitiva realiza la trayectoria hacia nuestros universos interiores. Observaremos en este trayecto que nuestras expectativas no difieren de las de los viajes espaciales. En nuestro universo interior establecemos las esperanzadas señales para recibir respuesta de otros sistemas, y el deseo de encontrar nuevas energías y recursos para nuestro bienestar.

La oscura sinfonía

Imagina, siente, visualiza, escucha: en el interior de la cueva, el sonido de los tambores, la danza y los cantos, entre las luces y las sombras, siguiendo el rítmico vaivén de las llamas de la hoguera. Allí se alza una figura cubierta de pieles y plumas multicolores, gesto y máscara, mitad divina y mitad siniestra. La abultada sombra de sus cuernos se proyecta en tu corazón y en las paredes, de un modo tan extraño que es al mismo tiempo protectora y amedrentadora, de ti y de los demás. No puedes sostener con firmeza tu mirada cuando él te mira: sus ojos destilan trances, realidades ignotas, universos que tu no puedes explorar, visiones terroríficas del mundo de los muertos.

De pronto, estás aquí, lees el periódico, observas el horóscopo, y negligentemente pasas la página donde observas un anuncio de una vidente que ofrece sus servicios para leerte a través de las cartas los tres aspectos clásicos: salud, fortuna y amor. Observas su imagen, extraña mirada, las joyas, su túnica. Como si el hombre de los cuernos se hubiera proyectado de otra forma, miles de años hasta encontrarnos. De nuevo estamos frente a la inquietante sabiduría secreta.

Viajamos a Oriente y comprendemos que más allá de las palabras, las imágenes y las enseñanzas, los símbolos nos informan de un saber oculto; allí donde posemos nuestros ojos, en cualquier parte del mundo, encontraremos el hilo de la araña oscura, la oscura sinfonía. Nuestra aspiración al despertar y al conocimiento de la realidad de la Fuente, se ve enturbiada cuando observamos nuestra necesidad. Quiero salud, quiero fortuna, quiero amor. Detrás de mi necesidad están mis miedos. La araña del miedo es la grandeza de la fuerza oscura. Si no tuviera necesidad, no sentiría miedo. Si no tuviera miedo, la sombra del hombre cornudo en las paredes me sería irrelevante, sus movimientos y máscaras serían los de un payaso. Sin embargo, es justamente su actuación la que proyecta en mi mente las imágenes que dotan de vida a mis temores; su collar de huesos me recuerda la enfermedad y la muerte, sus plumas multicolores me recuerdan la vida y la abundancia, el canto y la danza, el sonido de los tambores, transfieren a mi interior el ritmo de todos los deseos.

No buscaríamos la fuerza oscura si no se hiciera publicidad, no sabríamos de ella. Son como los que venden pólizas de seguros. ¿Qué ocurriría si su vida la cegara un rayo? ¿Está usted protegido contra un maremoto?. Seríamos insensatos vista la exposición, si no nos asegurarámos contra todo evento, inclusive dados los

avances de la genética, contra la posible pisada de un dinosaurio clonado. Además da reto, tentación y motivación, ¿podría yo controlar los poderes de la fuerza oscura?. ¿Podría yo alterar el curso de la causalidad, estar por encima de las incertidumbres, y controlar sus variables?.

Crisis, crisálida, transformación. El origen de este arte es el dominio del caos. Tienes que morir muchas veces, partirte el alma en pedazos, recogerlos y unirte en una nueva entidad, sólo así puedes extraer del pozo del miedo la claridad y la armonía. Seguir las horas del reloj de derecha a izquierda, comprobar que el tiempo nace en la noche y termina con el día. Que no hay justicia ni bondad en este mundo, beber del pozo amargo de la soledad. El conjunto de todos los conjuntos. La Fuente. Sin contradicción: caos y orden, una misma causalidad en la transformación, cuyo conocimiento nos permite tocar las semillas de la impermanencia y conocer el ciclo del retorno, en el que la armonía vuelve a producir el caos y a generar las nuevas semillas que hacen posible que esta vida se renueve, conocer el fuego ingobernable que late en el corazón de nuestros orígenes. La estrella del caos, la unidad que se fragmentó en la multiplicidad, potencia y claridad, el pozo y el caldero en el que todas las contradicciones se funden en un magma controlado, en memoria y manifestación posible.

Observa en tu meditación que muchos se extravían en esta ruta de la mano izquierda. Esto ocurre porque no pueden dominar sus pasiones. El combustible que sostiene su navegación lo derivan del plano de las energías más bastas. Es una ruta sin embargo bastante serena para aquellos que comprenden que el lado izquierdo es el propio de la sabiduría analítica. Por eso también es llamada la ruta de los grandes hielos. Una elevada cumbre de la Gran Montaña, junto a la serena planicie cuya inmediata y natural frontera es la realidad del gran vacío. Si emplazas tu corazón en el no-deseo, la estrella del caos será tuya, y escucharás detrás del sonido de todos los tambores, la flauta mágica: la oscura sinfonía. No

hay otra realidad más allá de la Fuente. No es lo bueno lo que cuesta, hay muchas cosas buenas. Lo que cuesta terriblemente es hallar lo verdadero. Cuando lo encuentras, no pienses que lo has elegido, observa más bien que mediante extrañas circunstancias, él te ha elegido. Lo verdadero ama a la totalidad sin distinción, pero si precisas distinción, tu alma entonces tendrá que evidenciar su distinción. Es un largo camino hacia el corazón, que merece el esfuerzo. Fluyendo con la corriente o contra la corriente, a la Gran Montaña no se accede en una sola mañana.

Las gotas de agua

Observemos en nuestro sitio de meditación las profundas lecciones a las que nos permite acceder el detenido examen de nuestros obstáculos de realización. Esta percepción es una trascendental alquimia, en la que somos a un tiempo el meditador y el meditado, estableciendo una fusión intensa de nuestros mundos externos e internos. Mediante esta observación llegamos a comprender que nuestra realización existencial está condicionada por el hecho de que primero nos corresponde vencer sobre nosotros mismos.

La configuración de lo que denominamos realidad, es un proceso que se va formando en nuestra conciencia de una forma paulatina, sin que podamos precisar a ciencia cierta en qué medida lo que llamamos realidad depende de nuestra visión del mundo, de nuestras reflexiones o de las de los demás. Esta visión nos aclara el poderoso grado de interpenetración que tienen nuestros mundos externo e interno.

No sabemos a ciencia cierta a qué atribuír nuestras capacidades y limitaciones, cuando estas no dependen de concretos aspectos de nuestro ser físico. Todos los seres somos iguales, pero no nos sentimos así: en el camino de la vida y desde muy temprano observamos nuestras diferencias y las de los demás. Cuando el resultado de nuestra vida no coincide con las esperanzas que depositamos en nuestra propia fuerza y capacidad, solemos reflexionar sobre las causas de este proceso, en una observación en la que procedemos a examinar las causas externas e internas que han impedido el logro de nuestros propósitos. Aun determinando estas causas, nos es francamente difícil liberarnos de ellas, porque el propio mecanismo de freno de los mismos, condiciona pérdidas de energía que no podemos emplear para nuestra liberación. Si tenemos que vencer determinados obstáculos de nuestro entorno, ya no tenemos suficiente energía para

realizar los mismos, somos como una ciudad sitiada a la que le sería imposible hacer un esfuerzo adicional que el mero hecho de resistir. Si tenemos que vencer los obstáculos interiores, observamos que nuestras configuraciones internas poseen los mismos dispositivos que los exteriores, somos como una ciudad que resiste pero en la que tenemos al enemigo adentro, y no sabemos exactamente dónde, porque hasta las motivaciones en las que más confiamos que puedan ser parte de nuestro

impulso de realización, han perdido fuerza o nos manifiestan señales equívocas. No comprendemos por qué todo esto ha sido posible, ya que en la mayoría de los casos observamos que los problemas que hemos tenido son parecidos de una u otra forma a los que las demás personas han tenido que vivir y superar, con más o menos fortuna. Aunque los podamos sobredimensionar con nuestra sensibilidad, no encontramos el exacto motivo por el cual se ha producido nuestra concreta situación. No podríamos decir que hayamos sufrido traumas graves que nos impidan o incapaciten para realizar nuestras funciones, aunque es evidente que no siempre los traumas se producen de una forma impactante; el trauma de la gota de agua que cae evidenciando cada día nuestros fracasos por pequeños que sean, puede ser al paso del tiempo tan grave como un trauma impactante.

Nuestro dilema no es saber exactamente cuál de todos estos problemas, por pequeños o grandes que sean, es el que nos podríamos ir quitando a través de una actividad programada; nuestro dilema es si podemos o no tener la fuerza para hacerlo, y en cierto modo, si queremos o no, y hasta qué punto. No sabemos exactamente si esos contenidos limitativos son fruto del establecimiento de prioridades que aunque perjudiciales para la realización de nuestra vida, no nos encontramos en disposición de alterar. Aveces sacrificamos esas metas por el bien de nuestros seres queridos, por la necesidad de no sostener un permanente combate con nosotros mismos y con los demás, en síntesis, por nuestra tranquilidad. A veces, aunque tuviéramos la capacidad de triunfar, no estamos en disposición de sacrificar aquello que el esfuerzo y la victoria exigen. Más bien quisiéramos de algún modo, simplemente sentirnos bien, aun a sabiendas de que este sentimiento nos conduce a una zona neutra en la que nos moveríamos entre la línea de la derrota propiamente tal, y la del simple el abandono de nuestras metas, una línea de pocos metros pero suficiente desde nuestra perspectiva, para encontrar descanso. Queremos en síntesis lograr una especie de empate con la realidad, en la que sigamos siendo nosotros mismos a través de la circunstancia de mantener viva nuestra diferencia, pero sin el esfuerzo de desplegar nuestras alas para probarlo. Sentimos que nuestro vuelo ya ha sido fallido numerosas veces, y que es el momento de pasar de águila a oso que inverna. Y admitiríamos que alguien nos dijera como volar, pero sin que tengamos que desplegar nuevamente nuestras alas, o más bien, nos gustaría que alguien volara por nosotros, pero que fuera nuestro el éxito de tal hazaña. Todo esto evidencia que hemos perdido nuestra autoestima, y que confiamos que alguien en el camino tenga su autoestima todavía a niveles más bajos que los nuestros. No observamos que si esto fuera así, nuestra potencial víctima tampoco estaría en condiciones de volar.

Roles distintos, problemas idénticos

Un examen superficial de la cuestión, podría llevarnos a pensar que la realidad se manifiesta de forma distinta para la mujer y para el hombre, con relación a sus obstáculos de realización. Esta premisa parte de la consideración acerca de que si bien la mujer padece un conjunto de limitaciones muy marcadas en la vida personal y social, en el caso del hombre la sociedad que ha establecido las pautas sociales y los valores

para subrayar su superioridad de género, le plantea una condición objetiva para triunfar. En el marco de esta hipótesis, la mujer sería poseedora de condiciones objetivas y subjetivas que hacen de su propia vida un triunfo, mientras que el hombre debe evidenciar su triunfo hacia fuera de si mismo, a través de su acción. Desde esta perspectiva, la mujer está dotada de inteligencia y de belleza, de una intensa subjetividad que encuentra acomodo en la naturaleza, del don de la maternidad, mientras que el hombre no está dotado de nada, salvo de su potencial triunfo. Estos roles sociales reproducen de algún modo nuestra sexualidad: la mujer es receptiva, el hombre debe permanecer erecto y completar. Podríamos matizar todo esto, pero todo parece indicar que quienes observan así la situación de los roles femeninos y

masculinos, estiman que de conformidad con los mismos, la victoria sería para la mujer un añadido, pero para el hombre sería su totalidad. La cuestión, sin embargo, es muy diferente. Muy posiblemente la perspectiva anotada haya sido válida en alguna etapa en la que los roles sociales de la mujer no estaban del todo desarrollados, cuando todavía sus accesos a la educación profesional y al mercado laboral, no estaban definidos, y cuando el valor de la belleza parecía depender de los designios del Cielo.

El resultado de los cambios sociales ha traído una situación distinta para la mujer. Simplemente debe ser perfecta. La belleza no es ya un legado del Cielo, la mujer debe hacerse a sí misma bella a través de la moda, la cosmética, la perfumería y si es preciso, la cirugía. Su educación le debe permitir acceso al mundo competitivo de las profesiones, e incluso según los analistas, en ciertos casos evidenciar especial dedicación. A la maternidad biológica debe acompañarla el resto de su vida con atenciones y cuidados especiales a los hijos y a los nietos, que parecieran exceder las reponsabilidades tradicionales del hombre con relación a la prole, mantener la misma si es preciso, velar por todas las tareas relacionadas con la educación de los hijos desde que se ponen el uniforme escolar, ser buena anfitriona, sostén del hogar y del esposo, si es preciso. Podríamos hacer un listado más completo, exaltar para ambos sexos las responsabilidades que comparten y las que siguen pareciendo existir con más énfasis en uno o en otro, pero la esencia de este examen no es otro que convenir que los deseos de realización son intensos en ambos sexos. La necesidad de realización es a fecha de hoy una realidad para ambos, personal, familiar y social. Con estos matices, iniciaremos una reflexión sobre estos objetivos que los seres humanos nos trazamos como metas a cumplir, en adecuación a las pautas sociales dominantes.

El Ciclo de la realización

Para la Antigua Tradición, nuestra realización es un camino esencialmente espiritual, comprendiendo eso sí que la espiritualidad no está separada de nuestras metas personales, familiares o sociales. En estos ámbitos es donde nuestro espíritu toma forma, evidencia y acomodo. La expresión de nuestra alma tiene lugar y ocasión de ser, ante nuestra propia persona, nuestras familias y ante el mundo social. Estos tres ámbitos se interpenetran, son formas distintas a través de las cuales podemos encontrar nuestra realización. Damos por hecho que en estos tres dominios nuestros comportamientos son éticos, pero cada persona los tiene para sí desde una perspectiva diferente en cuanto a la importancia de los mismos en su propia persona.

Hay personas que se sacrificarían a sí mismas y el bienestar familiar, por culminar con éxito una carrera que le de prestigio y reconocimiento social. Otras lo sacrificarían todo por el bienestar de su familia, y hay también quienes estarían en posición de sacrificar el bienestar de la familia y el éxito social, por encontrar su exclusivo bienestar personal.

Algunos meditadores de la antigüedad, han estimado que la dedicación plena y exclusiva del camino espiritual, a lo largo de las diversas vidas, es el resultado de haber superado un ciclo de varios niveles o etapas que van siendo cumplidas durante la travesía, en la que primero están nuestras metas y ambiciones personales, y una vez logradas estas, nuestro espíritu avanza hacia la realización de las metas familiares, las cuales efectivamente cumplidas hacen que nuestras vidas se encaminen hacia la realización de una elevada meta en favor del bienestar colectivo. Este ciclo no es necesariamente lineal, sino que en el camino de nuestras numerosas vidas, las vamos cumpliendo por etapas, a veces de forma separada o simultánea, conforme los objetivos puedan ir cumpliéndose, según sea más o menos posible el éxito de estas metas segun nuestra evolución, capacidad y a causa de las oportunidades que nos ofrecen nuestros respectivos entornos. Si observamos atentamente, nuestras pautas culturales coinciden en la actualidad con este criterio, en el que todos aspiramos ver cumplidas nuestras metas personales, familiares y sociales. Para todos sería muy frustrante no conseguir el logro de cualquiera de estas tres metas. Desde jóvenes nuestro mayor anhelo es poder contribuir a nuestro propio bienestar, al de nuestras familias y al de nuestra sociedad en su conjunto. El planteamiento de la Antigua Tradición en la observación de este ciclo, no deviene de una consideración idealista, sino de un realismo fundado en la

circunstancia según la cual, el desarrollo del alma implica la interpenetración de nuestro ser con la realidad externa, siendo esta su primer camino de despertar y aprendizaje.

Los deberes de acción

La palabra éxito la debemos matizar aquí de un modo más exacto de lo que podríamos entender en nuestro lenguaje usual. La realización del deber cumplido, suele ser muy diferente de lo que las imágenes de aparente éxito nos suelen evidenciar, se trata de un sentimiento muy profundo, no de la fotografía con la copa de champaña. El cumplimiento de nuestras metas, de conformidad a como las mismas hemos podido realizarlas a través de nuestro decidido empeño, es el éxito. Esto con independencia de que hubiéramos o no batido algún récord o establecido precedentes dignos de emulación, en cuanto a los resultados. Como todos sabemos, la realidad de los logros que nos dan satisfacción profunda, suele ser muy distinta de aquellos que constituyen éxitos extraordinarios, como podría ser encontrar la fórmula de una enfermedad crónica, ganar un Premio Nóbel de Literatura o sacar adelante una familia en la que nuestros hijos y nietos resulten en el tiempo destacados miembros del gabinete de gobierno. Esto podríamos lograrlo si estuviera en nuestras manos, pero no por ello estaríamos todos necesariamente realizados: podríamos también ser infelices, plagiarios o malversadores de caudales públicos. De esta forma, el éxito estaría evidenciado en nuestro cumplimiento con el deber, estemos en la situación que estemos en los diversos tramos del ciclo de la vida. El cumplimiento de nuestro deber, es nuestra realización y nuestro éxito. De allí que cuando afirmamos que algunas personas poseen obstáculos de realización, esta expresión señala de modo directo a la especial posición que esa persona tiene frente a sus particulares deberes de acción, personales, familiares y sociales, que son específicos para cada persona, frente a sí, su familia y su posición en el marco de las actividades sociales; con esta precisión, examinamos los motivos que obstaculizan o ejercen resistencia para que esa persona realice el cumplimiento de los mismos.

Gracias al cumplimiento de los deberes de acción, los niños no mueren abandonados, nuestras plantas potabilizadoras tienen los adecuados niveles de cloro, entre numerosos otros ejemplos que evidencian que el cumplimiento de los deberes de acción es necesario para la supervivencia de toda la humanidad. Estos deberes son distintos para cada persona: frente a cada uno, por nuestros propios matices, frente a la familia por nuestra posición y las características objetivas de la misma, y frente a la sociedad por la naturaleza de nuestro trabajo y las responsabilidades implícitas en cada función que desempeñemos en la sociedad. No son los mismos deberes los de los padres que los de los hijos, ni de los padres de un hijo sano que los de otro enfermo, no son los mismos deberes los de un bombero en circunstancias de calamidad pública, que los de un sicólogo frente a esas mismas circunstancias. Nuestra posición es la que determina el grado de intensidad y los matices o formas en que deben ser desempeñados cada uno de nuestros deberes de acción. Podemos echarle en cara a un hijo por lo que nos hizo trasnochar a causa de su llanto de bebé, o extenderle una factura por el precio de la leche y los biberones que se tomó en la cuna, pero es evidente que estábamos obligados a todo ello y más, a causa de nuestra especial posición como padres, con respecto de los deberes de acción que establece la ley. Pero hay muchos otros deberes que no están muy claros, como por ejemplo nada me impide jugar en el casino, aunque por otra parte algo me conmina a cuidar el dinero y a no despilfarrarlo en juegos de azar. Es cierto que puedo comprar todo el licor que me permita el bolsillo, pero algo me conmina a evitar la bebida, a no beberme una caja de licor en un solo día, y a no estar bajo los efectos del alcohol a todas horas. Sin duda, estos otros deberes son por una parte fruto de las valoraciones sociales, no necesariamente legales, pero sí relacionadas con la ética de nuestros comportamientos, que en un momento dado forman de tal modo parte de nuestra propia esfera de conciencia, que los consideramos deberes personales, como el de mantener nuestra higiene o el de ser leales con nuestra simpatía a un equipo deportivo, aunque este pierda un partido o una competición. Puedo también sentir el deber de informarme de la situación del mundo a través de los medios de comunicación, o de contribuir con una causa noble, aunque nada me obliga a ello. ¿Quién determina estos deberes no legales?. La sicología informa que poseemos una zona en nuestra consciencia, que es la responsable de transmitirnos estos mandatos éticos, y que nuestra consciencia los asume como suyos,

aunque son en realidad contenidos de valoración social derivados de nuestros padres y otros modelos como nuestros profesores, y en general del entorno, es decir, son resultado de un proceso en el que nuestra sensibilidad ética va precisando sus mandatos de acción, tal como nos gustaría que fuésemos reconocidos frente a los demás y frente a nosotros mismos, en el marco de una idealidad a veces difícil de cumplir, como podría ser por ejemplo el deber que sentimos de hacer ejercicios y sostener una dieta, atender los mandatos de un culto religioso y sostener sus prácticas, configurando toda esta idealidad una especie de policía vigilante de nuestros actos y de nuestra forma de pensar, denominada el SuperEgo. Este vigilante nos obliga a suprimir muchos actos de nuestra consciencia, en un proceso de represión en el que ahogamos nuestros deseos, lo que se manifiesta en los mecanismos de compensación del inconsciente, como los sueños y los actos fallidos, que expresan en numerosas ocasiones contenidos que hemos reprimido en nuestra conciencia. Así por ejemplo, si mi pareja quiere que la acompañe a visitar a sus parientes, en ese momento caigo en cuenta que no sé dónde he dejado las llaves del vehículo, o en vez de pedirle que me pase el peine, le digo que me pase el hacha. Los ejemplos de actos fallidos son felizmente tan conocidos, que sobran todas las explicaciones y sus extremos forman parte del excelente humor que integra numerosos chistes y curiosas anécdotas de la vida.

Los mecanismos de compensación de los sueños con relación a los deseos que ahogamos en nuestra consciencia, son también muy claros, como ocurre en los grandes banquetes que comemos con agrado en nuestro sueño, justamente coincidiendo con el período en el que nuestro consciente mantiene una tensión a causa de un riguroso régimen dietético. De esta forma, el policía del SuperEgo, que nos conmina al recto actuar, es frecuentemente burlado por el duende que tenemos en el inconsciente, manteniendo un equilibrio en el que si el deseo es adecuadamente compensado, nuestro consciente se mantiene estable y puede realizar sus funciones ordinarias, manteniendo una especie de deporte mediante el cual el SuperEgo reprime los deseos, pero lo filtra al inconsciente para desde allí efectuar las compensaciones oportunas. La sicología y la psiquiatría nos informan sin embargo que estos procesos no son tan sencillos, y que en determinadas ocasiones el camino de represión de nuestros deseos no logra las compensaciones satisfactorias, produciendo enfermedades como la neurosis e incluso reflejándose en conversiones mediante las cuales estos procesos síquicos encuentran sus trasvases produciendo trastornos y enfermedades fisiológicas. En numerosas ocasiones los mecanismos de compensación son ayudados por nuestro propio consciente, cuando por ejemplo reemplazamos nuestra necesidad de amor, por helados de chocolate.

La orientación de estos procesos parece seguir el curso de una rueda de placer y dolor, en el que vamos incorporando aquello que nos cause placer y rechazando las experiencias dolorosas, formando todo esto el conjunto de las llamadas energías de la líbido, que requerimos para las funciones de nuestro ser. No se piense, sin embargo, que el SuperEgo, nuestro Ego o consciencia consciente, y nuestro subconsciente, son entidades aparte, son como el mismo helado pero con distintas capas, en su conjunto realizan las funciones de nuestra mente. Algunos estudiosos afirman que en los estratos más ocultos de nuestro subconsciente, yacen recuerdos de nuestras otras vidas, lo cual ha sido apreciado en las llamadas regresiones hipnóticas. Otros estiman, que tenemos aún una capa por desarrollar, que corresponde a nuestro Supraconsciente, en el que tendrían cabida las experiencias espirituales incluyendo la transcomunicación y otras formas de expresión parapsíquica. Hay quienes aprecian también que estas funciones pueden ser realizadas en el contexto de los otros departamentos de nuestra consciencia, cumpliendo diversas funciones relacionadas con los procesos ordinarios de nuestra mente. Lo importante es que todas estas funciones forman parte de nuestra consciencia, y poder comprender que el SuperEgo no solo nos causa represiones en el más estricto sentido referidas a la esfera de nuestros instintos, sino que también sus pulsiones pueden causarnos represiones y limitaciones en un abanico más amplio. Así por ejemplo si una persona ha sido formada en un hogar de comerciantes, sus modelos podrían ser contrarios a validar los intereses que esa persona pueda manifestar en el campo del arte o la cultura, por no ser estas profesiones del todo rentables en concepto de sus progenitores, o porque estos, velando sus definitivas intenciones de poner al hijo a trabajar en el almacén, lo desentusiasmen haciéndole notar sencillamente que las actividades relacionadas con el arte no

suelen ser realizadas por personas decentes. De esta manera, la represión causada por los contenidos del SuperEgo, no radican solamente en las acciones relacionadas con nuestros instintos, sino que su abanico suele ser mucho mayor, en algunos casos hasta pueden llegar a convertirse en mandatos precisos, relacionados con la pareja ideal y otros aspectos tan sensibles que dependiendo de la fuerza o la intensidad de estos modelos y la propia sensibilidad de quien los adopta, pueden llegar a afectar su cosmovisión y sus actitudes con respecto de los deberes de acción. Todos estos conceptos que sonaban extraños a inicios del siglo XX, hoy forman parte de las revistas de divulgación y han producido herramientas a veces muy eficaces en diversas áreas, como la publicidad, la manipulación de la opinión pública y la educación, de modo que son conceptos que aunque no verificables en un tubo de ensayo, han evidenciado el esfuerzo que la sicología y la psiquiatría han realizado para la debida comprensión del alma humana, permitiendo desarrollos de numerosas teorías y terapias ambiciosas encaminadas al bienestar de nuestra mente.

El problema que todos observamos, es que pareciera que no encontramos modelos estables en el comportamiento de los procesos de la mente, ni métodos preventivos para equilibrar desde nuestra temprana edad las funciones de nuestra mente, pues nuestra psique va sufriendo las transformaciones propias de la impermanencia, como individuos, en el seno de nuestras familias y en el extenso proceso de socialización, siguiendo la suerte de los incesantes cambios. Vista así la situación, pareciera que los nuevos conocimientos sobre las funciones de la psique, carecen de lo que en la teoría científica se denomina consistencia, que delimita a las teorías que por la solidez de sus modelos, permiten mantener una determinada estabilidad a sus observaciones. Pero no estamos como empezamos, hemos avanzado mucho en la comprensión del alma humana.

Nuestra necesidad

Aunque los contenidos de nuestra mente nos digan que no debemos amar a una determinada persona, es a esta a quien amamos. Aunque todo nos diga que nos podemos arruinar si nos dedicamos a la filatelia, sentimos un impulso superior a nuestras fuerzas y nos entregamos de lleno a las tareas del coleccionismo; aunque nos digan que el universo va a explotar si nos dedicamos a la poesía, terminaremos escondiendo los poemas debajo de la almohada. La diferencia entre los que logran sostener su objetivo y los que no lo logran, está en la forma en que nuestras mentes procesan las situaciones derivadas de estas decisiones. Algunos no logran sostener la energía suficiente para superar los impedimentos y obstáculos, otros sí. Algunas personas sacan de sí la fuerza para establecer una relación armoniosa con su pareja, aun a sabiendas de que el mandato de acción de sus modelos le

impediría establecer una vida conyugal armoniosa precisamente con esa pareja; otro saca de sí la fuerza para escalar una alta montaña, aunque sus modelos le informen que es una meta imposible a causa de su asma.

Aunque quienes no logran cumplir su necesidad sospechan que hay un abanico de causas, nunca están del todo seguros del motivo por el cual no han podido dar en la diana. Tomemos en cuenta que también ocurre en el triunfo, que lo importante no es su logro, sino su sostén, en estas circunstancias en la que después del triunfo somos incapaces de sostener el ritmo, también las interrogantes que nos hacemos son profundas. Lo importante de este primer acercamiento al problema de nuestras necesidades, es observar que las mismas no dependen necesariamente de las valoraciones del SuperEgo, pueden incluso contradecirlas. El problema reside más bien en que unas personas parece que pueden sostener esta contradicción, pero otras no.

La reprochabilidad

Los sentimientos de culpa constituyen un conjunto de las expresiones que peor solemos analizar de todo el marco de nuestros sentimientos, simplemente porque sentirlos es muy desagradable y preferimos trasladarlos a la esfera de nuestro inconsciente. En este traslado, dejamos que el inconsciente se las arregle solo, y no nos damos cuenta que el mismo necesita efectuar las compensaciones para satisfacerse a sí, al

consciente y al SuperEgo. Este proceso de compensación es distinto del que ocurre con la represión de los instintos, en el que el inconsciente actúa como parte de una negociación: no olvidemos que reprimiendo nuestros deseos obtenemos determinadas ventajas en la vida, y como tal, el proceso de compensación mantiene una conformidad determinada por la razón.

Cuando reprimimos nuestros instintos, la compensación es una negociación, las ventajas o desventajas de la negociación es la que decidirá nuestro equilibrio o nuestro desequilibrio. Pero si ahogamos nuestra necesidad de realización, no es sencillo establecer una negociación aceptable, porque estamos recortando de un cuajo la razón de nuestra existencia. En el caso de que nuestro inconsciente quiera realizar un proceso compensatorio, carece de los parámetros para equilibrar las cosas, porque el consciente no quiere oponerse al mandato del SuperEgo, ni encuentra un sustituto adecuado para compensar semejante pérdida. La elección ha sido racional, cortar de cuajo el motivo de la existencia. Si sustituímos nuestra necesidad de ser marineros por un trabajo de oficina, y suspiramos por estar en un barco, nuestro inconsciente actuará en forma favorable a nuestros deseos, impulsándonos a que dejemos nuestro trabajo de oficina, llegando tarde en los horarios, causando problemas laborales, hasta lograr por medios indirectos nuestro despido y ver si entonces de una vez por todas nos encaminamos hacia el mar. En este caso, por decirlo así, buscamos nuestro suicidio, para volver a nacer en condiciones que nos permitan cumplir nuestra necesidad de realización. Ahora bien, es muy posible que esta necesidad no tenga su origen en nuestro consciente, porque sabemos objetivamente que ser marinero tal vez no sea lo más indicado, nunca estaremos suficientemente seguros tampoco de que sea el SuperEgo el que nos impida radicalmente realizar nuestra necesidad, es muy posible que la necesidad de realización provenga de zonas más profundas de nuestra mente, ya sea del subconsciente y quizás de sus estratos más profundos, que como una pequeña luz parpadeante van indicando a la consciencia hacia donde se debe orientar, con independencia de que haya nacido en una familia montañesa o que viva en un país sin litoral. Si esto fuera así, es muy comprensible que al inconsciente no le queden vías de negociación posible para efectuar ningún tipo de compensación satisfactoria, y sería lo más lógico que la situación tarde o temprano estalle. En síntesis, si yo no me hago al mar para con este sacrificio complacer a mi familia, el problema lo estallaré de otro modo, ya sea con ellos, con terceros, con mi propia persona, o con todos juntos si es preciso; el problema es que las cuestiones se me pondrán difíciles en este traslado, ya que si no deseo hacer daño a mis seres queridos, el palo se lo tendrá que llevar otro o mi propio ser. Es seguro que el traslado se dirigirá hacia la persona que en nuestra subjetividad lleguemos a considerar que afecte menos nuestra esfera de reprochabilidad. Preferiríamos así que nuestro cónyuge nos reproche una falta, a que lo hagan nuestros padres, pues así sentiríamos una culpabilidad menor de conformidad con nuestros modelos.

Si observamos estas cuestiones con detenimiento, estamos tratando un problema central de la espiritualidad, ya que nuestra realización existencial es la más importante función de nuestra alma. Sin la evaluación de un criterio de realización, por prudente que sea, nuestros valores carecerían de sentido, los mismos serían apenas enmascaramientos de nuestras realidades biológicas. No es así, sin embargo, ya que felizmente nuestra evolución espiritual ha establecido los particulares deberes de acción, que son en sí mismos evidencias del grado de responsabilidad con que debemos de asumir las actividades que suponemos constituyen parte de nuestra realización, en el ámbito personal, familiar y social. Es cierto que todos nos encontramos con dificultades objetivas para emprender y consumar nuestra realización, necesitamos recursos económicos, y cumplir una larga etapa de éxitos en el camino, como realizar estudios, obtener diplomas y merecimientos, adquirir experiencia, madurar como personas, pero no olvidemos que la realización de numerosas almas se ha logrado incluso en las condiciones más adversas, teniendo a sus espaldas la pobreza, la enfermedad o la soledad más absolutas, como si un faro interior los hubiera orientado eficientemente hacia el logro de sus objetivos, pasando incluso por encima de sus propios obstáculos, las resistencias e impedimentos de sus difíciles entornos. Con independencia del sitio donde podamos acomodar el origen de la necesidad de realización, podríamos afirmar que el mismo está

en nuestras emociones; los diversos matices de nuestros sentimientos provocan que cada uno de nosotros nos orientemos hacia distintas metas, de allí nuestra dificultad de consensuarlas con nuestros seres más queridos, que no por ser queridos dejan de poseer diferente sensibilidad y en consecuencia, necesidades de realización diversas.

La entrega del castillo

En ningún caso nuestra alma nos impone metas absurdas ni imposibles de lograr. De allí que aunque en las fases de la infancia nuestros objetivos sean plurales y nuestros enfoques sean precisos, sin que logren todavía el asidero de nuestra necesidad, es en nuestra adolescencia el período en el que las coordenadas se van definiendo, cuando nuestra alma ha tomado tierra en el enfoque de su situación en el mundo. Es cierto que nuestra alma en la adolescencia tiene aún residuos del vuelo de la infancia, que traslada hacia la realidad mediante notas líricas e idealistas, pero no por eso deja de observar las dificultades. Es cuando la acción se despliega, cuando encontramos la evidencia de los obstáculos. Sin embargo, los obstáculos materiales no asustan al adolescente, pues siente que la fuerza de su impulso, es capaz de vencer los impedimentos, y si la siente, es porque existe en forma de energía para impulsar la acción. El problema que observa menos salvable, es cuando la acción lastima a los seres queridos, porque no quiere hacerles daño: más bien, su deseo es complacerlos. Quien logra vencer estas resistencias causadas por los apegos, o al menos negociarlas inclinando la negociación de modo favorable a su necesidad de realización, encuentra un grado de equilibrio muy superior de aquellos que despliegan su acción pese a todo. La dificultad estará siempre en aquellas personas que encuentran en el entorno familiar y en sus propios apegos, dos paredes insalvables.

La reprochabilidad es la acción de atribuir a otro un daño, y esto es lo que el entorno familiar expresa en sus contenidos síquicos al que decide romper estos obstáculos. Es una energía muy densa, similar a la del despecho o la que se transmite a los traidores. Por tanto, permanece y es estigmatizante, produciendo un pozo de culpabilidad que como los cadáveres arrojados al mar, es enviado al inconsciente aunque tarde temprano flotará, y sin que necesariamente el mismo sea cargado o no por los que allí lo echaron. Es una represión amarga, porque sabemos en el fondo de nuestro ser, que no podíamos renunciar a nuestra realización sin negar con ello nuestra propia alma, y que si somos incapaces de sostener el castillo, mal podríamos defender sus feudos. Cualquier otra meta puede seguir la misma suerte, dependiendo de las circunstancias y la forma en que nosotros mismos reaccionemos en un momento de presión, con relación a nuestros afectos. Desde esta perspectiva, nuestros resortes de resistencia interior, están reventados. La reacción es a partir de un determinado momento, culpabilizarnos a nosotros mismos, por no haber mantenido el fuego vivo, por haberlo ahogado para que nuestra madre o nuestro padre fuera feliz, pero ya no hay energía que nos compense en este trance, el juego ha terminado y la vida aparece como la pesadilla que nunca quisimos soñar. Durante un tiempo pensamos que podríamos corregir el rumbo, pero la edad nos va evidenciando que esto es fruto del autoengaño. Aprendemos a un costo muy alto, que nadie es feliz por nuestra renuncia, pero ya comienza a ser tarde para tomar otras decisiones, tenemos inmediatos deberes frente a nuestros nuevos roles, y nuestras energías se han desgastado. No observamos que perdemos de vista el hecho de que nuestras propias circunstancias nos están informando acerca de una gran lección para nuestra alma: que aprendamos de una vez para siempre, que hay cosas irrenunciables. La libertad es una de ellas. Esta es la esencia de nuestro aprendizaje a través del examen de nuestro impulso de realización y los obstáculos e impedimentos que lo frenaron.

La realización es el máximo esplendor de la libertad, pero para llegar a ella debemos aprender a considerar primero irrenunciable el don de la libertad. Esta es la gran lección del Cielo. Debemos aprender a cortar con nuestros apegos, debemos aprender a romper las cadenas del reproche y los nudos de la culpabilidad, que son parte de un sedimento humano arrastrado por milenios de esclavitud y sometimiento. Debemos mirar con nuestros ojos limpios el sol y las estrellas, si es preciso debemos pagar el precio que sea por nuestra dignidad. Tan duras lecciones, no las olvidaremos en esta ni en otras vidas: naceremos dotados de un

nuevo instinto, que es el valor. Moriremos si es preciso, pero no entregaremos nunca más el castillo del alma.

Si observamos la realidad, todo cuanto existe cumple una función en bien suyo y de los otros seres, en el ciclo de la vida aprendemos que aun las alimañas están dotadas de una función; en general, los sistemas existen como tales porque realizan una función, y nuestro ser no escapa a esta realidad sistémica. Los seres humanos reproducimos en nuestra cultura el gran sistema de la naturaleza, mediante funciones en las que algunos de sus aspectos son abstractos, pero todos ellos dotados de sentido y de analogía con relación a las funciones de la naturaleza, del mismo modo que nuestras computadoras realizan funciones análogas a las de nuestra mente. Cada criatura del universo está dotada de una codificación que la impulsa a realizar estas funciones, y a mejorarlas en el camino de la larga evolución de sus intercambios con el entorno. Los seres humanos no somos la excepción. Nuestro impulso de realización es debida a una función natural, que debido a las características de nuestro entorno, es cumplida mediante los instrumentos que nos proporciona la cultura en un momento determinado de nuestra evolución. El impulso de realización que sentimos no es por tanto una cuestión baladí, sino parte intrínseca de las funciones del universo, un profundo deber de acción. Sobre todo esto debemos meditar.

Esto es esto

Nuestra comprensión de la realidad se vela a través de los pensamientos y las palabras. La percepción de la realidad se produce en el momento presente, cuando somos capaces de centrar nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestra alma, silenciosa y directamente sobre un objeto. Algunos han denominado a esta forma de conocimiento la inteligencia emocional. La estabilidad de nuestro cuerpo, el silencio de nuestra mente, la quietud de nuestras emociones, nos permiten también otra forma de percibirnos a nosotros mismos. Si observamos nuestra situación, la agitación de nuestro cuerpo y de nuestra mente devienen de la dificultad que tenemos en aceptar los sucesivos cambios de la impermanencia. Estimamos que una posición más segura frente al hecho directo y explosivo que percibimos en el momento actual, es anclar nuestro ser en el pasado y en el futuro, para a través de ellos establecer las coordenadas que nos permitan visualizar la situación del presente, su curso causal y el pronóstico de sus efectos posteriores. Nuestra reacción frente a la impermanencia es separarnos de ella para que no nos produzca daño, volviéndonos reiterativos y conceptuales al momento de observar los sucesivos cambios que se producen en la corriente de la vida. Formamos así una especie de plataforma en la que nos sentimos más o menos seguros de nuestro enfoque de la realidad, pero a cambio observamos una separación entre nosotros y las corrientes de la vida. Nuestra existencia no es fluida, es el anclamiento del ego en la plataforma que hemos construido para nuestra aparente seguridad.

El curso de la existencia nos evidencia que ninguna de las plataformas que nos hemos construído a lo largo del tiempo son seguras. Las modificaciones de la impermanencia nos envuelven a todos como un oleaje; lo único que hemos ganado anclando nuestras percepciones es emparedar al alma. Vivimos con nuestro ego, percibimos la realidad conforme a nuestro yo; aunque lo endurezcamos no podrá hacer frente, tarde o temprano, a los intensos cambios que se producen en la realidad. Sabemos que no por anclar un barco deja de estar expuesto a la tempestad y al naufragio. Por el contrario, tenemos en cierto modo la percepción de que los riesgos pueden ser mayores si nos aferramos al ancla, porque la realidad nos evidencia que sin ancla podemos fluir con la corriente y encontrar puertos seguros.

Los pensamientos que nos separan de la directa percepción del presente nunca son fiables, por eso los revisamos continuamente, examinamos la realidad y nuestra situación mediante interminables cadenas de palabras. Pero nada nos libra de los fenómenos de la realidad, porque nuestro ser es uno de sus componentes y por tanto está en ella, somos impermanentes desde cualquier perspectiva que observemos. Los bastiones y plataformas que edifiquemos para nuestra protección corren la misma suerte, podemos modificar muchas cosas de la realidad, pero no su naturaleza. Si en lugar de trabajar de forma tan tenaz para conservar y endurecer nuestros egos, trabajáramos para mejorar la realidad, esos esfuerzos traerían

inevitablemente que nuestro mundo fuera más seguro para todos. Pero no elegimos esta vía, nuestros esfuerzos los concentramos en fortalecer nuestro aislamiento. Pareciera que alguien nos ha dicho que somos deidades solitarias, que permaneceremos en nuestro trono aun después de que los reinos ajenos se destruyan. Queremos convencernos de que esto es posible, pero la realidad nos sorprende continuamente: sufrimos pérdidas que nos evidencian dolorosamente que nuestro reino también desaparecerá. Todo esto parte de un error, deviene del hecho de que no hemos observado directamente la situación, somos reyes que hemos sido engañados por nuestro bufón.

Debemos observar por nosotros mismos nuestro reino, y al hacerlo, comprendemos que nuestro reino es en sí la impermanencia y que es a sus ritmos a los que nos debemos integrar, fluyendo como las grandes nubes hacen en sus dominios atmosféricos. Nuestra mente es buena consejera en muchos aspectos, pero no precisamente para observar las realidades delicadas de la impermanencia, cuya comprensión solo puede ser recibida en forma directa y explosiva, sin pensamientos. Si velamos la realidad de un árbol con palabras, velamos el impactante significado que tiene para nuestra consciencia. Si delimitamos las características que forman parte del concepto relativo a un hijo recién nacido, dejamos de percibir la cascada que significa su presencia en nuestro ser.

La percepción del significado de la realidad sin velos, permite la interpenetración entre el sujeto que observa y lo observado, el manantial del que proceden todas las intuiciones. Agotamos sin sentido nuestras energías al concentrarlas en sostener el bastión del ego. Si observamos nuestros sueños, son ejemplares en la forma en que nuestro ser fluye en ellos a través de sus sucesivos cambios, esa relajación es la que nos produce las compensaciones y energías enriquecedoras para nuestro despertar. En los sueños nos integramos a la corriente de la vida. Algunos piensan que los productos compensatorios del sueño se producen porque estan ausentes los mecanismos de censura que en la conciencia nos impiden realizar algunas actividades que para nuestra esfera de valores serían inadmisibles, pero si esta función podemos realizarla en los sueños, se debe más bien a que nuestro ser encuentra en los sueños el alivio del abandono del ego, de allí que le es posible entregarse a la corriente de la vida sin dificultad.

Algunos meditadores han observado que esa sensación de fluir aparece en los deportistas provocándoles una riqueza energética y creativa durante las competiciones, y que los mecanismos compensatorios y energéticos de la ausencia del ego, es lo que muchas personas buscan en los deportes de alto riesgo, en el climax del orgasmo, y en momentos determinados que se perciben bajo el efecto del alcohol y otras drogas. Nuestro ser necesita descansar del ego. Los antiguos llamaban al ego nuestra conciencia

inferior, y a la consciencia que lo trascendía, nuestra consciencia superior. Nuestra Tradición estima que la consciencia inferior es aislada, y que despejada a través de las técnicas de la meditación, gracias a nuestro autocontrol físico, mental y emocional, la consciencia superior se evidencia y con ello, nuestra directa percepción de la Totalidad. De este modo, la sensación de fluir es directa expresión de la Unicidad.

La realidad es un tejido más delicado de lo que sospechamos, su conceptualización es uno de los instrumentos para comprender sus funciones, pero no el idóneo para experimentarla. Si analizamos los resortes de las diversas técnicas de meditación, comprenderemos que todos ellos operan desconfigurando los patrones habituales de conceptualización, para producirnos diversos grados de aproximación a la Unicidad. Meditar es en cierto modo desaprender. Los Maestros consumados son muy eficaces en la utilización de estas técnicas, que ellos denominan las diversas pócimas que se inventan para curar a enfermos imaginarios, como las panaceas en el campo médico. El ego es imaginario, pero hemos terminado por creer que nuestra invención somos nosotros, que nuestra existencia depende de la utilidad de sus funciones. Descodificar este objeto mental, es la esencia de las tareas espirituales más elevadas. Es como si nos inventáramos a través del continuo desgaste de nuestras energías, que somos capaces de convertir en oro nuestros escremento. La meditación nos enseña que los escrementos son escrementos, y que el oro es oro, pone cada cosa en su lugar. Esto es esto.

El ego es insaciable. Consume energía excesiva, debido a que es un tumor en nuestro ser. Si analizamos la realidad observaremos cuántas cosas necesitaríamos para complacerlo, no existirían sufientes energías ni objetos para tranquilizarlo de una vez por todas. Necesitaríamos asegurarlo no de los riesgos, sino de sí mismo. Necesitaríamos para su tranquilidad convencerlo de que nunca envejecerá, que nunca se enfermará, que no morirá y que jamás le faltará dinero, ocasión y personas que hagan realidad sus caprichos. El ego es un vampiro que consume nuestras energías, solo para pudrirlas, porque no hace nada constructivo con ellas. El ego es vago, no quiere trabajar, quiere que su vaso de agua se lo traigan otros. Produciendo el objeto mental que llamamos ego, nos vampirizamos a nosotros mismos y debido a que esta energía no es suficiente, termina vampirizando las energías de los demás. Necesitamos que nuestros seres queridos piensen en nosotros a todas horas, que no piensen en nadie más, que estén atentos a nosotros por encima de sus propias necesidades. Nada es suficiente para el ego. Lo que denominamos el campo de las energías más bastas, es el dominio del ego, porque incluso las energías más sutiles que le podamos transmitir, las termina por pudrir. Si observamos la configuración central de este objeto mental, sus primeras coordenadas las trazamos a través de la visualización del riesgo y la sensación de temor que esta visualización produce. Si seguimos observando, notaremos que esta visualización normalmente se nos produce por transmisión, es otro ego el que nos transmite su visión y nos contagia la sensación de temor frente a la vida, sin que existan fenómenos concretos sobre los que inicialmente esas emociones recaen.

Cuando comenzamos a configurar el miedo, es difícil para nosotros percibir el daño que nos produce, porque el ego que nos lo transmite nos informa que esos contenidos que trasvasa son para nuestro bien, para evitarnos numerosos daños en nuestro ser físico y en nuestra integridad como personas. Son personas en las que confiamos, nuestros seres más queridos, con los que sostenemos las emociones de amor más estables, los que nos causan esa primera gran vampirización. Debemos vivir como ellos y para ellos, compartir sus temores; nuestro ángulo de visión de la realidad debe coincidir con el suyo, de otro modo seríamos como traidores. La vampirización es una red, trasvasamos las energías de otros para sostener la configuración de nuestro yo y el de nuestros seres queridos. Si alguien nos ama o nos desea, lo obligamos a que arrodille su alma ante nuestros propios ídolos. Controlarse entre sí, es el deporte de los egos. Todas sus metas aparentes son triviales, porque para el ego solo subyace una meta incuestionable, que es mantenerse en pie, ser cada vez más fuerte para desde su torre dominar las restantes energías.

La sensación de temor sin objeto, la vamos repercutiendo y especificando a través de objetos mentales; en numerosas ocasiones éstos ni siquiera coinciden con los que son los específicos objetos de temor de los demás, ya que en el camino de nuestra infancia y nuestra adolescencia, recaen sobre todo lo que representa incentidumbre. Si observamos con detenimiento, muchas experiencias que nos cambian son producto de fuertes impactos en nuestra conciencia, que nos revelan la ineficacia de las funciones del yo. El ego no nos sirve para nada cuando somos arrollados por un vehículo, estos instantes se viven sin percepción del yo; cuando nos anestesian en las operaciones, cuando vemos morir al ser más querido: todo esto nos produce percepciones diferentes que nos hacen rozar nuestra otra naturaleza. Muchas personas experimentan una nueva consciencia a partir de este momento, pero en el transcurso del tiempo se comienzan a observar la dificultades que existen en nuestra vida cotidiana, para sostener el nuevo estado de conciencia: las transmisiones de egos son envolventes, nos recrean las configuraciones anteriores o nos producen otras nuevas. Las personas que han tenido la experiencia de fusionarse con la Fuente, no escapan de estos problemas, su vida a partir de ese momento está muy determinada por la necesidad de no recrear las configuraciones del ego. De allí que muchos de ellos terminen encontrando su camino en forma aislada.

Aunque conocemos muchas de las funciones del consciente y del inconsciente, nos encontramos menos familiarizados con el concepto del preconsciente, que es la zona o franja de los contínuos intercambios

existentes entre la actividad del consciente y el contenido de lo inconsciente. El preconsciente posee una riqueza energética notoria, que podemos observar en momentos muy puntuales, como cuando estamos a punto de quedarnos dormidos sin querer hacerlo, rozamos el límite del sueño y tratamos de mantenernos despiertos, evidenciando en la totalidad de nuestro ser un momento de especial bienestar, como si

hubiéramos descansado muchas horas. Las técnicas de meditación tratan en algunos casos de alcanzar esta zona, que es la que produce estados de relajación muy profunda que nos hacen desprendernos de nuestro ego. Es también la zona de donde recibimos intuiciones poderosas y su franja es la que corresponde a los trances de la mediumnidad.

En nuestros casi imperceptibles contactos con el preconsciente, observamos que el ego desaparece causándonos un profundo bienestar en la totalidad de nuestro ser físico, mental y emocional, una sensación de integradora de nuestro ser. Las técnicas de meditación con el uso del espejo, las velas o la bola de cristal, son herramientas para producir este efecto, logrando desconectar nuestro ego para recibir las transmisiones de nuestra alma. La experiencia de fusión con la Fuente se diferencia de estas experiencias en la circunstancia de que el meditador carece de objeto, no se propone establecer contactos con espíritus, ni precisar el futuro u otro tipo de objetos mentales en el transcurso de las meditaciones; ni siquiera tiene por objeto precisar su unidad con la Fuente, sino establecer en el transcurso de las meditaciones la percepción directa de su propia vacuidad, percepción que en sí misma y automáticamente lo conduce al Corazón de la Fuente. En los objetos mentales, por elevados que sean, efectuamos transmisiones de nuestro deseo, esto nos sujeta a sus configuraciones. De allí que el meditador que practica el emplazamiento en la vacuidad, carece de cuerpo, de mente y de emociones, lo cual logra a través de una alquimia muy rigurosa, en el que las prácticas ascéticas cumplen la función importante, pues el paulatino dominio de nuestro cuerpo como sistema, repercute posteriormente en el dominio de la mente y de las emociones, estableciéndose poco a poco un dominio de nuestro sistema en su conjunto. Las modificaciones fraccionarias culminan con el tiempo en una transformación general de nuestra realidad. La sabia mezcla de los elementos de control del cuerpo, la mente y las emociones, son una receta difícil de lograr, de allí que siempre sea recomendable actuar con naturalidad y no caer en los extremos de nuestra propia negación y aniquilación, toda vez que la percepción de la unicidad nunca se produce por nuestra voluntad, sino por el milagro. Pero sin duda, para ganar la lotería primero tenemos que tener un número, este es el autocontrol.

Tomemos en cuenta que este tipo de prácticas es muy completa en la conciencia de los meditadores que suelen ir precisando numerosos cambios en su vida, para no recrear las condiciones que hacen posible el anclaje del ego. Algunos de estos meditadores cambian de forma de vida, de nombre y demás circunstancias que estiman propias en el camino de su práctica; realmente nada de esto es necesario, ya que incluso en el más total aislamiento nuestros egos pueden endurecerse, todo ocurre según nuestras percepciones y necesidades más íntimas. Un ejemplo de este tipo de desconexión lo vemos en nuestra vida cotidiana. Cuando necesitamos unas vacaciones y nos imaginamos las remotas playas y toda la dicha que cabe en ellas para nuestro bienestar y la reposición de energías. Sin embargo, a las pocas horas de estar en la playa comenzamos a recrear las circunstancias que hacen imposible nuestra desconexión.

La comprensión madura de que son nuestras circunstancias internas las que debemos transformar, es lo que ha llevado a los meditadores a culminar esta experiencia, con independencia de ir, venir, sentarse o caminar. Comprender que esto es esto, es a fin de cuenta lo natural. La experiencia de fusión con la Fuente, no es por consiguiente otra cosa que el reencuentro con el océano donde estamos y del que provenimos, sin que sea una experiencia actual, presente o futura. La percepción que el meditador formula del momento presente, simboliza ese momento de fusión del futuro y del pasado, condiciones estas últimas que recrean las difíciles coordenadas del ego. Pero en la Fuente, el tiempo no es lineal, en Ella un instante es eterno, y la percepción de la eternidad tiene el sabor de un instante, como lo que le ocurre a los niños cuando se deleitan en un caramelo. Es una percepción que escapa a toda descripción debido a que es una experiencia que carece de condicionamientos. Los meditadores que han tenido esta experiencia, sufren a su regreso numerosos y profundos cambios en su ser, porque la disipación del ego produce percepciones distintas del significado de la realidad. La prístina energía de la que se han nutrido les causa plenitud y la sensación de que la felicidad es completa, eterna y no condicionada. Son exactamente como niños, pero niños dotados de energía, visión de totalidad y sabiduría trascendental. Las dificultades aparecen en el

camino, pero todas son salvables. La recreación de la experiencia de fusión permite al meditador disipar todos los elementos que configuran el resurgimiento del ego, especialmente el temor, aunque es natural que todo esto significa no perder el ritmo que disciplina las percepciones de la realidad y de sí mismo. Nadie está a salvo de la impermanencia y de los condicionamientos, pero el meditador realizado lo comprende porque íntimamente es uno con la Vía, en la que no hay en esencia diferencias entre condicionamientos y no condicionamientos, debido a que conoce que la realidad ulterior es el vacío, en el que no hay mano, mente ni oído, y sin embargo es la totalidad; en donde no hay yo, ni tu, ni el otro, y sin embargo hay percepción de ser la totalidad. Todo esto produce en el meditador un sentimiento rotundo de humildad, porque es consciente de que sus prácticas, aun siendo las más tenaces, no hubiesen sido nunca suficientes en sí mismas para arribar a la percepción de la realidad ulterior. Es otro de los milagros de la Fuente, pero no más significativo ni sagrado del que supone el brote de una flor, ni distinto del milagro de que existan las bacterias que nos terminarán comiendo.

Comprenderlo todo con naturalidad, es lo que la Fuente nos permite mediante la experiencia de la unicidad, sin que esto signifique que somos ni más buenos, ni más malos, ni más altos, ni más bajos, que estamos cerca o lejos; más bien lo que produce esta experiencia es la comprensión abierta y natural de nuestro ser contradictorio, la indefinida luz que nos precisa el hilo diáfano de sombra que hay en nuestros días, y la clara luz que brilla en nuestras noches, todo en incesante fluir, como hacen las estrellas, nuestras lágrimas y las serpientes.

LA SABIDURIA DE LA GRAN MONTAÑA

CAPITULO CUARTO

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

La fuerza de nuestro amor causa resonancias profundas en todo lo creado. No hay yo, ni tu, ni río, ni paisaje; no hay diferencia entre los seres en esta interpenetración. La realidad es un ser único, en el que somos a un tiempo pregunta y respuesta, el amante y el amado. Sin distinción de alto ni bajo, ni de basto ni sutil, todas las características son formas de una misma realidad increíble, que trasciende los límites de nuestro entendimiento.

¿Podemos reconocer nuestra naturaleza espiritual?

Nuestra naturaleza es esencial, somos espíritus. La espiritualidad no es un logro, es el reconocimiento de lo que somos. Decimos de las personas que algunos no se han llegado a conocer a sí mismos; debido a que alguno de nosotros no nos reconozcamos en nuestra naturaleza espiritual, no por ello podemos afirmar que esas personas carecen de espíritu. Somos desde luego espíritus encarnados que hemos venido a un universo de realidades y limitaciones materiales, pero estas tienen también su propia esencia espiritual: la materia es una forma de vibración del espíritu que estructura y alienta al conjunto de los seres y las cosas de la totalidad. Si hiciéramos una sola distinción entre lo que tiene espíritu y lo que no lo tiene, esta discriminación partiría de una tesis equivocada, que se reproduciría sucesivamente hasta formar un error que es en sí el fundamento del ego. En todo sin excepción vibra el espíritu universal. El problema de algunos es reconocerlo, y no sería necesario evidenciarlo si no fuera por los conflictos que el ego causa en la esfera individual y social, dando origen a todos nuestros sufrimientos. Incluso podemos observar intentos del ego en evidenciar su naturaleza espiritual; como decimos, el ego es un tumor, un objeto mental insano que está inmerso en la transitoridad, pero que en la cegera de su enfermedad aspira a la eternidad, para ello acumula bienes, intenta controlar a otros egos, sin aceptar con naturalidad el flujo de la impermanencia y los cambios a que están sujetos todos los seres y los fenómenos. Esta es la enfermedad del ego, es como una catarata en el ojo del alma. En su afán de eternidad, el ego trata de asumir comportamientos espirituales, pero esto lo hace mediante la acumulación: compra inciensos, libros, a todo esto lo llamamos las medicinas provisionales del enfermo. Nuestra naturaleza espiritual es sencilla y clara, no necesita de asidero, puede vivir sin muletas ni pócimas, es armoniosa sin incienso, es sabia por

naturaleza. Si evidenciamos los beneficios de la meditación, de la concentración, de la relajación; si puntualizamos la naturaleza de la vacuidad, la práctica de asumir las contradicciones o el significado de los encantamientos, el valor de la disciplinada formación, de las plegarias y otras prácticas, es porque las mismas realizadas en forma sostenida son convenientes para desarticular paulatinamente las configuraciones del ego. Sin embargo, sabemos que el ego es un tumor que se puede reproducir incluso en ese entorno de prácticas sostenidas. De allí que debemos observarlo contínuamente, para que nuestro avance hacia el despertar de nuestra naturaleza esencial no se vea entorpecido nuevamente mediante sorpresivas ramificaciones del ego. Existe de hecho una espiritualidad egoísta, esta aspira a recibir de Dios todos los bienes, incluso a controlar las funciones de la totalidad. Reconocemos nuestra naturaleza espiritual auténtica cuando nuestra práctica se orienta a la unicidad, al bien de todos los seres sintientes sin excepción, como si todos fueran hijos nuestros, aun aquellos cuyos egos son capaces de hacernos sufrir, porque reconocemos su naturaleza ensencial, más allá de las circunstancias de su enfermedad. Esto no quiere decir que en nuestra esfera de amor no hagamos elecciones, o que este amor nos condicione a dejar de llamar a las cosas por su nombre: todo ocurre espontáneamente, con la misma naturalidad con la que una buena madre observa a cada uno de sus hijos, sin discriminación ni separación, espontáneamente, de corazón a corazón. Nuestra naturaleza espiritual es siempre clara y espontánea.

¿No expone demasiado aquel cuya naturaleza espiritual es espontánea, en un mundo en el que los egos nos impulsan a sostener la acción con fundamento en los intereses?

No solo el ego tiene intereses, también el alma tiene intereses. Más bien diríamos que el alma tiene objetivos precisos, mientras que el ego no sabe lo que quiere, hoy quiere esto y mañana aquello. Nuestra naturaleza esencial, el alma, comprende que nuestro camino no se define por la suma o la resta de nuestras ganancias y nuestras pérdidas. Nuestra alma observa todo esto como parte de un camino netamente formativo y de desarrollo, para el sostén de su realización, incluso cuando expone abiertamente sus tesoros. Quien no expone no participa nunca en la acción, y el nuestro es un plano en

el que las trasformaciones son precisamente fruto de la acción. No por la circunstancia de que podemos quedar inmersos en la marea de los egos, por debemos renunciar a a la acción. Tenemos que actuar eso sí, con sabiduría, esto es parte de lo que hemos venido a aprender. Si diferenciamos entre mucho y poco, entre si exponemos esto o aquello, podemos paralizar la espontaneidad de nuestra alma. Debemos aprender a vivir asumiendo las pérdidas y las ganancias con naturalidad, esta es nuestra naturaleza original. La naturalidad del alma es lúcida; si observamos con atención, las pérdidas las produce la artificialidad del ego, que es mal negociante. El ego es un enfermo que pretende demostrar que es capaz de todo, y no se da cuenta que vive en una silla de ruedas. Es un fantasma que necesita hacerse notar, esta es la causa de que sus pérdidas estén aseguradas. En todo debemos tener un espíritu deportivo, sin aferrarnos a nuestros fracasos, victorias, pérdidas o ganancias. Lo importante es que cada día estemos atentos, con deseos de realizar un gran partido. El alma por sí sola hace elecciones, sin palabras. Debemos aprender a escucharla. Nuestra naturaleza esencial sabe cuál es su camino, no tengamos duda sobre ello. Una sola duda de la sabiduría que está depositada en nuestro espíritu esencial, causará que el enfermo imaginario, el ego, termine contaminando la totalidad del universo. Debemos actuar prevenidamente sobre esto, y exponer lo que sea necesario, con sabiduría natural, para que nuestros dominios sean los del espíritu.

Muchas personas han actuado así y el resultado es que se han visto envueltas en las mareas de los egos, sufriendo grandes pérdidas en su autoestima. ¿Qué podemos hacer frente a estas situaciones?.

A veces las almas pecan de ingenuas, porque actúan de buena fe y proyectan sentimientos nobles sobre los demás, trasvasan sus contenidos de amor, esperando una adecuada resonancia, pero esto es como si una joven hermosa se mirara en un espejo y lo que recibiera como reflejo es la visión de un monstruo. La pérdida de seguridad y autoestima estarían aseguradas, aunque la joven siga siendo hermosa en la realidad. Hay personas que actúan con crueldad. Los egos son destructivos, no se satisfacen con intentar destruir el alma que internamente los sufre, necesitan condicionar también a otros seres. Son

manipuladores, y en efecto, su forma de actuar sobre los demás es reduciéndoles su valor intrínseco, causando con ello el deterioro de la autoestima. Si observamos con detenimiento, la persona que actúa así, es porque carece también de autoestima, aunque como sabemos, los egos endurecidos ocultan esta falta de autoestima mediante la vanidad. Nadie puede transmitir falta de autoestima si no la posee previamente. En estas circunstancias nos vemos obligados a separarnos de estas personas, aunque sean nuestros padres o nuestras madres. Será el momento de hacer nuestro camino, olvidarnos de los espejos, y esforzarnos en encontrar nuestra naturaleza interior. Quien sufre estos padecimientos tarde o temprano encuentra la forma de liberarse, si sus sentimientos son sinceros. Una vez el alma comprende el significado de la lección, no tarda en observar los mil caminos de luz que están a su alcance.

¿Qué ayudas prácticas son convenientes para reforzar la autoestima?

Nada nos ayuda si no tenemos primero la convicción de que las dolorosas experiencias que hemos atravesado son parte de nuestra educación. Observar primero el sentido de las lecciones y trasladarlas a nuestros huesos, es el primer y significativo paso que nos indica que hemos superado una etapa de aprendizaje. Recordemos que las personas que sufren pérdidas en su autoestima, es porque otras personas les han trasvasado su propia falta de autoestima, un condicionamiento que no es posible lograr si no se transmite a la víctima la idea de que ella misma actúe condicionada por el ego, en este caso creando configuraciones parecidas a las del agente contaminador. Nunca serán iguales, ya que el que transfiere estos contenidos desea subordinar a la víctima. De allí que la víctima nunca esté a su altura, debe esforzarse por complacer a su amo, quien siempre encuentra algún defecto en la actuación de la víctima, ratificando con ello su superioridad. Esa pérdida de autoestima no es fruto de los hechos de la vida, nuestra alma posee la suficiente sabiduría para comprender las pérdidas y las ganancias con absoluta naturalidad. Es la valoración que hacen terceros sobre nuestras actitudes, las que producen la pérdida de autoestima, las críticas, la observación expresa, sugerida o reiterada, de que poseemos alguna carencia. Si ponemos atención, es cierto que esto se produce con amistadas, pero también con seres excepcionalmente queridos en nuestras familias, al punto que hay quienes sostienen que nuestras familias pueden ser el seno escogido por nuestra alma, para aprender difíciles lecciones. Liberarse de la familia es difícil, porque los condicionamientos sociales y religiosos son convalidatorios en muchos aspectos de determinados valores y jerarquías de dominación entre las personas. A veces este es el reto que se impone el alma para poder adquirir claras y específicas lecciones. La seguridad de que hemos atravesado un conjunto de lecciones es la que nos permite encontrar los medios racionales y seguros, para recuperar nuestra autoestima, que es un estado natural del alma, al punto que el ego trata de sustituirlo a través de la vanidad. Autoestima y vanidad son conceptos diferentes, ya que la vanidad es la fiesta de cumpleaños que el ego precisa cada día. La autoestima es un sentimiento profundo, que nos establece vibratoriamente el hermoso significado de la vida, que nos hace sentir la realidad de nuestro ser y del universo en pleno, como fruto y parte de una expresión exacta con obvios matices de bondad, belleza y plenitud. Asimiladas las lecciones, tenemos que encontrar nuestro Camino, y la vida nos ofrece un conjunto de oportunidades para que no volvamos a repetir las mismas lecciones, numerosas obras que con claridad meridiana constituyen fuente de inspiración para sostener nuestros sentimientos de autoestima y para ayudarnos a no trasvasar nuestros sentimientos de dolor en las demás personas. Algunas personas que han visto sus vidas afectadas por la falta de autoestima reaccionan rechazando e incluso odiando a las personas que actuaron cruelmente con ellas, a veces hay que atravesar esta etapa de un modo inevitable, y permitir que estos sentimientos del alma salgan a la luz. La joven hermosa que

se ve reflejada como un monstruo en el espejo, puede terminar odiando a los monstruos y a los espejos, esto es natural. Son heridas que tardan en cerrarse muchos años, y cuando todo queda atrás, la perspectiva hace ver las cosas de un modo diferente. Ya no recordamos lo que sufrimos cuando teníamos que aprendernos de memoria las tablas de multiplicar, solo sabemos que podemos efectuar las operaciones. El olvido es un gran don del alma, pero esta necesita tiempo para configurar las condiciones que hacen

posible la paz profunda que el olvido nos proporciona. Si observamos atentamente, lo que el alma no olvida es su facultad operativa, esta es su gran sabiduría.

¿Qué significa la vacuidad?

Observa todo cuanto te rodea y encontrarás seres sensibles, los árboles y las praderas, los océanos y la tierra que pisas, el sol, la luna y las estrellas; comprenderás que la materia que los integra posee varios estados, desde el más denso al más sutil, constituídos por sólidos, líquidos y gases, pero todos tienen una entidad corpórea, esa entidad también la poseen los microorganismos, las células y los átomos. Son fenómenos materiales, que es una manifestación de la energía más densa que estructura y da forma a nuestro mundo y a todos los universos que podamos concebir. Estos fenómenos materiales son visibles gracias a la densidad de la energía que los sostiene, pero observa que entre ellos hay espacio, mucho espacio. Este espacio es lo que físicamente denominamos vacuidad. En ese espacio hay elementos volátiles, que no podemos ver pero que poseen su propia naturaleza derivada de formas menos densas de la energía que sostiene al universo. Si comprendes con naturalidad que en el sistema de nuestro mundo nada se desperdicia, todo forma parte de una cadena energética que se retroalimenta, observarás con asombro que pareciera que se ha desperdiciado toda la energía que está afuera de lo que nosotros llamamos nuestro planeta, pero no es así, gracias a que toda la constitución del universo es un sistema integral que hace posible el sostén de la vida, en las diversos significados que podemos dar a la palabra vida. Digamos mejor aún, que todo el universo pareciera un desperdicio si solo pensáramos que sostiene al hombre y a las otras criaturas con las que compartimos la existencia, como los animales, los peces o los árboles, o las formas distantes de vida, en otros mundos. Pensaríamos así razonablemente que todo el espacio exitente entre mundo y mundo, entre galaxia y galaxia, está desperdiciado; sin embargo, la naturaleza nos evidencia que nada se desperdicia en su estructurado sistema, de allí que el espacio constituya un sistema, y todos los sistemas son tales porque poseen funciones internas y de comunicación con el entorno. El espacio que observas carente de forma, es el cuerpo físico de la vacuidad, el lugar donde tienen lugar las manifestaciones de los diversos planos, aquí mismo donde nos encontramos, por ejemplo. En este espacio existe un entorno de vacuidad, en el que tienen asiento fenómenos no físicos, como los de intercambio de nuestra enegía síquica a través de nuestras comunicaciones, las vibraciones de nuestras voces: entre nosotros tiene lugar tu pregunta y mi respuesta, todo lo cual trasciende en sus contenidos al universo físico. Nada sobra ni nada falta en el universo, porque en el espacio es que tienen su asiento de realización todas las funciones de los planos que tradicionalmente llamamos astrales o no visibles. Nada muere en el universo, cambia de estado, pasa de un plano a otro, todo es incesante transformación, porque el estado muerte no existe, la muerte es un objeto mental configurado por nuestro miedo a no ser. Nuestra realidad es que somos todo, la corporeidad de la forma física nos da una apariencia de aislamiento, y el objeto mental que denominamos muerte nos llena de ansiedad, provocando que esa apariencia de aislamiento de nuestra corporeidad, se radicalice cuando nuestro ser físico cambie de su estado actual, y no sea ya en lo que llamamos nuestro mundo de la realidad física. Sin embargo, no vivimos del todo exclusivamente en nuestro cuerpo físico, porque nuestras vibraciones penetran contínuamente en el espacio, nos manifestamos a través de la vacuidad de una forma ordinaria, cuando llamamos por teléfono, cuando pensamos o simplemente cuando dejamos volar nuestra imaginación al examinar nuestras esperanzas, espectativas o proyectos; en estos casos solemos decir que nuestra mente vuela, también lo decimos cuando dormimos, pero ¿a dónde vuela?. De un sitio a otro a través del espacio, en los tejidos invisibles de la vacuidad. Si observas que ni siquiera se desperdicia la energía de los cadáveres, comprenderás que el universo no despilafarra ni los mundos remotos, ni el espacio existente entre las constelaciones, todo está poblado de vida, con independencia de que nuestro objeto mental denominado vida, sea ampio o estrecho, según nuestras circunstancias particulares. Y si observamos con detenimiento, la estructura de todo lo que llamamos materia es vacuidad. Vacuidad es tu mente, tu mente es vacuidad, tus emociones y todo cuanto puedas transmitir con tu mirada. Lo que llamamos realidad es también vacuidad, solo debemos prestar atención a los detalles.

¿Qué es la concentración?

Es la interpenetración con los seres y los objetos, físicos, mentales o espirituales. Es atenta observación. Si allí donde posas tu mirada, eres capaz de fijar tu mente y tus emociones, eso es concentración. La concentración es una fuerza integral, que resume en un instante todo tu ser físico, emocional y mental, en un ser u objeto puntual, en un detalle concreto, específico de la realidad, interpenetrándolo, haciéndolo tuyo, internalizándolo, fundiéndote con el objeto, estableciendo su esencia y precisándola en su quietud o en sus sucesivas transformaciones, momento a momento. A través de la concentración nos establecemos en la impermanencia, penetramos en su corriente y a través de la forma llegamos a su esencia imperceptible, sin palabras, sin pensamientos. Si observamos que pocas personas ponen atención a los seres o a los objetos, comprenderíamos hasta qué punto estamos faltos de comprensión, y esto es válido no solo para las verdades más profundas, sino también frente a los hechos y circunstancias más simples. Ni siquiera podemos decir que se vive superficialmente: simplemente la

falta de concentración en los seres, los objetos y los fenómenos, termina trivializando la realidad. Lo que importa es el ego, establecemos nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestra mente, en el orgullo, en la invitación que no recibimos, en el ascenso que no obtuvimos, en lo que perdimos o no pudimos tener, nuestro ego no mira la ropa, mira la marca; la falta de concentración es pasmosa, no nos permite observar con detenimiento que lo importante es la función, todo esto lo permite comprender la atenta observación de la realidad. La falta de concentración nos hace discriminar, separar. La concentración al ser interpenetración intensa, de corazón a corazón, nos permite observar con atención toda proximidad y los vínculos que dotan de unicidad a todas las manifestaciones de la realidad, visible e invisible. Nuestra concentración es concreta y abstracta al mismo tiempo, activa y receptiva, es una unidad de percepción.

¿Qué importancia tienen los símbolos para la vida espiritual?

Los símbolos son la frontera entre lo concreto y lo abstracto, entre lo físico y lo inmaterial. Son representaciones gráficas de objetos mentales, muy intensos si tomamos en cuenta que numerosos sabios meditaron sobre ellos. En una cueva del paleolítico, nuestros antepasados grabaron en la piedra de la entrada una mano, algunos opinan que esta imagen es una prohibición de entrar, y que su función era similar a la que hoy producen los símbolos que observamos en las carreteras, un símbolo de alto, no pasar. Los símbolos por tanto expresan además de una abstracción conceptual expresada en imágenes, una función, esta es la que despierta en nuestro interior una determinada actitud, según la naturaleza del símbolo. Son parte de nuestra memoria colectiva, de nuestro inconsciente más profundo, muchos de ellos nos producen reacciones muy profundas en nuestra esfera subjetiva, que a veces no podemos objetivar con las palabras, algunos de ellos concentran las emanaciones de nuestros sabios, que meditaron sobre ellos durante cientos y miles de años, y en general de nuestros antepasados que depositaron en determinados símbolos sus emociones, todo lo cual incrementa el poder de los símbolos, en ellos están las huellas de numerosas almas. La vida espiritual no requiere de objetos mentales, pero nuestros espíritus a veces necesitan una especial concentración, incluso recordatorios, para establecernos y avanzar en el Camino. También necesitamos a veces las imágenes de fuerzas superiores que compensen nuestras debilidades, contar con el apoyo del otro poder, que estimamos se encuentra afuera de nuestra esfera síquica. Los símbolos son objetos mentales que cumplen estas funciones. En la vida espiritual los símbolos han cumplido el papel de representaciones gráficas de diversas enseñanzas, son matices de los poderes de la Totalidad. Su importancia es pues la que nosotros les atribuyamos para nuestro concreto desarrollo espiritual; de hecho hay sabios que prefirieron descartar la utilización de los símbolos, para no entorpecer su diáfana percepción del vacío.

Si todo es vida, ¿qué función tiene la muerte?

La muerte es un concepto, que define la cesación de los signos físicos con los que caracterizamos el concepto vida, como el movimiento, los latidos cardíacos y la actividad cerebral. La muerte es un concepto y como tal, es un objeto mental. Su utilización es precisa cuando nos referimos con el mismo a las

transformaciones que ocurren en nuestro plano físico, nadie en su sano juicio podría afirmar que un cadáver está vivo. La función del concepto muerte es por lo tanto práctica, caracteriza a una realidad del plano físico; en nuestro mundo, la vida y la muerte requieren de una determinación objetiva, porque de ellas nacen consecuencias en la esfera normativa, social e individual. Los bienes de una persona pasan a otras manos en las sucesiones, para esto debemos determinar que su propietario original ha muerto. La certificación de la muerte del cónyuge implica un estado de viudedad para su esposo o esposa, su derecho a cobrar seguros, pensiones, o a recibir bienes hereditarios, también a su facultad de contraer legítimamente matrimonio con otra persona. Esta es la función del concepto de muerte en nuestro plano. No tiene otra, es un concepto de valoración normativa. Si observamos con detenimiento, la primera reacción que tenemos cuando asimilamos la pérdida de un ser querido, pasados los primeros momentos de gran dolor, es el sentimiento de que no está, de que su persona falta del plano físico. Sentimos que debiera estar, y que es un absurdo que antes estuvo, y ahora no. Es una sensación que numerosas personas identifican al decir que sienten el gran vacío que dejó el ser trascendido. Los tópicos, como enseñaron los griegos, son el fundamento de muchas verdades. Dejamos una realidad física, una corporeidad, y el sitio que ocupábamos en la realidad, se ha transformado en espacio. Este espacio transmite emociones. Entre las personas queridas que se separan por viajes largos, pasa un fenómeno similar: se recuerda al ausente en sus movimientos, en el espacio que ocupaba, a través de sus objetos personales. En el vacío hay intensa vibración. De allí que las separaciones de viajes largos refuercen los lazos de amor, porque el espacio permite apreciar al ser amado a través de nuestra sensibilidad, más allá de las limitaciones mentales y de nuestro ego. De este modo, lo que llamamos muerte tiene profundas funciones en la esfera síquica, tanto para el que abandona la realidad física como para el que se queda. Es un proceso que nos permite derivar con claridad el significado de las experiencias vitales. Si observamos con detenimiento, nuestra evolución social y cultural, nos ha permitido establecer una red de escolaridad básica y avanzada en todo nuestro mundo, nuestros presupuestos estatales comienzan a ser elevados para este fin. Nuestro sistema social reproduce con esto el sistema del espíritu, estableciendo etapas o grados de conocimiento, pruebas, exámenes, elaboración de resúmenes, métodos de aprendizaje, profesores y alumnos, fracasos, éxitos, diplomas o

certificados que acreditan el buen cumplimiento de los deberes, la culminación de un ciclo de estudios. Dejamos un espacio vacío en el aula cuando abandonamos la escuela, el instituto o la facultad, y normalmente si nuestra estancia allí fue provechosa, recordamos con alegría incluso las dificultades que tuvimos que superar con los profesores; evocamos el compañerismo, aprendemos a reirnos de nosotros mismos cuando nos recuerdan algún episodio jocoso en el que participamos. Esta es la vida en los diversos planos, solamente es necesario establecer las analogías precisas con los respectivos entornos. La función síquica de lo que normativamente llamamos muerte no podemos apartarla de esta función de conjunto que los fenómenos de todos los planos poseen para la educación de nuestras almas. De allí la importancia de nuestra disciplina, amor al trabajo, concentración, necesidad de buen comportamiento. Todo esto es preciso de observar en cualquier escuela, por elemental que sea la educación que allí se imparta. No vamos a la escuela para celebrar carnavales todos los días, aunque encontremos los días precisos para divertirnos con nuestros compañeros. Somos conscientes de que algún día debemos abandonar las aulas. Sin duda, la amargura de algunos es no poder celebrar carnavales todo el año: el tránsito de lo que llamamos muerte a las realidades de los otros planos, es también una poderosa enseñanza para ellos.

¿Existe la verdad?

La verdad es un concepto que debemos validar momento a momento, de una forma consensuada entre todos: la verdad carece de esencia, su especificidad depende del objeto sobre el que debatimos o que es motivo de nuestra observación y análisis. La verdad sigue la suerte de la impermanencia, es por tanto un objeto mental que se va transformando, ya sea debido a que podamos acceder a más conocimientos, porque los desarrollos más avanzados de nuestros instrumentos para conocer la realidad física nos proporcionen nuevas perspectivas, o porque incrementemos nuestra sabiduría mediante los adecuados

instrumentos del pensamiento, el uso de la hermenéutica o reglas de interpretación de los pensamientos. La verdad no depende necesariamente de disponer de un conjunto de conocimientos enciclopédicos relativo al objeto de nuestra observación; las herramientas, métodos y reglas de interpretación de los fenómenos, nos ayudan a conocer los fenómenos de un modo eficaz. Si en una esquina de la casa vemos la cola de nuestro perro, ya sabemos que nuestra mascota está allí, no tenemos que ver la totalidad del perro. Pero no siempre es así de fácil, como lo evidencian las incertidumbres de las llamadas ciencias exactas o la dificultad de establecer de un modo inequívoco las experiencias espirituales. Pero también las incertidumbres podemos reducirlas mediante el diálogo y el consenso: lo más importante en esto es la sinceridad de los planteamientos. Podemos ser sinceros y equivocarnos, pero el diálogo sincero nos permite contrastar y reducir los márgenes de incertidumbre. Felizmente nuestro mundo se está abriendo a la posibilidad de que todos podamos contrastar tanto los conocimientos de las ciencias, como nuestras experiencias y percepciones espirituales. No siempre fue así, todo esto es un hecho reciente que derivamos a causa de los modernos dispositivos legales garantes de la libertad, que son desde la perspectiva de la historia de la humanidad, derechos muy recientes. Todavía hay quienes los ponen en duda, como es fácil apreciar. La libertad nos proporciona el derecho de igualdad, son derechos estrechamente vinculados, interdependientes, ya que no sería concebible la libertad con la subordinación de un hombre por otro, esto haría retroceder nuestra esfera normativa hacia la esclavitud. La libertad y la igualdad, son los requisitos previos para establecer un diálogo: el respeto a la libertad de las ideas y la garantía de que nuestro diálogo se produce entre iguales, es lo que permite la posibilidad de que el pensamiento y las ideas de todos cuenten, para esa síntesis que llamamos consenso. Ciertamente podríamos admitir que sin consenso se puede establecer un criterio de verdad provisional, técnicamente admisible desde una perspectiva de la lógica o la hermenéutica, pero su imposición carecería de eticidad. También ocurre que el consenso nos haga a todos partícipes de una verdad provisional carente de asidero, pero al menos nuestro error no ha puesto en duda de partida los valores de la libertad, la igualdad y el diálogo, es un error digno aunque error al fin. La evidencia permitirá transformar esa verdad carente de asidero, en una verdad fundada, con más facilidad si nuestro error se ha generado a través del díalogo y el consenso. Las verdades provisionales que se han establecido por imposición, han dejado a la humanidad emparedada por varios siglos, a veces milenios. La verdad es así un concepto presente, propio de la impermanencia, que integramos en cada momento, y su función es darnos los parámetros de supervivencia y dignidad.

¿Existe el mal?

Llamamos mal a todo cuanto lesiona nuestra integridad física, mental y emocional. El mal es un concepto con el que debemos ser cuidadosos, porque se refiere a un opuesto, el bien. El bien y el mal son objetos mentales, cuya precisión debemos establecer también en el plano de la impermanencia, sus modificaciones son sucesivas. En una época determinada considerábamos ciertas enfermedades malignas, porque eran capaces de llevarnos de un modo irreversible a la tumba. Hoy, gracias a los avances de la ciencia médica, podemos considerarlas benignas, incluso idóneas para reforzar las defensas de nuestro organismo, porque apenas con unas dosis de pastillas las superamos en pocos días. Nuestro concepto del mal se transforma, como nuestro concepto del bien, ambos carecen de esencia, sus transformaciones se producen sucesivamente, siguiendo el rumbo de nuestros cambios. En principio, debemos comprender que no podemos dividir la realidad entre el bien y el mal. Hollywood lo ha intentado, poniendo en papeles de criminales a las personas físicamente poco agraciadas. La realidad nos enseña que las conductas antijurídicas, los crímenes atroces, y todo lo que podamos llamar mal en términos éticos, no tienen nada que ver con la armonía o con la desarmonía de las facciones; la

cinematografía nos pone ejemplos también de seres muy bellos con egos tan retorcidos, que todo lo que hacen en la pantalla es destruír los valores más respetables, actúan como elefantes entrando en una cristalería. No hay, así, una esencia del mal en nuestra naturaleza, ni tampoco en la naturaleza de la realidad visible e invisible. Tampoco hay una esencia del bien. El bien es una elección, una elección que recae sobre un objeto mental, como el mal, y en tal sentido pertenece a la esfera de la ética de las

conductas y por supuesto, en consecuencia también al ámbito de la reprochabilidad. Debemos tomar en cuenta que nuestro mundo se encamina a juzgar los actos, no la vida. De allí la necesidad de desterrar la pena de muerte. No podemos juzgar la eticidad de una vida en su conjunto, podemos establecer la eticidad o la desvaloración de un acto, y atribuirle específicas responsabilidades y consecuencias legales a su autor. Hollywood nos enseña también los papeles cinematográficos tan bien logrados de los grandes capos de la mafia capaces de ordenar una balacera en un hotel, y regresar media hora después a su casa para cumplir con sus deberes de buenos padres de familia y jugar un rato con sus nietos. Nuestra Tradición identifica el mal con la ignorancia. La disciplina de la mente y la educación de nuestras emociones, nos permiten transformar la ignorancia en sabiduría, este es el proceso inevitable para desterrar el mal, transformando las energías que soportan el objeto mental que llamamos mal, en asidero eficaz de la virtud; no es una tarea fácil, para ello tenemos que modificar paulatinamente nuestras ideas, nuestros hábitos, conductas y emociones. Cada instante cuenta en esta tarea, y la naturaleza interrelacionada de todos los seres nos impone el deber de contribuir a que tengan acceso a este perfeccionamiento, a través de la educación y del ejercicio de la libertad. No podemos decir que nuestro mundo está fundado sobre irreversibles valores éticos, mientras los niños de Colombia o Thailandia tienen que prostituirse para subsistir. Es cierto que no podemos convencer a todas las personas de que la consolidación de la esfera ética solo es posible mediante la educación y la libertad, pero es suficiente con evidenciarlo a través de nuestra conducta. Dejando atrás nuestros comportamientos contrarios a la ética, no convalidando ni siquiera tácitamente las desviaciones éticas de los demás: nuestra actitud debe ser expresa y basada en hechos, en todo momento. Hay hombres trabajadores que se esfuerzan para que sus hijas no tengan nunca que ganarse su sustento en un prostíbulo, pero después de unas copas inexplicablemente terminan con sus huesos en un prostíbulo. El prostíbulo no es el mal, nuestra ignorancia para resolver este defecto sistémico es lo que produce que existan estas realidades, y que puedan ser convalidadas por las personas, tácitamente o con sus actos. Debemos pues estar atentos, para que aun observando la impermanencia del bien y del mal, nuestra alma escoja el bien, y lo mantenga como sostén de nuestro Camino. Es una elección difícil, porque nos obliga a superarnos. Pero nada es fácil ni difícil, lo que necesitamos es esforzarnos para conquistar lo que llamamos los tesoros de la existencia.

¿Y si no creyéramos nada?

El problema no es creer o no creer: la cuestión son las verdades tan contundentes, las experiencias que la vida nos proporciona en cada momento. En todo caso, a veces es mejor no creer, que creer sin libertad. Apostemos primero por la libertad, y a partir de allí por todo lo que vayamos observando como cierto, por la vida, sea terrena o ultraterrena, por la felicidad o por la sabiduría; podemos apostar también por todo, y a partir de allí comenzar a descartar, como un juego. Muchas personas aprenden con alegría, no hacen de la enseñanza una tragedia, debemos seguir esos ejemplos. Los niños se divierten cuando juegan, no son conscientes de todo el esfuerzo que hacen en sus interacciones con sus amigos, moviendo los juguetes de un lado a otro, persiguiendo varias horas una bola, o simplemente conversando con sus muñecas. Todo es un aprendizaje, creamos o no creamos en una determinada cuestión. La pregunta tendría que ser más precisa, por ejemplo, si creyéramos o no en Dios, si creyéramos o no que Dios tiene un plan para nosotros. Si no creyéramos en Dios nada cambiaría, al menos en el mundo físico, las funciones de la naturaleza seguirían su curso, sin que nos viéramos necesitados de invocar a Dios para que el sol salga por la mañana: si no saliera sería la misma realidad para los que creen que para los que no creen. Si creemos, nuestra realidad síquica cambia, pues nos sentiríamos acompañados por el poder que hizo el universo, y posiblemente, si nuestra atención es precisa, podríamos llegar a comprender si no la totalidad de su plan, al menos los detalles más notorios. Para todo esto necesitamos previamente disfrutar de nuestra libertad, que nuestra vida no se vea condicionada ni por los que creen, ni por los que no creeen. Debemos encontrar nuestro Camino. Hay personas que eligen un método para no sufrir, y es no esperar nada de los demás, todo lo que venga a continuación será sumar. Así pasa también con el conocimiento, no esperemos que la realidad nos evidencie las verdades a cada instante; partamos de cero, o de poco, trabajemos en el

conocimiento de nuestros puntos de interés, y a partir de allí las cosas se nos pueden comenzar a evidenciar, es una suma quizás más segura.

¿Cualquier persona se puede comunicar con los seres de los otros planos?

Si entendemos que la comunicación entre los planos es intensa, y que los seres humanos viven en permanente interacción con el vacío, podríamos decir que de hecho, toda persona vive en permanente comunicación con los seres de los diversos planos, ya sea a través de su vigilia o cuando duermen, principalmente cuando relajan sus funciones mentales y su emocionalidad se despierta. Si entendemos que la transcomunicación requiere de ver imágenes, sentarnos en una mesa cogidos de la mano para invocar a seres que no habitan en nuestro plano, tener visiones de los otros mundos y sus habitantes, lo que estamos es demasiado condicionados a determinados medios inclusive a las películas de Hollywood. Nada de esto es preciso, es suficiente apaciguar la mente y dejar que nuestras emociones hagan lo

demás. Algunas personas se sorprenden que han tenido un sueño coincidente con el de otra persona en el mismo plano, o que en el mismo instante comparten una misma información mental, un sentimiento o un deseo, sin que el curso de la acción pudiera dar lugar a una coincidencia de este tipo. Nosotros decimos que hay personas que son capaces de canalizar la emocionalidad de los seres de los otros planos. Los Yoruba por ejemplo, llaman caballo a quien se deja montar por un espíritu, con esto se refieren a la persona que receptivamente deja que su cuerpo sea ocupado por un ser astral. Este tipo de canalizaciones es usualmente llamada posesión. No es el único ni el más importante tipo de comunicación. Se ha hecho simplemente el más conocido debido a su espectacularidad. Pero hay otros quizás más importantes; los seres de los otros planos pueden motivar a que te acerques a un libro, abras una página y leas lo que te quieren transmitir. La casualidad juega un gran papel en el lenguaje de los seres intangibles, la provocan en el curso de los acontecimientos humanos, a veces de modo repetitivo. Las personas del plano terrenal viven muy ocupadas, podríamos decir que aturdidas, y prestan poca atención a los detalles, de allí que mantener una concentración óptima es necesaria para percibir este tipo de comunicaciones. Sin embargo, estimamos que las formas más importantes de transcomunicación son la inspiración y la incorporación. La inspiración todos sabemos lo que conceptualmente significa, si leemos a los griegos observaremos que en su tradición observaban que las Musas inspiraban a los artistas, y que los genios inspiraban a los filósofos, Musas y genios son desde luego seres intangibles, habitantes de los otros planos, y nadie sería capaz de decir que Platón o Esquilo, por ejemplo, eran dementes. Pero hoy nos imaginamos que cuando ellos invocaban a las Musas o se referían a los genios, lo hacían en forma metafórica, sin advertir que estas obras, que forman parte de la más elevada expresión del pensamiento humano, han sido irrepetibles: toda nuestra filosofía racional, nuestra ética, nuestra aspiración a la democracia, nuestro arte, incluso nuestro lenguaje, son la consecuencia de lo que los antiguos llamaron la directa inspiración de los genios y de las Musas. Otro poderoso medio de transcomunicación es lo que llamamos la incorporación. Es la transmisión de corazón a corazón, integrándonos a través de los firmes lazos del amor, en una misma entidad, exactamente como los seres amados hacen entre sí, en el plano terrenal, y que provoca expresiones tópicas como aquella según la cual, nos tenemos en el corazón, nos sentimos en nuestra alma. En los seres del plano terrenal este tipo de comunicación se intensifica por la distancia, cuando los seres amados están lejos, porque existe la necesidad de romper las barreras físicas limitativas para poder sentir a nuestros seres amados, intensificando las proyecciones síquicas. Las madres la tienen con sus hijos, en una forma muy intensificada; sumaríamos por cientos de miles las intuiciones acertadas de madres que han sabido el momento de inminente riesgo o de muerte de un hijo. De allí que mi respuesta es que los seres de los diversos planos se comunicacan incesantemente, otra cosa es que nos interese esforzarnos para establecer el modo de comunicación apropiado. A veces no es sencillo abrir una cerradura, pero no por eso decimos que la puerta está clausurada.

¿Es posible el amor entre personas que viven en planos diferentes?

El intercambio de energías espirituales afines mediante la atracción, es posible encontrarlo en todos los planos y trascender de hecho las limitaciones de los mismos; como decimos, el amor rompe todas las barreras. Pero debemos tener cuidado con las categorías que integran el concepto del amor, que no es similar en cada persona, de allí que las configuraciones que nos hagamos relacionadas con la palabra amor, pueden no coincidir con los imponderables que residen en el alma de la otra persona. La realidad así lo evidencia en nuestro plano, y todos los planos reproducen similares transmisiones emocionales, ya que la forma de expresión del alma son los sentimientos, cuyos matices son plurales y sufren transformaciones momento a momento. Podemos crear condiciones difíciles para nosotros y para los seres de otros planos, las mismas o similares que se producen como resultado del amor entre dos seres de nuestro plano, pues el amor es causa de posesión, apegos, celos, despecho y otros sentimientos de este tipo. Los meditadores que han realizado abstracciones muy profundas y llegado a sentir relaciones sexuales con seres de otros planos, han observado estos inconvenientes, de los que es muy difícil salir; los espíritus suelen tener una gran movilidad y fuerza, para deshacerse incluso de sus rivales emocionales, poniendo en peligro algunas aveces la integridad física de las parejas de los meditadores en este plano. Suele ser un enfoque equivocado de nuestras necesidades en el plano astral, que parte de problemas emocionales no resueltos, a causa del afán de manipulación de las realidades propias de la vanidad del ego. Los seres de los otros planos con los que coincidiríamos para estas prácticas, serían a su vez almas que no han resuelto las cadenas de los apegos y los sufrimientos de pasadas encarnaciones en nuestro plano. Si caracterizamos el amor como fuente de energías sutiles, sí es posible encontrar amor a caudales en el plano astral, esta es de hecho una de las grandes funciones de la transcomunicación, ya que los espíritus de los mundos sutiles están llenos de amor trascendental y de sabiduría de vasto alcance para sostener e inspirar la navegación de nuestra alma. Pero debemos siempre observar que no se reproduzcan en nuestro interior las configuraciones del ego, para evitar las cadenas de los apegos. Incluso los meditadores avanzados reflexionan adecuadamente sobre estas circunstancias, para que sus experiencias y las experiencias de las almas en estos contactos, sean provechosas para todos.

¿No será todo esto fruto de la imaginación desbordada de los meditadores?

Todo es fruto de la imaginación. Unas cosas más que otras, desde luego. Una pareja se casa y se imagina con gran ilusión tener un hijo. El hijo viene a los nueve meses, y no por eso lo llamamos Imaginación, lo llamamos Luis o Pedro. La imaginación es un proceso natural del alma, para concebir la

proyección de sus acciones en nuestro plano; el mismo recurso facilita nuestra navegación en los planos astrales. La imaginación es ideación y visualización; si poseemos un conocimiento previo de la realidad sobre la que recae la imaginación, esto nos facilita las cosas. Todas las grandes ciudades son fruto de la imaginación de sus ingenieros y arquitectos, incluso de los políticos que se imaginaron que haciendo grandes monumentos y avenidas tendrían fama y gloria imperecedera. Las grandes empresas económicas son también fruto de la imaginación, traducida luego a las realidades diarias de los mercados. Podemos decir que una novela es imaginaria, pero en su lectura podemos observar el gran realismo de los personajes y reconocernos en las situaciones descritas por el novelista. Con el adecuado asidero, la imaginación trasciende sus limitaciones abstractas, convirtiéndose en un instrumento idóneo para la concepción y transformación de la realidad. La imaginación puede precisar objetos y seres sensibles, y también objetos y seres no sensibles, proyectar una ecuación matemática, o puntualizar aunque sea borrosamente la imagen de un planeta desconocido, incluso de seres invisibles y sus posibles entornos. La idea de que existían constelaciones más allá de nuestro ámbito de visión nocturna, se confirmó cuando dispusimos de los adecuados instrumentos para observar no solo su imagen física, sino también su composición atómica. Sin duda, hay meditadores cuya imaginación desbordada los hace incurrir en fantasías, también la imaginación desbordada de los empresarios los hace incurrir en fantasías que acaban en sonadas bancarrotas, hay millones de patentes de invención o de proyectos ideados para la construcción, cuya falta de realismo los llevó a convertir sus soportes documentales en alimento cotidiano de las polillas. Las técnicas de meditación son más rigurosas de lo que podemos concebir inicialmente. Las técnicas de meditación más

avanzadas tardan años en ser cabalmente aprendidas, la disciplina y la motivación del meditador deben ser suficiente intensos para que este aprendizaje no se dirija a obtener éxitos inmediatos. El esfuerzo, la disciplina, la educación y la práctica reiterada, permiten ir avanzando paso a paso en la exploración de los planos astrales; la certeza de nuestras impresiones las convalidamos a través de las vivencias de los meditadores más experimentados, que son un auténtico océano de sabiduría. De esta forma es difícil equivocarnos, porque el diálogo es siempre clarificador de la forma en que se manifiestan las realidades emocionales y del espíritu, los procesos, funciones y técnicas que son precisas para conseguir los resultados. El examen de los meditadores avanzados de tradiciones distintas, localizadas en puntos geográficos muy distantes, nos permite observar que las técnicas de meditación son muy parecidas. Lo que varían son las formas de denominar estos procesos, los detalles de la imaginería utilizada: varían en su superficie pero no en los aspectos esenciales relacionados con los procesos síquicos y emocionales envueltos en la práctica. Conocer estas realidades comparadas, algo que es posible en este mundo interrelacionado, nos refuerza la seguridad para realizar una adecuada y correcta navegación.

¿Pero demora muchos años el adquirir esta seguridad?

Demora lo que tenga que demorar, porque cada persona es distinta. Mañana nos podremos matricular juntos en un curso de pintura, y posiblemente nuestros logros no serían similares. Uno tendrá más facilidad para hacer las mezclas adecuadas de los colores, otro tendrá más facilidad con el dibujo. Cuando uno se matricula en una academia, no tiene la garantía de que logre terminar con éxito los estudios. Todo

depende de nuestro intenso deseo, de nuestro realismo para llevarlo a la práctica, y también de nuestra tenacidad. Personas muy poco dotadas para la meditación, fueron al cabo de los años grandes meditadores debido a su esfuerzo disciplinado. También personas poco dotadas para la medicina han resultado grandes médicos. En realidad, ni se está bien dotado ni mal dotado para nada, pues nada es esencial, todo depende de nuestro deseo, de nuestra voluntad para sostener el esfuerzo que permite el logro de las metas que nos proponemos. El dominio de la meditación no está al margen de estas circunstancias que la vida nos evidencia por todas partes. Del mismo modo, el conocimiento es un proceso mediante el cual, su suma es multiplicativa, ya que el dominio de sus fundamentos redimensiona el posterior horizonte de conocimientos. Cuando aprendemos las operaciones básicas de las matemáticas, nuestra mente comienza a descubrir las funciones abstractas de los números, el logro de esta primera comprensión de la naturaleza de los números, que son símbolos, nos permite posteriormente realizar funciones matemáticas más complejas, como las que son propias del álgebra y la teoría de los conjuntos. Todos los sistemas de conocimiento son similares, y el de las técnicas de meditación no son la excepción. Los maestros de meditación alcanzaron estos vastos conocimientos, según informan, ya sea en una vida o en varias, dependiendo siempre del grado de disciplina que pusieron en marcha, pero ilustran de un modo muy gráfico su esfuerzo inicial afirmando que un gran edificio comienza con un puñado de tierra, o que un largo viaje comienza por el primer paso. Lo importante es dar ese paso, y desde luego sostener el ritmo del viaje a través de nuestra motivación. No debemos imponernos metas inmediatas muy complejas; si no estamos entrenados, nuestras piernas no podrían sostener una larga marcha. Nuestras metas iniciales deben ser sencillas; si observamos con detenimiento, aun los matemáticos más geniales comprendieron el funcionamiento de los números partiendo de las operaciones de suma y resta, que podían hacer con sus manos, contando o restando con los dedos. Para aprender a nadar también tenemos que ganar seguridad observando la forma como nuestro cuerpo es capaz de flotar en el agua. No podemos pretender cruzar a nado una piscina y establecer un récord olímpico, sin esta primera observación y luego mediante la utilización de las técnicas y prácticas preliminares, como la adecuada respiración, los movimientos de avance con los brazos y las piernas. La seguridad de la meditación también se va ganando poco a poco, y es un

sentimiento que se percibe directamente, como cuando los pasajeros de un avión aprecian la estabilidad del vuelo.

¿La utilización de sustancias, como las drogas, ayudan a estas prácticas?

En algunas tradiciones, las drogas han tenido una utilización ritual para incrementar la sensibilidad de los meditadores, incluyendo la distorsión de sus percepciones mediante la visión de lo que nosotros llamamos estados alterados de conciencia y alucinaciones, que para ellos constituyen expresiones de un determinado plano de visión de otros universos. Algunos han opinado sobre esto, que son prácticas que han sustituido, a modo de una degradación, la utilización de técnicas meditativas originarias, que no requerían la utilización de drogas, que dependían por tanto, de la capacidad, sensibilidad natural y la vasta experiencia por parte de los meditadores. Sin embargo, una observación detenida de la situación nos evidencia que también este tipo de meditadores tienen un avanzado dominio de técnicas de meditación. No olvidemos que las drogas han sido una experiencia natural para muchas culturas, de modo que nada nos autoriza a decir que la utilización de las drogas en este tipo de meditantes, es parte de un proceso de degradación de sus técnicas originales de meditación. Las experiencias observadas en los meditadores que utilizan estas sustancias, evidencian sin embargo que los planos que recorren son inseguros, ellos mismos textualmente indican, cuando relatan sus vivencias, el cúmulo de riesgos que sus almas han tenido, al encontrarse enemigos o espíritus hostiles, en el curso de algunos de sus viajes. Nosotros diríamos que las circunstancias que describen son propias de la percepción de planos inseguros, en los que es fácil que la nave de la meditación, penetre en los planos de las energías bastas. Numerosas experiencias de este tipo tienen funciones muy precisas en estas culturas, como extraer las energías intensas que debidamente procesadas por el meditador, son canalizadas para realizar curaciones o eliminar a los enemigos, incluso para la observación del porvenir. Estas prácticas rituales son habituales en estas culturas, también para que los meditadores apaciguen las almas de los difuntos, o para liberar a estas almas de los apegos sostenidos en la tierra, encaminándolas a sus nuevas moradas. Todo esto es logrado también mediante las técnicas de meditación que no requieren del uso de drogas, lo que permite una mayor seguridad en el meditador, para que la navegación sea sostenida adecuadamente y con certeza, dentro de los planos de las energías más sutiles donde no tienen asidero las energías bastas cuyos comportamientos pueden ser hostiles a causa de sus intensos estados pasionales. Los sistemas son análogos y una comparación adecuada es conducir bajo los efectos del alcohol. En algunos casos el viaje puede ser seguro, pero sabemos que frente a un evento de riesgo, la distorsión que el alcohol produce en nuestros sentidos es suficiente para no poder prevenir o incluso para provocar directamente un accidente. Del mismo modo, los meditadores de esas tradiciones observan que sus facultades son difíciles de llevar en la vida cotidiana, esto es debido a las crisis emocionales que suele provocar el contacto con los espíritus cuya energía se corresponde a la propia de los estados pasionales, y a los lazos comunicantes o de transmisión de esos estados, que se hacen muy intensos a través de los reiterados contactos espirituales. La meditación emplazada en el plano de las energías sutiles, por el contrario, es para el meditador fuente de gran serenidad tanto en la navegación como en el curso de su vida ordinaria.

¿Podemos ver el futuro en nuestras meditaciones?

Constante vemos el futuro, aun cuando no estemos meditando. Frecuentemente nos anticipamos al hoy; cuando dejamos activado el despertador del reloj, nos vemos vivos mañana, despertándonos para ponernos a trabajar. Es cierto que podemos amanecer muertos y no escuchar el despertador, pero prevemos que podemos amanecer vivos y si no pusiéramos el despertador, dormiríamos unas horas más de las que nos permiten los horarios de trabajo. La previsibilidad es una función síquica que utilizamos en numerosos procesos de la vida, prevemos que si dejamos una vela en un sitio determinado, puede causar un incendio, o que si no ponemos atención a la carretera, podemos quedar envueltos en un accidente. También debemos considerar que el futuro, el presente y el pasado, son conceptos con los que nuestra civilización planea sus tareas y organiza sus datos, de modo que las categorías del tiempo han sido configuradas desde una perspectiva muy funcional. De hecho hay un solo tiempo, que es resumen de todo lo que hayamos o no visto hacia atrás o hacia adelante. Las experiencias en el plano astral nos evidencian la inexistencia del tiempo, al menos como nosotros entendemos sus funciones. Nuestra meditación nos

puede llevar en consecuencia hacia el pasado y hacia el futuro, como podemos navegar de un sitio a otro, sin las limitaciones físicas que imponen las distancias geográficas. De modo que sí, es posible ver el futuro en las meditaciones, pero tengamos claro no es esta la función esencial de la meditación, sino la evolución de nuestra alma. Existen dones sorprendentes en manos de personas que no por ello son más bondadosas o civilizadas. En algunos casos, estos dones son experiencias de las que tienen que derivar duras enseñanzas, superando los inconvenientes que imponen los mismos. No debemos, pues, perseguir las visiones de lo que llamamos el futuro. Y debemos tomar en cuenta también, que aun los meditadores que suelen tener este tipo de visiones, reconocen que la impermanencia puede hacer variar sustancialmente las cosas, debido a los numerosos factores que intervienen en el curso de las acciones y los fenómenos. Es tópica la frase según la cual lo que podemos tener hoy como cierto, puede no serlo mañana; el análisis científico de la predectibilidad nos evidencia el conjunto de elementos o factores de los que depende un resultado para que sea más o menos cierto o probable, lo que es llamado la ley o el cálculo de las probabilidades. Numerosas personas que han tenido sinceras visiones del futuro, han quedado en ridículo cuando la realidad les ha evidenciado otra cosa. La

realidad de la impermanencia nos impide apostar incluso si seríamos o no capaces de encontrarnos a nosotros mismos.

¿Somos capaces de aliviar el dolor?

Todos somos capaces de aliviar el dolor, a través de la transmisión de nuestras emociones, de nuestra energía. Pero no todos somos capaces de desarrollar y sostener esta facultad, que requiere de condiciones muy particulares. Una de ellas es saber transformar nuestras emociones y canalizar adecuadamente nuestra energía, algunas personas nacen con este don, lo hacen instintivamente. Todos somos potencialmente capaces de hacer una poesía, pero en la práctica, escribir un poema transformar nuestras emociones, convertirlas en lenguaje, y canalizar la energía, para estructurar adecuadamente esas emociones mediante las formas y los correctos recursos del lenguaje. Hay personas que pueden hacer poesía sin conocer estos recursos, solo necesitan de motivación, enamorarse, por ejemplo, para que su lenguaje se acomode con naturalidad a una forma poética determinada. Sin embargo, no por eso consideramos a estas personas en la categoría de grandes poetas de la humanidad. Hay personas que pueden aliviar el dolor físico, síquico, e incluso curar; algunos pueden hacerlo espontáneamente, otros necesitan el dominio de técnicas de meditación avanzadas. Algunos poseen la suficiente motivación para asistir a clases regulares en las facultades de medicina, y a veces no se sabe si curan por su voz o por sus manos, o por las pastillas que recetan. Pero no olvidemos que la energía no desaparece, sino que se canaliza y se transforma. Si en este momento recibo tu dolor, debo transformar esa energía para que no se ramifique en mi interior. Esto lo hacemos constantemente. Cuando estamos con una persona apesadumbrada que nos cuenta sus problemas o tristezas, ella puede sentir un gran alivio, nosotros podemos sentir un gran cansancio. Numerosos dones vienen por sí solos a través de la meditación. No debemos rechazarlos, pero no debemos buscarlos. Existen numerosos ejemplos de personas que tienen el don de curar; el estudio de las culturas líticas contemporáneas nos evidencia las sorprendentes curaciones que en algunos casos hacen sus sabios, ya sea con sus manos, su voz y el uso de instrumentos como el tambor, el apoyo de sus divinidades y de espíritus que los acompañan en sus navegaciones por los planos intangibles. Todo esto es real, aunque sus resultados no siempre sean acertados. Tampoco nuestra moderna ciencia médica garantiza que todos los tratamientos tendrán necesariamente un resultado inequívoco de acierto. Sin embargo, debemos aspirar a que las personas que tienen o desarrollan estos dones espirituales, puedan acceder a un conocimiento adecuado de la medicina moderna, cuyos logros son evidentes y cuyos mecanismos de control e idoneidad para la praxis, tienden a garantizar un ejercicio responsable del don de curar. Muchos de los profesionales de la medicina moderna se ven atraídos por el horizonte que para las experiencias curativas se abre a través de la canalización de las energías sutiles, el uso de sustancias naturales, las meditaciones de relajación y otras experiencias del alma. Debemos ambicionar que nuestra cultura avance al punto en que la racionalidad de los criterios de la ciencia no

tenga por qué verse estremecida porque una anciana india boliviana sin educación, evidencie que es mejor partera que un médico graduado en París. Nada nos debe asombrar, nada nos debe limitar en nuestra exploración de la verdad.

¿Cómo es la vida y cuál su sentido, en las diversas realidades?

La vida es similar en todas las realidades existentes en los diversos planos, sutiles y densos; existe el nacimiento y la extinción, lo que llamamos muerte es una transición de un estado a otro y una realidad que hace posible lo que llamamos vida en los diversos planos. Los seres se expanden en su crecimiento y aprendizaje, y cuando las diversas experiencias y enseñanzas son provechosas, los movimientos se producen desde los planos más densos hacia los más sutiles, y paradójicamente desde los más complejos hacia los más sencillos. A veces nos creemos muy evolucionados porque nuestro mundo ha ganado en complejidad, pero no es así. La complejidad de los planos más densos es propia de las características de la energía que nutre a sus seres, de sus emociones, pensamientos y acciones: la falta de reducción de la complejidad, evidencia un estado de ignorancia que debemos superar. La evolución es siempre simplicidad, las funciones de los diversos planos requieren de específicos procesos de simplificación de la complejidad, para que los seres puedan acceder a una mayor calidad de vida. Si observáramos en nuestro plano lo que realmente es necesario para nuestro crecimiento personal, para nuestra expansión y evolución emocional, física y mental, esto nos conduciría inmediatamente a simplificar nuestros hábitos y modos de vida, reduciríamos numerosas expectativas relacionadas con la posesión y otros aspectos, que incrementan nuestra complejidad a límites insospechados. Los seres evolucionan también desde los planos de riesgo hacia los planos más seguros, esto es consecuencia también de la reducción de la complejidad. Si observamos con atención, nuestro mundo es de riesgo, podemos morir fácilmente por un accidente o por una enfermedad, existen numerosos planos en los que la esfera de riesgo se ha reducido, permitiendo una existencia más cómoda; en otros planos, en cambio, las situaciones son más difíciles. Los seres se pueden mover siguiendo las rutas que enlazan a los diversos planos; sobre esto, hay zonas más seguras que otras, canales de energía en los que es posible transitar. Las personas se sorprenderían de que numerosos espíritus en estos viajes se asustan cuando ven a un ser humano, para algunos de ellos nosotros somos los fantasmas. El turismo no es una invención humana, todos los planos son sistemas análogos, son las formas las que cambian, con esto las funciones y por supuesto la complejidad, la seguridad y la fiabilidad. Existen planos de deleite y disfrute, existen planos de sufrimiento, planos de deidades autosatisfechas y otros en los que los seres deben realizar grandes sacrificios y penosos esfuerzos para sobrevivir y para obtener sus energías. La totalidad de los planos son impermanentes, y caracterizados por la dualidad, aunque esta debemos entenderla de

un modo diferente según las condiciones y características particulares de cada plano, según los matices y logros que los seres de esos planos hayan podido efectuar en la tarea de reducción de la complejidad. No olvidemos que la mayor o menor complejidad de los seres está relacionada con las funciones que deben acometer para satisfacer sus necesidades de pervivencia. Por decirlo de algún modo, en el plano de las deidades los mangos están al alcance de la mano, en nuestro plano tenemos que obtener primero la tierra, luego sembrar y esperar días de sol y lluvias benéficas, arrancarlos del árbol para poder comerlo, o trabajar en otras funciones para pagar su precio en el mercado. Todos los diversos planos son de aprendizaje, incluso el de las deidades, y aunque los conceptos del tiempo son diferentes, la impermanencia afecta a todos los seres por igual. El conjunto de todas las experiencias y conocimientos es la evolución, y la meta ulterior de todos los seres es su fusión con la Fuente. Es el camino de todos los caminos. Sin embargo, sorpresivamente numerosos seres que han alcanzado esta meta, formulan votos de encarnar nuevamente, tal es su piedad por los seres afligidos. Son así Guías, orientadores del bien en los diversos planos. Existen avanzados Guías que han decidido encarnar en los planos de las energías más bastas, todo esto permite que ningún plano se quede sin que los numerosos seres que los habitan, carezcan de la correcta orientación hacia el bien, es pues posible la evolución en todos los planos. No pensemos que estos seres son pocos, los Invencibles son numerosos. Muchos de ellos, sin embargo, no se hacen sentir. Pueden ser

sencillas madres de familia, no olvidemos que la evolución es simplicidad. Nuestro camino a través de los diversos planos tiene su origen en el deseo de sentir la individualidad del gozo. Algunos han pensado que esto es un error, que es lamentable que las almas se desprendan de la unicidad para sentir placer, pero no es ni lamentable ni no lamentable, es una expresión de la realidad que es posible gracias a la libertad. Esta sed del placer nos desliga de la Fuente, como nuestros hijos se separan de nosotros para encontrar el gozo con su pareja, el camino posterior es el retorno. Todos los planos son posibles por esta primera expansión, y los hemos ido configurado a través de millones de años con nuestras emociones y nuestra mente, planos de dicha y de sufrimiento, de paz o de interminables guerras, planos de soledad y de compañía. Han sido configurados por nosotros y han diseñado luego nuestras propias configuraciones; nuestra alma condicionando el entorno y este a nuestra alma, de vida en vida, aspirando una dicha individual que siempre hallamos pero que siempre se escapa de nuestras manos, porque todo lo que hemos podido crear en nuestra individualidad es impermanente, como nuestras ideas y emociones cambiantes, de allí que aspiremos al final a despertar de nuestro largo sueño, para convertirnos en sabios al reconocer que la dicha eterna solo es posible en Dios, Realidad a la que aspiramos a retornar cuando las lecciones aprendidas son contundentes. Cuando nuestro ego ha sido eliminado, cuando por fin hemos vencido sobre nosotros mismos. Tardamos mucho en aprender esta que es la trascendental lección, como demoramos en asimilar la necesidad de transformar nuestra conducta frente a retos y lecciones más pequeñas; todo nos toma a veces muchas vidas, el recorrido por numerosos planos, de país en país, de mundo en mundo, y esto es lo increíblemente bello de este gran don que es la libertad. Así, al retornar a la Fuente, no hay nada que perder, nada que ganar; más allá de toda dualidad, nada que aprender, nada que ignorar, nada que esperar ni que no esperar, solo procederemos a fusionarnos en la unicidad, fuente única de felicidad imperecedera. Los grandes sabios no terminan allí su camino, vuelven para evidenciarnos compasivamente, la naturaleza de la Realidad.

Algunas personas han observado que es posible establecer comunicaciones muy próximas con sus seres queridos de los otros planos. Algunos han podido sentir, ver y hasta escuchar a sus parientes fallecidos, ya sea directamente o con la ayuda de personas capacitadas en la mediumnidad. Algunas de estas personas han recibido en esos mensajes evidencias de que son ciertas estas comunicaciones. ¿Si esto es posible, son provechosas espiritualmente, para ambas partes, estas comunicaciones?.

Los planos tienen su representación en un triángulo energético mediante el cual en el ángulo superior se representan a las energías más sutiles, y en la base las energías más bastas; como podemos apreciar con facilidad, la mayor parte del cuerpo de este triángulo está constituído por los planos de las energías intermedias. Las energías más bastas están caracterizados por los fuertes apegos, lo que llamamos estados pasionales intensos, que como hemos dicho se manifiestan en sentimientos como la ira, los celos o el despecho. Los planos intermedios no tienen estas dramáticas características de las energías más bastas, pero participan aun de los apegos. Nosotros nos apegamos a los seres, al punto que nos es difícil aceptar la naturalidad de la transición de un estado a otro, nos apegamos a la forma y al condicionamiento de las formas. No pensamos en nuestros padres, en nuestros hijos o esposos, como seres espirituales que tienen su propia realización, su necesidad de despertar. Para nosotros son seres queridos en los que volcamos nuestro apego. Esto nos ocurre también cuando experimentamos lo que denominamos muerte. En el mundo de los espíritus se reproducen nuestras configuraciones afectivas; algunas veces nos es imposible aceptar que hemos dejado en la tierra a esos seres tan queridos, nuestras emociones han estado interpenetradas con las suyas durante mucho tiempo. Nuestra alma no sigue entonces su camino, somos como el pájaro que al iniciar el vuelo, desea retornar al viejo nido. Los apegos intensos de nuestros seres encarnados, su dolor por nuestra ausencia, incrementa esta necesidad, y nuestro deseo es acompañarlos, a veces para que dejen de llorar, otras veces para explicarles los motivos de nuestros comportamientos en la tierra, para perdonar y ser perdonados, o simplemente para expresar a nuestros parientes que podemos velar por ellos, que no abandonen sus altas aspiraciones, que como espíritus también tenemos vida. Numerosas almas no continúan con tranquilidad su camino de evolución en el plano espiritual, hasta que no logran este objetivo, para clarificar las circunstancias personales. Tomemos en cuenta que muchas veces

el instante de la muerte nos sorprende, y al llegar al mundo espiritual estamos aturdidos, sin poder creer que hemos dejado

nuestra casa; los seres queridos que dejamos tienen esta misma sensación, no pueden asumir como verdadero o propio, a causa de un accidente o un fallo cardíaco inesperado, un mundo en el que de repente no estamos. Pero así ocurre en efecto, la muerte se produce siempre en el momento presente, como si fuera un viaje repentino o inesperado, en el que muchas veces no tenemos tiempo de ordenar nuestras cosas o despedirnos de nuestros seres más amados. En otras ocasiones, aun a sabiendas de que nos preparamos para un evento en el que la muerte es previsible, por ejemplo cuando vamos a ser sometidos a una operación quirúrgica, omitimos hablar sobre la muerte, mostramos nuestra confianza de seguir vivos, nuestros parientes hacen lo mismo, con el resultado de que cuando la muerte nos sorprende, no dimos un beso de adiós, no cruzamos las palabras adecuadas, dejando nuestras emociones auténticas sin resolver. No nos debe extrañar en consecuencia que después de la muerte, nuestras almas sientan una intensa necesidad de comunicarse con esos seres tan queridos, porque la vida continúa aun después de lo que llamamos muerte. Queremos decirles que la vida continúa, y de modo muy principal, que el sentido de la vida es aprender. De allí que en efecto, las comunicaciones entre los planos son provechosas, porque tienden a desatar los nudos emocionales que nos causa la difícil separación de un estado a otro, y podríamos decir que es regla habitual en estos contactos, que se producen cuando los seres queridos dejados en la tierra, sienten intensamente el deseo de comunicarse con sus seres amados en el mundo de los espíritus, y estos con sus seres amados en nuestro plano terrenal, produciéndose una poderosa interpenetración emocional que hace posibles estas comunicaciones, debido a que las almas se comunican a través de su lenguaje emocional. En algunas ocasiones podemos sentir vivamente el abrazo del ser querido que no está, o aparece en nuestros sueños de forma tan real, que es imposible que descartemos el profundo significado emocional de ese sueño, que comienza a formar parte de nuestros recuerdos actuales. Podemos ver la cara, el cuerpo y los gestos de nuestro ser querido, a través de imágenes visuales tan vívidas, que se nos presentan en la zona síquica intermedia de lo que llamamos sueño y vigilia, manteniendo a veces esas imágenes por muchos días y en ocasiones, hasta parecen formar parte también de nuestros recuerdos actuales. También nos puede parecer oír su voz, o percibir en otra persona un detalle que nos recuerde clarificadamente a nuestro ser querido ausente. La sabiduría está en los detalles, la percepción de los seres queridos que desean comunicarse con nosotros, también depende de nuestra observación de los detalles. En ellos está la evidencia que hace irreversible nuestra consideración emocional de la autenticidad y vericidad de las comunicaciones. Se trata naturalmente de impresiones subjetivas, pero lo suficientemente claras como el cielo de una noche de verano. Si nuestra mente duda, el cielo se cubrirá de nubes, impidiéndonos percibir la luminosa claridad de los astros. De hecho, no todas las personas pueden lograr que sus configuraciones mentales le permitan serenar sus emociones al punto, que su alma mantenga comunicaciones con los seres de otro plano, de modo fluído y sostenido. La práctica de la mediumnidad es un hecho real desde los orígenes de la humanidad, aunque en el camino esta práctica, como ha ocurrido con todas las profesiones, se ha llenado de charlatanes y de embaucadores. Aun contando con las mismas facultades para el ejercicio de una profesión, hay personas más competentes que otras, a causa de la disciplina personal, la experiencia y la cultivada preparación. La mediumnidad no es diferente, exige una delicada percepción emocional. En nuestro plano terrenal, observamos que existen personas más capacitadas que otras para relacionar a las personas, así ocurre también entre los planos; los mediums son por decirlo así, excelentes ejecutivos de relaciones públicas entre los planos, omiten detalles desagradables, reproches entre las partes, sus dotes son diplomáticas, canalizan los mejores sentimientos de uno y otro lado, para despertar las auténticas emociones que hacen posible el reenlace entre las almas que quieren estar nuevamente unidas, pese a la separación de las realidades físicas y espirituales. La veracidad de estas comunicaciones se manifiesta también en los detalles. En uno y otro caso, estas comunicaciones son positivas para las almas, porque dejan atrás un ayer de dolor, y dan inicio a un nuevo camino, a una diferente perspectiva del sentido del amor, y siempre, a la constatación de que cualquiera que sea la realidad en que la expresión de vida tenga lugar, el sentido del camino es aprender.

¿Cómo se realizan las comunicaciones con los seres queridos de las energías más sutiles?

El objeto de las comunicaciones de los seres más sutiles, sean nuestros seres queridos trascendidos o no, tiene siempre el propósito de clarificar nuestras mentes y nuestras almas, a través de las enseñanzas más transcendentales que podamos concebir en esta existencia. Ellos pueden ser milagrosos, salvar nuestras vidas en peligro, ofrecernos evidencias contundentes del universo espiritual, pero el significado de sus acciones posee siempre un contenido más trascendente, que es evidenciarnos que la vida es un don preciado, que debemos consagrar al estudio disciplinado de las prácticas espirituales. Así como los espíritus que dejaron este plano deben aprender a dejar el viejo nido, las almas de los planos sutiles nos evidencian la necesidad de abandonar nuestros viejos hábitos; en sucesivas etapas de nuestras vidas, siempre tenemos un viejo nido al que deseamos regresar, pero los espíritus sutiles nos alientan para que nuestra mente no se aferre a los mismos, para que vuele hacia su claridad, convirtiéndose en adecuado y disciplinado timón de nuestra almas. Las almas sutiles se manifiestan en momentos precisos, en las condiciones y con los seres que le son afines, por la naturaleza clarificada de sus mentes y de sus almas, no por los apegos. Sienten gran compasión por todos los seres, pero si las mentes de estos no están clarificadas, sus manifestaciones se producen exclusivamente a través de medios indirectos. A veces nos conducen mediante casualidades a encontrarnos con personas, libros o enseñanzas que pueden llegar a ser el motivo de nuestro despertar, o nos salvan de un lobo gracias al disparo de una bala perdida. A veces nos cierran puertas y caminos que en nuestra ciega razón, estimamos idóneas para nuestro desarrollo, o nos abren rutas que aun no

siendo deseadas por nosotros, las circunstancias no nos permiten más opción que transitar por ellas. A veces no nos abren una puerta ni nos evidencian un camino, sino que nos abren una ventana. Las almas sutiles son espíritus poderosos, de voluntad inquebrantable. Invencibles protectores del bien. Si nuestra mente y nuestra alma están clarificadas, podemos verlos y conversar con ellos; se nos manifestarán por sí solos, o nos darán su evidencia a través de personas cuya mente y alma clarificadas, se esforzarán cotidianamente para que nuestras comunicaciones con los seres sutiles sean fluídas, emplazando a nuestras almas para que se posicionen irreversiblemente en el establecimiento del bien. Los Maestros que nos evidencian las comunicaciones de estos seres trascendentes, juegan con nosotros para que no nos escapemos de nuestro camino, son viejos gatos a los que no se les escapa ni un ratón. Podemos esforzarnos en intentar escapar por los agujeros, tratar de volar hacia los viejos nidos: cuando los Maestros han puesto su mirada en nuestras almas, los agujeros se cierran por sí solos, nuestras alas se quedan sin plumas. Así, hasta que súbitamente tenemos la evidencia de que irreversiblemente nuestra vida se ha llenado de energías sutiles, interpenetradas hasta con la médula de nuestros huesos. Podemos convertirnos en libres y saltar muchas horas, veremos que nuestros saltos no nos han hecho avanzar ni un milímetro; nuestro emplazamiento sobre la virtud es estable. Los espíritus sutiles así actúan.

Es razonable la explicación, pero ¿no es contrario a la libertad cerrar las puertas que uno desea abrir?. ¿No interfieren con esta actitud los espíritus sutiles en nuestra libertad? Es decir: si yo deseo regresar a mis viejos hábitos, sean o no buenos para mi alma, ¿por qué me condicionan a no hacerlo?

No es contrario a la libertad que yo cierre la puerta de mi casa, que está llena de tesoros que no has sabido ganar; quien insista en abrir esa puerta, estaría usurpando una riqueza que no le corresponde legítimamente. Hay quienes quieren acceder a la sabiduría trascendental, a la paz mental y a la estabilidad emocional, sin comprender que son tesoros de singular valor. Nuestra vida cotidiana nos induce al error de pensar que por leer los periódicos ya estamos en conocimiento de la verdad, que por tomarnos una pastilla podemos tener tranquilidad, que por ir a una playa encontraremos nuestra estabilidad emocional, que el amor de nuestra vida podemos hallarlo en una discoteca. Tenemos demasiada fantasía: el amor de nuestra vida, la estabilidad emocional, la paz mental o la sabiduría, son los dones más preciados del reino más poderoso de todos los planos, el reino de las energías sutiles. Quien desee acceder a estos dones, debe ganarlos, como los caballeros medievales que después de numerosos esfuerzos en el establecimiento del bien, accedían a la mesa de su señor y compartían con él los tesoros y los símbolos del reino. Cerrar la puerta del castillo a los intrusos, es un deber, un derecho. Si el intruso cree que al sentir la puerta en sus

narices se le conculca la libertad, debe evidenciar la naturaleza de sus méritos, de un modo tan inequívoco como nosotros evidenciamos nuestra ciudadanía cuando accedemos al derecho de votar. Si los espíritus sutiles se esfuerzan para que una determinada persona retorne al Castillo, esta es la historia del hijo menor del señor, que fue detrás de las mariposas y perdido en el bosque fue capturado por los asaltantes de camino; aunque el hijo del señor pueda desarrollar afecto a sus captores por el pan recibido, nuestro deber es buscarlo y evidenciarle cuál es la naturaleza de su castillo, y si es posible, conducirlo a los pies de su padre. Si su ignorancia lo lleva a obstinarse en seguir su camino con los asaltantes, o si al regresar a lo pies de su padre se vuelve a escapar numerosas veces, siempre sabremos donde está, y le daremos las señales apropiadas para que no olvide nunca su naturaleza, pero no se le abrirá ninguna de las puertas, ni podrá obtener ninguna de las glorias del reino; de este modo sabemos que tarde o temprano regresará por sí solo, cuando comprenda el valor de los tesoros que dejó atrás. Los compromisos del camino espiritual nos abren puertas iniciales, pero no las que permiten el disfrute de los tesoros ínsitos en la naturaleza clarificada del alma. No podemos pretender que esas puertas sutiles se mantengas abiertas si encontramos disfrute en el reino de las energías más bastas. Debemos clarificar nuestra mente, comprender las lecciones que dotan de madurez a nuestra alma. Los lazos de amor son condicionantes, esto es regla en todos los planos, y el terrenal no es la excepción. Cuando un pacto de amor se rompe, las consecuencias son inevitables. Intentar reconducir a un ser amado al bien, es recordarle cuando su voluntad flaquea, cuál es la objetividad del camino, evidenciarle que en la naturaleza de los compromisos ninguno es difícil de cumplir, mientras los lazos de amor preexistan. Si el ser que amamos no sostiene su amor, la evidencia de los hechos hará inevitable que comprendamos que debe seguir su camino, sin afectarnos.

Si en el plano de las energías sutiles no existen los estados pasionales, ¿cómo encuentran esos seres su deleite?

No olvidemos que nuestros viejos hábitos, a los que tendemos a regresar pese a la evidencia de que no son buenos para nuestra alma, son condicionamientos de esta y de numerosas vidas. Son obstáculos internos, que hallamos en nuestro camino de realización, que trasladamos a la esfera exterior, creando las condiciones para reproducirlos. Nuestra lucha interna es terrible, porque el alma aspira a su liberación, pero tiene sus propios condicionamientos que la hacen reproducir las intensas emociones que encuentra en los estados pasionales. Son energías muy fuertes, sin que esto quiera decir que sean las más poderosas, estas últimas son las sutiles. Nada puede vencer a una fuerza controlada, este es el caso de las energías sutiles. Una tormenta se desencadena y pasa, dejando estragos: una caña de bambú puede sobrevivir a la más terrible de las tormentas, simplemente por su intrínseca condición, su flexibilidad. El alma aspira a su liberación, y en sus propios condicionamientos, puede verse necesitada algunas veces de sentir las intensas emociones de los planos bastos, como el esposo que adora a su esposa, pero se aturde en la barra de los bares, para terminar la noche en los brazos de una prostituta.

Cuando se despierta, sabe que su vida está en otra parte. Nuestra alma, aspira a que nuestra mente se discipline lo suficiente, para que la condicione a no regresar a los viejos hábitos, pero esto exige también producir nuevas configuraciones en el entorno. Los Maestros de los planos sutiles, conocen la dificultad de esta lucha interior, que ellos mismos padecieron en incontables vidas, de allí sus sentimientos de amor, sus esfuerzos para ayudar a nuestras almas, sus actitudes para evidenciarnos los medios que son necesarios para clarificar nuestra mente. En nuestra ceguera, no somos capaces de comprender que el amor y el deleite es también el néctar de las energías sutiles, la diferencia es que en los reinos sutiles la orientación de estos dones es diferente. Estos dones son para nuestra realización, no para escapar. Ningún placer por sí mismo produce encadenamientos, la gran sabiduría nos aparta de las tormentas que hacen naufragar la vida: de los celos, de la ira, de la envidia, del despecho, y en general de todos los sentimientos que son fruto de la ignorancia. Esto se debe a que la sabiduría nos orienta a la adecuada elección del amor, el néctar suficientemente dulce para saciar nuestra sed de dicha.

Es decir, ¿puedo en los planos sutiles, inclinar mi cabeza y posarla sobre el pecho de un ser amado?

Con la comprensión de que el agua sigue siendo agua, ya sea que esté en un vaso o en una ánfora, exactamente sí.

Algunos meditadores se concentran en extraer de las energías más bastas, poderes evidentes, como los requeridos para las curaciones, por ejemplo. ¿Cómo lo hacen?.

Lo hacen, asumiendo estados pasionales tan intensos que producen transformaciones en la materia, como un estado de ira puede transformar la cara. Sublimando esas energías mediante técnicas de alquimia interna, las convierten en sutiles, proyectando intensamente esas energías en su preciso objetivo. Esto es posible, debido a que las energías bastas no son estados permanentes, sino que sufren las modificaciones de la impermanencia, como los árboles secos del invierno, que en verano muestran sus hojas verdes. Sin embargo, son técnicas que requieren de años de enseñanza en su aprendizaje y experimentación, a veces numerosas vidas, y sobre todo, de una mente disciplinada para la cual la palabra autocontrol es una realidad natural de la psique. Los experimentos que sobre esto puede hacer una persona indisciplinada, son como las armas de fuego en manos de una persona inexperta, quizás una vez dé en el blanco, pero podemos estar seguros de sus numerosos desaciertos. Si una persona ignorante limpia un arma de fuego cargada, no podemos evitar que en un momento dado incluso se pueda disparar a sí misma. Las técnicas avanzadas de esta índole, requieren de numerosos procesos de alquimia, en las que las energías bastas son transformadas en energías sutiles; implican por tanto, un perfecto conocimiento de las transformaciones de la energía, que se producen en la esfera de los planos más sutiles. Si estos meditadores avanzados evidencian una gran capacidad en sus técnicas, sin embargo, la realidad nos indica que simplemente a través de medios hábiles no han logrado aprender a reducir la complejidad, es decir: no han sabido directamente extraer, del reino sutil, sus energías extraordinarias. Esta técnica es muy simple, se llama simplemente amor.

¿A qué podemos llamar conclusivo?

A nada, simplemente a nada.

LA SABIDURIA DE LA GRAN MONTAÑA

CAPITULO QUINTO

LA NATURALEZA ESENCIAL

Encantamientos

1

Maestros de la Totalidad de los Planos, Inspiradores del Bien, de mundo en mundo Dadme vuestra Guía Para que a través de los sutiles hilos Se hagan realidad mis Encantamientos. Ellos son las Joyas de vida en vida acumuladas. Que las Transparentes Aves lleven mis noticias, Atraviesen todas las formas, Y surquen con seguridad los espacios.

2

Acompañen mi Canto, Espíritus pobladores de las Regiones más sutiles. El susurro de mi voz produce las Transformaciones, Mi mirada y mi gesto también, En libre voluntad y por el bien de todos, Expresando la voluntad del Poder que es único, Diosa y Dios a un tiempo.

3

Que todos los seres sin excepción alcancen El único y supremo despertar. Que las Armas de los Invencibles Liberen de todos de sus obstáculos, Alcanzando la suprema realización del bien, Que su navegación sea así sostenida.

4

Que no haya diferencia entre derecha e izquierda, Que las dualidades que los dividen sean trascendidas, Mediante el sentimiento, el pensamiento Y la acción correctas. Que la esfera de la necesidad se resuelva, En la totalidad de los diversos planos, Y que todos los seres tengan medios correctos de vida.

5

Lleve también el viento la noticia de este Encantamiento, Y que las Fuerzas de la Totalidad lo implementen, De hora en hora.

6

Supremos Guías, Maestros inspiradores del bien, Heroicos conductores de nuestras rutas y caminos. Salmones, búfalos, águilas y tortugas, Pájaros del amor, vaca de la abundancia, Seres todos libres, únicos, brillantes, salvajes e indomables. Criaturas irrepetibles. Que esta hora sea mágica, y la de atrás y la siguiente. Que las horas y los días tengan la brisa delicada Por la cual todo es posible.

7

Paz para tí, paz para mí, paz para todas las montañas, Paz para los ríos y los coyotes, estrellas y las ciudades. Te adopto a tí, calle, y a tí, gusano, Atomos y dendritas, hijos de mi corazón inmaculado. Y a tí minuto, artífice mayor de las constantes horas.

8

Que no me falte amor, piedad, sabiduría y comprensión, Que mi mente sea el timón de la fortuna, Progreso y orden, Disciplina constante para la gran cosecha,

Fértil trabajo.

9

En libre voluntad y por el bien de todos, Por el Poder que es único, Diosa y Dios a un tiempo, A quienes entrego mi timón,

Cuando en este plano mis horas finalicen.

10

Maestros Inspiradores del bien, Supremos Guías por quienes la acción es posible. No permitais nunca que junto a mí se siente el indolente. Habladme siempre de las criaturas que he visto, Las tortugas que invernan en los tiempos fríos Y que en primavera y verano destinan sus horas A sustentar sus mejores energías. Ellas trabajan diez horas cada día, Para proveerse de sus alimentos. Caminan grandes distancias, sortean Difíciles obstáculos. Ellas aún en peligro de extinción, Se saben protegidas por la Rueda de las Armas Afiladas. Esta protección no falta al ser pacífico.

11

Maestros de la Totalidad de los Planos, Dadme la fertilidad de la luna creciente, La consumación del plenilunio, La fuerza para deshacer todos los nudos, En la noche de mi menguante. La intensa energía del sol del amanecer, Mi Padre, y su sabiduría crepuscular. Que no me falte nunca el resplandor Que observo en los astros, hijos del gran espacio. Que aun a causa de que por mi intrínseca naturaleza No puedo seguir las órbitas ajenas, Estas no puedan nunca subordinarme, Ni anclarme jamás a su destino, Ni por despecho lograr destruirme. Que mis ojos siempre miren todo esto Con la idéntica perspectiva de las águilas. Me anclo solamente en mi Vía, En mi cada hora, en mi momento, cada momento.

12

Semillas de la mejor siembra, Frutos todos de mi gran cosecha. Conducidme al despertar. Maestros Inspiradores del bien, ilustradme Sobre la bondad del sincero interés. Que los campos den su mejor trigo, Mi mente su adecuada elección. Que mi alma no persiga con obsesión nada, Que sólo mis sentimientos dirijan a mis manos. Que mi deseo sea puro, como las nubes que nacen, se transforman y se disipan en el espacio. Que mi ambición sea sencilla y natural.

13

Mangos, soles, manzanas, universos infinitos. Que todo sobre y que nada falte, Que lo sepa compartir en libre elección, y por el bien de todos. Que sepa esperar, que sepa trabajar, que sepa cosechar. Que sepa siempre que los frutos que recibo y los que no recibo Son para mi bien. Que pertenecen al Poder que es único, Diosa y Dios al mismo tiempo, Todo exactamente igual, igual A la expresión de amor que es mi cuerpo, A la expresión de amor, que es mi alma.

14

Anciano Padre de los Días, Madre de Todas las Horas ! Nunca cambié mi libertad por el bienestar de mi cuna, Ni acepté una cadena por mi felicidad presente. Invencibles Señores Destructores del mal. Coordinadores de las acciones y los caminos. Reveladme el momento para actuar y no actuar, Mostradme la sabiduría sin palabras, Que mi concepto sea preciso, No dejeis a mi alma sin sus poderes de volar. Que sean mías las altas cumbres y los remotos caminos, Los grandes lagos y las fértiles llanuras, Los elementos propicios, las direcciones favorables.

15

Sin enemigos, que aquellos cuyas intenciones No sean favorables, se dirijan a contar Las arenas de las inmensas playas, Y luego los átomos de los universos distantes, Para al fin disolverse en nubes de humo negro, En la inmensidad espacial.

16

Que nada falte, que nada sobre, Que no me falte el aire ni el pensamiento vivo, Para que no haya dudas, ni vacilación umbría Que todo sea esperanza, relámpago de sueño, Salmón salvaje, violeta intensa, margarita dulce, Aguijón despierto, voladora garra.

17

Atado, atado, así quede atado. Mis encantamientos son precisos, Las luciérnagas del ayer me alumbran, Los pájaros de la previsibilidad me acompañan, Los topos de lo impredecible me conversan: La joya del triple tiempo brilla en mi mano.

18

Maestros Invisibles, proteged mis tres tesoros: La visión que percibe la esencia de las cosas,

El oído que reconoce el sonido de la verdad,

El arma que por sí sola todo lo acomoda.

Mente Diamantina

Nadie triunfa si no aprecia la naturaleza de la mente. Esta naturaleza trasciende a la forma, porque su realidad es el vacío. De allí que en tu mente puedan caber los numerosos átomos y las gigantescas galaxias, tu memoria y la memoria del tiempo. La sola apreciación de la naturaleza de la mente, no te traerá por sí misma el ramo de flores de todos tus triunfos, es el primer paso para el éxito de tu camino espiritual.

Observa que la mente por sí misma carece de esencia y que se escapa a toda denominación: para observarla debes desapegarte del yo. Nunca podrás comprender la naturaleza de la mente si intentas observarla dentro del continuo fluir del río de la impermanencia, podrás comprender algunas de sus funciones, pero no su naturaleza. Los sabios abandonaron su forma y su nombre, dejaron su historia, sus glorias y sus pérdidas, para hallar dentro de si mismos, la prístina mirada del presente. Esta visión es la única que puede mostrarte la mente tal cual es. La observación de la impermanencia es un paso, la meditación que deja fluir los pensamientos unos en pos de otros sin apegarse a ellos, como nubes que se crean, transforman y desvanecen, pero la comprensión de la naturaleza de la mente exige un esfuerzo más titánico. Nuestra alma es como un arpa, llena de sonidos que van desde los tonos más agudos hasta los más graves, los delicados matices de nuestras emociones, la intensidad de las

pasiones, una flor de mil pétalos. La naturaleza de nuestra alma es también vacía, carece de asidero, no tiene nombre ni está sujeta a la forma o al espacio.

Es el desconocimiento de nuestra mente lo que hace que nuestra alma se aferre a los apegos. Lo que llamamos la búsqueda de nuestra felicidad es la realización de la necesidad que surge de este gravísimo error. Nuestra alma encarnada se arroja a las tenazas de una mente que necesita ser educada para constituirse en adecuado timón para esta navegación tan profunda que llamamos realidad, existencia y vida. Una mente poco educada arrojará inevitablemente al alma a la cadena de los seres y los objetos. Observa con atención esta circunstancia y ella te evidenciará por sí misma que el sufrimiento está asegurado. El alma y la mente son de la misma naturaleza, por eso se hace difícil establecer su distinción. El alma es profundamente receptiva, como una mujer, mientras que tu mente es incesantemente activa, como un hombre. La dualidad exterior se reproduce en nuestro interior, la mente ineducada termina gobernando mal a nuestra naturaleza más delicada. Felizmente los sabios de la antigüedad observaron que alma y mente poseen la misma naturaleza, y en sus meditaciones encontraron la boda conveniente.

Nuestra alma se siente atraída por la sensación, debido a que su naturaleza es parte de la Fuente, cuya emoción más intensa es el gozo que todo lo trasciende, la felicidad imperecedera es el estado natural del Ser. De allí que sus manifestaciones, las almas puntuales, en este universo incondicionado se dejen llevar por quienes mediante promesas ilusorias, la encaminan al encuentro de esa sensación. Craso error. Estas

promesas conducen solamente a la frustración, porque en el universo condicionado todo perece. Estos sabios observaron que nuestra mente encuentra su deleite en gobernar, por eso su inmediata función es el dominio del alma, de allí su constante esfuerzo en dominar la realidad exterior. Pero es también un error gobernar sin sabudiría. El alma y la mente son así como dos novios que en su primera adolescencia no saben la forma de tratarse el uno al otro, nuestra alma cede y confía a la mente su patrimonio emocional y anímico, confiando en la promesa de éxito de la mente, que en su afán de gobierno termina dilapidando tan singular tesoro. Nuestra riqueza espiritual deviene por ello de la educación de la mente, una tarea que solo puede lograrse a través de una gran tenacidad. No hay otra forma de hacerlo si no queremos que hasta la última perla de este tesoro se escape de nuestras manos.

Los sabios de la antigüedad comprendieron que solo educando a la mente, nuestra alma podría emprender con seguridad su navegación en este plano de la impermanencia, sus agudas observaciones del mapa de los otros planos les evidenciaron la misma necesidad, concluyendo que esta tarea es muy urgente, si no queremos que nuestra alma se encadene en esta existencia a las energías más bastas y navegue en los otros planos a través de mundos inferiores llenos de desesperanza y sufrimiento. No se trata de un criterio dirigido a asustar a los niños para que se porten bien, o para que se resignen a no perseguir deleites. La sincera observación de los sabios fue exacta, y los llevó a ser ejemplares, a darse a la tarea de disciplinar y a educar con extremada tenacidad sus propias mentes. Los maestros nos enseñaron que para aprender a educar la mente, primero es necesario desaprender los numerosos hábitos y creencias que la condicionan. Si observamos detenidamente, comprenderemos que nuestra mente ha seguido desde la cuna, los ejemplos de otras mentes indisciplinadas, sobre cuyos modelos ha intentado establecer el criterio rector de

las acciones, y que la propia pulsión del alma en su búsqueda de la sensación, ha condicionado y fijado estos mecanismos, formando el ente artificial que denominamos ego.

El ego es una transacción entre el deseo de sensación del alma, y la necesidad de la mente de establecer su gobierno sobre la sensación y sobre el entorno. Es un terrible tumor que debemos extirpar, y nadie puede pretender que sus ramificaciones, producidas a lo largo de los años, las podamos deshacer en media hora. Necesitamos de un esfuerzo cotidiano durante mucho tiempo, para deshacer este tumor. Muchas personas que han comprendido esta necesidad se han equivocado gravemente al pensar que eliminar el ego es equivalente a menospreciar la propia existencia o nuestra posición en el flujo de la vida. Algunos han pensado que las funciones mentales producirían un mejor gobierno del alma si disciplináramos al cuerpo, bajo la comprensión de que numerosas funciones de la mente dependen de los procesos físicos y químicos de nuestro organismo. Esto que en sí tiene mucho de verdad, ha inspirado a algunos a tratar de aniquilar el cuerpo, mediante prodecimientos de accesis descabellados, sin observar que el fuego no puede encenderse sin un adecuado asidero material; ya sea cera, madera o cualquier otro producto o elemento que de sostén a la llama. El cuerpo cumple esta función, y su cuidado contribuye a que podamos establecer un equilibrio adecuado entre las funciones del alma y la mente, por tratarse nuestro organismo de una estructura trimembre, alma-mente-cuerpo. Dando por sentado que poseemos esta comprensión sobre nuestro ser físico, los sabios comprendieron que para que la mente tuviera el adecuado gobierno del alma, era necesario que desaprendiera, como etapa previa para establecer los nuevos parámetros que se necesitan para que nuestra alma evolucione con realismo y profundidad. Si dejamos libremente a nuestra alma, observaríamos que se comportaría como los niños, las emociones que son su lenguaje, carecen de comprensión acerca del significado de las acciones, en el plano de las responsabilidades que a las acciones se atribuyen en nuestro mundo. Esto es natural, porque la Fuente es espontánea, nuestro plano es causal, y hemos edificado una cultura y una ética que no dependen ya de nuestra acción, sino que están sustentadas por la tradición, la historia

y nuestros conceptos de supervivencia hacia el futuro. Esta esfera de responsabilidad sí es apreciada por nuestra mente, una de cuyas funciones es la comprensión del entorno y con ello, el significado de las acciones y la previsibilidad de sus resultados. Pero si ocurre que la mente en su afán de gobierno del alma y del entorno, ahoga las emociones del alma, observaremos que no existe ningún pacto de conveniencia que satisfaga al alma, esta comenzará tarde o temprano a colisionar con la mente, torcerá los caminos de la mente, y logrará finalmente que ésta se quede sin poder; volviendo a la condición original, el hombre termina llorando sus fracasos, los atribuirá al mundo, pero si observa con detenimiento, todo ha ocurrido en su propio interior. Una casa bien establecida, es próspera. La armonía del esposo y la esposa, produce una energía inusitada, suficiente para que sus frutos maduren, y para que el entorno sea completamente armónico. Pero a los maridos no les gusta que sus mujeres intervengan en el gobierno de sus criterios, así la mente se resiste a comprender la importancia de los mensajes que nuestra alma produce mediante las vibraciones emocionales. De un modo similar, a las mujeres les gustaría que sus maridos estuvieran siempre atentas a sus emociones, y si logran que sus maridos cedan contínuamente, esto alentaría inusitadamente a maximizar sus caprichos. Hasta aquí, la historia del alma y la mente, parece la misma de la historia del mundo, y en efecto lo es, porque los sistemas se condicionan en todos los planos.

La Antigua Tradición observó las numerosas técnicas de control emocional y mental, algunas de ellas derivadas de criterios aparentemente muy ajenos al universo espiritual. Pero en el fondo, todo es similar, y las aplicaciones para nuestra evolución pueden derivarse también de otras prácticas, aplicando las analogías y correcciones convenientes. Los grandes guerreros de la antigüedad conocieron muy pocos períodos de paz, sus cuerpos, almas y mentes, estaban marcados por incontables heridas; cada noche antes del amanecer de una difícil batalla, velando sus armas junto a la hoguera de los campamentos, renunciaban a todo, a la dicha, a la felicidad, al dolor: se afianzaban en la realidad del vacío aceptando con naturalidad el hecho de su muerte y de sus compañeros, a no volver a ver jamás a sus seres queridos o los tejados de su ciudad. Los seres humanos nos hemos pasado miles de años combatiendo, persiguiendo victorias muy

triviales, pero la gran enseñanza de la guerra es este legado de estoicismo que formó el carácter de nuestros héroes. No hablamos aquí de los pobres hombres que eran arrojados a las batallas, quitándoles de la mano el azadón y llevándolos con una lanza a morir flechados. Hablamos de los grandes guerreros que eran responsables por sus vidas y las de sus batallones, responsables de las defensas de las ciudades y de lo que de tiempo en tiempo hemos llamado nuestros valores y nuestra dignidad.

La responsabilidad de la guerra en la noche previa a la gran batalla, endurece los huesos, obliga a establecer un equilibrio disciplinado entre nuestras ideas y nuestras emociones. Quienes lo lograban, conservaban su vida en el combate, eran el centro de la batalla, coordinaban eficazmente a sus hombres, utilizaban racionalmente sus recursos de guerra, sabían cuando había que recoger aire, sabían cuando expulsarlo, por un gesto aparentemente insignificante, observaban el punto débil del enemigo, y resolvían: conociéndose a sí mismos de un modo tan exacto, sabían con antelación cuando sus propios pasos los encaminaban a la muerte. La conducta de estos grandes soldados se inició desaprendiendo los hábitos y las ideas que eran propias de la vida en las aldeas y ciudades, la lentitud de los amaneceres en los establos, la sensación contagiosa del miedo, la afición a las rutinas, todo esto había que descartarlo, había que desaprender, repitiéndose numerosas veces los nuevos conceptos, analizando los reflejos del alma, sus intuiciones y poderes. Intensamente. No eran intuiciones o poderes para alejar a un vecino incómodo o a una suegra bruja, eran facultades que se tenían que emplear a fondo para sobrevivir, con cada movimiento del cuerpo, en el sostén de la espada, esableciendo la tensión precisa del arco, o la renovación de energías tras el desgaste en mitad de la batalla, infundiendo ánimo y valor a los compañeros, y dignidad frente a la muerte. Fue así como la Antigua Tradición conoció que era perfectamente posible disciplinar mente, cuerpo y alma, y establecer una coordinación eficaz entre las ideas y las emociones, para poder realizar con éxito esta difícil y gran navegación que es la existencia, en la que la vida nos coloca frente a una gran batalla, la mayor de todas que es triunfar sobre nosotros mismos, derrotando con ánimo frío cada circunstancia que nos arroja al único infierno que es capaz de devorarnos: la incertidumbre de la impermanencia.

Disolvemos todos los infiernos cuando nuestro interior se asienta sobre la permanente paz, cuando hacemos de este estado una realidad inamovible, como una gran montaña. No podemos triunfar sobre nosotros mismos, si hacemos caso a los demás. Tenemos que observar que el conocimiento de la mente se logra con esfuerzo, y que el buen gobierno de la mente sobre el alma solo se logra con disciplinado estudio y con dedicada práctica. Entonces al alma complace este gobierno, como una esposa profundamente orgullosa de su esposo. Los caprichos de la esposa serán menores, toda su energía es para la realización de su esposo, como todo el amor del esposo tiene razón de ser para dotar de plenitud, seguridad y realización a su esposa. Es la boda del alma y la mente. El alma nos trasciende, pero en este plano la mente es nuestro timón.

Los medios de reproducción de sonidos, nos han dado la dicha de ver a jóvenes cantantes con voces privilegiadas superarse a sí mismos en su edad adulta, ya no con la voz dulce, sino entregándonos un canto hondo, quemado por los acontecimientos, en el que cada sonido expresa una directa nota arrancada de las profundidades del alma. No sabemos cuál versión de una misma canción nos gusta más, si la que ese cantante

grabó en su adolescencia, o la que sacó del alma treinta años después: algo nos dice que esta última es auténtica, es la canción después de la batalla. Existe una atmósfera que nos impulsa al ocio, que nos hace en muchos momentos no valorar el trabajo, queremos ser millonarios sin trabajar, relajar el cuerpo en una playa por una larga temporada, olvidarnos de todo lo que significa autocontrol. Todo esto es lógico, pues constituye un terrible fallo estructural que existan billonarios cuyo único esfuerzo ha sido contarle un buen chiste a un presidente, vivimos momentos muy penosos en los que parece que las conductas antijurídicas y las deslealtades son más rentables que los frutos de la acción correcta. Pero también tenemos numerosos ejemplos de lo que el esfuerzo y la disciplina pueden hacer por las personas, las coordinaciones de salvamento de poblaciones y bienes en las grandes catástrofes, el tenaz esfuerzo de los equipos médicos

para salvar vidas en los quirófanos, todo el esfuerzo y el conocimiento humano desplegados para que los sistemas de comunicaciones funcionen a todas horas. No, no es un mundo de vagos el nuestro, pero los vagos se notan demasiado, riéndose en la cara de los demás, ostentando sus fortunas incorrectamente amasadas, todo esto es una vergüenza, pero la humanidad es tan ingenua, que al observarlo no repudia a estos sujetos, sino que se averguenza de tener que trabajar. De allí que uno de los aspectos que tenemos que desaprender es la idea de que no trabajar es fuente de felicidad, no la es para una persona responsable.

No nos desmerezcamos porque nuestra vida se rija por el valor de la responsabilidad, la disciplina y el trabajo. Son bienes cuyo valor es principal en todo el universo. Observemos cada criatura y comprenderemos los esfuerzos que todos los seres vivos despliegan para proveerse de alimento, los incesantes intercambios de actividad que producen las partículas para establecer los campos de energía. Gracias a toda esta suma de esfuerzos podemos vivir. La realidad nos evidencia que podemos displinar nuestra mente, y que gracias a esta práctica, han sido posibles los desarrollos sostenidos a lo largo de muchos siglos en el progreso de las ciencias, las artes, la tecnología y la espiritualidad. La suma de los conocimientos hace posible que a partir de ellos ocurran sucesivos redimensionamientos de nuestra mente, una de cuyas funciones através de los enlaces neuronales, es la interrelación de los impulsos, creando incesantemente nuevas perspectivas al conocimiento recibido y transmitido. Estos intercambios se producen incluso en nuestro sueño. Un organismo de esta naturaleza no está concebido para la vagancia, de allí los numerosos problemas mentales de aquellos que no son capaces de disciplinar su mente.

La necesidad del alma es ciertamente la sensación, y esta es un poderoso impulso para encaminarse a su meta de realización, si bien en este plano el camino lo encontramos reglado, por la responsabilidad. El entendimiento de mente y alma debe ser por tanto lúcido, regido por la comprensión del significado de la acción en un plano que si está determinado por la responsabilidad, esto deviene a causa de que sus transformaciones son debidas a la acción. La voluntad es la potencia del alma, esta aparece sacándola de nuestro interior. Es la mente la que detiene este gran poder, cuando esta voluntad se encamina a destruir valores que la mente estima como relevantes. Sin embargo, esta facultad de la mente se encamina indistintamente a proteger valores que son significativos, o a otros que carecen de significado consistente. Muchas almas se han estrellado contra las mentes que las ahogaron por no realizar una acción que contradecía el egoísmo de sus padres o de otros seres amados. Aunque la necesidad de la mente es gobernar, muchas veces se conforma con el dominio de una alcaldía, transfiriendo sus enormes poderes y delegando sus significativas funciones a terceros, esto es muy triste y lamentable.

Como los grandes soldados, el momento presente nos enfrenta con la realidad de la muerte, en la que todas nuestras hazañas y deseos de gloria, nuestras ideas, pasiones, apegos y átomos, se integrarán en la nueva realidad del gran vacío. Velamos la hoguera de nuestra vida, que se alimenta con el fuego de las energías, con la atención puesta en la eficacia de nuestras armas; las conductas realizadas a través de la exacta conjunción de los poderes de nuestra mente y de nuestra alma, que hacen un todo único, la suma de dos energías, una sola punta de lanza, de naturaleza diamantina. La suma de dos es una fuerza inexplicable, capaz de trascenderse a sí misma, más allá de la dualidad. Las coordenadas de nuestra mente establecen los parámetros del viaje de nuestra alma a través del vacío, cuando el momento de la muerte haya pasado, reflexionar sobre esto es prudente.

Nuestra mente es el gran timón que rige nuestra realización en este plano, establece el impuso que proyectará a nuestro espiritu más allá de la realidad tangible. En este plano recibimos el fruto de nuestros actos, en los restantes planos recibimos el fruto de nuestras emociones auténticas. De allí que los sabios de la Antigua Tradición precisaran la unicidad de mente y alma, para que la navegación fuera sostenida y específica, rumbo a las metas elegidas, las que nuestro corazón con veracidad anhela. Estos logros son posibles ejerciendo una constante disciplina, una concentrada atención. No hay otra forma de realizar este viaje existencial, si deseamos que el mismo sea seguro. Las grandes lecciones de la impermanencia están momento a momento evidenciadas, están sobre la mesa de nuestros alimentos, están en nuestro ataúd,

están en la belleza que se nos escapa momento a momento, en la fuerza que se agota y que se renueva después de plurales transformaciones. Todo perece, pero todo sigue; de alguna manera tenemos que educar a nuestra mente para que asumiendo las contradicciones y la naturaleza dual de la realidad tangible, la trascienda, colocando su orientación hacia más allá de la impermanencia, el río que tarde o temprano tenemos que cruzar. Educar a nuestra mente es hacerle evidente que nuestro equilibro no depende de tener o no tener; es enseñarle que nuestra estabilidad emocional no depende de esto o de aquello, que somos capaces de arrancarnos de nuestra alma los bienes más

preciados si su posesión contradice la esfera de eticidad que esperamos hallar en la totalidad de nuestra existencia, cualesquiera que sean los planos en los que nuestra vida se manifieste.

Educar a nuestra mente es evidenciarle que aun aceptando la posibilidad de que nuestra vida desaparezca en el vacío y deje simplemente de ser, nuestra alma encuentra en ello plena conformidad y aceptación sagrada. Más que toda la suma de conocimientos que podamos hallar, está la sabiduría de aceptar, aceptar las realidades en forma decidida y con paz profunda. Se trata de una aceptación consumativa, porque nuestra vida tal como la concebimos va a desaparecer. Esta disciplina de la mente nos abre las puertas a la reflexión de nuestras verdades más profundas, porque es una verdad esencial, que como tal alumbra incluso los rincones más oscuros de nuestra mente. En uno de estos rincones hallaremos la paz, la realización, el mapa de nuestra acertada navegación, el valor constante e inquebrantable, la perla del no-temor. De allí que los Maestros de la Antigua Tradición comprendieran que debemos sujetar nuestra mente a la disciplinada enseñanza que permite a nuestra piel, a nuestro corazón y a nuestros huesos, fundirnos directamente con la enseñanza y sin vacilación, con los ejemplos de aquellos que nos precedieron en el camino, formando un ser diamantino, en relámpago que rompe todos los condicionamientos y obstáculos. Es así la enseñanza, tan clara como un día de sol, tan cierta como que después del sol, viene la noche.

Nuestro autocontrol permite que el cielo donde pasa el sol y donde transcurre la noche, permanezca siempre con luz clara, la clara luz de nuestra mente. Momento a momento, la acción correcta. Nada que perder, nada que ganar. Todo se disolverá en la realidad del gran vacío. Hay quienes dicen que en los diversos planos unos nos movemos como magos, otros como guerreros. Somos magos y guerreros a la vez, y trascendemos estos estados condicionados: nuestra palabra es exacta, nuestra acción la precisa. Nuestra inspiración es el deber, el deber es el gran poder. Nuestro deber es equilibrar los huesos en el eje de la enseñanza, y trascenderla en la práctica. Nuestro deber es establecernos en el sitio de nuestros maestros, caminar dejando atrás ninguna huella, integrándonos en la realidad del vacío. Nuestra mente puede querer muchas cosas, divagar entre la dualidad del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, riqueza y pobreza, belleza y fealdad, atracción y rechazo, la vida y la muerte. Nuestra mente sigue el hilo que alimenta a estas contradicciones, nutrimos la dualidad, nuestro gran mundo es fruto de las numerosas mentes que actúan en la dualidad. Pero nuestro autocontrol nos permite que el cielo donde pasan todas estas nubes se haga claro y diáfano. Si nos establecemos más allá de las contradicciones, observaremos que escapamos de la rueda de los complementarios, siguiendo simplemente el curso del cielo, la gran trayectoria de los vencedores. Nuestro éxito trasciende lo trivial, un águila no hace su nido en la arena. No hay contradicción, todo es claro y diáfano como nuestra naturaleza esencial.

Nuestra naturaleza es el vacío, trascendemos la identidad y la forma, carecemos de sustancia, no podemos ser asidos. No vamos ni venimos, no hay direcciones ni caminos, no hay maestros, ni enseñanza: nos hemos fundido con la realidad que ellos anunciaban, dejando atrás las pérdidas y las ganancias. Más allá de la evolución está la percepción de nuestra naturaleza esencial, de un modo directo, único, sostenida momento a momento, mediante la concentración precisa y la atención correcta. En forma relajada y tensa a un mismo tiempo, trascendiendo la relajación y la tensión, montados en el dragón de la permanente energía. Instante por instante, momento a momento, nuestro corazón asume la dureza del diamante, nuestra alma y nuestra mente forman una nueva y poderosa identidad, carente de definición y de nombre, trascendiendo el aquí y el ahora, más allá de la superficie, donde todo es diáfano en medio de la realidad ulterior, de la que nuestro plano es vibración contínua.

La gran enseñanza está en nuestros oídos, en nuestra percepción de los colores, penetra en nuestros huesos, es parte de las piedras, la cantan los ríos y las lagunas, todo sin excepción es nuestra naturaleza esencial. La mente nos aisla, debemos educarla cotidianamente en la percepción de la unicidad. Cinco años pueden tomarnos para aprender los fundamentos de una ciencia, la realización del alma requiere de un esfuerzo mayor, único, esplendoroso: si educamos nuestra mente podemos lograrlo en una única existencia. Nuestra enseñanza es la enseñanza de los antiguos, pero su sabiduría nos enseña que la actualizamos con nuestra disciplina, así la Antigua Tradición se hace através de nosotros la Nueva Tradición, potente, viva. Cinco años nos puede tomar conocer los cimientos de una gran ciencia, pero ni cien mil años de estudio nos darían el preciso conocimiento de las formas: el conocimiento es impermanente, la felicidad impermanente. La paz solo la podemos alcanzar mediante la realización de la gran sabiduría, la sabiduría sin palabras.

Nada que decir, nada que opinar, el águila no hace nidos en la arena. Cuando nos metamos en nuestros huesos el poderoso silencio del vacío, nuestra palabra será oportuna, nuestro silencio eficaz. Nuestra acción y nuestra no acción serán trascendidas, serán eficaces. Este es el gran tesoro de la Nueva Tradición, dejando atrás la gran montaña, levantándonos de nuestro asiento de meditación para caminar sin dejar huellas. Esta tierra es un paraíso temporal, nuestro emplazamiento en la vacuidad trasciende esta limitación. Sin rechazar nada, sin aferrarnos a nada, la tierra se transforma en un universo de luz clara. La mente es el gran vehículo para esta transformación.

Si nos aferramos a los objetos de nuestro apego, el paraíso temporal se nos convierte en un infierno, y el problema del infierno que podemos crear con los apegos, no son las llamas, sino la desolación que causa el ver que la riqueza mejor administrada siempre puede ser mermada, que toda belleza se extingue, que toda juventud se apaga. Que la mente indisciplinada no se establece en un exclusivo número de objetos de apego, sino que va de uno en pos de otro, como tratando de saciar una sed que no se extingue, la sed de intemporalidad del ego. El ego pretende reemplazar el alma, ser inmortal, pero es imposible, el ego es un tumor, sus tejidos son los apegos, hay que extirparlo a tiempo, sin contemplación. La vida no se acaba porque arrojemos este tumor de nuestra mente. Sin el ego la vida adquiere claridad; el ego necesita banquetes, que le celebremos fiestas de cumpleaños todos los días, nuestra auténtica naturaleza disfruta con lo sencillo, encuentra sabor en lo que para el ego no tiene sabor, observa los colores del prisma en las superficies en las que el ego lo ve todo oscuro. Nuestra auténtica naturaleza es positiva por sí misma, no es preciso condicionarla con esfuerzos mentales para ello, porque confía en la vida, se integra con suavidad en su corriente, mientras que el ego es negativo por naturaleza: aunque aparente ser feliz, su negatividad es el temor a las pérdidas, la resonancia de la existencia atrae todo aquello que tememos, así es el nudo de su destino. Los tumores se reproducen, adentro y afuera, nuestro mundo interior condiciona de modo tan firme la realidad externa, que el tumor del ego se multiplica en todo cuanto observemos en la realidad material, contaminando hasta las aguas de los ríos cristalinos.

Una mente disciplinada es el gran vehículo para trascender estos condicionamientos. De aquello que nos apegamos, somos agentes condicionantes y objetos condicionados, la interpenetración es exacta, atraemos lo que somos, somos lo que atraemos, nuestra infelicidad es segura cuando el viaje de la vida lo hacemos en el vehículo del ego. Sospechamos de todo, todo sospecha de nosotros, aun nuestros seres más queridos. Discriminamos y somos discriminados, la resonancia de la realidad es automática, porque cuando nuestro vehículo es el ego sus señales causan que los demás seres actúen con sus egos en todas sus interacciones con nosotros, hasta los pájaros y los árboles resonarán con nosotros del mismo modo: no podemos establecer relaciones fiables ni con las piedras, el vehículo del ego despierta a los restantes egos, aunque estén dormidos por muchos años. Esta es una observación muy precisa de los sabios que han extinguido el ego, porque cuando han establecido interacciones con personas cuyo vehículo es el ego, precisan actuar con gran concentración, para que ese terrible tumor no se vuelva a ramificar de modo imperceptible en el interior de sus propias mentes.

Toda la gran magia no nos puede librar de la realidad de que todo se transformará, desaparecerá ante nuestros ojos más tarde o más temprano, y ni mil conjuros nos librarán de la circunstancia terrible de que no seremos capaces siquiera de llevarnos al más allá ni la flor más diminuta. ¿Qué nos llevaremos?. Esto lo debemos encontrar en el fondo de nuestro corazón, más allá de los pensamientos, sin palabras. Nuestra íntima vibración. Ni los más certeros conjuros nos garantizan que de vida en vida encarnemos en palacios, y aunque así fuera nada nos garantiza que esos palacios no sean derribados en guerras, catástrofes, o a causa de las ambiciones de los hombres en tiempos de paz, nada garantiza nuestra felicidad. Solo nuestra íntima vibración, que debemos establecer mediante la coordinación de nuestra mente y de alma, más allá de la magia y de los poderes del combate. Con la relajación exacta, con la tensión exacta, momento a momento, nuestra realidad más íntima. Pero no estamos hablando de nihilismo, la realidad de la percepción del vacío nos hace comprender la profunda belleza y significado de lo real. La realidad es nuestro camino, no el tesoro para expoliar. Las cosas buenas tienen un elevado precio que se puede pagar en dinero, las verdaderas se obtienen con disciplina, constancia y entrega. Lo bueno tiene precio, pero sería incalculable el valor de lo verdadero: para establecerlo necesitaríamos comenzar por inventariar el valor de todo el universo, molécula a molécula, sus funciones, lo verdadero no tiene precio. El amor que podemos comprar es el amor condicionado, el amor verdadero es incondicionado, es real, auténtico, sin palabras. Ni toda la magia del mundo puede hacerlo llegar hasta a nosotros, no depende de la belleza, no depende de la riqueza, depende de nuestra autenticidad. Atraemos lo que somos, nadie se escapa de esta realidad; por más diques que pongamos en el entorno, la realidad nos perseguirá como una nube de avispas enfurecidas, ¿dónde escondernos si están en nuestro interior?.

Nuestro examen de la realidad es como la de un niño que desarma el radio de sus padres para conocer dónde está la voz. Podemos destrozar el universo hasta en sus últimas partículas y no encontraremos más que vacío en el interior de la realidad. La esencia de la realidad tangible no está en ningún objeto sensible, es sin corporeidad; el gran tesoro del universo es intangible, no lo podemos medir, no lo podemos tocar, se escapa a toda definición, no lo podemos poseer, es sin esencia más allá de la forma y la sustancia. Cuando nuestra naturaleza posea esta misma entidad, aquí, ahora, hemos culminado nuestro viaje. Tenemos así tres etapas del camino, aquella en que la corriente del río nos lleva a encontrar el sentido de nuestra existencia en los objetos de la impermanencia, esta nos lleva a comprender el significado más profundo de la realidad cuando observamos nuestra propia cadena de apegos, pérdidas y sufrimientos, para dar paso a la comprensión mayor, mediante la cual establecemos que la impermanencia es como las olas en la superficie de un océano, en el que todo es vacuidad, las energías sutiles y las groseras, las formas y los colores, las ideas y las rocas, el yo y el otro, olas todas de esta gran marejada.

Allí donde nuestra mente disciplinada toma el control de la existencia, constituyéndose el timón de nuestra navegación, nuestro tránsito se convierte en un vuelo alto, en el que las altas crestas de las olas de la impermanencia no nos pueden alcanzar. Nuestro centro está en nosotros mismos, allí donde tiene su asiento el no-pensamiento, el corazón de nuestra alma, el punto exacto donde tiene su origen y fin el

maremoto de la inmensidad. Ya no necesitamos desarmar el radio de nuestros padres para conocer donde está la voz: la voz está en nosotros mismos, nuestra esencia es la misma que de mundo en mundo produce los amaneceres y la floración, no nace ni muere, está en cualquier parte y en ninguna, atenta a la acción precisa, a la conducta correcta. Cada hoja, cada átomo, el ser de todos los seres, cada uno de ellos, todos participan del gran concierto de la unicidad que es el vacío, olas cuya forma las impulsa el viento de la acción que al ser tocado se disuelve en el vacío; en el asiento de la gran sabiduría, puedes observar la clara luz que transparenta todo, que unifica la realidad de la totalidad de los planos en un mismo y único universo de luz inmaculada, luz de perdurable gozo, océano de la paz inquebrantable. Entonces llamarás sueño no a la visión de unicidad y paz; encontrarás que los sueños son las ataduras, tu afán de asir las formas, la pesadilla de todos los encadenamientos, el sueño de la magia y de la guerra, la pesadilla del llanto y la ansiedad. La realidad es profunda y clara, compuesta de una sola luz que al despertar en tí se proyecta a través de tu visión a todos los rincones del universo: estás despierto, al margen de tomarte en

serio los tesoros del sueño o los monstruos de todas las pesadillas. Solo entonces dejarás de ser un tigre de papel, un muñeco arrastrado por las olas, y en tu asiento de luz clara tu no acción será la causa de todos los fenómenos.

La misma luna, la misma cara

La luna que se refleja en las distintas aguas es la misma luna, el agua que riega a todos los ríos es la misma agua. La naturaleza esencial de todos es idéntica, la misma que constituye la esencia de los diversos planos y se extiende sin distinguir el norte del sur, ni el este ni el oeste: todos los universos son de claridad cuando das reposo a tu mente, cuando observes la vida con la misma naturalidad que una gallina, cuando con naturalidad aprendas a ser nube, a comprender el lenguaje puro de los árboles.

Algunas personas creen que los zorros verdes no existen hasta que se topan con la jauría; los sabios aprendieron a esforzarse en reconocer la poderosa naturaleza ulterior de la realidad; desde que se toparon con la cola verde del primer zorro, el comportamiento escurridizo del zorro no los desalentó. Los sabios emplazaron su mente en la superficie, en las grutas y en los estanques, para no perderse el sonido de cada uno de los movimientos del zorro. Sembraron con sus propios huesos la tumba de la verdad, el asiento del tesoro, y se quedaron allí hasta que el zorro apareciera en su totalidad. Algunos les vieron el rabo y otros las orejas, la naturaleza del zorro es escurridiza para quienes se precipitan. Otros le han visto solo los colmillos, pero el zorro está allí, no precisamente donde saltan los conejos, tampoco donde las incesantes transformaciones de las mariposas hacen sus innumerables torbellinos. Muchos se han encontrado con el lomo del zorro y le han podido arrancar algunos pelos: estos caminan como los vagabundos preguntándose por los poderes que hacen volar a las escobas, tratando de adivinar la suerte de los incautos que no ven la cara que se refleja en su propia baraja. Muchos hacen todo esto porque buscan al zorro sin querer encontrarlo.

Cuando quieras hallar al zorro, no lo busques ni en lo alto ni en lo bajo, ni su rabo verde ni su oreja azul, cuando encuentres al lobo lo hallarás en tu misma cara: en el juego del 21 también se gana con números bajos, y a veces la mejor mano es la que nadie encuentra encima de la mesa. ¿A qué solemos llamar espíritu?. ¿A aquello que nos lleva de una forma a otra y de lo que esperamos es que la mejor suerte y nuestros asuntos estén bien atendidos?. Si por naturaleza espiritual nos referimos a nuestra naturaleza esencial, comprenderemos que esta no nos llevará de una ola en otra en las sucesivas transformaciones de la impermanencia, exponiendo a nuestra nave a los dolores de la existencia ni a los rigores de los arrecifes, tampoco estará interesada en la suerte de que si doy uno debo recibir diez; nuestra naturaleza esencial es inmutable e imperecedera, no nació ni morirá, no atiende al avance ni al retroceso, a las pérdidas o a las ganancias.

Algunas personas y hasta numerosos sabios han confundido las hojas con las ramas, el tronco con las raíces, y han llamado naturaleza espiritual a una especial forma de traducir los fenómenos de la impermanencia, camino a los alimentos que otros han comido, luz al fuego que necesita materia para permanecer, gato a lo que correctamente se denomina tigre. Si estamos hablando de eso todo sería como contar los troncos que dejan las olas arrojados en las playas, restos de cadáveres que ignoran los buítres. Los pájaros que saben volar no necesitan contar sus plumas, las olas no se detienen jamás a mirar los troncos.

Sin raíz, sin asidero, así es nuestra elección. Se sostiene a sí misma sin esperar bastones, se desata sin esperar el lazo. En su vacío se asienta lo que llamamos vacuidad, la mano que no tiene dedos, el sonido que no se oye, lo que se va cuando los demás lo anuncian. ¿A qué solemos llamar espíritu?. No seamos como aquel que nació entre los manzanos y cuando alguien le habló de la caña lo dejó todo para vivir en el cañaveral, y ahora vive en el melocotonero. Ni como aquel que se quedó en el melocotonero muriéndose de ganas por probar los higos, hagamos las cosas con tranquilidad y con naturalidad. Todo lo que suma también se puede restar, y vayamos donde vayamos siempre podremos tener la suerte de encontrarnos a nosotros mismos. Pero no seamos como aquel que se buscaba a si mismo, llevando la foto de la cara que

creía tener, así solemos hacer muchas veces, y saludamos a la cara de los espejos como si fuera un autentico desconocido. Esto le ha pasado a muchos sabios y cuando despertaron de su error, comprendieron que habían llamado oso al pez y vaca a la colina. En la verdadera sabiduría las vacas sigen siendo vacas y nuestro rostro sigue siendo el mismo aunque llevemos escamas.

Aquellos que despertaron no lo hicieron en el sur ni en el norte, ni donde sale el sol ni donde se pone. Despertaron cuando vieron su cara en el sitio donde menos la esperaban. De allí que es cierto lo que dice el sabio: no te entretengas en soplar las nubes, no alimentes tu ilusión con sueños, las mejores esperanzas son los grilletes más firmes, la mejor noticia es que todo transcurra sin novedad. Es a esto a lo que solemos llamar espíritu. Pero un solo desvío hace que nuestra cara esté en occidente, y nuestros pies vayan camino de oriente. Como un delgado hilo es la esencia del alma, espero que le pongas atención. Recuerda que muchos han ido en pos de grandes telas, pero en la ruta perdieron su mejor vestido. El camino es solo un hilo delicado, no lo confundas con los demás tejidos. Sabrás cual es cuando te apartas, sabrás cuál es cuando permaneces: nadie lo encontró, nadie lo perdió, pero todos lo buscan en los demás bazares. Si atiendes a tu naturaleza esencial, ella te lo explicará detenidamente.

Algunos sabios dicen que el gran rugido se escuchó en el desierto, otros que el león fue visto en la montaña. Todos ellos se han perdido siguiendo los pasos de los demás, nadie que encontró un tesoro deja señal alguna: las huellas del verdadero camino todas están borradas, la fiera que sabe rugir nunca tiene los mismos hábitos. Así es la naturaleza esencial. Si la buscas desaparece, si la olvidas te devora. Tan difícil como explicar los sueños, es encontrar las huellas del que sabe caminar. El camino no empieza ni termina, el primer paso no lleva a ningún lugar. Los que han caminado así no se han movido, y han permanecido en todo lugar. La naturaleza esencial es así, no la confundas con la espiritualidad. Si es de esto lo que hablamos, puede ser entonces que comencemos a tener la misma cara, y encima de la mesa la mano de black jack. Nadie que hizo un juego así puede desear otro juego. Nadie que permaneció en el hilo, se satisface con los caminos anchos. Nuestro espíritu es la esencia que todo lo acomoda, la que nos lleva con naturalidad al sitio de ninguna parte, el sitio de todos los sitios, el juego de todos los juegos, la luz de todas las luces que no tiene asidero material. Si observas con atención, es este el sentimiento que has querido sostener, que te ha puesto en tus manos las numerosas partidas en las que tu sabes que has podido vencer, pero tus intuiciones al respecto no han sido firmes, te has dejado llevar como los maderos a través de las diversas corrientes de los ríos, te has conformado con recoger las conchas que otros coleccionan, pagándote un precio excesivamente barato para tanto esfuerzo, por el que renunciaste al encuentro tu propio tesoro, al sentimiento lúcido de tu auténtica realización.

Cambiando conchas por arena, clavos por tornillos, así se va la vida, sin observar que en las cámaras selladas los que no han descubierto que su rostro es el tuyo, solo guardan los restos de las cosas inútiles: mientras te inclinabas para recoger sus conchas, el gran tesoro al que lleva el hilo de la vacuidad pasó sobre tu cabeza. Ni una carta de más, ni una carta de menos. No te conformes con cualquier partida. Sé exigente con la elección del tesoro que tú debes descubrir. Revisa los cofres de los demás y si no atiendes las palabras de sus dueños, comprenderás que solo guardan restos que nigún bazar aceptaría en depósito. Si estamos hablando del mismo tesoro, te aseguro que ese sí lo podrás encontrar: nunca lo has ganado, nunca lo has perdido, no está ni atrás ni adelante del bulto que miro cuando tú caminas. ¿Por qué es tu tesoro?. Esto es justamente lo que deberás responderte, tan pronto encuentres a tu mismo bulto, transparentado en los remolinos de polvo del camino.

Algunas personas piensan que nuestra naturaleza esencial no sirve para la existencia, prefieren andar cojos o con muletas que arriesgarse a perder las dos piernas. Esto se debe a que desde siempre han ignorado la realidad y se han pasado la vida buscando distintas lunas en distintos charcos. Ellos pueden aceptar que los leones han rugido en las altas montañas y en los vastos desiertos, pero tienen miedo de abrir la ventana y encontrarse con misma fiera que produce el mismo rugido. El miedo que los embarga no les permite pensar que si bien esas fieras han pasado numerosas veces por cada ventana, no van buscando cualquier médula. La fiera de todas las fieras no levanta las piedrecillas donde se esconden las serpientes.

Refleja desde ahora tu quietud serena sin quehaceres, y en la vasta extensión de tu entorno nada quedará sin hacer: ninguna realidad sin manifestarse, en el momento justo del modo apropiado. ¿Cómo puedes saber que estas fieras rugen así, si por andar con mil quehaceres nunca te has escuchado?. La misma fiera, el mismo rugido: la misma luna, la misma cara.

La luna brilla, sin explicación

Si no deseas satisfacerte con el conocimiento superficial, debes esforzarte para que tu búsqueda de la verdad sea precisa. Esto requiere de una aguda observación sobre ti mismo. Hay personas que todavía no han aprendido cuál es el nombre que tuvieron antes de nacer, y se afanan por que otros escuchen sus diez mil definiciones de los

diversos nombres de las cosas. Los sabios nos enseñaron a atender primero nuestros propios negocios, con la diligencia adecuada. Hay cierta prisa en esta tarea, porque el mismo nombre que tuvimos antes de nacer lo tendremos cuando la vida se extinga en la realidad inmediata. Debemos utilizar con diligencia nuestro presente, y no obstinarnos en hacerlo una prolongación del pasado, ni un anticipo del devenir. Si no actuamos con la diligencia debida en la administración de nuestro momento, podemos arrastrar siempre pérdidas, e invertir la moneda de oro en una futura bancarrota. No confiemos que el

mañana nos resuelva las expectativas del presente, observemos que el pasado no nos proporciona las lecciones adecuadas. El futuro está allí exactamente como lo está el pasado, pueden ser flores, unas frescas y otras marchitas, pero ninguna de ambas constituyen atinadas inversiones porque son de aire. Nuestros movimientos tienen que ser seguros, nuestro pensamiento preciso.

Si necesitamos resolver nuestra existencia, no queda otra elección que atender nuestra realidad presente, que es el asiento del tesoro. Nunca encontraremos nuestra naturaleza esencial en las modificaciones sucesivas de la impermanencia, lo único que podemos encontrar en el pasado y en el futuro, es una pluralidad de nombres, con los que designamos las pérdidas y las ganancias. Ningún tesoro hallarás si por el mismo consideras los papeles que reflejan las sumas y las restas de tu negocio. Aunque el saldo sea a tu favor, con esos papeles no podrás comprar ni una barra de pan. El único tesoro eres tú, y solo existes en el momento presente. Si el pasado y el futuro te inquietan, comprende que los mismos solo los puedes resolver en tu acción presente. Pero debes esforzarte en trascender la visión de tus negocios, y comprender que los mismos son algo más que las sumas y las restas: ni siquiera el adecuado registro de las pérdidas y las ganancias, garantiza el éxito de los asuntos.

El verdadero conocimiento es como el agua, no tiene sabor pero su esencia está en todos los sabores. La sabiduría es algo más que el conocimiento, es una realidad presente que te lleva a actuar momento a momento, a través de la observación precisa, con la conclusión precisa y la resolución adecuada de cada uno de los factores de la impermanencia. Es una acción o una omisión espontánea, mediante la que tu naturaleza original se expresa en el mundo. Por eso hallarla es el principal de todos tus asuntos, de otro modo ella te hallará a tí, aunque su cara no será la que tu crees tener. Si comprendes bien la lección, comprenderás por qué nunca podrás hallar sentido al pasado, y porqué el futuro se te aparece como un sueño lleno de dilemas e incertidumbres, por más que lo quieras dulcificar. Si en un sueño ves que tu cara no es la tuya, a ese sueño siempre lo llamarás pesadilla.

Si por el viento de tus acciones necesitas regresar insistentemente al pasado, no busques las ramas sino la raíz, y pregúntate: ¿Cuál fue mi esencia antes de nacer?. Si el viento de tus acciones te arrojan hacia el futuro, no busques las ramas sino la raíz, y pregúntate: ¿Cuál será mi esencia después de la muerte?. Busca en todo la esencia que está detrás de las transformaciones, ella es como el agua que no tiene sabor pero que forma parte de todos los demás sabores. No creas que tus respuestas vendrán a consecuencia de las miríadas de definiciones que poseen los diez mil nombres: las respuestas acertadas son un sí o un no, todo lo demás son deshechos. Observa que a veces un sí es un no; trascendiendo la dualidad hallarás el trono del león, el único asiento que te corresponde, donde tiene asidero el reino de luz infinita del momento

presente. Las preguntas más difíciles tienen siempre respuestas breves y sencillas, las preguntas más sencillas, se responden con un gesto. Aprende también que las palabras sobran cuando lo que se resuelve es la esencia de las cosas, un gesto basta siempre para poner a un idiota en el sitio del presente. Ese mismo gesto sirve para respondernos a nosotros mismos las preguntas inútiles, la sabiduría transcendental nunca ha estado reñida con el buen humor.

Muchas personas han dado mil explicaciones sobre la naturaleza de la luz de la luna, pero lo único cierto es que la cuando la luna brilla en el momento presente, nada tiene explicación: la noche se transforma a través de las vibraciones de su intenso magenetismo: la luna brilla sin explicación. Si te interesa comprender con más detalle las características de la realidad, primero siente su impacto en tu interior, entonces observarás que sus hilos delicados se extienden por todo el universo y que las verdades profundas nunca tienen explicación, son sencillamente parte de tu propia realidad. Nadie puede decirte por qué el presente es así, pero nadie puede escapar de su realidad presente, ni aunque indague su infancia, ni aunque visualice su futuro. Si te gusta resolver grandes retos tienes aquí uno: no es reto para los sabios comprender el pasado ni adivinar el futuro, la vida está llena de sus observaciones aunque son hazañas poco atractivas para un sabio, hasta los niños pueden profetizar la caída de un cometa, o el paso de un huracán. Son proezas menores: lo difícil es encontrar nuestra raíz en el momento presente, emplazar nuestra médula en la poderosa realidad que llamamos el ahora, que nos expulsa hacia atrás y hacia adelante, como un animal furioso que no nos quiere entregar su madriguera.

La fiera de todas las fieras tiene su morada en el presente, los que no están aquí son cervatillos, coyotes sin morada. Sin explicación, es así el brillo de la luna. Deja que los demás seres vengan a tu morada, no corras en pos de los que ignoran donde está su nido. Si con una mirada o un gesto les cortas todas sus ilusiones, es porque llaman tesoro a las cosas inútiles. Aunque tu compasión sea poderosa, no expongas nunca el hilo diamantino que estructura la realidad presente. La fiera de todas las fieras duerme tranquila en su madriguera y sin embargo sabe todo lo que está ocurriendo momento a momento en sus vastos territorios. Sus ronquidos alertan a las demás criaturas, porque resuenan en el interior de la realidad, con la misma intensidad del gran rugido. Sin explicación. Un momento de luna, un momento de sol. Nada hay que descubrir, nada hay que ignorar. Si observas con detenimiento, encontrarás que has arrastrado la sed que no has podido saciar en ningún estanque. Esta sed interior escapa también a cualquier explicación, y sin embargo has expuesto tu existencia a su resolución, sin saber hacia adónde te arrojaba, ni su verdadera necesidad. Esa terrible sed que nos lleva de un lado a otro ha terminado secando nuestras ilusiones, dejándonos como hojas secas arrastradas por cualquier viento y por cualquier camino. Lo que llamamos

seguridad no es otra cosa que el lado del camino a donde nos arrojó la última brisa. Si esta sed hubiera sido precisa, todo el esfuerzo al que hemos sometido a nuestra mente y a nuestras emociones, el fruto entero de nuestras acciones, hubiera culminado con el gran negocio de nuestra existencia, todas las ciudades se quedarían pequeñas ante el inmenso resultado de nuestra obra. Numerosos sabios han llamado a esta sed el deseo, encontrando sus raíces en nuestra necesidad de sensación. Sin embargo, si observas con detenimiento, si la precisión de los sabios hubiera sido acertada, desde hace miles de años todos hubiéramos podido encaminar nuestras vidas en esa exacta dirección. Nuestra sed es tan intensa, que supera a esa definición. Otros sabios han observado que nuestra sed arranca de la necesidad de ser; sin embargo, aun rodeados por las condiciones que afirman la individualidad de nuestro ser, y contando con los numerosos medios idóneos para nuestra plenitud, esa sed no se sacia. Si unimos ambas respuestas, podríamos afirmar que el deseo nos impulsa a la realidad del ser, pero aun contanto con la más hermosa satisfacción y plenitud, nuestros actos han buscado otros descubrimientos, arrojándonos de nuevo a los caminos. Solo hay un sitio que no hemos pisado, ese sitio es el presente.

Las personas comunes sienten un poderoso miedo al presente. Prefieren vivir en el pasado o en el futuro. El presente nos puede evidenciar lo que somos, no lo que queremos ser. La sed que arrastramos no puede ser saciada con cualquier fruto, es sed del presente. No la confundamos con las ramificaciones de nuestras necesidades menores. El miedo nos arroja del presente, como un animal furioso, porque nuestro ego no

quiere reconocer sus limitaciones. Esto causa que no reconozcamos tampoco la eficacia de nuestros poderes existenciales. Nuestro ego no quiere verse en el espejo de la realidad presente, prefiere ir por el mundo con su fotografía imaginaria, la del ayer y la del mañana. Sin embargo, los sabios que así han meditado, emplazando su ser en la realidad presente, sonríen, sin que nadie pueda comprender por qué.

Cuando vencemos el miedo a la realidad presente, el ego se desvanece por sí solo, y podemos mirarnos a la cara sin necesidad de espejos. La claridad de nuestra verdadera naturaleza aparece por sí sola, y con ello la totalidad de nuestros poderes existenciales. Sabemos lo que somos, sabemos qué queremos, sabemos donde estamos. No necesitamos más para el siguiente paso. El presente sacia nuestra sed, porque permite el impacto de la totalidad en nuestra médula. Es la gran sensación, es la total plenitud. Al camino del presente algunos sabios lo han llamado el gran vehículo de la existencia. Atiende este detalle, y todo el universo se clarificará por sí solo. Algunas personas piensan que nuestra naturaleza original no está en el cuerpo, prefieren hablar del alma, de la mente o de los ángeles. Sin embargo, los movimientos de nuestro cuerpo son poderosos cuando atendemos el presente, porque es el firme asidero de nuestra alma y de nuestra mente en el auténtico marco de la realidad presente. Cada paso es ahora, cada movimiento nos evidencia lo que somos. Nuestra forma actual es nuestra esencia, si nuestra alma y nuestra mente siguen el ritmo de la realidad presente. Cuando el alma, la mente y el cuerpo son un todo único de expresión presente, no hay distinción entre lo basto y lo sutil, entre el movimiento y el no movimiento, entre el espíritu y la materia, entre la forma y la esencia: nuestra realidad es una poderosa totalidad de realización y esplendor. Así lo enseñan los árboles, la explosiva belleza de la realidad manifestada. En el momento presente no hay nacimiento ni muerte, el presente es la expresión de lo no nacido, de lo no creado, por tanto de lo imperecedero y de lo eterno. La luna brilla, sin explicación.

El gran círculo

La realización del presente no recae en una cosa u otra, de allí que es un error confundir nuestra naturaleza esencial con lo que las personas ordinarias denominan la espiritualidad. La palabra espiritual corresponde a un universo de definiciones duales, a través de la cual determinados comportamientos o percepciones, se intentan distinguir de las llamadas realidades materiales de la existencia. Esto solo trae confusión, y una visión espiritual tan limitada, como una docena sardinas en una lata de conservas. Nuestra naturaleza esencial no se expresa en lo que las personas ordinarias denominan la parte espiritual de la existencia, ni se manifiesta en podríamos llamar la vida material, ya que trasciende a las limitaciones que esta dualidad impone en la percepción del significado de la existencia. Nuestra naturaleza esencial puede convivir con el mundo de las formas y las dualidades, de hecho lo hace a cada instante, pero lo hace de un modo distinto, de un modo que podríamos llamar despierto. Quien vive en la ignorancia habita un universo poblado de temores, el miedo condiciona a todos nuestros comportamientos a profundizar en los senderos de la dualidad. Esto nos hace cometer numerosos errores, porque no existen límites claros entre los elementos duales, y sus transformaciones evidencian un comportamiento cíclico que en nuestra lógica produce las contradicciones de nuestros comportamientos, pensamientos y sentimientos. La dualidad no se resuelve con una separación de los contrarios, ni integrando los mismos. Unicamente trascendiendo esa limitativa percepción del comportamiento de la realidad, podremos tener la perspectiva adecuada capaz de despertar en nosotros la visión de totalidad. Esto es muy necesario para que comprendamos la profunda naturaleza de nuestro ser. La compleja visión de la realidad se resuelve mediante la comprensión sencilla producida por el impacto de nuestra percepción de la totalidad. Podemos explicar en numerosos volúmenes lo que es el amor, pero el enamorado únicamente sonríe. La luna llena representa nuestra naturaleza esencial. El universo de las formas tiene numerosos lagos en los que se refleja la misma luna; el momento presente representa nuestra vasta morada, y el vacío la completa dimensión de nuestros dominios. Si observas con atención, toda la realidad ha estado siempre en nuestras manos, hemos sido eternos y luminosos, formados de la misma esencia que los planetas y los soles, nuestro sonido interior nunca se ha

distanciado del canto de las cascadas, la perspectiva de nuestra mirada nunca ha sido diferente que la del águila, las direcciones de nuestra libertad nunca han tenido límites. ¿Cuál es el error que hemos cometido de vida en vida, para causar la gran catástrofe de nuestra existencia, que ha condicionado nuestros nudos y obstáculos, nuestra equivocación tan colosal?. La búsqueda de alimentos también ha sido la faena de los pájaros, y la dulzura de sus cantos nos expresa los matices de la naturaleza esencial. El gesto de los animales salvajes nos expresa la certeza de estar en esta vida aposentados con naturalidad en sus dominios.

Los rayos de la aurora nos anuncian la belleza del día, y cada luz del firmanento nos informa de una belleza que en nuestras vidas no hemos sido capaces de traducir. Miles de años hemos tratado de trasladar la belleza del universo a nuestra vida cotidiana, y solo hemos logrado rozar sus líneas, después de recrear los mil infiernos por doquier. Nunca hemos vivido el presente, nos hemos instalado en el pasado y en el futuro, causando las grandes catástrofes de nuestra existencia, marchando de un lado a otro como coyotes abrumados emigrando a mejores sitios todavía por descubrir. El presente es nuestra gran respuesta, nuestra gran salida, el círculo donde debemos instalar en definitiva nuestros huesos. Pero con desearlo no basta, millones de imágenes y de pensamientos nos asaltan, el indomable animal del ego nos empuja hacia atrás y hacia adelente, impidiéndonos reposar en nuestra auténtica morada. ¿Cuál es nuestro gran error?. Numerosos sabios han intentado apoderarse de la casa del presente con las manos vacías, abandonando todo en el umbral, y han sido sorpresivamente arrojados una y otra vez de sus moradas. Otros lo han intentado llevando en su mochila los aprovisionamientos de la gran sabiduría, y han sido arrojados de allí en un instante. Muchos han querido instalarse por asalto en el vasto dominio del presente, como conquistadores de una ciudad vencida, pero también han sido arrojados de estas mansiones majestuosas. Algunos dicen en sus fantasías que encontraron el gran lugar y que viven en él cada momento. Si fuera así, sus palabras serían claras, su mirada transparente. Sus caras serían los grandes lagos en los que aparecería la inmensa luna llena. Si observas con detenimiento, comprenderás que todos vivimos alguna vez en las hermosas salas del momento presente, y que el nacimiento del ego fue el que nos arrojó de allí. Los miedos nos hicieron recorrer las mansiones y los infiernos de las terribles pesadillas del ayer y del mañana, y la muralla que nos impide ahora penetrar en el gran castillo de la realidad presente, es la duda.

La más pequeña duda hace que nuestro paraíso sea un infierno, y que nuestro rostro original no lo encontremos en ningún camino. Un momento de duda hace que la fiera de todas las fieras pierda el control de todos sus dominios, que la espada se rompa, que el universo se fragmente en mil infiernos para tí. La certeza de tu naturaleza original es el suelo en el que se afirma el trono del presente. De allí que debes consultar contigo mismo cuál es tu verdadera cara, para permanecer en la serena quietud. Es esa, no otra. Observa que nadie que siente miedo del presente, puede decirte en realidad quién eres. Si el gran león cede un milímetro, todos los conejos bailarán sobre su lomo.

El tiempo

Cuando hablamos del momento presente, lo decimos en un sentido diferente al que solemos convenir por tal concepto dentro de la perspectiva de lo que el mismo significa en el tiempo lineal o secuencial. Nuestros egos tienen una percepción anclada de los fenómenos de la impermancia, esto permite consensuar la naturaleza de los fenómenos en su secuencia lineal, como presente, pasado y futuro. De allí que quien no ha establecido su naturaleza esencial, estima que la percepción del presente es un fenómeno frecuente en sus vidas, extrañándose del potente significado que al presente otorgan los sabios.

Para las personas ordinarias que no han establecido la naturaleza esencial, los fenómenos de la impermanencia ocurrieron en el pasado, ocurren en el presente, y ocurrirán en el futuro. Para los sabios, esta forma de expresarse es convencional, y nadie desea entrar en polémicas debido a que la naturaleza del tiempo es en esencia diferente. En el tiempo presente está el pasado y el futuro, los sabios que han logrado la percepción de la naturaleza de sus almas, lo han comprendido así. No se trata de una enseñanza secreta, sino simplemente una verdad difícil de consensuar cuando los fenómenos de la impermanencia son

examinados por los egos. Por decirlo de alguna manera, los sabios no se oponen a examinar las condiciones y características de la existencia en el tiempo lineal, y utilizan este sistema para referirse en sus enseñanzas a diversos aspectos de la existencia que pueden ser mejor comprendidos por los egos si no se les modifica sus percepciones temporales. Suena muy extraño explicarle a las personas que lo que llaman tiempo pasado, tiempo presente y tiempo futuro, constituyen una misma realidad no latente, sino explosiva en la naturaleza misma de nuestra alma, un instante poderoso que se nos revela cuando nuestra esencia más prístina no está condicionada por el ego.

Los sabios se han referido a nuestras muchas vidas, y para que las personas ordinarias pudieran comprender su significado y el curso causal del viento de las acciones, han elegido como recurso exponer esta enseñanza mediante la usual fragmentación del tiempo. Si nuestras muchas vidas constituyen una realidad difícil de asimilar para el conjunto de las personas ordinarias, más extraño les sonaría que las mismas estuvieran ocurriendo simultáneamente. Sin embargo, los esfuerzos de la física moderna en el comportamiento de las partículas, van confirmando las agudas percepciones de los sabios. De allí que cuando hablamos de la necesidad de superar el pasado, nos encaminamos a dejar sin

asidero al ego para que nuestra alma se desencadene de tales ataduras y condicionamientos mentales, y que cuando decimos que adivinar el futuro es posible, estamos refiriéndonos metafóricamente a una realidad que es percibida así por los egos, cuando no es otra cosa que la poderosa y directa percepción del alma de la realidad que en su conjunto es siempre presente. Nuestra afanosa comprensión de la causalidad, establecida como parte de la búsqueda de seguridad del ego, hace ver que el contínuo de la impermanencia posee un conjunto de elementos que en su curso causal presentan numerosos factores de impredictibilidad; esto es realmente cierto en el dogma mayoritariamente consensuado del tiempo lineal o triple tiempo, pero no solemos caer en cuenta que uno de los grandes factores de la impredictibilidad es el propio modelo temporal que utilizamos en el examen de los cursos causales, que constituye un imponderable técnicamente imposible de considerar cuando examinamos realidades más profundas que el tiempo en que dos cuerpos se desplazan sobre una superficie. El modelo temporal utilizado por la física mecánica en sus experimentos, no es idóneo, por ejemplo, para examinar los comportamientos de la energía, menos aun de nuestra psique, ni de lo que llamamos alma. Podemos periodificar el tiempo de vida de nuestro cuerpo en ese examen de la temporalidad mecánica, o comprender a través del mismo los desplazamientos de nuestro cuerpo de un sitio a otro cuando vamos a la oficina o de viaje, pero todos hemos tenido la percepción de que nuestra vida síquica es más intensa y compleja, un mes de nuestra vida puede tener más intensidad que todo cuanto podamos haber vivido y sentido en los últimos años. Nuestra psique, entendiendo por ella el alma en este caso, como fusión de las numerosas actividades de nuestro cuerpo, las emociones y la mente, no puede ser comprendida si tratamos de examinar sus funciones a la luz del modelo lineal del tiempo. Del mismo modo sucede con nuestra consideración de los planos. Sin embargo, debemos admitir que para la mente ordinaria, es más sencillo comprender la naturaleza de estos fenómenos si los traducimos como si fueran comportamientos acaecidos en el tiempo lineal.

Quien no posee la poderosa expresión de su auténtica naturaleza, no podría comprender el especial significado de lo que los sabios quisieron decir mediante la expresión ahora, como constitutiva de una realidad presente que rebasa el modelo de la causalidad física. No olvidemos que nuestra naturaleza esencial es no nacida, no creada, ínsita en todas y cada una de las manifestaciones de lo real, carece de nombre y de condicionamientos, no así nuestro ego. Nuestro ego nace a causa de la inseguridad que a partir de un momento de nuestras vidas hace surgir en nosotros un miedo agudo que estimamos inevitable ante las transformaciones de un conjunto de fenómenos de la existencia; queremos permanecer en nuestra forma física y comenzamos a estimar como primordial nuestra integridad corporal, muchas veces por encima de lo que se produce en nuestro plano emocional y en nuestra actividad mental. En este planteamiento meramente físico de nuestra existencia, es que tiene su origen la interpenetración del modelo lineal del tiempo en nuestra mente, tanto en nuestra configuración como individuos como en los procesos de socialización en general. Es sin duda un recurso útil para un conjunto de funciones de la

existencia, pero no para la comprensión del universo, ni es idóneo para la precisión del conjunto de procesos y funciones que realizan nuestras almas. De este modo, el modelo lineal aparece como limitativo para una comprensión plena de numerosos aspectos que se manifiestan en forma muy diversa para las personas especialmente sensibles a la dimensión de los sueños, a la percepción de sus numerosas vidas o a las manifestaciones de sus seres queridos trascendidos, y en general a las experiencias entre los planos y sus seres; sería un absurdo en la lógica del triple tiempo que la reencarnación de nuestra hermana menor fallecida se nos manifieste a través de una persona que en nuestro mundo terrenal nació en fecha anterior que nosotros, o que nuestras vidas estuvieran ocurriendo simultáneamente en diversos planos o a través de personas distintas a lo que llamamos nuestro yo, con caras, actividades y mundos diferentes, o que nuestras vivencias aquí se interpenetran con la vivencia de otro ser cuya emocionalidad está vibrando en este mismo instante en una de las numerosas batallas del imperio romano, o dando a luz en otro plano.

La percepción del momento presente y el emplazamiento en el ahora, no es entonces un ejercico físico, sino lo que permite centrar nuestra naturaleza viva y sus experiencias vitales, trascendiendo las limitaciones del tiempo lineal para encajar nuestro ser por completo, en nuestra directa interpenetración con la totalidad. El ahora de las personas ordinarias, es un concepto con el que se expresa lo efímero; el ahora que nos enseñan los sabios, es el árbol del conocimiento, el océano de la sabiduría trascendental, el oído que todo lo escucha, la visión que todo lo observa, la mano que todo lo acomoda. Nada sobra y nada falta, en el ahora de los sabios. La sabiduría del ahora no es cómoda para la mente, y sobre todo, no es cómoda para el ego. El ego necesita enmarcar temporalmente, dentro de los límites de la causalidad mecánica, sus apegos y rechazos, todo lo cual lo enseñorea y le da un fundamento cuasi real, del que carecería a través de una una observación más detenida de las cosas. De allí que esa sed nunca saciada que resolvemos emplazando nuestra naturaleza esencial en el presente, es trascendida cuando percibimos la totalidad de nuestro ser, reuniendo en nuestro corazón, todas sus cualidades, manifestaciones, vibraciones, aspectos, experiencias y gran sabiduría, en un ser único y pleno, poderoso y actual; trascendiendo esa fragmentación, en la plenitud del ahora que es el encuentro con nuestro ser, la Fuente imperecedera. Somos así manifestación y transformación, magia y razón, emoción y mente clarificada; compartimos la misma esencia que late en el vacío de la impermanencia, en donde tienen su asiento cada uno y el conjunto de todos los fenómenos, visibles e invisibles, imponiéndonos toda esta verdad, momento a momento, el perfeccionamiento y la evolución de nuestra vida y de las realidades que son tan parte nuestra cual hilos un mismo tejido, dejando atrás las limitaciones, la vulnerabilidad y la pseudo realidad de los egos: superando los condicionamientos de la pulsión de la afinidad que rige la causalidad de los apegos y de los rechazos, y clarificando un universo en el que es en efecto posible

crear nuestro propio aspecto, nuestro entorno y la realidad, que son nuestro verdadero ser, de un modo sutil y sublime, sin que exista separación entre el yo y el otro, sino la fuerza de un único corazón, cuyo latido sostiene la energía de todas las transformaciones, nuestra identidad más verdadera y nuestra percepción eterna del ahora.

Comprensión profunda

Decimos numerosas veces que los niños tienen gran facilidad de aprendizaje. Si observamos a los niños en el momento en el que se le enseña a sumar, veremos que lo aprenden con naturalidad, considerando la unidad y la progresión de enteros como una suma; naturalmente, esta seguridad que se les proyecta para que aprendan el proceso de adición, luego debe transformarse en la explicación de la resta, partiendo de esas mismas unidades numéricas. Los niños pueden asimilar con naturalidad estos cambios debido a que tienen despierta su inteligencia emocional, ellos pueden comprender que la luz del fuego es buena porque alumbra, y mala porque quema, entendiendo esta cuestión como un proceso unitario y no como una separación o dualidad de lo manifestado. Es en el camino de la vida que la dualidad aparece como una contradicción difícil de resolver o trascender, cuando utilizamos las funciones de la mente objetiva y hemos comenzado a establecer en nuestra consciencia la percepción de la cuasirealidad proyectada por nuestros egos. Los sabios sonríen como los niños porque en el proceso de sus transformaciones logran despertar

esas facultades del alma que hoy denominamos inteligencia emocional; esto requiere de una gran seguridad en los poderes del nuestra alma, de modo que para los sabios la percepción de la unicidad no es ninguna cuestión difícil.

La duda es lo que nos separa de la percepción de la unicidad, si bien es una realidad racionalmente evidente en todos los procesos de la materia y del espíritu, en la totalidad del universo. De hecho, numerosas funciones de gran responsabilidad en el mundo de hoy, son realizadas asumiendo en tiempo presente nuestro pasado y nuestro futuro, como lo evidencian las obras de los grandes estadistas que en el momento presente toman difíciles decisiones asimilando la historia de las sociedades y su devenir, a esto lo llamamos actuar responsablemente en el terreno político y es lo que esperamos de nuestros gobernantes cuando les confiamos el gobierno a través de nuestro voto. Si estos gobernantes actúan de esta forma, tomando difíciles y variadas decisiones cada día, que conciernen al pasado y al futuro de nuestras sociedades, es gracias a su concentración en el presente, como resumen de la totalidad de la vida pública. Si no lograran efectuar estos procesos, el gobierno sería un desorden, y las legislaciones que se producirían en ese mandato gubernamental, derogarían las tradiciones legislativas y establecerían cuerpos legales ineficientes para las funciones sociales de mañana. Aunque es lógico pensar que estos estadistas no toman estas decisiones a la ligera, sino que reciben auxilio de sus asesores y los consejos de sus ministros, en la práctica gubernamental numerosas de estas decisiones las adopta el presidente a solas, consigo mismo, en tiempo presente. Lo mismo ocurre en los quirófanos, cuando los equipos médicos tienen que resolver una situación imprevista, su concentración en el presente precipita una decisión en la que están involucrados muchos siglos de conocimiento médico, así como la previsibilidad de la acción presente en el resultado de bienestar para que el paciente continúe viviendo mañana. No podemos resolver el proceso del presente si nuestro corazón alberga la más mínima duda; para que el corazón no dude, debemos formarnos adecuadamente.

Numerosas personas hacen constantemente el elogio de la duda, como si ello fuera signo de inteligencia. Lógico es pensar que la duda es un mecanismo que nos permite comprender numerosas funciones de la vida y del universo, pero observemos que un bombero no está en condiciones de dudar cuando su deber presente es entrar en medio de las llamas y rescatar a la víctimas de un incendio. La duda cumple una función importante en el aprendizaje, ella permite analizar las incertidumbres y establecer los modelos teóricos de la acción, pero es la fé la que resuelve el momento presente. También el científico tiene fé en la duda como método razonable para superar los paradigmas de la ciencia o la praxis de su conocimiento. Nada de esto es diferente de los procesos que ocurren en la mente y en el corazón de los sabios para su comprensión cabal de las funciones del alma, pero todo estudio es realizado en función de la vida, y esta tiene su resolución momento a momento: si no tenemos fé en esta resolución, seremos como un avión que va a Noruega y termina haciendo un aterrizaje forzoso en las Antillas. Si observamos los numerosos procesos de la interpenetración de lo real, numerosas personas dependen de nuestra acción, incluso otras que no están en nuestro inmediato campo de visión: somos como el piloto de una gran nave que cotidianamente lleva a numerosos pasajeros a bordo, todo esto nos obliga a establecer por todos los medios a nuestro alcance, que la navegación sea siempre segura. Si observamos con detenimiento las cuestiones del alma y sus procesos de integración en la atomósfera del momento presente, la interpetración de nuestra psique con el trabajo elimina automáticamente numerosos procesos de duda que de estar ociosos, aparecen en un número muy plural. La acción misma resuelve el devenir. Así ocurre en los procesos de resolución y trascendencia de las cuestiones del mundo espiritual, la vagancia es mala consejera para una adecuada resolución del camino.

Siempre aprender

El alma nunca está preparada para enseñar a otros, como una madre nunca está preparada para sacar adelante a sus hijos. El momento presente te alumbra para que realices tu acción lo mejor posible. Aunque la esencia única sea de la misma naturaleza, cada persona es diferente, su sicología, sus

procesos de socialización, las configuraciones de su ego, misteriosamente nadie es idéntico pese a que participamos de la unicidad de lo real. Si observamos a las hormigas, todas se parecen al punto que resulta imposible distinguir una de otra, sin embargo los que trabajan cotidianamente con las hormigas, no solo observan sus diferencias físicas sino los matices de sus diversos comportamientos. Aunque yo pueda tener el conocimiento de los procesos de tu alma, la precisión de tus obstáculos y demás condicionamientos, la correcta visión para observar cuál debe ser tu acción, nada de esto garantiza ningún resultado, porque cada uno es dueño de su acción, el conocimiento y la realización son siempre personales. Algunos sabios han estimado que la luz del alma es un fuego que se contagia de Maestro a discípulo, esta es una figura muy hermosa pero tomemos en cuenta que su posibilidad reside a una interpenetración muy directa de la sabiduría, diríamos que cotidiana y transmitida de corazón a corazón, teniendo el discípulo la misma sed de resolución que tuvo el Maestro un día, cuando inició su camino. También algunos sabios han precisado un hecho muy cierto, y es que la interpenetración se produce por doble vía, el discípulo aprende del Maestro, y el Maestro aprende del discípulo. Esto ocurre también el la escolaridad oficial, los discípulos con sus actitudes constituyen un estímulo para que el Maestro de una determinada disciplina se obligue más a sí mismo. La diferencia en las cuestiones del alma, es que es el proceso de transmisión de la sabiduría implica sentimientos de profunda amistad, haciendo de cada detalle de las vidas del Maestro y del discípulo, motivo de reflexión y aprendizaje común. Es así una contrastación de experiencias y conocimientos, motivadores de diálogo y un consenso poderosamente gráfico e ilustrativo, convalidatorio para ambos, pero no necesariamente para terceros. Todos nos parecemos, y aunque tengamos piernas, si nos caemos no siempre la fractura recae en el mismo hueso, en algunos casos es suficiente una venda, en otros habrá que enyesar, y aun así, para algunos es necesario apoyarse en muletas, y para otros la situación se sobrelleva con un bastón. Tenemos la misma cara, pero nuestros rasgos y gestos son diferentes. Quizás podríamos decir que el alma comienza a prepararse para enseñar a otros, desde el mismo momento en que desea aprender, como ocurre con las personas que sienten una poderosa vocación hacia el magisterio. Pero como sabemos, los diplomas de los maestros de escuela no producen necesariamente alumnos destacados. El camino de los sabios se ha realizado numerosas veces de un modo sorpresivo, ya que han dedicado sus esfuerzos para aprender las lecciones de la existencia, y en el camino se han encontrado a almas que estaban aún más perdidas que las suyas, la integración en la acción presente ha ido resolviendo todo lo demás. También podríamos decir que comenzamos a ser maestros cuando hacemos del diálogo una práctica, porque el diálogo entre iguales es beneficioso para los que dialogan; comenzamos a ser maestros cuando aprendemos que la imposición y el dogma no son el fruto de la sabiduría sino de la sin razón.

Cuando la luz del conocimiento comienza a alumbrar nuestros corazones, sentimos la necesidad de consensuar nuestras experiencias. De allí que sería más preciso llamar amigos a quienes comparten la intimidad del Camino, con la misma naturalidad con la que llamamos amigos a aquellos que frente a una taza de café conversan con sinceridad y transparencia sus asuntos. Pero en todo debemos ser cuidadosos, y observar que también numerosas personas que no consideramos en nuestra habla ordinaria como amigos, por habernos causado algún daño, pueden de hecho ser nuestros maestros, al evidenciarnos lecciones muy precisas que nuestra alma necesita aprender. Numerosos daños que sufrimos en nuestro ego los sobredimensionamos, sin que ello nos permita establecer el sentido de esas experiencias tan puntuales en nuestra existencia, incluso pasamos por alto que a veces son repetitivas. Las acciones que estimamos nos agravian injustificadamente, requieren de una observación más aguda; todo esto nos permite clarificar el sentido de tales acciones como parte de nuestro aprendizaje, sus matices por lo general traen a la superficie la naturaleza de nuestro ego y la forma en que se disparan nuestros obstáculos de realización. Muchas veces lo que llamamos un agravio injusto puede serlo, pero hemos sido nosotros la causa de que la oportunidad del mal se evidenciara. Debemos comprender en estas experiencias, que también es parte de la sabiduría, el conocimiento de las armas del mal. Un piloto experimentado sabe en qué rutas aparecen las tormentas, y la forma en que éstas son capaces de transformar la navegación serena en una gran catástrofe. Si emplazamos nuestra médula en la circunstancia de que todo lo real enseña, observaremos que nunca podremos dejar de aprender, aunque nos llamen maestros y nos consideren dotados de una

gran maestría. Como el piloto que realiza su primera navegación, cuando nos corresponda enseñar las propias circunstancias resolverán lo demás. Entonces veremos que la responsabilidad del magisterio no es diferente que la del piloto, ni la de este con relación a la del cocinero.

En La Gran Montaña

Si crees que vas de ida, despierta,

que vas de regreso.

Son los otros los que van

de rama en rama,

buscando la fruta deliciosa,

árbol tras árbol,

en el horizonte de las muchas vidas.

¿Cuándo aprendiste

que esas frutas no sacian?

Rota tu rama, en el suelo del bosque,

ávidos de deseo, todos te harán ver,

que su búsqueda es el auténtico camino.

Te harán ver, que así lo hicieron los padres

y los abuelos, desde los árboles más altos,

te enseñarán antiguos pergaminos.

Si permaneces imperturbable,

oirás más tarde sus lamentos.

Con la resignación de un huérfano,

aprende la meditación silenciosa,

y deja que todo transcurra,

como las mutables nubes,

en el vacío de la impermanencia.

Sé paciente, atiende a tu corazón,

y encuentra en él la fruta deliciosa:

para eso la Fuente se apiadó de tí,

arrojándote al suelo del bosque.

Disfruta entonces de la luz que atraviesa

los árboles,

y de las criaturas cercanas al Camino.

Comprende que fuiste el enfermo imaginario,
ingiriendo medicinas provisionales,
y olvida. Si lo logras, tu risa
se escuchará en los plurales universos.
Mas actúa con precaución.
La naturaleza clarificadora del Camino,
te impulsará a ayudar a los seres afligidos,
pero no te subas a las ramas,
establécete en la Gran Montaña.
Tarde o temprano irán llegando,
en el flujo y reflujo de sus muchas vidas,
aquellos a los que se les rompió su rama.
Tú les enseñarás, así como lo hago ahora,
transmitiéndoles tu silencio en el vacío.
Es verdad que nadie que se cayó del árbol
desprecia esta enseñanza,
pero aun a ellos, si te dicen que van de ida,
recuérdales que van de regreso.
Sobre Los Pétalos
Conozco una flor,
que es transparente,
y por la cual se mira
una flor, otra flor, y todos
los mil pétalos de la flor incomparable.
Se observa al saber mirar sin ver,
sin forma, sin color, sin nombres.
Se observa la flor, porque se observa,
cuando frente a tí la cadena de montañas,
estalla en el vacío.
Es esa flor, que sólo tu percibes,
sus transparentes pétalos.
Ellos sostienen sin corola,

fragancias de eterna alegría y de eterno gozo,
asidas por las energías más sutiles.
Como la borrachera infinita
de quien por fin logra lo inasido,
o más que eso, como la serena quietud,
es la flor,
la magia que ocurre por sí sola.
Conozco en el Universo una flor,
que no es de nadie,
la flor que tu percibes.

La Quietud

Si tu corazón está inquieto, olvídalo,
-concéntrate en tu médula-.
Lo más duro de tí serán los huesos.
Recuerda que el mundo está lleno de tumbas,
y si tus huesos mantienen la inquietud,
olvídalos.
Observa la substancia de tu mente.
Si en tus sueños caben los dragones,
¿como no va a caber un pájaro?
Si tu inquietud persiste, comprende
que todos fuimos consagrados
a la esclavitud del beso.
La libertad es el pájaro,
déjalo volar deprisa,
déjalo venir despacio.

El Alma

Aunque es una Morada de Paz,
pocos vienen a mi Hogar.
Nadie puede comprender mi enseñanza,
porque piensan, que el alma
es algo así como el fluído de la mente,

un vago fantasma
que va de mundo en mundo;
piensan también que es no-pensar,
el reflejo de una luna brillante,
un hilo invisible,
tántas cosas piensan, que mi enseñanza
la comparto ahora,
con las pequeñas criaturas
del Camino.
Pájaros y tortugas, y plantas,
y todo lo creado, pleno de emociones.
Qué fácil es con ellos dar la vuelta al día
y a la noche, sin interminables
cadenas de palabras.
Todo como un arpa.
La Mediumnidad
Mezcla los colores
sin intentar producir una forma,
ellos se irán extendiendo
por sí solos
contrastando la variedad de
sus matices, ocupando
un espacio en la aparente
superficie del vacío.
Déjalos secar
y olvida.
En otro momento observarás
una forma
con la que el mundo invisible
se quiere expresar.
Es así el azar.
El mejor oráculo de tu siguiente paso.

De la Danza

Toca con tus dedos el aire,
siéntelo,
empuja sus corrientes.
Mueve el aire,
con tranquilidad y delicadeza.
Siéntelo en la yema de tus dedos.
Evoluciona en tus movimientos,
poco a poco, las manos, brazos,
las piernas, el cuerpo en exacta
expresión,
como si una cámara lenta
siguiera tus movimientos,
la cósmica ingravidez.
Todo poco a poco,
lento, suave y espontáneo.
Si sientes inquietud, en exactos
movimientos, derriba
con suavidad a los enemigos externos,
expulsa de tu entorno, a los enemigos
internos, derrótalos sin prisa,
lentamente y con suavidad.
Tu respiración serena.
Evoluciona suavemente,
tu ritmo envuelto
en las sutiles energías:
recíbelas,
hasta ir penetrando sin pensar
en la armonía del espacio,
tu plena espontaneidad.

Las Cenizas

Cuando le conocí,

sus pupilas ya estaban pobladas de nubes,
su mirada por eso era más penetrante.
Para buscar la Fuente -me dijo
debemos honrarla con incienso,
adoptar su enseñanza liberadora de cadenas,
honrar la sabiduría de sus sabios,
y fundirnos en Ella, mediante la meditación
sobre su espléndida energía.
Muchos años de amor nos acercarán
a la Gran Montaña.
Para encontrarla -me dijo
debemos romper todas las cadenas,
incluso las de los diversos linajes de enseñanza,
que a su vez nos liberaron de las cadenas
del mundo del polvo.
Luego deberás quemar mi memoria
-concluyó-,
para percibir la realidad diáfana,
cuando el viento de la vida libere las cenizas.
Así hice. Todo fue un largo
y duro camino, mis ojos
también se han cubierto de nubes,
mi mente sin memoria,
solo tengo el consuelo de la visión de la Fuente.
Despejadas las últimas formas
del remolino que se llevó las últimas cenizas,
sólo quedan las mías,
y las estoy educando para que no se conviertan
en fantasma de nadie.
Sobre Los Talismanes
El mejor talismán es un guijarro,
una hoja, lo que llegue hasta tí

desprendido por sí mismo
de la fuente natural.
La mejor magia
es no tener ninguna,
y que la vida por sí misma
te entregue sus tesoros.
Nada de lo que ates
será bueno y duradero,
nada de lo que desees evitar
dejarás de encontrártelo.
Sin forzar nada, fluye con suavidad.
No fuerces tampoco a los espíritus,
no los ates, no los nombres.
En las corrientes de la vida
te serán favorables
sólo sus expresiones más sutiles,
estas son pétalos de la inmaculada Fuente,
imperceptibles en su delicada vibración.
Fluyen en el devenir de la impermanencia,
inspirando inesperadamente,
de tiempo en tiempo tus actos.
Si los nombras, si los llamas,
las configuraciones de tu mente
reproducirán tus propios límites,
atrayendo entonces a las energías del deseo,
que desde los planos más bastos
te concederán dos, para que les ofrendes
diez,
en una cadena interminable.
Observa, ellos envidian
el transitorio goce de los mortales,
dioses y demonios sufren de este modo.

Y anclados,
ya se cansaron de esperar el alma amorosa
que con su energía los remonte a la Fuente,
aspiran solo a renacer.
Y en su amargura, te dan o quitan lo que desean,
no lo que tu precisas.
Suelta las amarras, libérate de las cadenas,
y abriendo tu corazón al amor,
percibe la Fuente.
Sin forzar nada, nuevamente fluye con suavidad.
El Amor
No sé si eres tú, mi piel o mi riachuelo,
espacio y forma, de todos mis paisajes,
el mundo donde sembré mis esperanzas,
el universo de luz, tu transparencia.
No necesitamos otra vida, para que
nuestra sed de amor se sacie,
porque para mí, vivir fue completar:
un cuerpo es verdad que necesita
dos corazones.
No sé si la vida
permitirá nuestro vuelo simultáneo,
o si nos iremos uno a uno,
ya veremos
según las cosas vayan sucediendo.
Todo ocurrirá con el brillo
de tu intensa luz, mi transparencia.
Si te arranco el alma,
no llores,
es para que vayas a buscarla.
Tira todas mis cosas, yo tiraré las tuyas,
solo atenderemos el presente

de nuestras señales telepáticas,
nuestras emociones nos irán orientando,
en esto no hay gato que nos gane.
Y estallaremos al fin de amor,
por todas partes:
tenemos mil universos para amarnos,
o una fuente de luz,
para fundirnos.

Nuestro Templo

El templo es el paisaje,
porque todo cuanto está, es emanación
de la Fuente, tú y los animales, los colores,
los bosques y las aguas,
las grandes ciudades,
noche y día,
los planetas y la vasta extensión
del vacío, todo lo que fue
y será, sin excepción,
en este fluir maravilloso del presente.
Siente sin nombre, mira
y retén en tí la obra colosal.
Si no eres ego, tú lo hiciste
entregando tu energía
a la expresión de la diversidad.
Tú lo ordenas y desordenas.
Reposa, olvida,
y siente en la quietud,
la unidad de lo sin nombre,
la belleza indiferenciada
de este gran paisaje de totalidad
que es tu Templo.

FIN